



FACULTAD DE  
**FILOSOFÍA Y  
HUMANIDADES**  
UNIVERSIDAD DE CHILE

**El amor en dos relatos de Tristán e Isolda.  
El concepto de “Artificio” y el “Viaje del Héroe”.**

Informe para optar al grado de Licenciada en Lingüística  
y Literatura Hispánica, con mención en Literatura

Katherine Torres Castillo

Seminario de grado: Un viaje a través de las lecturas: temas medievales  
y representaciones contemporáneas

Profesora guía: María Eugenia Góngora

Diciembre 2023

**Resumen:** La presente investigación tiene por finalidad plantear una lectura interpretativa de la obra *Tristán e Isolda*, específicamente de la versión del poeta Béroul, complementada por la de Eilhart von Oberg, y, en menor medida, por el *Lai de la Madreselva* de María de Francia. Pondremos nuestro interés en la relación que une al joven Tristán y a la princesa Isolda, el efecto del brebaje que los enamora, la forma en que engañan a los demás personajes para resguardar su relación y la trascendencia de su amor más allá de la muerte. Para lograrlo, utilizaremos los conceptos de “Artificio”, el cual contempla los tópicos de magia, amor y engaño dentro de la obra, y el modelo del “Viaje del héroe” propuesto por Joseph Campbell, que nos permitirá analizar cómo evoluciona el vínculo amoroso entre los protagonistas de la leyenda.

**Palabras claves:** Tristán e Isolda. Amor cortés. Magia. Artificio. Viaje del Héroe.

## **AGRADECIMIENTOS**

Quisiera agradecer, ¿por qué no?, a la propia experiencia de escribir este informe. En otros momentos me he enfrentado a la escritura de textos extensos, pero no a uno de este tipo. Hoy puedo decir que he completado un nuevo objetivo. Uno más profundo que la realización del informe, porque integra todo lo que he vivido y aprendido este año.

No pueden faltar mis padres, a quienes les debo la posibilidad de haber estudiado lo que me apasiona. A mi mamá, gracias por escuchar mis emocionados desvaríos cada vez que hablaba del tema. A mi papá, gracias por confiar en el proceso y no dudar de mis capacidades.

A mis abuelos, a quienes, entre lágrimas de gratitud, los honro con estar presentes en esta humilde sección. Ellos han sido el “centro de acción” en mi propio desarrollo personal.

A mis amigas, amigos, amigos, que estando unos más lejos que otros, cada día me apoyaron en este proceso.

Para finalizar, quisiera agradecerle a la profesora María Eugenia Góngora. Sin su guía no hubiera sido posible aterrizar, con éxito creo yo, todo lo que quise exponer en el desarrollo de la investigación.

<b>ÍNDICE</b>	<b>1</b>
1. Capítulo I: Introducción	3
1.1. Objetivos	4
1.2. Hipótesis	4
1.3. Discusión bibliográfica	5
2. Capítulo II: La leyenda de Tristán e Isolda	9
2.1. Resumen de la leyenda	9
2.2. Autores	12
2.2.1. Béroul	12
2.2.2. María de Francia	13
2.2.3. Eilhart von Oberg	13
2.3. Diferencias entre la versión de Béroul y la de Eilhart von Oberg	14
2.4. Recepción de la leyenda durante el siglo XII	15
3. Capítulo III: Artificio: magia, engaño y amor	17
3.1. Magia	18
3.2. Engaño	24
3.3. Amor	29
3.4. El concepto de “Artificio”	34
4. Capítulo IV: La aventura del amor	35
4.1. El modelo del “Viaje del Héroe”	36
4.2. El viaje del amor	36
4.2.1. La partida: el inicio del amor	37
4.2.1.1. La llamada de la aventura: de Cornualles a Irlanda	37
4.2.1.2. La negativa al llamado: ¿para quién es la mano de Isolda?	38
4.2.1.3. La ayuda sobrenatural: el bebedizo	39
4.2.1.4. El cruce del primer umbral: la consumación del amor	40
4.2.2. La iniciación: la protección del amor	41
4.2.2.1. El camino de las pruebas: los engaños para proteger el amor	41
4.2.2.2. Apoteosis: el bosque de Morrois	43
4.2.3. El regreso: un falso retorno	45
4.2.3.1. El rescate del mundo exterior: Marc en el bosque de Morrois	45

4.2.3.2.	El cruce del umbral de regreso: las obligaciones del caballero y de la reina	46
4.2.3.3.	Libertad para vivir: el amor después de la muerte	48
5.	Capítulo V: Conclusiones	51
5.1.	¿Cuál es la relación entre amor y engaño en las versiones de Béroul y Eilhart?	51
5.2.	¿Es el amor lo que se pone a prueba?	51
6.	Bibliografía	53
6.1.	Fuentes literarias	53
6.2.	Bibliografía crítica y Estudios consultados	53

## 1. CAPÍTULO I: INTRODUCCIÓN

La historia de amor entre Tristán e Isolda ha recorrido un largo camino, desde la era Medieval hasta la actualidad. Ha sido registrada a través de diferentes plumas autorales, de las cuales dos de ellas corresponden a las denominadas “obras primitivas”: La de Béroul y la de Thomas de Inglaterra, escritas durante el siglo XII.

De ambas obras se conservan fragmentos de variada extensión, mas no ha sido posible recuperar los pasajes perdidos. No es así el caso de la versión escrita por Eilhart von Oberg, contemporánea a las obras primitivas. Esta versión ha sido reconstruida, a cabalidad, a partir de los manuscritos encontrados siglos después de su escritura.

La difusión de la materia tristaniana, como la ha llamado la crítica, continuó a través de diversos formatos y épocas: Durante la segunda mitad del siglo XII, María de Francia escribió el *Lai de la Madreselva*; en el siglo XIII, Gottfried von Strassburg escribió su propia versión del mito de los amantes. Incluso se han producido versiones en periodos más cercanos a nuestra era, como lo son la ópera que compuso Richard Wagner del siglo XIX; *La historia de Tristán e Isolda*, escrita por Joseph Bédier a inicios del siglo XX o la compilación que publicó Alicia Yllera en 1984. Sólo por mencionar algunos de los ejemplos más conocidos.

Dado la variedad de versiones que existen sobre *Tristán e Isolda*, para nuestra investigación utilizaremos las obras de Béroul y Eilhart von Oberg<sup>1</sup>. A partir de la comparación de ambos textos, nos ha sido posible entablar una conexión entre ambas. Si bien no es adecuado aseverar que se trata de una traducción, sí podemos reconocer una especie de continuidad y similitud en la intención narrativa dentro de sus escenas.

Esto nos permitirá complementar la lectura de ambas versiones, con tal de lograr un acercamiento global a la historia que pone por protagonistas al joven Tristán y la princesa irlandesa de nombre Iseut, en la versión de Béroul, o Isalde en la de Eilhart; ambos nombres han sido traducidos al español como Iseo e Isolda, respectivamente.

Además, utilizaremos el ya mencionado *Lai de la Madreselva*, o *Chievrefoil* en su idioma original, de María de Francia. Esta narración en verso de menor extensión relata un episodio en que Tristán llama la atención de la reina a través del mensaje que deja en una flecha,

---

<sup>1</sup> Las ediciones de las obras utilizadas en el análisis han sido anexadas al informe. Anexo 1: *Tristán e Iseo*, Béroul. Anexo 2: *Tristán e Isolda*, Eilhart von Oberg. Anexo 3: *Madreselva*, María de Francia.

se trata de la célebre frase: “Ni vos sin mí, ni yo sin vos”. Cita que, como veremos, resume la relación amorosa entre los protagonistas del mito.

### **1.1. Objetivos**

La presente investigación tiene por objetivo principal realizar una lectura detenida de las versiones ya mencionadas. La interpretación, en primera instancia, estará enfocada en comprender la relación entre el amor que se profesan los protagonistas y los múltiples engaños a los que recurren para proteger el vínculo que los une. Para lograr este objetivo, utilizaremos el concepto de “Artificio”, del cual desglosamos las palabras Arte y Oficio. La primera de ellas comprende la magia y los engaños dentro de la obra, mientras que la segunda trata sobre el amor entre los protagonistas.

Luego de la reflexión anterior, continuaremos trabajando con el tópico del amor presente en las obras estudiadas. Analizaremos la evolución del vínculo entre Tristán e Isolda, a través del denominado “Viaje del Héroe” propuesto por Joseph Campbell. Proponemos, en este informe, que los protagonistas se someten a una serie de pruebas y momentos en los que es posible identificar etapas del ya mencionado modelo. De modo que, nuestro segundo objetivo es identificar la correlación entre dichas escenas y el “Monomito” planteado por Campbell.

### **1.2. Hipótesis**

La primera pregunta que surge en nuestra investigación es: ¿Cuál es la relación entre los tópicos del amor y del engaño en las obras escogidas? Esperamos resolver esta primera pregunta en la primera parte de nuestro análisis. Mientras que, en una segunda etapa, la pregunta será: ¿Es el amor lo que se pone a prueba durante el transcurso de los relatos estudiados?

Amor y engaño son dos tópicos constantes en la leyenda de Tristán e Isolda. Si bien, el arte de engañar es una habilidad que Tristán posee desde antes de su encuentro con Isolda, proponemos que, luego de beber con ella la poción mágica, este recurso se pone al servicio del amor. Es decir, ambos protagonistas recurrirán a engañar a los demás personajes con tal de proteger el amor que los une, a través de actuaciones y mentiras.

A partir de esta primera reflexión, planteamos además que la narración, a diferencia de otros *romans* caballerescos, no pretende validar las cualidades de los protagonistas, sino relevar la importancia del vínculo amoroso entre los amantes. Por esta razón nos apoyaremos en el

modelo que Joseph Campbell propone en *El Héroe de las mil caras*, para comprobar si es posible analizar la travesía amorosa de Tristán e Isolda del mismo modo que puede hacerse con una aventura heroica.

### 1.3. Discusión bibliográfica

Para desarrollar de manera plena la investigación, es necesario revisar algunos conceptos y concepciones respecto a la leyenda de Tristán e Isolda que nos permitirán sustentar nuestra hipótesis y posterior análisis literario. En este apartado describiremos, primeramente, la tradición literaria en que se insertan las versiones escogidas para llevar a cabo el estudio. Luego estableceremos algunos planteamientos sobre el amor en la Edad Media, el amor en los relatos de *Tristán e Isolda* y el concepto de magia aplicado a esas obras. Finalizaremos la discusión bibliográfica con una breve revisión al modelo del “Viaje del Héroe”, propuesto por Campbell en su obra publicada originalmente en 1949, y cómo es posible visualizar dicho modelo, de manera generalizada, en los *romans* caballerescos que son mi objeto de estudio.

En nuestra introducción, dejamos entrever el nivel de expansión que tuvo la historia de Tristán e Isolda dentro del continente europeo durante la Edad Media. La cantidad de versiones que coexistieron en la época, la diversidad de dialectos en que fue transmitida, y por ende de territorios, es una prueba indiscutible de ello. Cabe destacar que, durante la segunda mitad del siglo XII, fueron fijadas por escrito al menos cuatro versiones de la leyenda: la de Thomas de Inglaterra, la de Béroul en idioma normando, el *lai* de María de Francia y la germana escrita por Eilhart von Oberg.

Según el estudio de la materia tristaniana, la vasta cantidad y diversidad de ediciones posibles de encontrar se le atribuye a la existencia de un supuesto poema originario. Dicha obra originaria habría sido transmitida de manera oral, antes de la fijación por escrito del texto. La diversidad de Tristanes e Isoldas que recorrieron Europa, cada uno de ellos adaptado al contexto en que fueron recitados, llevó a la imposibilidad de registrar una única versión del *romance*.

Roberto Ruiz Capellán, en la *Introducción* a la edición de 1985 del texto de Béroul, identifica dos corrientes dentro de la multiplicidad de versiones: la *común*, compuesta por la del poeta francés y la de Eilhart; y la *cortés* o *cortesana*, referida a la de Thomas y sus derivados (10). Acerca de la *versión común*, el autor menciona algunas de sus características:

Dominan la acción, el ademán, el movimiento, las situaciones reales y tangibles por las que pasan los amantes, los objetos, la realidad circundante. (...) Béroul ha optado por mostrarnos el alma de los personajes a través de sus actos y no

mediante la reflexión o la descripción de sus estados de ánimo y motivaciones.  
(Ruiz Capellán, 11)

Debido a la correlación estilística entre las obras de Béroul y Eilhart, podemos caracterizar la versión de este último autor a partir de las cualidades expuestas por Ruiz. Se trata de textos en los cuales la narración se enfoca en hechos, acciones y sus efectos a lo largo de la historia. En suma, tendrían un carácter épico más que novelesco e introspectivo en el sentido moderno.

Sobre los *Lais* de María de Francia, en el capítulo III de *Figuras del destino. Mitos y símbolos de la Europa medieval* (2005), Victoria Cirlot menciona que en estas narraciones breves la autora se ocupó acerca de:

La aventura como un acontecimiento saturado de lo maravilloso. (...) Muchos *lais* muestran una única aventura, digna de ser narrada y recordada por su carácter excepcional. En algunas ocasiones, ese carácter excepcional coincide con la maravilla de la materia céltica. (Cirlot, 48)

Cirlot destaca dos factores importantes dentro de la obra de María de Francia: La aventura y lo maravilloso. Es posible encontrar ambos elementos en los *Tristanes* escritos por Béroul y Eilhart, de modo que podemos situar el *Lai de la Madreselva* dentro de la *versión común* ya mencionada. Que las tres narraciones escogidas pertenezcan a una misma tradición literaria es de suma importancia, ya que nos permitirá establecer una línea directa entre ellas y la lectura que pretendemos compartir.

Respecto a la bibliografía crítica utilizada, es necesario abordar de manera teórica los diferentes tópicos que trataremos a lo largo de la investigación. En primer lugar, tenemos el texto *La transformación de los amantes* de Guillermo Serés (1996), particularmente el capítulo III “Confluencia de tradiciones en la literatura medieval” del cual rescataremos la idea de fusión entre los amantes y su unión que trasciende lo corpóreo. El autor plantea que:

La ‘unión’ de los amantes es un concepto que puede manifestarse como huida del corazón, intercambio de corazones, vivencia en el amado y, por supuesto y principalmente, transformación del amante en el amado, ya sea en el amor profano, ya en el místico. (Serés, 90)

Serés explica que durante la Edad Media se produce una exaltación del amor, en la que amar es una acción que implica ciertos comportamientos para ser lograda. Esta noción fue acogida por la literatura, principalmente en los textos poéticos.

En el texto “Un nuevo arte de amar” (1997), Michel Zink escribe sobre el género literario en el que prima el amor, tanto como tema como modelo:

El roman medieval se crea en el siglo XII e impone por mucho tiempo la asociación entre armas y amor. La búsqueda del amor pasa por la de las aventuras, la conquista de la mujer amada, por la hazaña. Esta es a la vez la prueba del amor y sus consecuencias. Y el amorío le da su sentido. El relato de amor es un relato de aventuras caballerescas. (Zink, 302)

El autor se encarga de establecer una relación entre el amor, como tema, y las novelas de caballería que tuvieron su auge durante la Edad Media. Zink menciona lo intrínsecamente unidas que están las hazañas de los caballeros y la búsqueda del amor, tanto así que la última frase nos permite dilucidar uno de nuestros planteamientos fundamentales: es posible analizar la historia de un amor como si fuera una aventura. En esta misma línea, creemos reconocer un aspecto fundamental de los ya mencionados planteamientos de Joseph Campbell.

Victoria Cirlot, por su parte y esta vez en el capítulo V del libro ya citado, sabe vislumbrar dentro de *Tristán e Isolda* un antecedente importante para nuestro informe: “Desde el filtro y la unión, el roman deja de ser en parte el roman de Tristán para convertirse en el roman de Tristán e Isolda” (134). La autora visibiliza que, a diferencia de otros relatos referentes a héroes caballerescos, la leyenda sobre los amantes perdura bajo el nombre de ambos protagonistas. El título por el cual conocemos el *romance* no se refiere a Tristán y sus proezas, como lo son los casos de los protagonistas de otras obras –tales como *Lancelot, el Caballero de la Carreta* o *Sir Gawain y el Caballero Verde*, por mencionar algunos–, sino que el román *Tristán e Isolda* pone por título a los amantes como parte de una historia en la que ambos tienen igual protagonismo.

Llegados a este punto, es pertinente hacer una diferenciación entre la interpretación que Cirlot le da al “filtro”, es decir, al bebedizo que ingieren Tristán e Isolda antes de enamorarse. La autora lo describe de la siguiente manera:

El filtro es efectivamente un producto del azar y la vida de Tristán parece estar toda ella modelada por la rueda de la fortuna. Pero no se trata de un azar caprichoso, privado de sentido, sino que entiendo el azar al modo de Boecio, según el cual todo sucede según un orden divino, aunque ajeno a la voluntad individual. (Cirlot, 118)

Para Cirlot, en el pasaje donde los protagonistas ingieren la poción, la fuerza superior que influye es el azar. Esta idea, como explica en el texto, alude a la popular imagen de la rueda de la fortuna con la cual identifica la historia de Tristán e Isolda (118). En cambio, dentro de nuestra lectura, al bebedizo le otorgamos la cualidad de “mágico”.

Utilizaremos el artículo “Magia y maravillas en la materia artúrica hispánica. Sueños, milagros y bestias en la demanda del Santo Grial” de José Ramón Trujillo (2008) para definir dicho concepto. El autor menciona que: “«lo maravilloso» se halla asociado a un sistema de objetos y actores conocidos, las maravillas, que operan como centros de acción” (792). En el caso de *Tristán e Isolda*, «lo maravilloso» a lo que refiere la cita se ve reflejado en la poción de amor que beben los protagonistas.

Sobre los magos y, por extensión, la magia, Trujillo añade la capacidad de: “transformar la visión de la realidad: el encantamiento altera la apariencia de la realidad más que su sustancia, que permanece inalterada aunque invisible” (794). En las obras, el encantamiento no solo funciona como detonante del amor entre Tristán e Isolda, sino que también se encarga de alterar el natural rechazo que pudo sentir Isolda por el caballero que mató a su tío, y transforma ese sentimiento en un amor fogoso e incontrolable.

Para finalizar, Trujillo realiza una breve síntesis sobre cómo la maravilla guía el itinerario del caballero:

El caballero entra en contacto con las maravillas en los lindes del espacio habitado a través de tres momentos diferenciados (Harf-Lancner 1984): en el primero, el caballero penetra en la floresta u otra zona deshabitada; en el segundo, irrumpe lo sobrenatural en el mundo real (...); por último, el caballero la persigue y accede a la aventura, especialmente cuando entra en otro mundo. (Trujillo, 791)

El autor identifica tres momentos dentro del viaje que emprende el caballero hacia la aventura: cuando traspasa el umbral hacia lo desconocido, el encuentro de lo maravilloso y la aventura como tal. Para Tristán, estos tres momentos podemos identificarlos, respectivamente, en: los viajes hacia Irlanda, la ingesta del bebedizo y, por último, el inicio de su amor con Isolda.

En esta última etapa de la discusión bibliográfica nos referiremos al ya mencionado autor Joseph Campbell, quien, en su libro *El Héroe de las Mil Caras: Psicoanálisis del Mito* (1997) propone el modelo del “Viaje del Héroe”. Dicho modelo se encarga de establecer una estructura narrativa en la que es posible insertar el recorrido que realizan los caballeros cuando están en busca de la aventura: “El camino común de la aventura mitológica del héroe es la magnificación de la fórmula representada en los ritos de iniciación: separación-iniciación-retorno, que podrían recibir el nombre de unidad nuclear del monomito” (35). El llamado “monomito” contempla los momentos que Trujillo identificó antes en la prosecución de la

maravilla. Que ambas estructuras se complementen nos permite analizar el *Tristán* y la historia de amor que viven el joven e Isolda, siguiendo la propuesta de Campbell.

## **2. CAPÍTULO II**

### **LA LEYENDA DE TRISTÁN E ISOLDA**

En el presente capítulo vamos a revisar algunos detalles contextuales sobre la historia de Tristán e Isolda. Sabemos que, la cantidad de versiones que existen de la leyenda dificulta el establecimiento de una versión “definitiva”. Es por esta razón que, a continuación, realizaremos un resumen a partir de las obras con que trabajaremos en el desarrollo de nuestro análisis.

Incluiremos, además, informaciones sobre los autores de las versiones consultadas y una breve revisión de la recepción de la historia de Tristán e Isolda durante el siglo XII, periodo que corresponde a la fijación por escrito de las ediciones que utilizaremos.

#### **2.1. Resumen de la leyenda**

La multiplicidad de versiones existentes de la historia implica una diversificación de su contenido. Es por eso que, con la finalidad de evitar confusiones, hemos realizado un resumen general sobre la leyenda de Tristán e Isolda. Consideramos los acontecimientos narrados en los textos de Béroul y Eilhart von Oberg, con los cuales trabajaremos mayoritariamente en el análisis, para su creación.

La leyenda cuenta, a modo de prefacio, la historia que rodea el nacimiento de Tristán. Es hijo de Rivalín, rey de Leonís, y Blancaflor, la hermana del rey Marc de Cornualles. El padre del joven caballero no sólo ayudó a Marc en la guerra, sino que también se enamoró de su hermana. Ambos huyeron de regreso a Leonís, donde Blancaflor falleció en el parto debido a los grandes dolores que sufrió durante su embarazo. Tristán es criado por Curneval, su escudero, quien lo instruyó en las habilidades necesarias para ser un joven versado en las artes y el combate.

Cuando Tristán tenía quince años, su padre falleció al luchar contra un antiguo enemigo, momento en que el joven decide abandonar su país para conseguir fama fuera de él. Acompañado en todo momento por Curneval, su escudero, Tristán llega hasta Cornualles

donde rápidamente llama la atención de la corte por sus habilidades. Sin revelar el parentesco que tiene con el rey, Tristán cumple su propósito y se vuelve un caballero respetado por sus pares.

El descubrimiento del verdadero linaje de Tristán llega a través de la amenaza al reino de Marc, el cual era presionado por Moroldo, un noble irlandés, quién exigía que el reino de Cornualles pagase tributo a Irlanda. La única forma de evitar la imposición era un duelo ante el rey o alguien de igual estatus. Es entonces cuando el joven reconoce ser hijo de la hermana del rey Marc, es decir su tío, y se enfrenta al tiránico Moroldo en una batalla de la que sale victorioso, pero gravemente herido por una espada envenenada antes de derrotar a su enemigo.

Tristán, al borde de la muerte, emprende un viaje hacia Irlanda, único lugar donde puede ser sanado de su herida. En el país extranjero adopta una nueva identidad, pues su fama le precedía por ser el asesino de Moroldo, el hermano de la reina. Así, finge ser un comerciante herido que necesita ayuda y la recibe por parte de la princesa Isolda, la Rubia, quien lo salva de una muerte segura. Como era de esperar, el joven astuto continúa cargándose de buena fama bajo su falsa identidad, tal como hizo antes en Cornualles, hasta el momento en que debe regresar junto a su tío.

Marc, quien no tenía ni esposa ni herederos, le ofrece el reino a su sobrino a modo de recompensa por sus proezas, pero tanto Tristán como los consejeros del rey rechazan la propuesta. Entonces el monarca, quien recibió un cabello rubio de unas golondrinas, envía a Tristán en busca de la dueña de la hebra dorada para desposarla.

El caballero emprende la búsqueda de una esposa para su tío y el viento dirige su barco de regreso a Irlanda. Tal como ocurrió la primera vez que visitó dicho país, oculta su identidad: Tristán invierte su nombre y finge llamarse Tantris. Una vez en el lugar, derrota a un dragón que acechaba al reino y le es concedida la mano de Isolda, para que se convierta en la esposa del rey Marc.

Por error, durante el viaje de regreso a Cornualles, les es servido al caballero y la princesa una poción preparada por la madre de Isolda. El brebaje fue encomendado con sumo cuidado a una criada, pues debía ser bebido solo por la dama y su futuro esposo luego de la boda. Se trataba de una poción de amor, que tenía por efecto provocar un deseo incapaz de controlar entre quienes lo consumían, con duración de tres o cuatro años según las distintas versiones.

A partir del episodio del bebedizo, Tristán e Isolda son unidos por el amor y la necesidad de permanecer juntos. Aun así, Isolda contrae matrimonio con Marc, pero esto no es impedimento para que los amantes cumplan con el mandato mágico del que son víctimas.

Ambos se ven obligados a mantener una relación adúltera, secreta y clandestina hasta el momento en que son descubiertos debido a la intervención de los consejeros de Marc y el enano Frocín.

Isolda y Tristán serían juzgados por la traición cometida hacia el rey Marc, pero el joven logra escapar de sus captores y rescata a la reina. Entonces, en compañía del escudero Curneval, Tristán e Isolda huyen hacia el bosque de Morrois. Ahí, viven de su amor durante un tiempo, hasta que el efecto de la poción caduca. La pareja decide regresar a la vida en la corte, pero sin abandonar el amor que sienten el uno por el otro, a pesar de que la poción ha dejado de tener efecto. Isolda es devuelta a Marc y Tristán se aleja de la corte de su tío.

Los consejeros de Marc todavía dudan de la fidelidad de la reina, así que exigen un juicio en que sea defendido el honor de la dama. Momentos antes de que se lleve a cabo la prueba a la que Isolda será sometida, Tristán se disfraza de leproso y ayuda a la reina a cruzar un lodazal. Así, Isolda ante la acusación de ser infiel a su esposo, responde –con veracidad– que además del rey, nadie, salvo el leproso que la ayudó a cruzar –es decir, Tristán–, la ha tenido entre sus piernas.

Marc y su corte creen en las palabras de Isolda, de modo que la reina deja de ser juzgada por los rumores que circulan sobre su adulterio. Aun así, el rey Marc ya había exiliado a su sobrino del país, cuya condena no le fue revocada. Luego de un último encuentro con la amada, Tristán se va de Cornualles acompañado por su escudero. Tras andar algunos días llega a Kaharés, donde se pone al servicio del rey Havelín.

En esta nueva tierra, Tristán vuelve a consagrarse como caballero. Derrota a Riol, un conde que quería desposar a Isolda, de las Blancas Manos, la hija del rey. En compensación al triunfo de Tristán, Havelín consiente el matrimonio de éste con su hija; la unión se lleva a cabo, pero no es consumada debido al amor y fidelidad que siente el héroe hacia la mujer que ama: Isolda, la Rubia.

Un día, Tristán es herido con una lanza envenenada. Tal como ocurrió la primera vez, su amada era la única capaz de curarlo. El joven envió un mensajero en busca de la reina de Cornualles, quien de inmediato aceptó embarcarse para salvar a su amado. Tristán había encomendado a su esposa, la otra Isolda, que le diera aviso del color de las velas que traía el barco de regreso: Si eran de color blanco, significaba que la reina había accedido a tratarlo; si eran de color negro, significaba que la reina no acudió a su llamado.

Isolda de las Blancas Manos, producto de los celos, le miente a su esposo y dice que el barco de regreso trae velas negras. Con la falsa noticia, Tristán muere debido al dolor causado por el supuesto rechazo de su amada. E Isolda, la Rubia, al desembarcar y enterarse de la muerte

de Tristán, muere junto al caballero. Los cuerpos de ambos son llevados hasta Cornualles, donde son enterrados uno al lado del otro. De la tumba de ella crece un rosal y de la de él, una vid. Ambos arbustos se entrelazan, sin posibilidad de ser separados jamás.

## **2.2. Autores**

Así como los manuscritos de las diferentes versiones de *Tristán e Isolda* se han perdido en el tiempo, ocurre un caso similar con los autores y la mayoría de sus datos biográficos. A continuación, realizaremos una breve recapitulación de la información encontrada sobre las obras de los poetas Béroul, María de Francia y Eilhart von Oberg, los cuales, como ya hemos mencionado, son los autores detrás de los relatos del mito de Tristán e Isolda analizados en el presente informe.

### **2.2.1. Béroul**

De las tres obras escogidas, la de Béroul es la única que no está completa. Del poema sólo se conserva la parte central de la narración, la cual va desde la vez que los amantes se reúnen en la noche y son espiados por Marc, hasta que Tristán deja Cornualles para dirigirse a Kaharés. Fue escrita posterior al año 1150, en una variante normanda de la lengua oïl que se utilizaba al norte del territorio francés. Cabe destacar que no se le atribuyen otras obras al autor, lo que convierte a *Tristán e Isolda* en su único poema o bien, el único de sus poemas que se preservó a través del tiempo.

Ruiz Capellán dice sobre la obra de Béroul que el autor: “se propone entusiasmar con la singular grandeza del amor de los protagonistas, conmover con el relato de su áspera vida las más profundas fibras del sentimiento del lector o del oyente” (11). Se nos presenta uno de los elementos fundamentales para nuestro análisis, el amor, el cual parece ser también un eje central en esta versión de la obra.

Sobre este aspecto, Ruíz Capellán agrega que: “Los amantes, entonces, no disponen de más recurso que la renuncia a su amor o la renuncia a la comunidad, es decir, la huida y la marginación” (20). La incompatibilidad de los espacios públicos y privados es un obstáculo que los protagonistas de la obra deben superar a lo largo del relato, lo cual ocurre cuando: “Amor y muerte coinciden: ambos, en su abrazo, superan lo individual y diverso para reintegrarlo en la unidad” (Ruíz Capellán, 20). De modo que, el amor en la obra de Béroul no es sólo lo que une a Tristán e Isolda, sino que también es el eje central del poema, ya que la obra concluye cuando los amantes pueden estar juntos por fin.

### 2.2.2. **María de Francia**

En su Introducción de *Los lais* de María de Francia, Ana María Holzbacher nos aporta dos datos relevantes sobre la autora: dice que escribió desde Inglaterra y que tenía conocimientos sobre el latín (16). Podemos suponer que María de Francia fue una escritora conocedora de diversas tradiciones literarias, como las epopeyas clásicas o la materia de Bretaña. La unión de ambas corrientes debió influir en el desarrollo de los *Lais* que, como ya mencionamos, son narraciones en las que la aventura y el amor se relacionan para construir un relato.

Además, se sabe que los *Lais* fueron escritos alrededor del año 1160, esto posiciona al *Lai de la Madreselva* temporalmente posterior al *Tristán e Isolda* de Béroul. Asumimos, entonces, que la autora conoció la versión extensa de la historia entre el caballero y la princesa irlandesa, así María de Francia logró articular en una breve narración poética de 118 versos los elementos fundamentales que caracterizan el mito: la magia, la protección del amor secreto y la necesidad de los amantes de permanecer juntos.

La narración de la *Madreselva* pone en el centro de la acción el amor que une a los protagonistas pues, como menciona Holzbacher, este sentimiento: “es la materia con que se configura el entramado de *Los Lais*” (33). Es decir, se trata de una obra en la que el argumento de la historia narrada se construye a partir del amor, en este caso, el de Tristán e Isolda.

### 2.2.3. **Eilhart von Oberg**

De las tres versiones revisadas, la de Eilhart von Oberg es la más tardía, además es de las pocas obras en las que es posible acceder a la totalidad del texto. Fue escrita por el poeta sajón cerca del año 1185, en el norte de la actual Alemania. La reconstrucción del texto ocurrió en el siglo XV, cuando dos manuscritos fueron encontrados. Desde entonces se convirtió en la versión más difundida en el territorio de habla germana.

En la primera parte de su obra, Eilhart detalla las proezas y aventuras que vive Tristán antes de instalarse en la corte de su tío. Este enfoque del tratamiento de la historia nos puede parecer distinto del de los demás autores, emulando un relato más bien del tipo épico. Pero lo cierto es que, lo narrado previo al episodio del bebedizo, corresponde aproximadamente a un cuarto de la totalidad del poema. Bajo este hecho, podemos asumir que el autor tenía interés en dedicarse al desarrollo del amor entre Tristán e Isolda, además del conflicto que este supone.

Victor Millet en el prólogo a la versión de Eilhart, dice que el autor:

Trata de mostrar cómo la tensión entre amor y poder es más fácil de dominar cuando se les atribuye funciones y ámbitos de actuación distintos, pues la corte queda libre de los desequilibrios generados por el deseo y la pareja se deshace en buena medida del acoso externo. El amor halla un espacio, aunque sea aislado y marginal. (Millet, 31)

Así, una vez más vemos que el amor es un eje central en la construcción de los relatos sobre Tristán e Isolda. En este caso, el poeta ha optado por plasmar en su obra la incompatibilidad entre las acciones del espacio público, es decir la corte, y el privado, la relación amorosa entre los protagonistas. Un conflicto que obliga a los jóvenes a ocultar el amor que sienten mutuamente, el cual será uno de nuestros elementos a analizar dentro del presente informe.

### **2.3. Diferencias entre las versiones de Béroul y la de Eilhart von Oberg**

La primera de las diferencias que nos encontramos al leer ambas versiones de *Tristán e Isolda* tiene relación con los nombres de algunos personajes y lugares que forman parte de la historia. Esta diferencia podemos atribuirla a que los autores escriben en lenguas distintas, francesa y alemana como hemos mencionado. No debemos olvidar, además, que las versiones en español son traducciones de ambos textos. Así, la lectura que realizamos de *Tristán e Isolda* está mediada por la intervención de la edición a las fuentes consultadas.

A continuación, realizaremos un pequeño listado que resume los nombres de algunas locaciones y personajes en las ediciones consultadas de las versiones de Béroul y de Eilhart, respectivamente:

- Tintagel/Tintaniol
- Iseo/Isolda
- Marco/Marc
- Morholt/Moroldo
- Govenal/Carneval
- Brengain/Branguena
- Karhaix/Kaharés
- Kaherdín/Kehenís

Los nombres utilizados en la traducción del poema de Béroul se mantienen cercanos al francés, mientras que los de la versión consultada de Eilhart fueron castellanizados por el académico a cargo. Durante el desarrollo del presente informe, preferimos utilizar

prioritariamente los nombres en esta última versión que, por temas de pronunciación, son más cómodos para nuestra habla.

Así como la diferencia en los nombres de los personajes, también hay algunas diferencias en los pasajes que constituyen las diferentes versiones de los relatos de Tristán e Isolda. Entre ellas, tenemos, por ejemplo, que en la versión de Béroul, el rey Marc bebe también la poción de amor, luego de la boda con Isolda. Pero la dama, ya bajo los efectos del brebaje que compartió con Tristán, se niega a beber esta vez el bebedizo con su esposo, así que no tiene ningún efecto que Marc beba la poción por sí solo.

Otra de las diferencias que identificamos, es que en la versión de Eilhart, cuando Marc, desde la altura de un árbol, espía uno de los encuentros de los amantes, Tristán e Isolda distinguen el reflejo del rey en un arroyo. En cambio, la versión de Béroul, dice que el caballero y la reina divisan la silueta de Marc en una fuente de agua.

Cuando Tristán, herido en Kaharés, manda a un mensajero a que vaya por Isolda, la versión de Béroul dice que es su amigo Kehenís quien viaja hasta Cornualles, disfrazado de mercader. En la versión de Eilhart, Kehenís muere y es enviado, en su lugar, un mayordomo que también finge ser un mercader.

La diferencia más relevante que encontramos es que, en la versión de Eilhart, no está narrado el episodio del Mal Paso. Este pasaje es fundamental, pues corresponde al momento en que Tristán se disfraza de leproso y ayuda a Isolda a cruzar el pantano para que, luego, la dama pueda jurar con veracidad que le ha sido fiel a Marc.

De todos modos, las diferencias entre las dos versiones no afectan el desarrollo ni el desenlace de la historia. Ambas obras contienen los momentos principales del relato: El enfrentamiento con Moroldo, la búsqueda de Tristán de una esposa para su tío, la ingesta del bebedizo, el paso por el bosque de Morrois, el distanciamiento físico de los amantes cuando retornan a la corte, la muerte y el sepulcro de los jóvenes. Aun así, trabajar con dos versiones nos permite construir la historia con mayor completitud.

#### **2.4. Recepción de la leyenda durante el siglo XII**

Como mencionamos anteriormente, fueron varios los relatos sobre Tristán e Isolda que circularon por Europa durante el siglo XII. Es de suponer que la expansión de la historia de amor entre el caballero y la princesa irlandesa tuvo repercusiones en la época. Erich Köhler nos habla de ello en el capítulo V de su libro *La aventura caballeresca*, titulado “Intensificación y transformación de la tensión entre ideal y realidad en el amor: *Erec, Cligès, Tristán, Lancelot*,

*Yvain*”. Hemos utilizado dicho texto para el desarrollo del presente apartado. Ya que el amor es un tema central en *Tristán e Isolda*, en cualquiera de sus versiones, revisaremos de manera breve cómo fue recepcionada la obra durante el siglo XII, a partir de dicho aspecto.

Sabemos que durante la Edad Media existía una corriente literaria que ponía al *fin ’amor* o “amor cortés” como una guía para los caballeros, al cual Köhler caracteriza de la siguiente manera: “El amor correctamente comprendido armoniza instinto y razón (...) en aras de un perfeccionamiento del hombre. Confiere a los valores caballerescos y cortesés una verdad objetiva que agota por ella misma todas las posibilidades de perfección humana” (125). De modo que el “amor cortés” es una forma de amor que tiene por finalidad acercar a los caballeros a un ideal de comportamiento que atiende a las normas morales de la época.

En el “amor cortés” se entablan relaciones afectivas distantes entre amante y amada, quienes suelen mantener un “amor de lejos” pues la dama, generalmente, o está comprometida o está casada. En el caso de *Tristán e Isolda* tenemos unos amantes que buscan constantemente manifestar y consumir su amor, lo cual iba en contra del modelo establecido en las novelas del siglo XII. Al respecto, Köhler dice:

En Bérout (...) el amor de Tristán es una enfermedad, una «folie» [Locura], los principios cortesés conservan una validez frente a la que el amor de Tristán e Isolda tenía sólo un derecho de excepción. (...) La sociedad cortés sintió la necesidad de defenderse sólo en el momento en que se manifestó el rechazo contra su ley; y lo hizo a través del *Cligès* de Chrétien. (Köhler, 139)

La forma de amar de Tristán e Isolda vuelve problemática a la obra para la sociedad europea del siglo XII, la cual catalogó al poema como una “excepción” a la corriente utilizada. El amor que se profesan el caballero y la princesa es mal visto, tanto así que hay quienes dicen que el escritor Chrétien de Troyes –famoso por ser el autor detrás de las novelas sobre otros de los caballeros de la Mesa Redonda–, escribió su obra *Cligès* como una contraposición al *Tristán*.

Se generó una tensión entre la sociedad y la obra, ya que no sólo fueron los oyentes/lectores quienes criticaron la historia de amor narrada en *Tristán e Isolda*. La propia obra también funciona como una crítica hacia el modelo “cortés” por el cual se regía la sociedad. Sobre este aspecto, Köhler menciona que:

Para el mundo cortés el comportamiento de Tristán era una traición al ideal caballeresco, mientras que en el *Tristán* la sociedad se representaba por primera vez de forma unívoca como una institución hostil al hombre, y el derecho a una felicidad individual, es decir, su verdad, se atestigua sólo en su ulterior triunfo,

aunque sea en la propia muerte. (Köhler, 141)

*Tristán e Isolda* es una obra que expone la historia de un amor incompatible con las normas sociales, lo que hace imposible a los amantes el permanecer juntos. Como lo ha planteado Ruiz Capellán sobre la obra de Bérout, los protagonistas están en una constante huida de lo social, pues buscan un espacio en el cual puedan cumplir con su deseo amoroso (20).

Para finalizar, podemos decir que la historia de Tristán e Isolda generó controversia en su contexto. La sociedad de la Europa medieval reaccionó ante un amor que se puede diferenciar del “amor cortés” que conocemos a través de otros poemas y relatos, por su carácter esencialmente trágico. Pero también la obra fue crítica con la sociedad que aún se aferraba a un modelo obsoleto o, mejor dicho, a un modelo que había dejado de ser la única opción para ser representado en las novelas. Como dice Köhler, con quien coincidimos: “El *Tristán* era irrefutable porque formulaba una verdad auténtica, humana e individual frente a la verdad social que se había convertido ya en artificial” (140).

### **3. CAPÍTULO III**

#### **ARTIFICIO: MAGIA, ENGAÑO, AMOR**

A continuación, plantaremos el concepto de “Artificio” como una propuesta para interpretar los relatos estudiados sobre Tristán e Isolda, a partir de una lectura interpretativa. Dicha interpretación está motivada por el tópico del amor, el cual no puede ser comprendido si no analizamos previamente los tópicos de la magia y el engaño que identificamos dentro de las obras. Es por esta razón que, en una primera instancia, analizaremos dichos conceptos con tal de formular una contextualización para construir, hacia el final, la definición y descripción del concepto de “Artificio”.

Aun así, haremos una breve explicación de los términos a considerar, con tal de establecer una guía para nuestra propuesta de lectura<sup>2</sup>. En primer lugar, es necesario comprender el concepto de “Artificio” como la unión de dos ideas: la de Arte y la de Oficio,

---

<sup>2</sup> Utilizaremos preliminarmente –para estos y los demás conceptos descritos en los siguientes apartados del capítulo–, las definiciones encontradas en el Diccionario de la Real Academia Española y las etimologías, provenientes del Diccionario Etimológico Castellano En Línea, a fin de demostrar que detrás de las ideas propuestas existe una relación conceptual y no se trata de mera arbitrariedad.

en las cuales estarán contenidos los demás conceptos que utilizaremos. En los diccionarios consultados, estos términos son descritos como:

**Artificio:** Del latín *artificium (artis/facere)*. Arte, primor, ingenio o habilidad con que está hecho algo.

**Arte:** Del latín *artis*. Manifestación de la actividad humana mediante la cual se interpreta lo real o se plasma lo imaginado con recursos plásticos, lingüísticos o sonoros.

**Oficio:** Del latín *opificium (opus/facere)*. Habilidad y destreza logradas por la práctica de una actividad o profesión.

A partir de estas definiciones, distribuiremos los tópicos que analizaremos de la siguiente manera:

Por una parte, comprenderemos magia y engaño como un arte. A grandes rasgos y de manera general, podemos mencionar en esta categorización los atributos mágicos inherentes a la familia de Isolda. Particularmente, aquellos relacionados a su madre como la creadora del brebaje ingerido por los protagonistas, los cuales dotan al concepto de magia con cualidades artísticas.

La idea de engaño será tratada a partir de la astucia que caracteriza a Tristán desde su juventud. Este es un recurso que el caballero utiliza para ocultar y transmutar su identidad en distintos momentos según le beneficie, especialmente en lo que respecta en la protección y resguardo de su relación con Isolda.

Por otra parte, consideraremos el amor como un oficio. Ya que requiere no sólo de habilidad e intención para existir, como es el caso de la magia. Necesita además de métodos, prácticas y trabajos para ello, los cuales Tristán e Isolda realizarán a través de diferentes pasajes que revisaremos durante nuestra investigación.

### **3.1. Magia**

Como hemos adelantado, la magia es uno de los engranajes fundamentales en el desarrollo del romance entre Tristán e Isolda. Se trata de un detonador que da inicio al amor de los protagonistas y, por lo tanto, de un elemento transformador según la descripción de José Ramón Trujillo que revisamos con anterioridad. Para complementar dicha idea, dejamos a continuación la definición encontrada en los diccionarios consultados:

**Magia:** Arte o ciencia oculta con que se pretende producir, valiéndose de ciertos actos o palabras, o con la intervención de seres imaginables, resultados contrarios a las leyes naturales.

Comenzaremos el análisis desde la premisa que, de manera inherente, la magia se realiza con una intención. Como explica la definición, con ella se pretende producir un resultado. Del mismo modo, Trujillo dice sobre la magia que se trata de un “centro de acción” (792). Dentro de los relatos sobre Tristán e Isolda, identificamos este punto de inflexión en el momento en que el caballero y la princesa beben una poción de amor.

Dicho brebaje había sido preparado con anterioridad por la madre de Isolda, para que esta lo bebiera junto a su futuro esposo luego del matrimonio. En la versión escrita por Bérroul, la descripción del bebedizo es la siguiente:

La princesa estaba ahora enfurecida con la conducta de Tristán, que parecía desdeñarla entregándola a un hombre desconocido y lejano. Viéndola así la madre, preparó una mágica poción de vino y hierbas que aseguraba el amor de los futuros esposos; su poder era inmenso: la pareja que lo probara no podría evitar amarse durante tres años ni vivir separada sin atroces tormentos o la muerte. Hecho el brebaje, confiolo la reina a Brengain en secreto, con el encargo de darlo beber a Marco y a Iseo la noche de su boda y sólo a ellos dos. (Bérroul, 69)

La intención tras la poción preparada por la madre de Isolda es lograr la unión amorosa entre los futuros esposos, es decir, entre la princesa Isolda y el rey Marc. De todas formas, el poder del bebedizo es tal que afectará a cualquier pareja que lo ingiera. Es por esta razón que la reina de Irlanda ordena que nadie, salvo los recién casados, beban el brebaje una vez que sea realizada la ceremonia. Aun así, durante el viaje hacia Cornualles, a Tristán y a Isolda les es servido el vino, por error, y se vuelven víctimas de sus efectos, los cuales son descritos en la versión de Eilhart:

El bebedizo tenía la siguiente propiedad: si un hombre y una mujer bebían de él juntos, no podían volver a separarse por nada del mundo durante cuatro años. Por mucho que quisieran evitarlo, tendrían que amarse con todos sus sentidos mientras estuvieran vivos; pero además, durante cuatro años produciría un deseo tan grande entre ambos que no podrían separarse ni durante medio día. Si el uno no veía al otro a diario, se pondría enfermo. Y se amarían por efecto de la poción. Y si permanecían una semana sin hablarse, ambos acabarían muriendo; así estaba hecho el bebedizo, tal era la enorme fuerza que poseía. (von Oberg, 66–67)

Así, la magia del bebedizo es lo que envuelve a Tristán e Isolda en un sentimiento amoroso imposible de ser evadido. La propia descripción del amor que provoca la poción

implica una serie de instrucciones que tampoco podrán ser ignoradas o, de lo contrario, causará perjuicio en los afectados. Sin duda se trata de un brebaje que, bajo estrictas condiciones, obliga a los protagonistas a permanecer juntos:

Poco pensó él [Tristán]<sup>3</sup> que le causaría una desgracia y lo bebió despreocupado. El vino le pareció bueno y se lo ofreció también a su señora [Isolda]. En cuanto ella lo hubo tomado, ambos creyeron que iban a perder los sentidos sin poder remediarlo. Y a partir de entonces tuvieron que amarse. Pero ninguno de los dos sabía que el otro había comenzado a amarlo en tan poco tiempo, pues no lo descubrieron hasta más tarde. En silencio, ambos palidecieron y se ruborizaron a la vez bajo sus ojos. Cada uno creyó que el otro lo iba a hacer morir, así de fuerte era el amor producido por el bebedizo, contra el cual no se podían resistir. (von Oberg, 67–68)

Dentro de las cualidades de la magia encontramos la capacidad transformadora, es decir, que se trata de un arte capaz de alterar la realidad. En el momento en que los protagonistas de la leyenda ingieren el brebaje, los sentimientos que tenían anteriormente el uno por el otro mutan hacia lo amoroso. Es necesario mencionar que, hasta antes del episodio en el barco, Tristán e Isolda no estaban involucrados de manera romántica. Así lo relata la versión de Bérroul:

Iseo despedía con lágrimas las costas de su patria, que se perdían lentas en la lejanía, incierta de su destino en un país extraño. Tristán le cantaba para distraerla, con el respeto y fidelidad de un vasallo. Pero ella lo aborrecía: él la separaba de sus seres queridos, y su fidelidad a Marco más parecía desdén por ella. Así pensaba y sufría Iseo. (Bérroul, 69)

La narración destaca, en primer lugar, la respetuosa fidelidad de Tristán hacia Isolda, la futura esposa de su tío, y también hacia Marc. Por otro lado, menciona que Isolda aborrece al joven por alejarla de su país. Estos sentimientos de desagrado, por parte de Isolda, y de distancia, por parte de Tristán, son alterados durante la ingesta de la poción:

En cuanto bebieron, sus corazones se transmutaron, un irrefrenable amor los encadenó. Tristán se acordaba de su tío y se apartaba con horror de los sentimientos que invadían todo su ser. En poco tiempo el deseo fue más fuerte que sus almas y se entregaron al amor. (Bérroul, 70)

---

<sup>3</sup> La intervención hecha a las citas tiene un fin explicativo, pues se agregan los nombres de los personajes aludidos para facilitar la lectura y el entendimiento de los fragmentos seleccionados.

Como es mencionado en el fragmento, una vez que la poción fue bebida, los sentimientos de los protagonistas sufren una transformación. Aquellos sentimientos que antes los distanciaba son reemplazados por el amor, del que no pueden huir debido a la condición mágica del propio brebaje.

Del bebedizo y sus elementos recién analizados, nos interesan en particular: que fue realizado con una intención y que produjo un efecto en el transcurso de la historia. Tales aspectos nos permiten considerar la magia como un arte pues, este último concepto, lo definimos como una manifestación del deseo humano en que se utiliza un recurso para ser logrado.

Como vimos anteriormente, en el caso de *Tristán e Isolda*, tenemos que: la madre de Isolda desea que su hija y el futuro marido de la princesa se amen. Para lograrlo sintetiza una poción, la cual beben Isolda y Tristán. Dicho brebaje provoca el deseo amoroso entre los protagonistas, es decir, cumple el propósito con el cual fue formulado, sólo que, en lugar de ser bebido por Marc, quien lo ingirió junto a la princesa fue Tristán.

Dentro de la novela existen otras influencias de la magia o de los “centros de acción”, como le llama Trujillo. Si bien, no hay una entidad humana detrás de ellos, podemos considerarlas casualidades mágicas pues, de no haber ocurrido, la historia se hubiera desarrollado de manera muy distinta a como la conocemos. A continuación, analizaremos dos pasajes con estas cualidades: cuando el rey Marc decide con qué dama se casará y el momento en que Tristán llega a Irlanda, en búsqueda de dicha dama.

Debido a que Tristán había salvado a Cornualles de la amenaza de Moroldo, el rey Marc, quien no tenía esposa ni hijos, decidió que su sobrino heredaría el reino. Tanto Tristán como los consejeros del rey se negaron a la decisión, razón por la que Marc debió buscar una dama con la cual contraer matrimonio. La forma en que el rey Marc decide quién será su futura reina es descrita de la siguiente manera en la versión de Eilhart:

En ese momento, dos golondrinas comenzaron a picotear dentro de la sala real.

El señor se dio cuenta y las observó detenidamente. Entonces –escuchad bien pues es cierto– a ambas se les cayó un pelo hermoso y largo. El rey decidió estudiarlo con mayor detalle.

–Pertenece a una dama –se dijo–. Con él me defenderé. Desearé a esta por esposa y ellos no me la podrán conseguir. (von Oberg, 54)

No podemos negar que hay algo de maravilla en el hecho de que las golondrinas llevaran el cabello de Isolda desde Irlanda hasta Cornualles, lo cual implica que hayan cruzado el océano sin haber soltado la fina hebra. Si bien, Marc decide casarse con la dueña del cabello

por lo imposible que parece encontrarla, este acontecimiento permite que la figura de Isolda vuelva a aparecer dentro del panorama general de la obra.

Recordemos que Isolda y Tristán ya se habían encontrado una vez, cuando el joven recibió curaciones por parte de la princesa y su madre: “La reina Iseo, maga experta en venenos y remedios, y que había preparado la ponzoña del venablo de su hermano, supo hallar el antídoto y curó a Tristán. La princesa, su hija, Iseo también, veló y cuidó al convaleciente” (67). Ante el temor de ser reconocido como el caballero que dio muerte a Moroldo, el hermano de la reina, Tristán falseó su identidad. Cuando la herida mejoró, el joven volvió a Cornualles sin intención de regresar a Irlanda ni que en dicho país lo identificaran con su verdadero nombre. Hasta ese momento, todo parece indicar que los caminos de Tristán e Isolda no volverán a cruzarse. Pero con el episodio del cabello y las golondrinas se produce un cambio, es decir, el pasaje se convierte en un “centro de acción” que altera el curso de la historia.

El rey Marc envía a Tristán en búsqueda de la dueña del cabello, petición ante la cual el joven caballero emprende un viaje en barco:

Tristán ordenó al timonel evitar Irlanda, si no quería morir.

–Sé bien –dijo– que, si llegamos allí en barco, moriremos. Debemos buscar a una mujer y recorrer todas las tierras a las que la nave pueda llevarnos o a las que se pueda llegar cabalgando; quizás veamos el día en que hallemos a esa dama.

Pero entonces los vientos iniciaron una terrible tempestad que con toda su fuerza y gran poder se apoderó de la nave, arrojándola en aquella sola noche hasta la mismísima Irlanda, a la costa frente al castillo en el que Tristán había sido curado. (von Oberg, 55)

En esta oportunidad es el viento lo que provoca un “centro de acción” en la obra. Tristán, quien deseaba a toda costa evitar el país de Irlanda, acabó siendo arrastrado por una fuerza superior hasta el territorio de la princesa Isolda. Una vez más, se nos presenta una acción que modifica el transcurso de la historia ya que, de haber continuado con las intenciones de Tristán, su búsqueda se hubiera dirigido hacia otro lugar.

El reino de Irlanda estaba siendo atacado por un dragón. El rey de dicho país ofrecía la mano de su hija, Isolda, a quien derrotara a la bestia. Tristán decidió enfrentarse a la criatura, no por querer a la dama como esposa, sino para ganarse el favor del monarca y que este les permitiera salir con vida de Irlanda a él y sus acompañantes (von Oberg, 57). Después de vencer al dragón, la exposición a la ponzoña de la bestia provocó que Tristán enfermara nuevamente.

Isolda, junto a su madre y su criada Branguena, encontraron al caballero desmayado en un lago. Las damas reconocieron que el joven fue quien derrotó a la criatura y lo llevaron hacia el castillo para darle tratamiento, así lo narra la versión de Bérout: “Lo trasladaron a palacio, guardaron la lengua [del dragón] y Tristán fue recuperándose gracias al arte de la reina y de su hija” (68). Mientras que, la versión de Eilhart lo describe de la siguiente manera:

La mismísima doncella poderosa [Isolda] bañó al guerrero. Le curó las heridas frotándolo con muchos buenos ungüentos por todas partes hasta que recuperó su esplendor y reapareció en toda su hermosura.

Cuando el osado caballero Tristán hubo recobrado su color, le pareció que, sin duda, ella era la dama que él buscaba. Observó detenidamente su cabello, en pos del cual había viajado incansable durante tanto tiempo. (von Oberg, 60)

De esta forma concluye la búsqueda de la dueña del cabello, dama a la cual el rey Marc había decidido tomar por esposa. El reencuentro entre Tristán e Isolda no hubiera sido posible sin los pasajes anteriormente analizados: la escena de las golondrinas y el cambio en la dirección del viento durante el viaje del caballero. Como revisamos, ambos momentos pueden ser considerados casualidades mágicas, pues generan un cambio dentro de la obra y ocurren debido a una fuerza superior a la voluntad de los personajes.

En último lugar tenemos el siguiente extracto del *Lai de la Madreselva*, del momento en que Tristán encuentra una manera de hacerle saber a Isolda sobre su presencia:

Cortó por la mitad una rama de avellano y la talló a escuadra y, cuando hubo preparado el bastón, con un cuchillo escribió su mensaje. (...) He aquí el sentido del mensaje que le enviaba: que largo tiempo había estado allí y había esperado y permanecido al acecho para encontrar la manera de verla, pues no podía vivir sin ella. Su suerte era semejante a la de la madreselva que se enlazaba en el avellano: cuando se ha enredado y prendido y trepado alrededor de su tronco, juntos pueden seguir viviendo, pero si alguien quiere separarlos, el avellano muere inmediatamente y lo mismo le ocurre a la madreselva.

*Dulce amiga, así es de nosotros:*

*ni vos sin mí, ni yo sin vos.*

La Reina iba cabalgando, miró la pendiente y vio el bastón, bien lo distinguió y comprendió todo lo que había escrito en él. (María de Francia, 299–300)

El mensaje que talla Tristán en la rama es mucho más breve que el sentido completo tras él. De todas formas, que Isolda sea capaz de comprenderlo a la perfección y, además, que haya podido encontrar la rama mientras pasaba por el bosque, puede parecernos también una

casualidad mágica. En este relato el “centro de acción” es menos evidente que en las otras versiones revisadas del mito, pero podemos considerarlo como parte del tópico de la magia ya que es lo que provoca que los protagonistas se reúnan. Es decir, la rama con el mensaje opera de manera similar al bebedizo en las otras obras. Sólo que, esta vez, es Tristán quien está detrás de dicho deseo y no la madre de la princesa.

### **3.2. Engaño**

El engaño es el segundo tópico que analizaremos dentro de las obras, el cual también será considerado como un arte. Este concepto, en los diccionarios consultados, es definido como:

Engaño: Acción y efecto de engañar. Para complementar la definición, también buscamos el significado del verbo al cual alude la explicación anterior:

Engañar: Hacer creer a alguien que algo falso es verdadero.

De este modo, la definición completa de “engaño” nos quedaría como: Acción y efecto de hacer creer a alguien que algo falso es verdadero. Queremos dejar en claro que con este tópico nos referimos a los momentos en que Tristán e Isolda manipulan la situación en que se encuentran, con tal de hacer parecer a los demás personajes que entre ellos dos no existe un vínculo de deseo amoroso.

En nuestra interpretación, la habilidad de los protagonistas con la cual engañan al resto es considerada un arte. Vimos anteriormente que la definición de esta categoría era: una manifestación del deseo humano en que se utiliza un recurso para ser logrado. En este caso, lo que desean los protagonistas es no ser descubiertos y, para lograrlo, llevan a cabo una serie de artimañas.

Antes del episodio del bebedizo, es Tristán quien encarna esta dimensión. Cada vez que el joven llegaba a Irlanda, este decidía ocultar su identidad con tal de que no lo descubrieran: “Le inquietaba el temor de ser reconocido como el vencedor del Morholt: así que, contó ser un juglar, de nombre Tantris, herido por unos piratas” (Bérroul, 67). Así, vemos que la habilidad de engañar es uno de los muchos talentos que posee Tristán. Engaña a su tío, a los nobles irlandeses e incluso al rey Arturo en el episodio del Mal Paso.

No es hasta que los protagonistas ingieren el bebedizo que dicha habilidad, la cual había sido de uso exclusivo para Tristán, se convierte en un recurso que utilizan el caballero y la princesa para proteger el sentimiento amoroso que los une. Ya que el deseo insurgente en los protagonistas los obligaba a permanecer juntos, aún en el viaje en barco, Tristán e Isolda se entregaron el uno al otro pues así lo demandaba el amor que sentían mutuamente.

El primer engaño que los amantes deben articular tiene por propósito hacerle creer al rey Marc que, durante la noche de bodas, Isolda continúa siendo virgen: “Los amantes se buscaban, pero su placer se enturbiaba de zozobra: no lograban deshacerse de la imagen de Marco y del castigo que les esperaba cuando se descubriera que Iseo no era doncella.” (Bérroul, 70). Para evitar que Marc descubriera la relación entre los amantes, Tristán le dice a su tío:

Entonces Tristán habló astutamente a su amado señor:

–No os debe enojar lo que mi señora [Isolda] me encomienda pedir, que es que cumpláis con ella la costumbre de su país.

El rey preguntó cuáles eran esas costumbres de su tierra y el fiel hombre le dijo que no debía haber ninguna luz cerca de la cama cuando la reina yaciera con él por vez primera, de modo que nadie la viera hasta cuando se levantara por la mañana. (von Oberg, 74)

Con tal de evitar un inminente conflicto con el rey, Tristán le dice que, debido a una costumbre irlandesa, durante la noche de bodas debe permanecer a oscuras la habitación matrimonial. Antes, Isolda había convencido a su sirvienta Branguena, quien sí permanecía casta, de tomar su lugar junto a Marc:

Por la noche Brengain se acostó en el regio lecho: todas las luces se apagaron, haciendo creer a Marco que tal era el uso irlandés en la circunstancia. El rey tomó a Brengain y, cuando se hubo dormido, la fiel ama salió del lecho y ocupó Iseo el sitio. El rey jamás sabría nada: las dos mujeres tenían la misma edad y proporciones idénticas. (Bérroul, 70)

En primera instancia, Marc se acuesta con Branguena, a la cual toma por su mujer. Ya que Tristán le había dicho sobre una supuesta costumbre irlandesa de apagar las luces durante la primera noche de los recién casados, el rey no se dio cuenta de que quien estaba junto a él no era Isolda. Como Branguena poseía un cuerpo similar al de la reina, Marc creyó sin cuestionamientos que se trataba de su esposa. De esta forma Tristán e Isolda logran engañar a Marc, todo con la intención de proteger el secreto de que ambos jóvenes se entregaron durante el viaje de regreso a Cornualles.

Desde su llegada al palacio en Tintaniol, los protagonistas deben actuar en conjunto para resguardar el vínculo de amor que los une. No debemos olvidar la condición que impuso el bebedizo sobre Tristán e Isolda: ambos necesitan permanecer juntos, o de lo contrario, podrían incluso morir ante la ausencia de la persona que aman. La cercanía de los amantes levanta sospechas entre los consejeros del rey, quienes le aconsejan a Marc que consulte con un enano astrólogo si acaso su esposa y su sobrino le son infieles.

El enano Frocín advierte a Marc sobre una reunión a mitad de la noche entre los amantes, oportunidad en la que cree que podrá comprobar si acaso existe una relación entre los jóvenes. Frocín le dice a Marc que espíe a los amantes, desde la altura de un pino, pero tanto Tristán como Isolda advierten la presencia del rey debido a su reflejo en la superficie del agua:

Luego el prudente monarca trepó al árbol tal y como el otro se lo había ordenado. (...) El rey y su acompañante seguían en el árbol y Tristán vio entonces sus sombras, proyectadas por la luz de la luna en el agua del riachuelo. (...) Entonces también la dama descubrió a los espías, pues la luz de la luna proyectaba sus sombras sobre el agua. La mujer demostró su inteligencia no volviendo hacia allí sus ojos, sino comportándose como si no supiera nada. (von Oberg, 83)

El caballero y la dama se percatan de la presencia de Marc, ante lo cual reaccionan a tiempo y hacen parecer que su encuentro se debe a una razón distinta. Dicen a viva voz que Tristán espera que la reina le ayude a ganarse el favor de su tío, ya que éste le había prohibido el paso a la corte, debido a los rumores sobre la relación del joven con la reina (von Oberg, 83).

En la versión de Béroul, Isolda le dice a su amado:

Tristán, guardaos en cualquier lugar  
de darme cita, ya fuera grave el motivo:  
no tendría el coraje suficiente  
para atreverme a acudir.  
Ya me estoy retrasando aquí con vos,  
a decir verdad.  
Si el rey llegara ahora a saber palabra de esto,  
me descuartizaría ahora entera,  
y sería, sin embargo, grave injusticia.  
De cierto sé que me daría muerte.  
Tristán, a buen seguro que el rey ignora  
que sólo por él os he amado tanto:  
porque erais de su familia  
os tenía yo aprecio. (Béroul, vv. 60–72)

Recordemos que, tanto Tristán como Isolda, saben que Marc está siendo testigo del encuentro. Es por esta razón que ambos ocultan el verdadero motivo de su encuentro y la reina finge hablar como una mujer leal a su esposo. En primer lugar, la reina se queja con Tristán por haberla citado a horas de la noche, cuando debía estar durmiendo junto al rey. Además,

reconoce que acercarse a Tristán supone un peligro para ella, pues Marc le había prohibido a su sobrino rondar cerca de la reina. El discurso de Isolda finaliza con la excusa de que recibir un castigo, por encontrarse con el joven, sería una injusticia para ella ya que afirma que el aprecio que siente hacia Tristán tiene una única explicación: porque es el sobrino de su esposo.

Cabe destacar el alto nivel de complicidad entre los amantes, pues en ningún momento se dicen que están siendo observados por Marc. Tristán vio al rey en cuanto llegó al punto de reunión, sin darle tiempo de avisar a Isolda. Del mismo modo, la dama ve a su esposo en el árbol antes de hablar con Tristán. Es decir, ambos urden el engaño sin haberlo premeditado con anterioridad, pero tienen la confianza en el otro para saber que podrán ejecutarlo de la mejor manera posible:

Cuando hubo oído así a su amiga,  
[Tristán] comprendió que ella lo había advertido.  
A Dios rinde sinceras gracias.  
Ahora ya sabe que saldrán bien de ésta. (Bérroul, vv. 97–100)

La confianza que tienen los amantes en su actuación surte el efecto deseado. La narración confirma que el falso discurso de los amantes logra convencer a Marc de que no existe una relación amorosa entre el caballero y la reina:

Tristán se había ido ya, hacía un rato,  
y el rey bajó después del árbol.  
Se dice para sus adentros que ahora cree a su mujer  
y desconfía de los barones de su reino,  
que le hacían dar crédito a cosas  
que bien sabe no son ciertas  
y cuya falsedad ha comprobado. (Bérroul, vv. 285–291)

El rey, luego de presenciar la conversación entre su esposa y su sobrino, vuelve a creer en la fidelidad de Isolda. Además, cree haber confirmado que entre los jóvenes no existe ninguna relación más que la de reina y vasallo. Así, una vez más, los protagonistas logran proteger su relación mediante la utilización de sus habilidades para engañar, en este caso, al propio Marc.

A pesar de que el rey ha aclarado sus dudas sobre el vínculo entre Tristán e Isolda, los consejeros de Marc continúan sospechando de los amantes. Luego de que los jóvenes pasen un tiempo en el bosque de Morrois, la reina y el caballero regresan a la corte. El rey acepta que Isolda regrese a su lado, pero exilia a Tristán de Cornualles. Aun cuando Marc no le exige a la

dama ninguna garantía de su fidelidad, los consejeros del rey demandan que la reina haga un juramento defendiendo su lealtad.

El lugar en que se llevará a cabo, según la versión de Béroul, es la Blanca Landa, a la cual se debe acceder a través del Mal Paso, un pantano difícil de cruzar. Ya que Tristán se entera del juicio hacia la reina, decide disfrazarse para acudir al evento:

¿Qué podría decirnos? Se acerca el plazo  
en que la reina ha de exculparse.  
Tristán, su amigo, no está ocioso:  
se había vestido de variopinta manera,  
con ropas de lanas y sin camisa;  
su sayo era de paño buriel,  
y sus botas, un damero de remiendos.  
Una amplia capa, [también] de buriel,  
se había hecho cortar, que apestaba a humo.  
Se había disfrazado tan a la perfección,  
que parecía un leproso de verdad. (Béroul, vv. 3564–3574)

En esta oportunidad Tristán vuelve a falsear su identidad. Se disfraza de leproso, no sólo para evitar ser reconocido por Marc y sus cercanos, sino porque planea ayudar a su amada:

Los caballeros de países extranjeros  
romperán lanzas por cobrar prez,  
y, por amor de Iseo, mi amiga,  
yo mismo haré pronto una incursión. (Béroul, vv. 3599–3602)

El joven dice que por amor acudirá disfrazado de leproso al Mal Paso. Se posiciona cerca del pantano, de modo que interactúa con todo aquel que asiste al juramento de la reina: el rey Arturo y sus caballeros, quienes participaron como testigos de Isolda; también el rey Marc y sus consejeros. Incluso ve a Isolda, quien, a diferencia de los demás personajes, es la única que distingue a Tristán disfrazado.

El caballero carga a la reina en su espalda y la ayuda a cruzar el pantano, acción de la cual se sirve Isolda para luego ofrecer el siguiente juramento:

por la gracia de Dios,  
santas reliquias veo aquí.  
Escuchad lo que por ellas voy a jurar,  
a fin de que tenga el rey todas las garantías:  
(...)

que entre mis muslos no entró hombre,  
salvo el leproso que hizo la montura  
y me trasladó a esta orilla del vado,  
y el rey Marco, mi marido.  
A ellos dos excluyo de mi juramento,  
pero no excluyo a ningún otro. (Bérout, vv. 4197–4210)

Vemos que en la escena anterior el engaño vuelve a ser un recurso utilizado por los protagonistas para protegerse. En primera instancia, Tristán disfrazado de leproso logra engañar a los presentes y asiste al juicio, habiendo sido ya exiliado por su tío. Luego tenemos que Isolda, habiendo cruzado el pantano en la espalda del supuesto leproso, jura que no ha tenido a ningún hombre entre sus piernas más que al rey Marc y el hombre que la ayudó a cruzar. Ya que el leproso es Tristán disfrazado, Isolda es capaz de jurar con la verdad pues es cierto que nadie además de su esposo y el caballero han compartido lecho con la dama.

En el caso del *Lai de la Madreselva*, así como con el episodio mágico, existe un momento en que es posible vislumbrar la necesidad de los amantes por ocultar su relación. Luego de que Isolda encontrara la rama con el mensaje de Tristán, la reina se aleja del cortejo que la acompañaba:

Ella se alejó de su gente, llamó junto a sí a su doncella, Brenguein, que le era muy fiel, y se apartó un poco del camino. Dentro del bosque encontró a aquel a quien amaba más que a nadie en el mundo. Fueron muy felices juntos. Habló con él a su antojo y le manifestó su alegría, después le explicó cómo reconciliarse con el Rey. (María de Francia, 301)

Si bien, en el lai, Isolda no engaña a nadie para reunirse con Tristán, es posible interpretar que se trata de un amor secreto porque necesita alejarse de sus acompañantes para ver a su amado. Llevar a Branguena consigo puede ser una medida de seguridad, así como el lugar en lo profundo del bosque donde los amantes se encuentran. Ambas decisiones se convierten en un recurso que utilizan los protagonistas para resguardarse, a sí mismos y al amor que se profesan.

### 3.3. Amor

El tercer tópico que analizaremos será el del amor. A diferencia de los otros dos temas ya revisados, en nuestra lectura consideramos a este como un oficio. Al inicio del capítulo definimos dicho concepto como: la habilidad que se obtiene mediante la práctica de una actividad. Para el amor, la definición en los diccionarios consultados es la siguiente:

Amor: Esmero con que se trabaja una obra deleitándose en ella.

Oficio y amor coinciden en la necesidad de dedicarse a una labor, u obra como dice la última definición. Estas cualidades describen la manera en que actúan Tristán e Isolda a lo largo de la historia, que siempre están buscando nuevas formas de encontrarse y evadir a los personajes que están en contra de su relación. Como dice Ruiz Capellán en la Introducción a la versión de Béroul: “el amor, aunque ya logrado, no sería nunca una conquista definitiva, sino siempre provisional, es decir, necesariamente renovable por el esfuerzo y el mérito” (19). El amor que surge entre Tristán e Isolda, condicionado por el bebedizo, los obliga a trabajar constantemente en la protección del vínculo que los une.

Victoria Cirlot dice también que: “La vida de Tristán es una vida para el amor” (118), es decir, una vida en la que el amor toma un papel protagónico, que no puede ser vida si no es con el amor de Isolda. No sólo implica la existencia de un sentimiento romántico, sino que necesita realizar acciones, de manera constante, en pos de la preservación de dicho sentimiento. Sobre esto, Michel Zink en “Un nuevo arte de amar”, dice que:

Un arte de amar implica un saber y una práctica del amor, una enseñanza del amor, pues ese es el sentido que entonces tenía la palabra “arte”. Pero un saber, una práctica, una enseñanza de todo el amor y de todo lo que el amor incluye, pues el amor es, a sus ojos, la totalidad de la vida y el ser. (Zink, 275–276)

El autor nos explica que, durante la Edad Media, la enseñanza del amor implicaba una práctica de este, la cual se evidenciaba en cada aspecto de la vida de los amantes pues era parte fundamental de ella. Caso similar ocurre con Tristán e Isolda, como hemos revisado anteriormente.

Luego de ingerir el bebedizo, Isolda ofrece un monólogo cuando comprende que se ha enamorado de Tristán. En él expresa sus sentimientos y preguntas respecto al amor, al cual se dirige:

Amor, deseo servirte y es justo que seas indulgente conmigo, pues amo a un hombre de tal manera que nunca una mujer sintió un amor mayor por otro. ¿Qué más harás conmigo? Debes saber, Amor, que por ti estoy arriesgando mi vida y mi honra, apiádate de mí por ello. Amor, estás causando mucho dolor a mi corazón. Amor, tu enorme poder me hace sudar y tener frío, a ti me someto; puedes concederme tu gracia. Amor, a tus pies deseo postrarme para que me liberes de mi tormento. (von Oberg, 70)

Durante su discurso, la princesa expresa que se pondrá al servicio del amor. La dama sabe de las implicancias que esto tendrá en su vida, pues estará arriesgando todo lo que tiene

por aquel sentimiento. Los dolores y tormentos mencionados se refieren a que, hasta ese momento, Isolda todavía no sabía que Tristán también se había enamorado de ella. Es por eso que le pide al Amor que se apiade de su persona, pues los efectos del bebedizo exigían cercanía de los amantes.

Más adelante en la historia, el rey Marc, sus consejeros y el enano Frocín, tienden una trampa con la cual descubren que Tristán se acercó al lecho de la reina. El caballero y la dama fueron capturados para su pronta ejecución, pero Tristán consigue escapar de aquellos que lo retenían. Ya que los amantes habían sido separados, Tristán desconocía si acaso la reina ya había sido condenada. Al verse libre, pero sin su amada, se lamenta:

Ayo, acaba Dios de hacerme gran merced:  
he escapado, y aquí estoy ahora.  
Pero, ¡ay, triste de mí! ¿qué me importa ya?  
No teniendo a Iseo, de nada me vale.  
¡Desdichado!, ¡qué salto acabo de dar!  
¿A qué se debió que no me haya matado?  
Podría haber sido demasiado tarde para mí.  
¡Sí, he escapado, [pero] a ti, Iseo, te queman!  
Así que, en verdad, para nada me he librado.  
Por mí la queman, por ella moriré. (Béroul, vv. 979–988)

El joven dice que, a pesar de haberse salvado, sus esfuerzos no significan nada si Isolda no se salva también. Tristán sufre ante la ausencia de su amada, pues todo lo que ha hecho pierde su valor cuando deja de servir al amor y la protección del vínculo que lo une a la dama.

Los pasajes anteriores demuestran la necesidad de los amantes por servir al amor. Viven por el sentimiento que comparten, sus vidas giran en torno a mantener y preservar la relación que los une. Día a día, acción tras acción, Tristán e Isolda practican el amor como si de un oficio se tratase.

Ya sabemos que cuando los amantes se separan sus vidas parecen carecer de sentido. Este es un hecho del cual los jóvenes son conscientes también, es por eso que, momentos antes de distanciarse, al menos a ojos de los demás personajes –pues recordemos que Tristán se disfraza para volver a ver a Isolda–, la reina le pide que deje a su perro Husdent con ella:

«Tristán, atiéndeme un instante:  
déjame a Husdent, tu perro.  
Jamás sabueso de montero

ha de ser cuidado con tantas atenciones  
como lo será éste, mi querido y dulce amigo.  
Cada vez que lo vea, así lo creo,  
me vendrá vuestro recuerdo,  
y no tendré tan triste el corazón  
sin que, en viéndolo, recobre la alegría.  
Nunca, desde la promulgación de la ley divina,  
habrá habido animal mejor albergado  
ni que se haya acostado en tan magnífico cubil.  
Amigo Tristán, tengo un anillo,  
[que lleva] un jaspe verde como sello:  
amable señor, por amor a mí,  
llevad ese anillo en vuestro dedo.  
Y, por si os viene a las mientes, señor,  
mandarme algún recado con un emisario,  
os diré, recordadlo bien,  
que no he de creer nada, en verdad,  
si no veo, señor, este anillo.  
Pero, aunque cualquier rey lo prohibiera,  
si veo el anillo, no dejaré,  
sea cordura o necesidad,  
de hacer como me indique aquel  
que traiga consigo este anillo,  
con tal que quede a salvo nuestro honor:  
os lo prometo por nuestro inmenso amor.  
Amigo, ¿me haréis don  
del brioso Husdent, atado a su trailla?»  
Respóndele Tristán: «Amiga mía,  
os hago don de Husdent como prenda de amor.  
—Señor, gracias a vuestra merced.  
Pues me habéis hecho dueña del perro,  
tomad el anillo a cambio.»  
Del dedo se lo saca, lo mete en el de él.  
Tristán besa a la reina,

y ella a él, sellando la posesión. (Bérout, vv. 2695–2732)

Ante la inevitable separación, pues la reina había accedido a regresar a la corte junto a su esposo, el rey Marc, y este decidió exiliar a Tristán del país, los amantes intercambiaron sus pertenencias. Isolda le pide al caballero que le deje su perro fiel, Husdent, y a cambio la dama le ofrece un anillo que luego servirá como garantía cada vez que Tristán solicite, mediante intermediarios, encontrarse con la reina.

El intercambio de pertenencias implica que, aunque los amantes se distancien, se mantendrán cerca a través de las prendas que dejan en posesión del otro. Dicho de otro modo, siempre que los amantes continúen cuidando la prenda intercambiada, perdurará el trabajo y esfuerzo que realizan día a día para la mantención del amor que los une.

Del fragmento anterior nos interesa, de forma particular, que Isolda resguarde al perro de su amado. Cabe destacar que, en el momento que Tristán escapa de sus captores, el joven realiza una serie de hazañas: salta de una capilla en lo alto de un acantilado, rescata a Isolda del castigo al que había sido condenada y huye con la reina hacia el bosque de Morrois. Ya que Husdent había quedado en la corte, los consejeros de Marc le proponen al rey liberar al animal para que encuentre a su dueño. Husdent, al verse sin correa, realiza el mismo recorrido que Tristán, hasta dar con su paradero en el bosque (Bérout, vv. 1489–1521). Este hecho implica una personificación de las habilidades de Tristán en Husdent, o incluso, podríamos considerar a Husdent como una extensión de Tristán.

Luego de la separación de los amantes, Tristán llega al país de Kaharés. Tal como hizo en Irlanda, el caballero salva a la nación de una amenaza y consigue la mano de la princesa, Isolda de las Blancas Manos. El joven toma a la dama por esposa, pero no consuma su matrimonio. Esto es algo que descubre Kehenis, el hermano de la otra Isolda, quien le pregunta a Tristán la razón de dicha deshonra hacia su hermana. El caballero le responde: “Hay una dama que por amor mío trata mejor a un perrillo, públicamente y en privado, de lo que vuestra hermana me ha tratado a mí” (von Oberg, 120). Con tal de corroborar sus palabras, Tristán invita a Kehenis a comprobarlo con sus propios ojos. Ambos jóvenes viajan hasta Cornualles, donde encuentran a Isolda y a Husdent en un desfile:

Venían dos valiosos palafrenes que portaban unas andas todas ellas adornadas de oro. Kehenis pidió a su compañero que le explicara lo que era.

–Este es mi perro –dijo aquel–, al que la reina trae así por amor a mí.

Entonces Kehenis dijo a su amigo:

–Mi hermana nunca te ha llevado a ti de esa manera. (von Oberg, 124)

El príncipe reconoce que su hermana no realiza las mismas muestras de amor por Tristán, las cuales Isolda, la Rubia, continúa ejecutando aun cuando los amantes están separados. El acto va más allá, ya que la reina no sólo traslada a Husdent en finas plataformas, sino que también demuestra de manera física su afecto hacia el animal:

La dama se encaminó a las andas doradas y sacó de ellas al perrillo. En verdad os digo que acarició entonces al can muy amorosamente con su abrigo, en el que había insertados muchos rubíes y que estaba cosido y adornado con oro y con gemas; su forro era de damasco tricoloro y la piel de armiño. Con él la poderosa reina acarició dulcemente al perro, al que luego cogió en brazos y acarició de tal modo que Kehenís el valiente dijo:

–Querido amigo mío, quedas dispensado de la fianza que diste. Mi hermana jamás te trató tan bien. (von Oberg, 125)

Isolda, a través del cuidado de Husdent, demuestra que continúa preservando el amor que siente por Tristán. Es decir, la dama continúa esmerándose por la protección del vínculo, pone en práctica las acciones necesarias para mantener vivo el amor.

Para finalizar, a continuación, presentamos la descripción que da la narración del *Lai de la Madreselva* sobre el contenido del relato: “Trata de Tristán y de la Reina [Isolda] y de su amor tan perfecto, por el que padecieron muchos tormentos, hasta morir los dos de él en un mismo día” (María de Francia, 297). Es una frase breve, pero que se encarga de resumir lo que es el amor de los protagonistas en *Tristán e Isolda*: un vínculo que debe ser protegido, para lo cual, los amantes se anteponen con ingenio a diferentes pruebas, hasta el momento de su muerte. La muerte, como veremos en el siguiente capítulo, no es el fin del amor, sino que el lugar donde el sentimiento de los amantes puede trascender hasta la posteridad.

### **3.4. El concepto de “Artificio”**

Acabamos de revisar los tres tópicos considerados en nuestro análisis. En resumen, tenemos que: magia y engaño funcionan como un arte, ya que detrás de dichos tópicos existe un deseo por lograr algo. En el caso de la magia, lo que se quiere lograr con ella es la unión de los amantes. Para el engaño, lo que se quiere lograr es la protección del vínculo que une a Tristán e Isolda. Por otra parte, el amor es considerado como un oficio, pues exige la habilidad y práctica de una acción. Dicha práctica es la del amor, pues el vínculo que se forma entre el caballero y la reina exige una mantención de este.

Ambas ideas globales, la de arte y la de oficio, conforman el concepto de artificio: Arte o habilidad con que se hace algo. Ahora nos preguntaremos, ¿qué es lo que se hace? Desde

nuestra lectura, proponemos que lo que se construye a partir de las categorías ya definidas y analizadas, es el relato de Tristán e Isolda.

La magia es el “centro de acción” que reúne a los protagonistas y los vincula mediante el sentimiento amoroso. El engaño es el método al que recurren los amantes para proteger dicha unión. Y el amor es algo que se trabaja constantemente, algo que Tristán e Isolda, aunque se encuentren distanciados de manera física no dejan de practicar, pues es un sentimiento que los acompaña siempre.

Estos tres elementos son fundamentales para construir la historia del mito de Tristán e Isolda. De no ser por la ingesta del bebedizo, el detonante del amor entre los protagonistas, el román hubiera continuado la estructura de otras novelas de la época: un relato que gira en torno a un caballero, el cual debe sortear diferentes obstáculos y pruebas para demostrar su valía.

En el caso de *Tristán e Isolda* el relato gira en torno al amor de los protagonistas y cómo deben evitar ser descubiertos. Ambos, el caballero y la princesa, son los que deben demostrar que son capaces de mantener el vínculo amoroso que los une. Lo que se pone a prueba dentro de las obras es el amor de los jóvenes, el cual no hubiera sucedido de no ser por la influencia de la magia, ni hubiera perdurado de no ser por los engaños que utilizan los amantes para protegerse.

#### **4. CAPÍTULO IV**

##### **LA AVENTURA DEL AMOR**

Luego de revisar la relevancia del amor en los relatos sobre Tristán e Isolda, se nos presentó una nueva interrogante. A diferencia de otros *romans* de la época, en este caso, los protagonistas no deben enfrentarse a una serie de pruebas para consagrar sus roles dentro de la corte. Ninguno de los personajes cuestiona las capacidades de Tristán como caballero, ni tampoco niegan el estatus de Isolda como la esposa del rey Marc. De modo que, los amantes no deben ocuparse de conquistar un lugar en el escenario sociopolítico que les rodea.

Es por esta razón que, en nuestro estudio, proponemos que el argumento de las obras gira en torno al continuo desarrollo y protección del amor que sienten el caballero y la reina Isolda. Esto nos llevó a cuestionarnos si acaso es posible identificar en dicho tópico, el del amor, los momentos por los que, de manera arquetípica, suelen atravesar los caballeros que se

enfrentan a una aventura. Para corroborarlo, trabajaremos con el modelo del “Viaje del Héroe” que plantea Joseph Campbell en su libro *El héroe de las mil caras* (1997).

#### **4.1. El modelo del “Viaje del Héroe”**

En 1949, el año de la publicación original de su obra, Joseph Campbell plantea la estructura del “monomito”. Se trata de un modelo que es posible de aplicar al recorrido que realiza un héroe durante su aventura, sea cual sea el origen de dicho relato. El autor describe este modelo de la siguiente manera:

El camino común de la aventura mitológica del héroe es la magnificación de la fórmula representada en los ritos de iniciación: *separación-iniciación-retorno*, que podrían recibir el nombre de unidad nuclear del monomito.

El héroe inicia su aventura desde el mundo de todos los días hacia una región de prodigios sobrenaturales, se enfrenta con fuerzas fabulosas y gana una victoria decisiva; el héroe regresa de su misteriosa aventura con la fuerza de otorgar dones a sus hermanos. (Campbell, 35)

Campbell explica que el “monomito” se compone de tres momentos: la separación, cuando el héroe se adentra en la aventura; la iniciación, cuando el héroe debe enfrentarse a una serie de obstáculos para su desarrollo como personaje; y por último, el retorno, cuando el héroe debe regresar al lugar donde comenzó su aventura.

Se trata de un recorrido en el que el héroe transita desde el mundo cotidiano en el que comienza la historia hacia lo desconocido y, luego de haber ganado un conocimiento trascendental, regresa al lugar inicial de su viaje. Cada una de las etapas del “Viaje del Héroe” tiene, a su vez, subdivisiones. En el desarrollo del presente informe no nos detendremos en cada una de ellas, pero sí en las que nos parezcan más relevantes dentro de la “travesía amorosa” que deben sortear Tristán e Isolda.

#### **4.2. El viaje del amor**

Como hemos adelantado, en este apartado nos dedicaremos a identificar las etapas del “Viaje del Héroe” dentro de los relatos estudiados de Tristán e Isolda. Cabe destacar que, si bien, son los protagonistas quienes se embarcan en una aventura, nos enfocaremos en comprobar que dicho viaje tiene por finalidad la perpetuación del amor que une a los amantes.

Para lograrlo, seleccionaremos pasajes de las versiones revisadas de *Tristán e Isolda* que, creemos, es posible relacionar con las descripciones que hace Joseph Campbell de los

momentos que constituyen la estructura del “monomito”. Es necesario hacer presente que la denominación de los siguientes apartados corresponde a los títulos propuestos por el autor en *El Héroe de las mil caras*.

#### **4.2.1. La Partida: el inicio del amor**

La primera de las etapas dentro del “Viaje del Héroe” corresponde a “La partida”. Se trata del momento en que el héroe abandona el espacio conocido para sumergirse en la aventura. Campbell divide este proceso en cinco subunidades: “La llamada de la aventura”, “La negativa al llamado”, “La ayuda sobrenatural”, “El cruce del primer umbral” y “El vientre de la ballena”.

En el desarrollo de nuestro análisis nos interesan, sobre todo, las cuatro primeras etapas de “La partida”. La última, “El vientre de la ballena”, será tratada como una profundización dentro de lo que implica “El cruce del primer umbral”. Situaremos el comienzo del amor entre Tristán e Isolda como el inicio de la aventura, para el cual deben ocurrir una serie de “pasos previos” antes de efectuarse.

##### **4.2.1.1. La llamada de la aventura: de Cornualles a Irlanda**

Campbell dice que el llamado del héroe ocurre cuando: “Una ligereza –aparentemente accidental– revela un mundo insospechado y el individuo queda expuesto a una relación con poderes que no se entienden correctamente” (54). Corresponde a una manifestación de lo desconocido en el mundo cotidiano del héroe, del cual se espera que responda al suceso.

La ligereza, dentro de *Tristán e Isolda* podemos identificarla en el momento en que Marc observa a las golondrinas con el cabello de Isolda: “Marco había creído hallar un medio para aceptar el matrimonio sin casarse. Convocó a sus hombres y les notificó que desposaría a la dueña de un rubio cabello que unas golondrinas habían dejado caer en su ventana” (Bérroul, 67). En el capítulo anterior revisamos lo casual que parece ser este hecho cuando, lo cierto es que, pudimos identificar en él cualidades mágicas que generaron un cambio en el rumbo del relato.

Dicho pasaje es la manifestación de los poderes mencionados en la descripción de Campbell, los cuales instalan la presencia de la magia como un elemento fundamental en el desarrollo del amor de Tristán e Isolda. Sobre este momento, Campbell agrega: “Significa que el destino ha llamado al héroe y ha transferido su centro de gravedad espiritual del seno de su sociedad a una zona desconocida” (60). La presencia de lo desconocido invita al héroe a transitar desde su mundo al de la aventura, lugar donde se desarrollará el argumento de la historia.

Así ocurre con Tristán quien, luego de conocer la decisión de su tío de casarse con la dueña del cabello, le dice al rey:

Si os importa esta mujer de la que habéis hablado, sea dueña o doncella y tanto si resulta en mi provecho como en mi desgracia, mandad aparejar una nave para mí con todo lo que pueda necesitar, pues por vos quiero ir a buscarla todo lo lejos que haga falta. (von Oberg, 55)

No es hasta después del evento mágico, es decir, de la manifestación de lo desconocido en el cotidiano de la corte de Cornualles, que Tristán se ve motivado a abandonar su lugar. El joven emprende la búsqueda de una dama, de la cual aún no sabe que acabará perdidamente enamorado, pero que, sin dudas, es el comienzo del viaje que lo llevará al encuentro del amor.

#### **4.2.1.2. La negativa al llamado: ¿para quién es la mano de Isolda?**

El héroe, según Campbell, puede emprender la aventura que se le ha manifestado o rechazarla. Sobre este aspecto, el autor nos dice:

La llamada no atendida convierte la aventura en una negativa. Encerrado en el fastidio, en el trabajo duro, o en la “cultura”, el individuo pierde el poder de la significativa acción afirmativa y se convierte en una víctima que debe ser salvada. (Campbell, 61)

No acudir a la aventura no implica que la empresa no se lleve a cabo, sino que el héroe debe ser salvado para poder embarcarse en ella. Algunas de las razones por las que el protagonista no atiende el llamado, según Campbell, están relacionadas con la negativa del héroe por abandonar su lugar. Este rechazo se debe a que el héroe se niega a dejar de lado las responsabilidades que cumple en el espacio de lo conocido.

Una vez que Tristán llega a Irlanda, se enfrenta a un dragón que acechaba al país. Dice la versión de von Oberg que: “A aquel que se enfrentara al dragón, si Dios le otorgaba matarlo, el rey le entregaría, sin duda alguna, su hija” (57). Como es de suponer, el caballero vence a la bestia y obtiene la mano de la princesa Isolda:

Tristán, por su parte, (...) había librado a los irlandeses del dragón: era, por tanto, merecedor de Iseo. Luego expuso el asunto que le había traído a Irlanda y la historia del cabello de oro. Todos de acuerdo, se formalizaron legalmente los desposorios de Marco e Iseo. (Bérroul, 69)

Tristán reconoce que Isolda es la dueña del cabello que las golondrinas dejaron en la ventana de Marc, es decir, era la mujer con quien su tío había decidido casarse. Tal como advertía Campbell, el joven rechaza la aventura por cumplir con sus responsabilidades como

vasallo. Tristán antepone su fidelidad hacia Marc y cede la mano de la princesa para que ésta contraiga nupcias con el rey de Cornualles.

Ya que, en principio, fue el caballero quien derrotó al dragón y, por ende, el legítimo merecedor de la mano de Isolda, podemos considerar este acto como la negativa al llamado de la aventura.

#### **4.2.1.3. La ayuda sobrenatural: el bebedizo**

Por una parte, Campbell menciona lo siguiente:

Para aquellos que no han rechazado la llamada, el primer encuentro de la jornada del héroe es con una figura protectora (a menudo una viejecita o un anciano), que proporciona al aventurero amuletos contra la fuerza del dragón que debe aniquilar. (Campbell, 70)

Pero por otra parte, el autor agrega un poco más adelante: “El héroe a quien se aparece tal ayudante es típicamente el que ha respondido a la llamada. (...) Pero aun a aquellos que han endurecido sus corazones aparentemente, puede venir el guardián sobrenatural” (74). Esta última aclaración nos interesa, sobre todo, porque se trata del caso en que se encuentra Tristán.

Antes, Campbell mencionaba que aquel héroe que rechazaba el llamado de la aventura debía ser salvado. La ayuda sobrenatural funciona como ese elemento que hace al protagonista retomar el viaje que debe emprender y, por tanto, que la aventura continúe su rumbo. Dentro de las versiones revisadas de *Tristán e Isolda*, es posible identificar la figura protectora con la reina de Irlanda, quien preparó la poción de amor que beben los protagonistas, aunque no esbata destinada a ellos dos: “La madre [de Isolda], preparó una mágica poción de vino y hierbas que aseguraba el amor de los futuros esposos” (Bérroul, 69).

El bebedizo funciona como un amuleto que ayuda a los amantes en la empresa de la cual se ocupan, es decir, la del amor. Sobre el poder del brebaje, como ya revisamos, se dice que: “Si un hombre y una mujer bebían de él juntos, no podían volver a separarse por nada del mundo durante cuatro años. Por mucho que quisieran evitarlo, tendrían que amarse con todos sus sentidos mientras estuvieran vivos” (von Oberg, 67).

Tales efectos son los que incitan a los amantes a adentrarse en la aventura, la cual había sido rechazada cuando Tristán e Isolda decidieron cumplir lo que se esperaba de ellos: que el caballero regresara a Cornualles con una esposa para su tío y que la dama contrajera matrimonio con el rey Marc.

Podemos considerar a la madre de Isolda y la poción que creó como los responsables de ayudar a los protagonistas a retomar el camino de su aventura, ya que, de no ser por su

intervención, los amantes no se hubieran enamorado con la intensidad que describe en los relatos que estamos estudiando.

#### **4.2.1.4. El cruce del primer umbral: la consumación del amor**

Sobre este momento, Campbell dice que: “La aventura es siempre y en todas partes un pasar más allá del velo de lo conocido a lo desconocido” (81). Cruzar el umbral significa adentrarse, por fin, en el nuevo mundo que la aventura le presenta al protagonista. Es la instancia en que se produce el tránsito desde lo cotidiano, hacia el espacio aún ‘indómito’ para el héroe.

Creemos que, en los relatos revisados, el cruce del umbral está presente cuando Tristán e Isolda beben la poción de amor. El brebaje es el detonante del sentimiento que une a los protagonistas, pues al ingerirlo: “ambos creyeron que iban a perder los sentidos sin poder remediarlo. Y a partir de entonces tuvieron que amarse” (von Oberg, 67). Desde entonces el amor se vuelve un elemento determinante en las vidas de los amantes, es algo de lo que no pueden ni quieren escapar.

Campbell, luego de cruzar el umbral, plantea el momento titulado “El vientre de la ballena”. De este dice:

La idea de que el paso por el umbral mágico es un tránsito a una esfera de renacimiento queda simbolizada en la imagen mundial del vientre, el vientre de la ballena. El héroe en vez de conquistar o conciliar la fuerza del umbral es tragado por lo desconocido. (Campbell, 88)

Se trata de un momento en que el protagonista es arrastrado por la aventura con una fuerza que lo aísla del mundo conocido. Es algo que lo supera en fuerza, algo que ya no puede evitar ni rechazar. El héroe se pierde en el nuevo mundo, justo después de haber cruzado el portal hacia dicho lugar.

La versión de Béroul dice, luego de la ingesta del mágico brebaje, que: “En poco tiempo el deseo fue más fuerte que sus almas y se entregaron al amor” (70), también que: “Los amantes se buscaban sin cesar” (Idem). Una vez que surge el amor entre Tristán e Isolda, se convierte en una fuerza imposible de ignorar. Los amantes se dejan arrastrar por esa fuerza superior del sentimiento amoroso y son envueltos, de manera definitiva, en la aventura que les espera: proteger su vínculo.

#### **4.2.2. La iniciación: la protección del amor**

La etapa central del “Viaje del héroe” corresponde a “La iniciación”. Es identificado como desarrollo de la aventura del héroe, el cual debe pasar una serie de pruebas para conseguir el objetivo de su misión. Campbell estipula seis momentos dentro del mencionado capítulo de su libro, los cuales son: “El camino de las pruebas”, “El encuentro con la diosa”, “La mujer como tentación”, “La reconciliación con el padre”, “Apoteosis” y “La gracia última”.

En el desarrollo de nuestro análisis nos interesa centrarnos en “El camino de las pruebas” y “Apoteosis”, momentos dentro de *Tristán e Isolda* donde los amantes deben trabajar en conjunto para resguardar el vínculo amoroso que los une.

##### **4.2.2.1. El camino de las pruebas: los engaños para proteger del amor**

El héroe, una vez que se deja arrastrar por lo desconocido e inicia la aventura, se enfrenta a desafíos que debe superar con tal de demostrar que es el elegido para cumplir su objetivo. Sobre este momento, Campbell dice: “Una vez atravesado el umbral, el héroe se mueve en un paisaje de sueño poblado de formas curiosamente fluidas y ambiguas, en donde debe pasar por una serie de pruebas” (94). Añade que: “La prueba es una profundización del problema del primer umbral” (104). Tenemos, entonces, que las pruebas impuestas al héroe tienen por finalidad tensionar aún más los espacios de lo conocido y desconocido.

En el caso de *Tristán e Isolda*, revisamos que esa tensión tenía que ver con la negativa hacia el amor de los protagonistas. Por tanto, las pruebas que deben sortear los amantes tendrán relación con el fortalecimiento del sentimiento que los une. Vimos en el capítulo anterior que el caballero y la reina recurren a engaños para evitar ser descubiertos y enjuiciados por el vínculo que comparten, de forma que, podemos considerar cada uno de los momentos en que deben recurrir a engañar a los demás personajes como una prueba a la perduración de su amor.

Campbell, además, añade sobre este momento que: “El héroe es solapadamente ayudado por el consejo, los amuletos y los agentes secretos del ayudante sobrenatural que encontró antes de su entrada en esta región” (94). El héroe necesita de compañeros que le ayuden a completar su propósito, en el caso de *Tristán e Isolda* quienes prestan ese servicio a los amantes son la criada de Isolda, Branguena y el escudero de Tristán, Curneval. Los amigos de los enamorados suelen hacer de cómplices en cada una de las pruebas que deben afrontar.

La primera prueba que los amantes debieron enfrentar fue durante la noche de bodas de Isolda y Marc. Como revisamos anteriormente, es Branguena quien toma el lugar en la cama junto al rey para evitar que éste descubriera que su esposa no era virgen: “La dama [Isolda] comunicó enseguida a Tristán que Branguena accedía a hacer lo que ella le había pedido, lo

cual alegró mucho al señor” (von Oberg, 74). El engaño se llevó a cabo gracias a la ayuda de la criada, pues, recordemos: “Por la noche, Brengain se acostó en el regio lecho: todas las luces se apagaron, haciendo creer a Marco que tal era el uso Irlandés en la circunstancia” (Béroul, 70).

Luego, tenemos el episodio en que el caballero y la reina se encuentran de noche, mientras que Marc los observa desde la cima de un árbol. Isolda, después de haber engañado al rey con su discurso, recurre a su criada para comentarle lo sucedido:

Brengain, no os quiero mentir:  
ignoro quién ha querido hoy traicionarnos,  
pero el rey Marco estaba subido al árbol  
junto al que se alza la roca de mármol.  
Observé su sombra en la fuente.  
Dios me hizo hablar la primera.  
De nada de lo que allí yo iba a buscar  
se pronunció palabra, os lo aseguro,  
sino asombrosos quejidos  
y gemidos sorprendentes.  
Yo reprochaba a Tristán el haberme citado  
y él, a su vez, me rogaba  
que le amistara con mi marido,  
que, con grave sinrazón, enjuiciaba erróneamente  
sus sentimientos por mí; le respondí  
que se había arriesgado a enorme desvarío  
y que, en cuanto a mí, nunca acudiría a su recado  
ni hablaría de él al rey.  
No me recuerdo qué más pude decir.  
Hubo lamentos sin tasa.  
El rey no se percató de nada  
Ni descubrió mi ardid.  
De menudo cepo me libré. (Béroul, vv. 347–369)

Branguena, al saber que su señora y el amado de la dama no han sido descubiertos, se alegra. Tristán e Isolda han sido lo suficientemente hábiles como para lograr que la situación se vuelva a su favor, cuando ambos divisaron que el rey Marc los estaba espiando. Tal es la

confianza que la reina tiene en su criada que, una vez regresa a sus aposentos, le relata lo sucedido sin guardarse un solo detalle.

Por último, sobre el escudero Curneval, vemos su participación como ayudante cuando Tristán e Isolda son llevados a juicio luego de que Marc, sus consejeros y el enano Forcín descubren la cercanía de los amantes. El caballero, al ser apresado, fue despojado de sus armas, ante lo cual Curneval reacciona:

Mucho amaba el escudero a Tristán,  
pues no quiso olvidar la espada de éste,  
sino que la cogió de donde estaba  
y la llevaba con la suya propia.  
Tristán avistó a su escudero  
y le dio una voz, pues lo había reconocido,  
y él acercósele con gozo. (Bérroul, vv. 971–977)

Tristán, logra escapar de sus captores cuando salta por un acantilado a través de la ventana de una iglesia. El joven se siente abatido cuando se ve libre, pero sin su amada. Curneval, como el fiel confidente y aliado que es, al reencontrarse con el caballero le entrega las armas que había recuperado. Además, le dice:

Ved ahí un espeso matorral  
todo cercado de zanjas.  
Señor, escondámonos dentro.  
Por aquí delante pasa mucha gente  
y podrías oír noticias de Iseo. (Bérroul, vv. 991–995)

Es Curneval quien insta a Tristán a buscar a Isolda antes de que se ejecute la condena de la dama. Es gracias al escudero que el joven se anima y logra rescatar a la reina. La ayuda de Curneval resulta fundamental para la mantención del amor que se profesan los amantes pues, a continuación, se desarrolla uno de los momentos que ejemplifica lo profundo de dicho sentimiento: el paso de Tristán e Isolda en el bosque de Morris.

#### **4.2.2.2. Apoteosis: el bosque de Morrois**

La “Apoteosis”, como explica Campbell: “Es el modelo del estado divino al que llega el héroe humano que ha atravesado los últimos terrores de la ignorancia” (140). Se trata del momento en que el héroe consigue la plenitud dentro de lo desconocido. Su aventura se encuentra en el momento más álgido, luego de haber superado los diferentes desafíos que lo pusieron a prueba después de cruzar el umbral.

En los relatos revisados de *Tristán e Isolda*, identificamos la “Apoteosis” durante la estadía del caballero y la reina en el bosque de Morrois. Luego de que Tristán escapara de su castigo y rescatara a Isolda también del de ella, los amantes huyen hacia el bosque. Se adentran en un espacio que difiere de la corte, en el que pierden todas las comodidades que el palacio puede ofrecerles. Pero, a cambio, ganan lo que tanto anhelaban: un lugar en el cual aislarse de aquellos que persiguen su amor, donde pueden entregarse mutuamente sin ser descubiertos o enjuiciados.

El paso por el bosque de Morrois es descrito en la versión de Eilhart como: “Él [Tristán] y la hermosa Isolda llevaban una vida dura en aquel bosque salvaje. Pero para ellos era un juego de niños, porque al mismo tiempo gozaban de una gran felicidad por el intenso amor que se profesaban” (von Oberg, 97). La narración reconoce que el bosque no tiene las condiciones óptimas para vivir. Los amantes carecen de una cama, incluso de un techo bajo el cual acostarse. Les falta el alimento, sus vestimentas se rasgan con el tiempo. Pero ninguna de esas carencias parece importarles, porque el amor que sienten por el otro es tan profundo que no necesitan nada más. Así lo reconoce también la versión de Béroul:

Mucho tiempo viven en aquel bosque,  
pero del lugar en que se albergan de noche  
se alejan por la mañana.  
(...)  
Áspera vida llevan y dura:  
pero su mutuo amor es tan hondo,  
que, estando juntos, no sienten dolor. (Béroul, vv. 1359–1366)

El mutuo amor que sienten Tristán e Isolda es lo suficientemente fuerte como para llenar la falta de comodidades que los amantes sufren durante su estadía en el bosque. Este espacio, de momento, inaccesible para los demás personajes, se vuelve en el escenario idílico en el que la pareja puede vivir como lo que son: dos jóvenes enamorados. No existen las responsabilidades, ni los deberes que les exigen cumplir sus roles dentro de la corte. Son sólo ellos dos, viviendo día a día y en plenitud el amor que sienten por el otro:

¿Sufrió alguien nunca tanta desdicha?  
Pero, por su mutuo amor, no lo padecen,  
[Sino que] gozaron de sí mismos libremente. (Béroul, vv. 1784–1786)

### 4.2.3. El regreso: un falso retorno

La última etapa del “Viaje del Héroe” corresponde a “El Regreso”. Este es el momento en que el héroe, luego de haber completado su misión, retorna hacia su hogar y da fin a la aventura. Del mismo modo que antes cruzó hacia lo desconocido, ahora debe cruzar un portal hacia el mundo cotidiano. Campbell divide este capítulo en seis apartados: “La negativa al regreso”, “La huida mágica”, “El rescate del mundo exterior”, “El cruce del umbral del regreso”, “La posesión de los dos mundos” y “Libertad para vivir”.

En el desarrollo de nuestro informe, nos enfocaremos en “El rescate del mundo exterior”, “El cruce del umbral del regreso” y “Libertad para vivir”. Cabe destacar una particularidad que identificamos dentro de las versiones de *Tristán e Isolda* con las que trabajamos. A diferencia de lo que postula Campbell, quien dice que el héroe regresa al mundo conocido, creemos que, en la historia de amor del caballero y la reina, ese retorno se falsea.

Es cierto que Tristán e Isolda regresan a la corte del rey Marc, pero como revisamos en el capítulo anterior, no por ello dejan de amarse. La aventura del amor no termina cuando los amantes dejan el bosque de Morrois, sino que es un sentimiento que vive con ellos incluso a la hora de distanciarse –de manera física–, cada uno para cumplir con sus deberes. Una vez que abandonan el espacio de lo desconocido, donde su amor pudo desarrollarse en libertad, el caballero y la reina recurren, tal como antes, a engañar a los demás personajes para resguardar su vínculo.

Es por esta razón que planteamos “El regreso” en *Tristán e Isolda* como un falso retorno. El caballero y la reina regresan a cumplir con sus roles, tal como debe hacerlo el héroe del monomito planteado por Campbell, pero el final de la historia no ocurre ahí. Los relatos de Tristán e Isolda que revisamos para el desarrollo de nuestro informe finalizan con una imagen particular de la muerte de los amantes: de sus tumbas crecen dos arbustos que, por el resto de la eternidad, permanecen unidos. Es un símbolo de que, el verdadero regreso del viaje amoroso, culmina con la trascendencia del vínculo que los une.

#### 4.2.3.1. El rescate del mundo exterior: Marc en el bosque de Morrois

Cuando el héroe no regresa de manera voluntaria al mundo cotidiano, dicho espacio irrumpe en lo desconocido. La realidad busca al protagonista y lo lleva de regreso al lugar donde emprendió su viaje. Campbell dice al respecto: “Pudiera ser que el héroe necesitara de ser asistido por el mundo exterior al regreso de su aventura sobrenatural. En otras palabras, pudiera darse el caso de que el mundo tuviera que venir y rescatarlo” (191). Este momento, dentro de *Tristán e Isolda*, ocurre cuando el rey Marc encuentra a los amantes en el bosque:

«¡Dios mío!», exclamó el rey, «¿Qué quiere decir esto?  
Ahora que he visto [tales pruebas de] su conducta,  
ya no sé, Dios mío, qué debo hacer,  
si matarlos o echarme atrás.  
Aquí en el bosque viven, tiempo hace ya,  
y bien puedo creer, si tengo buen sentido,  
que, si se amaran lujuriosamente,  
no llevarían vestidos,  
no habría espada entre ellos dos  
y esta escena sería muy distinta». (Bérroul, vv. 2001–2010)

Por razones inexplicables, durante la estadía en el bosque, Tristán e Isolda mantienen la costumbre de dormir con una espada que separa sus cuerpos. Marc, testigo de la escena, interpreta aquel gesto como un símbolo de castidad entre el caballero y la dama. Al convencerse de que los jóvenes no se aman y, de alguna manera, continúan siéndole fieles como vasallos, decide dejarles una señal de su visita:

[Mas], voy a dejarles una señal tal  
que, apenas se despierten,  
podrán saber a ciencia cierta  
que han sido sorprendidos en el sueño,  
que han sentido lástima de ellos  
y que no deseo en modo alguno matarlos,  
ni yo ni nadie de mi reino. (Bérroul, vv. 2020–2026)

La presencia de Marc en el bosque de Morrois es el llamado del mundo cotidiano en busca de los protagonistas. El rey les hace saber al caballero y la reina que, a pesar del tiempo que llevan perdidos, aún son bienvenidos en su corte. Es la señal necesaria para que Tristán e Isolda reconozcan que el bosque ha dejado de ser el lugar donde pueden vivir su amor. Sin exigirlo de manera directa, los obliga a abandonar la aventura y regresar a la corte, de la que no podrán continuar escapando.

#### **4.2.3.2. El cruce del umbral de regreso: las obligaciones del caballero y de la reina**

Al inicio del viaje, el héroe debe cruzar un pórtico que lo conduce al mundo de la aventura. Durante su retorno ocurre lo mismo, pero en dirección contraria. A la hora de abandonar el espacio desconocido, el héroe cruza un portal que es la bienvenida a su hogar.

Sobre este momento, Campbell dice que: “Los valores y las distinciones que en la vida normal parecen de importancia desaparecen con la tremenda asimilación del yo en lo que anteriormente era mera otredad” (200). Es decir, las costumbres del mundo cotidiano desaparecen en el mundo de la aventura. El héroe, dentro de lo desconocido, tiene libertad de acción y comportamiento, siempre que sea propicio para su misión. Así ocurrió con Tristán e Isolda, que durante su estancia en el bosque de Morrois vivieron como una verdadera pareja de enamorados.

De este momento, Campbell añade: “Debe quedar siempre (...) cierta incongruencia desconcertante entre la sabiduría que se trae desde las profundidades y la prudencia que usualmente resulta efectiva en el mundo de la luz” (201). Abandonar la aventura, implica abandonar esa libertad que poseía el héroe. Al retornar a su hogar debe volver a comportarse bajo los parámetros de un rol con el cual debe cumplir. Lo que aprenden Tristán e Isolda es a amarse, sentimiento que deberán ocultar una vez más cuando retornen a la corte.

Poco después de la intervención de Marc en el bosque, caduca el efecto de la poción de amor que bebieron los amantes. El deseo ennegrecedor que antes los obligaba a permanecer juntos disminuye su intensidad, pero no desaparece. El caballero y la reina se hacen conscientes del estado en que se encuentran y reconocen que, a causa del efecto mágico, desatendieron sus responsabilidades. Dice Tristán:

He olvidado el deber de caballería,  
hacer vida de corte y de señor.  
Vivo desterrado del reino,  
se acabaron para mí mantos de vero y gris,  
no asisto a corte con los caballeros.  
(...)  
Debería ahora estar en corte real,  
acompañado de cien donceles  
a quienes enseñar el arte de las armas  
y que me prestaran su servicio.  
Hubiera debido ir a otras tierras  
a servir a otro señor y ganar mi soldada.  
Siento pesar, también, por la reina,  
a quien doy choza en vez de [regia] alcoba.  
En bosque vive, cuando podría morar,  
con su séquito, en elegantes estancias

cubiertas de tapices de seda.

Por mi culpa ha tomado mal camino. (Bérout, vv. 2165–2184)

El joven, una vez pasado el efecto del bebedizo, no se lamenta de amar a la reina. Sino que se siente culpable por haber faltado a sus responsabilidades como caballero y sobrino del rey. Además, reconoce que, a causa de la poción, Isolda también dejó de lado sus quehaceres como reina.

La visita de Marc les dejó a los amantes una puerta abierta para volver a incorporarse a la corte, llamado al que atienden. Isolda regresa a los brazos de Marc y Tristán es exiliado de Cornualles. En el capítulo anterior revisamos el episodio del Mal Paso, el cual es el momento que determina la separación física de los amantes: la reina jura haber sido leal a su esposo y Tristán, después de ayudar a su amada, puede marcharse de Cornualles a cumplir con lo que se espera de un caballero.

Tristán llega a Kaharés, un país que estaba siendo atacado por el conde Riol que exigía desposar a la princesa de dicho lugar. El rey Havelín le negaba al noble la mano de su hija, Isolda de las Blancas Manos, debido al bajo estatus del hombre. Tristán se encuentra con el príncipe Kehenís y éste le pide ayuda al caballero para liberar a la nación del ataque.

Al resolver con éxito el nuevo desafío, Tristán es recompensado con la mano de la princesa Isolda de las Blancas Manos:

Kehenís juntó en poco tiempo a los solteros y la dama fue entregada por esposa a Tristán. Ella vivió con el noble caballero durante más de un año —esto lo he oído contar por cierto— sin llegar a ser nunca su mujer. (von Oberg, 118)

Si bien, Tristán cumple con su deber como caballero y contrae matrimonio con una princesa, dicho acto no termina de concretarse. El joven, quien no dejaba de amar ni serle fiel a Isolda la Rubia, no consuma el matrimonio con la otra Isolda.

Desde este pasaje, podemos comenzar a vislumbrar las particularidades de ese “falso retorno” que mencionamos al inicio del apartado. “El cruce del umbral de regreso” está presente en *Tristán e Isolda* ya que los amantes se distancian y cumplen, cada uno por separado, con los roles que tienen dentro de la corte. Pero lo hacen, de tal manera que, continúan cometiendo pequeñas “desviaciones” de lo esperado, ya que lo primordial para ellos es la mantención del vínculo amoroso.

#### **4.2.3.3. Libertad para vivir: el amor después de la muerte**

La última instancia del “Viaje del Héroe” corresponde a la “Libertad para vivir”. Es el momento en que el héroe, ya de vuelta en el mundo de lo conocido, puede continuar con su

vida. El ciclo de la aventura se cierra, la historia finaliza donde comenzó y se respeta la idea circular que plantea Campbell para la estructura del “monomito”. El autor menciona que:

La meta del mito es despejar la necesidad de esa ignorancia de la vida efectuando una reconciliación de la conciencia del individuo con la voluntad universal. Y esto se efectúa a través de una valoración de la verdadera relación entre los fenómenos pasajeros del tiempo con la vida imperecedera que vive y muere en todos. (Campbell, 218)

Al terminar el viaje, el héroe ha atravesado una aventura que lo transformó. El protagonista acoge las experiencias del mundo desconocido y las aplica en el cotidiano. Campbell añade que: “El héroe es el campeón de las cosas que son, no de las que han sido, porque el héroe *es*” (222). El personaje principal de la historia, siempre en tiempo presente, es configurado a partir de la reconciliación entre los espacios por los que transitó. Ahora que encarna las dos dimensiones, realidad y aventura, puede vivir libremente.

Dado que Tristán e Isolda, al regresar del bosque, se distanciaron, lo esperable es que el relato finalice cuando se “restablece el orden” de la historia. Los amantes han dejado de estar bajo el efecto del bebedizo que los instó a sucumbir ante el ineludible deseo amoroso. El caballero, quien ahora vive en Kaharés junto a su esposa, permanece alejado de Cornualles, lugar donde la reina Isolda cumple sus funciones junto al rey Marc. Los amantes, aparentemente, han pospuesto sus intereses personales en virtud del bienestar del orden social.

Decimos “aparentemente”, porque lo cierto es que Tristán e Isolda no dejan de encontrarse a escondidas, sólo que lo hacen con menor frecuencia y mayor cuidado debido a la distancia física que los separa. Pero el amor y el vínculo que los une, incluso cuando la poción ha dejado de hacer efecto, permanece. Y continúa siendo un sentimiento primordial para los enamorados, así como el afecto del otro sigue siendo una prioridad para los amantes.

Un día Tristán es herido, tal como ocurrió durante su enfrentamiento a Moroldo, con una lanza envenenada. El joven, quien ya se había enfrentado a esa clase de heridas, sabe que la única persona capaz de curarlo es Isolda, la Rubia. Ante la gravedad de su herida, le ordena a un sirviente que vaya hasta Cornualles en busca de la dama. Tristán le dice así:

Mayordomo, debes insistir en recordar a mi amada señora [Isolda] que a menudo he soportado yo por ella sufrimiento y perjuicio y que siempre le fui fiel, que piense en ello y que no eche a perder ahora su fama y me ayude a salvarme, pues si ella no viene y me cura, moriré. Dile que abandone todo lo que allí tiene, que a nosotros no nos faltará nada mientras vivamos. (von Oberg, 163)

El caballero pudo haber solicitado nada más que la ayuda de la reina, como un amistoso favor. Pero las palabras de Tristán dejan entrever el deseo por reencontrarse con su amada, por volver a vivir con ella. La petición que le hace no es sólo que acceda a curarlo, sino que deje atrás todo lo que la rodea para permanecer junto a él.

Cuando el mayordomo llega junto a Isolda, le enseña el anillo que la dama había entregado antes a Tristán como garantía para cuando quisieran encontrarse. Entonces accede a escucharlo y, al enterarse de que Tristán está herido, la reina reacciona con un ansia similar por ver a su amado:

Cuando ella [Isolda] vio el anillo, abandonó al esposo y la tierra, la riqueza y los vestidos y todo lo que había llegado a poseer y se marchó con el mercader sin llevar consigo nada más que lo que necesitaba para sus remedios; únicamente de eso se negó a prescindir ni a dejar nada atrás, porque amaba tan profundamente al herido. Esto se pudo comprobar también por el hecho de que por él abandonara su dignidad real, sin esperanza de recuperarla. (von Oberg, 164)

Isolda, con premura y dejando todo lo material detrás, accede a curar a Tristán. Las únicas pertenencias que lleva consigo son las hierbas para tratar la herida del caballero. Pero, además, Isolda sabe que abandonar Cornualles implica abandonar su vida en la corte. Sabe que, esta vez, no podrá regresar a cumplir su deber como la esposa de Marc. Y, aun cuando conoce el riesgo que conlleva, acude al encuentro con su amado.

Tristán había encargado al sirviente izar una bandera blanca, si acaso la reina Isolda acudía a su llamado. De no acceder, la vela debía ser de color negro. La esposa de Tristán, Isolda de las Blancas Manos, celosa de saber que su esposo amaba a otra mujer, le dice al caballero que el barco de regreso trae una vela negra al viento. Tristán, quien cree las palabras de la otra Isolda, no soporta que su amada haya rechazado la petición y muere en el acto. Isolda, la Rubia, al desembarcar y enterarse de la muerte de Tristán, muere junto al caballero pues no concibe una vida sin su amado.

La historia de *Tristán e Isolda* finaliza con el sepulcro de los jóvenes:

Fueron enterrados uno junto a otro, al lado de una capilla, entre los lamentos del pueblo. Plantóse un rosal de flores rojas en la tumba de Iseo, una cepa de vid en la de Tristán. Crecieron, pasando el tiempo, vigorosos, y sus ramas se abrazaron tan estrechamente, que no fue posible separarlas; cuantas veces los podaron, otras tantas volvían a crecer y a enlazarse con más fuerza. Su amor había traspasado, inalterable, las fronteras de la muerte. (Bérout, 222)

Lo que ocurre con los arbustos plantados en la tumba de los amantes es una señal de la trascendencia del amor que une a Tristán e Isolda, incluso después de su muerte. El verdadero final del “viaje del amor” no ocurre en el mundo de la corte —es decir, en el mundo conocido, lugar donde según el “Viaje del Héroe” de Campbell, culmina la historia—, sino que ocurre en el mundo del amor. La “travesía amorosa” por la que transitan el caballero y la reina encuentra su final, sólo cuando, los amantes pueden permanecer juntos para el resto de la eternidad.

## 5. CONCLUSIONES

A lo largo de nuestro informe, hemos estudiado, desde diferentes perspectivas, el tópico del amor en los relatos de Tristán e Isolda revisados. A continuación, responderemos las preguntas que nos planteamos al comienzo del trabajo.

### 5.1. ¿Cuál es la relación entre amor y engaño en las versiones de Béroul y Eilhart?

En un principio creíamos que los tópicos del amor y del engaño eran los únicos que se asociaban al concepto de “Artificio”, bajo el cual nos propusimos interpretar las obras. A medida que desarrollamos nuestra investigación, descubrimos que el tópico de la magia era también fundamental en el argumento de los relatos.

Logramos desglosar el concepto de “Artificio” en dos ideas principales: la de “Arte”, la cual contempla los temas de la magia y del engaño; y la de “Oficio”, en la cual situamos el amor. Con el ensamble de los tres tópicos, obtuvimos como resultado que: Magia y Engaño, funcionan como recurso para la protección del Amor que surge entre Tristán e Isolda, el cual requiere de una serie de trabajos para ser mantenido.

### 5.2. ¿Es el amor lo que se pone a prueba?

Luego de revisar la relevancia del tópico del amor en las obras, nos preguntamos si —a diferencia de otros *romans* de la época— lo que se pone a prueba en *Tristán e Isolda* es el vínculo amoroso que une a los protagonistas. Para comprobarlo, nos propusimos identificar algunos de los momentos del “Viaje del Héroe” planteados por Joseph Campbell en desarrollo del amor entre el caballero y la reina.

Descubrimos que, durante los momentos de “La partida” y “La iniciación”, los relatos revisados siguen la estructura del “Monomito”. Vislumbramos en cambio, que en “El regreso”

la estructura de la obra sufre una desviación: la historia, en lugar de finalizar dentro del espacio conocido, encuentra su desenlace cuando los amantes se vuelven a reunir, pero no en la vida, sino en la muerte. Queda así comprobado que el amor de Tristán e Isolda es tan fuerte, que es capaz de trascender las barreras de la muerte. Y esto, al mismo tiempo, nos indica que el verdadero retorno del viaje del amor ocurre cuando los amantes pueden morir y permanecer juntos, para el resto de la eternidad.

Ambas preguntas, las cuales consideran una lectura de la obra a través de diferentes perspectivas, nos llevan a la misma respuesta: la historia de Tristán e Isolda, siempre, pone en su centro de acción, la protección y mantención del amor que se profesan los protagonistas.

## 6. BIBLIOGRAFÍA

### 6.1. Fuentes Literarias

Bérroul. *Tristán e Iseo*. Editado y Traducido por Roberto Ruiz Capellán, Cátedra: Madrid, 1985.

Francia, María de. “Chievrefoil (Madreselva)”. *Los Lais*. Editado por Ana María Holzbacher, Sirmio: Barcelona, 1993, págs. 297–302.

Oberg, Eilhart Von. *Tristán e Isolda*. Editado y Traducido por Víctor Millet, Siruela: Madrid, 2002.

### 6.2. Bibliografía crítica y Estudios consultados

Campbell, Joseph. *El Héroe de las Mil Caras: Psicoanálisis del Mito*. Fondo de Cultura Económica: México D. F., 1997, (1949).

Cirlot, Victoria. “La aventura como forma de vida”. *Figuras del destino. Mitos y símbolos de la Europa medieval*, Ediciones Siruela S. A.: Madrid, 2005, págs. 39–54.

Cirlot, Victoria. “El amor: Tristán”. *Figuras del destino. Mitos y símbolos de la Europa medieval*, Ediciones Siruela S. A.: Madrid, 2005, págs. 109–143.

"DECEL - Diccionario Etimológico Castellano En Línea". Etimologías de Chile - Diccionario que explica el origen de las palabras, [etimologias.dechile.net](http://etimologias.dechile.net). (Accedido el 27 de noviembre de 2023).

Köhler, Erich. “Intensificación y transformación de la tensión entre ideal y realidad en el amor: Erec, Cligès, Tristán, Lancelot, Yvain”. *La aventura caballeresca. Ideal y realidad en la narrativa cortés*, Sirmio: Barcelona, 1990, págs. 124–160.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA: Diccionario de la lengua española, 23.<sup>a</sup> ed., [versión 23.6 en línea]. <https://dle.rae.es>. (Accedido el 27 de noviembre de 2023).

Serés, Guillermo. “Confluencia de Tradiciones en la Literatura Medieval”. *La Transformación de los Amantes*, Crítica: Barcelona, 1996, pág. 85–136.

Trujillo, José Ramón. “Magia y Maravillas en la Materia Artúrica Hispánica. Sueños, Milagros y Bestias en la *Demanda del Santo Grial*”. *Amadís de Gaula: quinientos años después*, Ediciones del Centro de Estudios Cervantinos: Madrid, 2008, pág. 789–818.

Zink, Michel. “Un nuevo arte de amar”. *Nueve ensayos sobre el amor y la cortesía en la Edad Media*, editado por Ana Basarte y María Dumas, Facultad de Filosofía y Letras Universidad de Buenos Aires, 2012, pág. 275–319.



# TRISTÁN E ISOLDA

EILHART VON OBERG  
GOTTFRIED VON STRASSBURG

Edición de **Victor Millet**

Traducciones de

**Victor Millet y Bernd Dietz**

se



Eilhart von Oberg & Gottfried von Strassburg

# **Tristán e Isolda**

ePub r1.0

Titivillus 09.03.17

Título original: *Tristan und Isolde*

Eilhart von Oberg & Gottfried von Strassburg, 1210

De la introducción, prólogos, traducción de *Tristán e Isolda* de Eilhart von Oberg, Victor Millet

De la traducción de *Tristán e Isolda* de Gottfried von Strassburg, Bernd Dietz

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



# **Introducción**

## **Victor Millet**

En la segunda mitad del siglo XII aparece en el occidente medieval el relato sobre los amores entre el joven Tristán y la bella Isolda, esposa del rey Marc, su tío. Sin duda alguna, la historia ofrecía los mejores elementos para desarrollar a nivel narrativo todas las inquietudes que la temática amorosa generaba en el público literario no latino en aquellas décadas y las siguientes. De ahí que fuera tratada, hasta principios del siglo XIII, nada menos que en cuatro poemas extensos en verso, dos franceses y dos alemanes. De las versiones en lengua romance, la primera fue compuesta hacia 1160-1170 por un autor anglonormando conocido como Thomas d'Angleterre, y la segunda por un poeta que dice llamarse Béroul y que probablemente escribió a finales del siglo XII. Las obras en lengua alemana se deben, de un lado, al sajón Eilhart von Oberg, quien terminó después de 1185, y del otro, a Gottfried von Strassburg, brillante clérigo alsaciano que compuso en torno a 1210. Estas últimas son las que se recogen en el presente volumen.

La destacable riqueza literaria que significa la existencia de estos cuatro grandes poemas escritos en menos de medio siglo tiene el inconveniente, sin embargo, de que se nos presenta ensombrecida por la irreparable destrucción parcial o total de los testimonios. En efecto, la versión de Thomas solo se conoce a través de algunos fragmentos de cierta extensión procedentes del final de la historia y de un episodio hacia la mitad (además de una muy sintética prosificación islandesa de la primera mitad del siglo

XIII), mientras que de la obra de Béroul únicamente se conserva un largo pasaje de la parte central. Por otro lado, el monumental poema de Gottfried von Strassburg permanece incompleto porque la composición fue interrumpida después de casi veinte mil versos, pero a falta de una cuarta o quinta parte de la acción. Asimismo, la versión de Eilhart solo se ha conservado en unos pocos fragmentos de códices de hacia 1200, mucho más breves que los de los textos franceses, aunque conocemos el poema completo gracias a dos manuscritos del siglo xv. Afortunadamente, dado que las lagunas se reparten de forma tan desigual, este desolador panorama no nos ha impedido conocer a grandes trazos la historia en su conjunto, aunque sí ha dificultado la comprensión del proceso de génesis de esta materia narrativa y —sobre todo— del vivo interés histórico y estético que suscitó.

En su conjunto, el relato de Tristán e Isolda tiene una estructura singular y propia que determina en buena medida el significado, si bien la mayoría de los temas y motivos de los que se compone la leyenda tiene antecedentes en otras tradiciones narrativas, lo que refleja de manera ejemplar los vastos conocimientos literarios que estaban a disposición del público medieval. Siguiendo el esquema común deducible de las distintas versiones, Tristán llega a la corte del rey Marc de Cornualles para servirle, y destaca allí por sus cualidades, que demuestra sobre todo en el combate contra el invencible Moroldo, a quien mata, liberando así el reino de Marc de su amenaza. Se trata, sin duda, de la primera parte de un relato de conquista amorosa de corte tradicional y heroico: en las historias épicas de este tipo, el héroe desconocido que viene de otra tierra posee cualidades excepcionales y se convierte en salvador de la comunidad, recibe como premio a la mujer (hija o hermana del rey) y funda una nueva dinastía<sup>[1]</sup>. Pero en la corte de Cornualles no hay mujer que entregar, porque ya se la llevó el padre de Tristán por el mismo procedimiento y porque, en consecuencia, el héroe es sobrino materno del rey y puede ser sucesor al trono; el propio Marc lo designa como tal. Sin embargo, esa sucesión se interrumpe debido a que el joven debe curar primero una herida envenenada que le ha producido Moroldo. Puesto que no halla un médico que sepa sanarle, se embarca y llega de incógnito a Irlanda, donde Isolda, la sobrina del adversario

derrotado e hija del rey, la mujer más hermosa y sabia, le salva la vida, desconocedora de su verdadera identidad. Este motivo parece proceder de un tipo de relatos irlandeses antiguos (los *imrama*) sobre el viaje de un héroe a ultramar, donde encuentra a una dama de otro mundo<sup>[2]</sup>. Tristán, sin embargo, no tiene ningún interés por esa doncella que no sea el estrictamente médico, y una vez sanado regresa a la corte de Marc para —ahora sí— instalarse en ella como heredero. Pero los cortesanos inician una intriga política y presionan al monarca para que tome esposa, confiando en que así el sucesor sea otro. Marc, que no tiene ningún deseo de casarse, escoge justamente a aquella mujer que parece imposible de conseguir, Isolda, de modo que Tristán parte de nuevo hacia Irlanda y mata allí un dragón que amenazaba la seguridad del reino. El premio por esta proeza salvadora es, nuevamente, la mujer; aunque en un encuentro privado ella descubre que tiene ante sí al caballero que mató a su tío, ante la amenaza de ser entregada a un pretendiente de mala fama, opta por no vengarse y consiente en ser entregada a Marc. Tras una reconciliación pública entre ambos reinos, Tristán la llevará al rey de Cornualles. Otra vez el prototipo es el de la conquista amorosa, solo que en este caso hay una constelación peculiar que es determinante en esta leyenda<sup>[3]</sup>. Tristán actúa como ayudante en la conquista de la mujer; la figura del colaborador subordinado la conocen muchos relatos de este tipo, pero en ellos el personaje de referencia es siempre el rey: el monarca puede enviar embajadores, pero es él quien, por su valía, mantiene el derecho a obtener a la princesa. Aquí, sin embargo, la historia se desarrolla desde la perspectiva del emisario, quien por su carácter de protagonista aparece también como héroe: sus victorias sobre Moroldo y el dragón lo definen como tal y, aunque el relato esté construido de manera que Tristán quede descartado como pretendiente de Isolda, esas proezas le otorgan un derecho implícito a conquistar a la mujer; el más valiente siempre logra a la más hermosa. En su condición de ayudante y miembro de la corte, Tristán entrega a Isolda al rey; como héroe, en cambio, el bebedizo de amor que ambos beben por error en la travesía (debían haberlo tomado Marc e Isolda en la noche de bodas) hace de alguna manera *justicia* y une a la mujer con quien en cierto modo también tiene derecho sobre ella.

A partir del regreso de Tristán a Cornualles, comienza una serie de episodios de tono a veces satírico y con interesantes paralelismos orientales (me refiero al poema persa de *Wîs y Râmîn*)<sup>[4]</sup>, que muestran por un lado la buena voluntad de Marc hacia los amantes, y por otro la presión de la corte para hacer público el adulterio y convertirlo así en deshonra hacia el rey, quien se vería obligado entonces a tomar las medidas oportunas. La sucesión de engaños y encuentros secretos de los amantes se interrumpe cuando son descubiertos y tienen que huir al bosque, donde viven una existencia marcada por las privaciones con las que deben pagar la posibilidad de vivir plenamente su pasión. Aunque Marc termina descubriéndolos, no los mata, únicamente les deja señales inequívocas del derecho que como rey tiene sobre ellos, abriendo así la posibilidad del retorno. El motivo de la huida al bosque también parece tener origen irlandés, aunque en las historias insulares (los *aitheda*) a los amantes les sobreviene aquí el trágico final. De regreso a la corte, Isolda supera, gracias a un engaño urdido con Tristán, una ordalía para probar su fidelidad al monarca, y recupera su condición de reina. El héroe se exilia, llega a un país extraño cuyo rey se ve amenazado por el alzamiento de sus príncipes, se pone al servicio de ese señor, vence a los rebeldes y en recompensa obtiene, otra vez, a la mujer, que también se llama Isolda. Sin embargo, Tristán deja claro que esa esposa le interesa muy poco y no consuma con ella el matrimonio. Este motivo de la duplicación de la figura femenina tiene nuevamente interesantes paralelismos orientales (la biografía del poeta Quais, recogida en el *Kitâb el Agâni* árabe del siglo X)<sup>[5]</sup> y sirve para demostrar la diferencia sustancial entre ambas mujeres: una es amada por Tristán y la otra no. Desde su nueva residencia, Tristán viaja repetidas veces a Cornualles para reunirse con la esposa de Marc y se oculta bajo disfraces distintos que reflejan el progresivo aislamiento social en el que se enmarca este amor: peregrino, leproso, loco. Finalmente, Tristán es herido de muerte en una escaramuza y manda llamar a Isolda para que venga a curarlo. Ella abandona toda su dignidad real sin dudar un instante y se embarca para reunirse con su amado, pero cuando su nave está ya a la vista, una mentira de la otra Isolda, la esposa oficial de Tristán, hace creer a este que la reina y salvadora tantos días esperada no ha accedido a venir. El motivo de la

esposa traicionada que deniega la ayuda al marido es de tradición clásico-latina (recuérdese a Oenona, la mujer de Paris), como también lo es en cierta manera la estructura biográfica de la narración (como Apolonio o Alejandro, pero también como las vidas de santos). Tristán muere y, cuando finalmente llega hasta él, Isolda se abraza a su cadáver y fallece. Los amantes no mueren por amor (como en la ópera de Wagner), sino por la ausencia del otro.

Un relato parecido al que aquí he resumido, la *estoire*, creado según apuntan indicios diversos en el ámbito del reino anglonormando, se divulgó por el entonces centro europeo a principios de la segunda mitad del siglo XII. Aunque basándose en un antecedente irlandés muy próximo a Tristán e Isolda (el relato de *Diarmaid y Grainne*) se ha argumentado que pudo haber existido una versión anterior que habría contado la historia solo hasta la huida de los amantes al bosque, donde habrían fallecido, lo cierto es que ni hay indicios de ella ni se concibe la leyenda de Tristán e Isolda sin una de las partes más características y apreciadas por el público de la época: los encuentros entre los protagonistas después del destierro del héroe. Varios relatos breves en francés antiguo —el lai *Chievrefeuil* de María de Francia (ca. 1160-1170), las dos *Folie Tristan* (la de Oxford y la de Berna, ambas de finales del siglo XII), el episodio insertado en el *Donnei des amants* (ca. 1200), así como el *Tristan ménestrel* (de principios del siglo XIII)— y uno alemán —el *Tristan als Mönch*, de mediados del siglo XIII<sup>[6]</sup>— narran distintos viajes de Tristán a Cornualles (después de su destierro de ese país) para encontrarse en secreto con su amada, y resaltan el carácter privado de este amor así como el sacrificio que exige. A la vez, tales textos prueban la amplia difusión y el interés del público por esta materia. Otro reflejo de ello son las frecuentes alusiones a la pareja en poemas de trovadores occitanos (Bernart de Ventadorn, Raimbaut d'Aurenga, por citar solo a dos), *trouvères* franceses (Chrétien de Troyes, Châtelain de Coucy) y *Minnesänger* alemanes (Heinrich von Veldeke, Bernger von Horheim)<sup>[7]</sup>, quienes suelen escoger ese amor ejemplar para iniciar reflexiones generales o como medida de *und die Germanistik in der Bundesrepublik. Vorträge des Augsburger Germanisten* comparación para la definición del propio

sentimiento (con afirmaciones del tipo: «Yo te amo tanto como Tristán amó a Isolda, pero no necesité del bebedizo»).

No sabemos si esa primera historia que se divulgó era un relato escrito o de tradición oral. En todo caso, por un lado es obvio que quien la compuso tenía una visión amplia y sólida del intrincado conjunto y de sus múltiples partes, con sus paralelismos, repeticiones y contrastes internos, y por el otro parece indudable que los autores de los poemas extensos (Thomas y Béroul, Eilhart y Gottfried) se enfrentaron a una materia narrativa bastante clara, con una estructura bien definida, cuyos motivos encajaban con precisión; al mismo tiempo, sin embargo, la historia ofrecía espacio suficiente para su elaboración, incluso en cuanto al contenido. Puede observarse, por ejemplo, que los refundidores prestaron especial atención a las motivaciones que llevan de un episodio a otro, y que gozaron de un margen para modificar el número de escenas y las características de algunas de ellas, de modo que resultaba fácil imprimir en cada caso una acentuación particular a la obra, según los intereses del autor y de su público. Prueba de ello es que, en los cuatro poemas conservados, el narrador admite en algún momento que hay distintos modos de contar la historia, pero que el suyo es el verdaderamente fiable.

A pesar de esta teórica libertad, sin embargo, se constata que las obras de Eilhart y Béroul tienen semejanzas en el estilo, en la organización de algunas partes de la estructura y sobre todo en el desarrollo del tema amoroso, y que estos paralelismos las distinguen al mismo tiempo de los poemas de Thomas y Gottfried. Hasta hace poco, la crítica hablaba — respectivamente— de una *versión común* y de una *versión cortesana*, porque creía que el tratamiento menos delicado e introspectivo del amor procedía de una fase previa al desarrollo de ciertos ideales característicos de la lírica y la novela; pero hoy sabemos que ambas tendencias pertenecen a la cultura cortés de la segunda mitad del siglo XII, aunque sean manifiestamente divergentes. Es más, de hecho una mirada atenta revela que las versiones de Thomas y Gottfried vulneran las concepciones integradoras y moderadas que suelen entenderse como cortesanas y son — en lo que se refiere a las concepciones que exponen— mucho más osados que Eilhart o Béroul.

Ignoramos si Bérout fue la fuente en que se basó Eilhart para su refundición; existen indicios que apuntan más bien a un antecedente común para ambos. En cambio, es seguro que Gottfried se basó en Thomas, porque lo dice en su prólogo y porque se puede comprobar en los dos breves pasajes coincidentes. Así pues, para hacerse una idea de cómo el alsaciano habría podido continuar su obra, de haber tenido ocasión para ello, deberían leerse los fragmentos del de Inglaterra, del mismo modo que para imaginar el resto del poema de Bérout puede recurrirse a Eilhart, aunque en ningún modo estoy hablando de la posibilidad de reconstruir un texto con otro, pues los cuatro autores son fundamentalmente independientes. En este volumen, sin embargo, presentamos juntas las obras del poeta de Oberg y del de Estrasburgo. Esta combinación tiene antecedentes históricos, pues las dos continuaciones del poema del alsaciano que se compusieron en el siglo XIII no se basaron en el texto de Thomas, sino en el del autor sajón, de manera que en Alemania el público medieval leyó mayoritariamente a Gottfried seguido de un final similar al de Eilhart.

Para el lector moderno, la conjunción de ambas obras supone sobre todo la ventaja de tener reunidas la única versión completa de la historia (Eilhart), así como la más extensa y elaborada artísticamente (Gottfried); pero no es mi intención destacar el placer estético que puede suponer la lectura de un relato completo o bonito, según sea el caso, sino el interés que genera el hecho de que solo en estos dos textos alemanes se puede observar de forma diáfana y exhaustiva la problemática de fondo de la materia tristaniana y las dificultades y posibilidades de su tratamiento literario. Y es que no cabe duda de que el amor entre dos personajes tan contrapuestos por sus antecedentes y a la vez destinados uno a otro como son Tristán e Isolda, el adulterio continuado de la reina, la integración o exclusión de la pareja en la corte, la lealtad a pesar de la separación, el matrimonio no consumado de Tristán, la progresiva destrucción de la pareja y de las cortes en que residen, todo ello, digo, plantea cuestiones fundamentales sobre el individuo y sus relaciones personales que no son fácilmente compatibles ni con la concepción cristiana del matrimonio, que le otorga un valor de sacramento y en consecuencia muy superior al erotismo, ni con los usos feudales de la sexualidad, para los que el amor solo es un medio de reproducción y

mantenimiento del poder dinástico. La materia está estructurada de tal modo que los amantes, a la vez que sucumben progresivamente ante los impedimentos a los que se debe enfrentar su relación, arrastran consigo, destruyéndolo, todo el universo que les rodea y en el que viven ese amor. Las exigencias de dos individuos que se aman chocan frontalmente con las expectativas de orden político-feudal o religioso del colectivo. La historia de Tristán e Isolda solo puede acabar en muerte y no acepta salvación de ningún lado, de manera que el amor que describe y defiende solo puede ser entendido como antítesis paradójica, como el gran motivo por el cual la vida en este mundo, a pesar de la destrucción generalizada a la que conduce y a pesar de sus miserias, merece ser vivida. Pero es indudable que esta concepción no encajaba con todas las posiciones ideológicas del momento, ni las laicas ni las clericales<sup>[8]</sup>.

**Tristán e Isolda,  
de Eilhart von Oberg**

## Prólogo

El *Tristán* de Eilhart von Oberg, aun siendo el único poema altomedieval sobre los amores entre este héroe y la reina Isolda que ha sobrevivido entero hasta nuestros días —singularidad en que reside uno de sus atractivos principales—, no ha permanecido ajeno a la destrucción y pérdida de manuscritos que, como se ha señalado en la Introducción, afectó a las demás versiones<sup>[1]</sup>. El texto genuino solo se ha conservado en unos pocos fragmentos de códices de hacia 1200; el poema completo solo lo conocemos gracias a dos manuscritos del siglo xv que muestran considerables divergencias entre sí. Además, una comparación con los versos del siglo xii permite constatar que, entremedias, la obra fue sometida a una reelaboración estilística notable. Un breve fragmento hallado no hace mucho ha permitido determinar con seguridad que esta revisión tuvo lugar en el siglo xiii. Así pues, el texto de Eilhart que podemos leer es muy tardío y, aunque no haya indicios de cambios de contenido sustanciales, la realidad es que resulta imposible certificar plenamente que se corresponde con el que compuso nuestro autor.

La escasez de testimonios no significa, sin embargo, que la obra careciera de éxito, pues, de hecho, la propia actualización estilística acometida varias décadas después de su creación presupone ya un interés vivo y duradero, y hay muestras claras de que dicha popularidad no decreció en ningún momento. Ante todo, Heinrich von Freiberg y Ulrich von Türheim, los dos autores alemanes que en el siglo xiii completaron, independientemente uno de otro, la obra truncada de Gottfried von Strassburg, conocían y utilizaron generosamente el texto del poeta de Oberg para sus propias composiciones. Para continuar, en el siglo xv se realizó

una traducción al checo, cuyo autor se basó para la redacción de algunos episodios en Gottfried o en uno de sus continuadores; otros en cambio los vertió a su lengua siguiendo la versión de Eilhart. Esta, por último, fue objeto de una prosificación —impresa por vez primera en 1484— que tuvo un éxito editorial bastante notable durante los siglos XVI y XVII. Si bien en los siglos XIII y XIV la popularidad de Eilhart y la de Gottfried parece haber sido similar, a partir del siglo XV el público alemán conocía la historia de Tristán e Isolda casi exclusivamente a través de la obra del primero.

Del autor de este *Tristán* no sabemos casi nada. *Eilhart* es solo uno de los cuatro nombres documentados en los testimonios del siglo XII y aparece junto a *Enhart*, *Filhart* y *Segehart*, pero hay que señalar que el manuscrito que contiene la forma Eilhart suele tener el texto de mayor calidad. El gentilicio ofrece menos problemas, aunque también se presente en tres variantes distintas; por los rasgos lingüísticos, el autor debió de proceder de una zona relativamente al norte de Alemania, y en ese ámbito geográfico solo la pequeña población de Oberg, cerca de Brunswick, coincide con los topónimos transmitidos. Pero mucho más que el origen del autor nos interesa el público para el que trabajó, pues Eilhart solo pudo componer su poema bajo el mecenazgo de alguna corte que dispusiera de los medios materiales y humanos suficientes y tuviera serio interés en el tema. Durante mucho tiempo, los indicios resultaron contradictorios, de modo que mientras un sector de la crítica quería situar al autor del Tristán en alguno de los centros de poder del bajo Rin, al oeste, otros se inclinaban por Sajonia, al este. Paralelamente, se descubrió a un Eilhart von Oberg que, como testigo, firmó algunos documentos a finales del siglo XII y principios del XIII en la corte del duque de Sajonia, Enrique el León (*ca.* 1129-1195); pese a no existir una prueba a favor de la identidad entre el personaje histórico —vasallo de rango inferior del duque güelfo— y nuestro poeta, este hallazgo parecía resolver la ubicación geográfica, aunque no la cronológica.

Porque, a falta de datos externos, en el caso presente los criterios para determinar la fecha de composición son dos: la relación de Eilhart con otros poetas coetáneos y el estilo. En cuanto al primer criterio, el debate se centra principalmente en torno a la figura de Heinrich von Veldeke, autor del

*Eneasroman*, una refundición novelada de la *Eneida* de Virgilio, basada sobre todo en el *Roman d'Eneas* francés<sup>[2]</sup>. Y es que parece indudable que, en el extenso monólogo de Isolda después de tomar el bebedizo que le produce el amor hacia Tristán, se encuentran una serie de importantes coincidencias verbales con los monólogos de Dido y de Lavinia en la obra de Heinrich von Veldeke, que no pueden ser casuales y que indican que uno de los dos poetas adoptó como modelo el texto del otro. La cuestión sería determinar quién copió de quién. Aquí entra en debate el otro criterio: el estilo de Eilhart es árido, repetitivo, se diría incluso que algo rudo, carente de florituras retóricas, con predominancia de la rima asonante; da lugar a algunos diálogos rápidos y ágiles de apariencia ciertamente moderna en su contexto, pero en conjunto resulta arcaico o arcaizante. Heinrich von Veldeke, por el contrario, destaca por su estilo fluido y de gran brillantez y su obra impuso la rima consonante en la literatura alemana (los poemas narrativos de esta época se escribieron todos en versos pareados). Sabemos con seguridad que Heinrich comenzó su *Eneasroman* antes de 1174 y que, tras un intervalo de nueve años, lo terminó después de 1184. Si el *Tristán* fuera anterior, habría que situarlo hacia 1170; en este caso, Eilhart sería un autor clave en el desarrollo de la novela cortesana alemana, pues sus ágiles diálogos deberían considerarse como los primeros indicios de una modernización estilística, y el monólogo de Isolda sobre el amor sería el primero en la literatura alemana y habría creado escuela al inspirarse en él Heinrich von Veldeke. Sin embargo, en este caso nuestro autor no tendría relación alguna con el Eilhart que firmó documentos entre 1189 y la segunda o tercera década del siglo XIII. Si, por el contrario, nuestra obra fuera posterior al *Eneasroman*, su composición habría que retrasarla hasta casi 1190; esto nos permitiría identificar históricamente al autor y al público para el que trabajó, pero en esta época —en comparación con los poemas de Heinrich von Veldeke o de Hartmann von Aue (quien probablemente escribió sus primeros textos en los años ochenta del siglo XII)— aparecería como anticuada, producto de un autor estilísticamente poco competente y mal imitador de su modelo (Heinrich), que ni siquiera en el tratamiento del tema del amor ha visto las posibilidades abiertas por los poemas de sus coetáneos.

Sin embargo, esta valoración negativa, que ha conducido incluso a juicios muy despectivos por parte de algunos críticos importantes, solo es posible bajo una concepción rigurosamente evolucionista de la historia de la literatura, que es la que ha predominado durante más de un siglo y medio y ha impedido que el debate saliera de las dos posiciones antitéticas que he trazado aquí a grandes rasgos. Desde hace algún tiempo, en cambio, se intenta superar esa dicotomía. Por un lado, se han encontrado nuevos indicios para identificar a Eilhart con el vasallo homónimo de Enrique el León —por ejemplo, el hecho de que en el texto parezca aludirse repetidamente a personas y circunstancias próximas a esa corte—, de modo que la datación tardía adquiere una verosimilitud cada vez mayor<sup>[3]</sup>. Además, la corte güelfa tenía excelentes relaciones con los territorios anglonormandos en los que se escribieron las primeras versiones francesas: la segunda esposa del duque sajón, Matilde de Inglaterra, era hija del rey Enrique II Plantagenêt, y Enrique el León se exilió con ella, entre 1182 y 1189, en Normandía e Inglaterra; ninguna otra corte alemana le podría haber ofrecido a Eilhart mejores posibilidades para conseguir un manuscrito de su fuente francesa. Por otro lado, se ha señalado que el estilo del autor, más que arcaico, parece intencionadamente arcaizante, de manera que no se podría hablar solo de una cuestión de calidad, puesto que se trataría de un registro escogido a voluntad para acentuar determinados aspectos de la composición. El mecenazgo literario del duque güelfo se caracterizó por la apreciación de lo tradicional y conservador; el *Rolandslied* de Konrad, una refundición de la *Chanson de Roland* al alemán medio, o el anónimo *Herzog Ernst*, son buena prueba de ello, y ambas obras reflejan además el interés por la política de Estado que encontramos también en el *Tristán*<sup>[4]</sup>.

Desde nuestros actuales conocimientos de los intereses literarios de la corte sajona, no puede sorprender tampoco el estilo conservador de Eilhart. Su modo de narrar es rápido, de una progresión casi vertiginosa; el autor no se entretiene mucho en reflexiones, comentarios o descripciones. El lenguaje carece de una gran elaboración retórica, las construcciones sintácticas se repiten a menudo, algunas incluso parecen fórmulas de corte épico, y a este estilo pertenecen también las frecuentes anticipaciones de lo que va a suceder. Es cierto que también hay algunas interrupciones, como

los diálogos rápidos y de frases brevísimas que de vez en cuando inserta el autor —y que deben entenderse como meros juegos retóricos porque transmiten muy poca información— o como el monólogo de Isolda después de tomar la pócima; pero se trata de casos excepcionales que pronto vuelven a dar paso al relato continuado. Las motivaciones o bien residen en la propia trama (lo que significa que una acción conduce directamente a la siguiente por la situación que crea) o bien se omiten por completo, obligando al lector a encontrar la explicación por su cuenta; el caso emblemático es la aparición de Curneval con el caballo y las armas de Tristán justo en el momento de la huida de este<sup>[5]</sup>. Rara vez el autor explica los motivos por los que un personaje actúa de una manera determinada.

Probablemente este estilo narrativo tenga mucho que ver con la perspectiva desde la cual Eilhart desarrolla la historia. Se trata, sin duda alguna y como ya he insinuado, de un relato de tono épico; el autor se interesa sobre todo por los rasgos heroicos de su protagonista, por presentarlo como un guerrero intrépido y un señor poderoso. En apariencia, el tema del amor no le atrae en absoluto, como puede comprobarse desde el prólogo mismo, donde anuncia que contará la vida de Tristán y hablará de todas sus proezas, pero no menciona a Isolda más que al final y como otra de las conquistas del héroe. Este desinterés concuerda con el tratamiento extenso y detallado que reciben casi todas las acciones de combate. Hay que tener en cuenta también que la fuerza de Tristán como guerrero es expresión de su poder monárquico, y este tiene su vertiente pacífica en las actuaciones públicas de la corte feudal. De ahí la generosidad con que se describen también todas las escenas de juicios, consejos y toma de decisiones. Al menos hasta la escena del bebedizo, la acción gira exclusivamente en torno a cuestiones de Estado. El prototipo narrativo de la conquista amorosa que tantas veces se repite en la obra no deja de ser, pese a todo, un relato épico que expone problemas de poder y en el que la mujer, que es la única que puede garantizar la continuidad del mismo, juega un papel crucial, aunque pasivo. El interés por los temas de la fuerza guerrera y el gobierno del reino se mantiene también en la segunda parte, donde Tristán se gana en Karahés un nuevo espacio político gracias a sus acciones militares y asume luego la herencia del reino de su padre, Leonís. Sin embargo, mientras no hace

aparición el amor a través del bebedizo, la acción transcurre a una velocidad mucho mayor. Eilhart narra toda la parte anterior al enamoramiento de los protagonistas, tan rica en acción, en apenas dos mil cuatrocientos versos, una cuarta parte del poema. Esto solo puede entenderse como evidencia de que le interesa mucho más hablar de la conjunción del amor y del poder y de los problemas que de ella se derivan, y de ahí nace nuestro especial interés no solo por ver de qué manera el autor ha organizado el conjunto de la materia y cómo la narra, sino sobre todo por comprender su concepción del amor y la solución que encuentra al conflicto entre amor y sociedad planteado, por su propia esencia, en la historia de Tristán e Isolda.

Eilhart se esmera en retrasar al máximo el contacto entre los protagonistas. En el primer viaje de Tristán a Irlanda los futuros amantes ni siquiera se ven. En el segundo viaje, Tristán busca a otra mujer, no sabe bien a cuál, pretende evitar Irlanda a toda costa, pero una tempestad lo arrastra hasta allí y entonces descubre que a ella pertenece, efectivamente, ese cabello que encontró Marc, lo que la convierte en la única mujer con quien el rey de Cornualles accederá a casarse. Los encuentros azarosos con Isolda se han considerado genuinos de la historia tristaniana, pero es probable que al menos en el segundo viaje fuera el propio Eilhart quien cambiara por un encuentro casual lo que en origen pudo haber sido una conquista amorosa en toda regla. Lo que este autor pretende es que Tristán no mata al dragón para obtener a la mujer que busca —como lo plantea el prototipo narrativo—, sino para salvar su vida y la de sus compañeros. De este modo, ambos personajes parecen menos destinados el uno para el otro, a Tristán se lo mantiene en el ámbito heroico y la aparición del afecto resulta más sorpresiva y abrupta.

El bebedizo que produce el amor entre los protagonistas simboliza, como en toda la tradición tristaniana, la irrupción del sentimiento en el individuo, pero en la obra de Eilhart tiene sobre todo una particularidad muy destacada: su doble efecto. De un lado produce un amor que durará «mientras vivan», pero del otro genera a la vez un deseo erótico que no cesará hasta pasados cuatro años y que no les permitirá separarse ni un solo día. Esta pasión inducida por el filtro resulta determinante para la acción posterior, pues a diferencia del amor es ella la que genera todos los

problemas a los amantes mientras residen en la corte. El rey Marc nunca tuvo ganas de casarse y, en consecuencia, tampoco ahora siente interés por Isolda; de ahí que tolere la proximidad de Tristán a la reina. Más aún, después de espiar a los amantes en el vergel y cuando el héroe amenaza con marcharse, el monarca lo invita abiertamente a trasladar su lecho al dormitorio real y a estar con la reina siempre que lo desee, de noche o de día. Pero la relación erótica no debe hacerse pública, y eso mismo tratan de conseguir los celosos de la corte, porque aunque al rey no le importe personalmente, en el ámbito oficial la relación entre Tristán e Isolda se convierte en adulterio y debe ser castigada como tal. Los cortesanos aprovechan precisamente el irreprimible deseo producido por el filtro para hacer caer a los amantes en la trampa y descubrirlos. La ira que el rey muestra durante el juicio no se debe al hecho mismo de que el héroe amara a la reina, sino a la deshonra pública que le ha causado la incapacidad de la pareja para mantener el secreto.

La vida que los amantes inician en el bosque tras su huida les permite vivir plenamente su pasión erótica, pero los sume en un estado de precivilización que se refleja en las múltiples privaciones y en el carácter primitivo de sus alimentos, sus ropas y su vivienda. Marc los descubre, pero no les causa ningún daño. Tolera su relación en privado (el rey ha evitado que la corte acudiera al lugar), pero deja a los protagonistas dos señales claras de que por encima de su deseo hay una estructura jurídica a la que deben someterse: a Tristán le quita la espada que él mismo le dio cuando lo armó caballero y con la que este mató a Moroldo y al dragón, lo que significa que lo despoja del derecho a la mujer que, como héroe, conquistó; el guante que deja sobre Isolda es un conocido símbolo que indica vinculación legal. El cese de ese segundo efecto del bebedizo, que estaba limitado a cuatro años, permite por fin que los amantes dejen de estar condicionados por ese apego incontenible, puedan separarse y, en definitiva, reintegrarse. El exilio del protagonista hace desaparecer el aspecto físico y visible de la relación, el deseo; no del todo, porque Tristán volverá a estar con su amada, pero sí de manera sustancial. A cambio, el amor se convierte a partir de este momento en un sentimiento más personal e íntimo que logrará sobreponerse al abismo de la separación.

Tristán es desterrado, pero su estancia en la corte del rey Artús y sus proezas militares frente a Karahés le devuelven su cualidad de héroe, dañada durante la vida en el bosque. Ahora se produce una reorganización de los papeles. Mientras Tristán e Isolda estuvieron en la corte de Marc, había dos hombres y una mujer; se trataba de un desdoblamiento de la figura masculina, pues el rey representaba la acción del poder feudal y Tristán la del amor, y la presencia del héroe dentro de la alcoba o en la profundidad del bosque marcaba los intentos de integración o de aislamiento de la pareja. Ambas estrategias fracasaron, la primera por el desequilibrio que producía en la corte el hecho de que un miembro destacara sobre los demás por una proximidad a la reina fundamentada en un deseo erótico; la segunda porque el destierro de Tristán e Isolda ponía en peligro la continuidad del poder al dejar a Marc sin esposa ni sobrino. Después del destierro, Marc deja de ser el centro de la acción y, con la victoria de Tristán en Karahés y su boda con la otra Isolda, la anterior proporción se ha invertido y tenemos a un único hombre frente a dos mujeres. En consecuencia, Tristán engloba ahora bajo su figura tanto el ámbito político como el amoroso, pero representados cada uno por una mujer; con una el héroe solo se relaciona para conservar el poder, mientras que la relación íntima que mantiene con la otra permanece al margen de lo público<sup>[6]</sup>.

En definitiva, la acción caballeresca y la amorosa quedan dissociadas y esto explica la sucesión meramente aditiva de los episodios. La distancia física que separa los lugares en que se desarrollan, con el mar por medio, significa la diferencia que hay entre los dos ámbitos. Por un lado, y como ya se ha señalado, las actuaciones del héroe relacionadas con la estructura feudal siguen siendo de gran relevancia: las dos guerras para restablecer el orden en Karahés y la sucesión en el trono de Leonís. Su figura señorial y caballeresca permanece incuestionable. Incluso acciones menores llevan el inconfundible sello del sin par Tristán: Marc ve que solo él pudo haber lanzado el venablo y la piedra a tanta distancia y dar un salto tan largo; Nampetenís descubre su visita al castillo porque únicamente él es capaz de clavar un dardo dentro del otro. Todo ello permite la continuidad de la perspectiva épica y del estilo narrativo rápido y poco introspectivo

mencionados antes. Por el otro lado, sin embargo, en la medida en que la corte deja de ser el espacio de referencia para la relación amorosa, Tristán goza cada vez de mayor libertad para reunirse con su amada y consigue llegar más cerca de ella —el bosque de Blancatierra, el vergel, el aposento— y quedarse también más tiempo —hasta tres semanas en la última ocasión—. El amor ya no se manifiesta como deseo, sino como relación particular al margen de la vida pública de los personajes<sup>[7]</sup>. La creciente intimidad de este vínculo se refleja en un progresivo aislamiento de la pareja: primero Tristán tiene que arreglárselas sin el senescal Tinas, al final falta incluso el fiel compañero Curneval; por el lado de Isolda, primero fallece Branguena y luego desaparecen incluso Guimela y Perenís. Pero esto no significa en modo alguno una negación de las cualidades humanas o cortesanas de los protagonistas. Los disfraces que Tristán utiliza para encubrirse en las sucesivas visitas a su amada no siguen un orden descendente —leproso, peregrino, juglar, loco—, y el héroe mantiene en todo momento su dignidad: cuando Isolda lo manda azotar, no tolera la ofensa y se aleja de ella por un año. Pero donde mejor puede constatarse esta sobriedad y conciencia propia de Tristán en su relación amorosa es en el episodio del bufón. El motivo de la visita de Tristán, desfigurado y actuando como un necio, a la corte de Marc para reunirse con su amada parece haber sido relativamente conocido en la tradición tristaniana; la *Folie Tristan* de Oxford y la de Berna ofrecen sendas versiones del motivo. Pero de manera mucho más diáfana que en estos textos franceses, en el poema de Eilhart el héroe no se desfigura a sí mismo, sino que debe su aspecto a unas heridas recibidas en combate y se limita a aprovechar esta circunstancia, siguiendo el consejo de su sobrino. No se trata de que, por amor, el individuo destruya su identidad; ni siquiera necesita ocultarla. El Tristán de Eilhart no está loco ni se afea para parecerlo.

La intención del autor alemán ha sido, en definitiva, aislar el entorno del amor del de la esfera pública —el poder, la corte, la caballería— creando dos acciones alternativas. No ha querido solamente plantear las diferencias entre, de un lado, las pretensiones de la relación íntima entre dos individuos y, del otro, las exigencias del colectivo, sino que trata de mostrar cómo la tensión entre amor y poder es más fácil de dominar cuando se les atribuye

funciones y ámbitos de actuación distintos, pues la corte queda libre de los desequilibrios generados por el deseo y la pareja se deshace en buena medida del acoso externo. El amor halla un espacio, aunque sea aislado y marginal.

El desastre sobreviene por dos acciones que rompen el equilibrio conseguido anteriormente. La primera es la ayuda que Tristán presta a Kehenís para que este consiga pasar unas horas con Gariola. La decisión de llevar a cabo esta aventura se debe a los repetidos ofrecimientos eróticos por parte de la mujer, incluso antes de que fuera desposada por Nampetenís, de manera que la relación se manifiesta inequívocamente libidinosa. En Kehenís no se observa ninguna clase de sentimiento amoroso hacia Gariola, lo que quedó probado ya en la ocasión en que requirió de amores a Guimela de Schitriela nada más verla en su visita a Cornualles, considerándose el hombre más feliz cuando Isolda simuló permitirle yacer con ella. Por otro lado, Tristán no se encuentra en el espacio de lo amoroso, sino en el ámbito de la acción política: él es el señor de Nampetenís. Con su acción, Kehenís y Tristán han vuelto a introducir el deseo en el espacio feudal (y la metáfora de los dos hombres cazando venados en el territorio del vasallo resulta inconfundible en este sentido) y justamente por esta razón ahora, al contrario de lo que ocurrió en Cornualles, el perseguidor sí les da alcance, mata a Kehenís y hiere mortalmente a Tristán. La segunda acción es la propia llegada de la reina Isolda a Karahés para curar a su amado. Si ambos logran reunirse y permanecer juntos, como ha sugerido Tristán en sus palabras al mensajero, el amor y el poder volverán a coincidir en un mismo espacio de acción, y ante esta amenaza el autor simplemente hace desaparecer de este mundo a los amantes. Al final, al amor solo le queda la tumba, el espacio radicalmente distinto.

Eilhart, en conclusión, no quiso contar una historia sobre el amor en general, sino sobre cómo la sociedad feudal puede superar el conjunto de problemas que plantea. Ante todo conviene anular el deseo, porque determina de modo poco diáfano las actuaciones de las personas en contra de la función estrictamente política de la sexualidad. A partir de aquí, la colectividad puede tolerar el sentimiento amoroso segregándolo y excluyéndolo de su esfera visible. Sin embargo, tratándose de personajes

centrales de la corte que viven una experiencia al margen de las actuaciones públicas de la misma, se forma un espacio personal e íntimo en cuyo estrecho interior sí existe la posibilidad de descubrir el amor. Los lugares de encuentro de los amantes, siempre cercanos a la corte o incluso dentro de la misma, pero invisibles para sus integrantes, apuntan al ámbito metafísico y sentimental al que se ha trasladado la relación. Para una sociedad nobiliaria que desde tiempos ancestrales ha considerado el matrimonio solo como instrumento político-económico para ejercer el poder y garantizar su continuidad, la apertura de este nuevo espacio, aun tratándose de un ámbito secundario, resulta una novedad considerable.

Como he señalado, el texto completo del poema de Eilhart tan solo se conserva en dos manuscritos del siglo XV, designados de modo abreviado por las siglas D (de Dresde, en cuya biblioteca se encuentra el códice) y H (de Heidelberg). El manuscrito H ofrece un texto más completo, pues al D no solo le falta algún doble folio, sino que, por motivos que desconocemos, su redactor fue suprimiendo a lo largo de toda la obra pequeños conjuntos de pareados. De esta manera, a los casi 9700 versos de H corresponden apenas 7700 líneas conservadas de D<sup>[8]</sup>. Pero hay que señalar, en primer lugar, que los versos suprimidos por D no parecen haber contenido información sustancial y, en segundo lugar, que el redactor de H también añadió por su cuenta algunos versos que no figuran ni en los fragmentos antiguos ni en D. A cambio, el texto de D es generalmente de mayor calidad, contiene menos errores y frases incomprensibles y mantiene, como se constata por la comparación con los versos conservados del siglo XII, mayor número de rimas y formas morfológicas y sintácticas antiguas. Las dos versiones, pues, tienen a la vez importantes cualidades y defectos que impiden decidirse por la traducción de una de ellas, dado que si se sigue D habrá que añadir los versos que faltan tomándolos de H, mientras que si se sigue esta última versión, habrá que acudir a menudo al texto de D para lograr una correcta comprensión.

Esta tarea la realizó ya Franz Lichtenstein para su edición de 1877, el único texto crítico de esta obra publicado hasta el momento. Hoy en día, se considera del todo incorrectos los métodos utilizados por Lichtenstein, porque el sincretismo con el que combinó ambas versiones produce un texto

que deja de ser histórico y porque corrige muchas rimas y formas morfológicas en un intento de reconstruir su apariencia genuina. Sin embargo, en una traducción al castellano —es esta la primera que se realiza—, esto último no se aprecia de ninguna manera; y en cuanto a la primera objeción, creo que el público no especializado, al que se dirige esta edición, deseará ante todo leer un texto equilibrado, correcto y completo, de modo que, advirtiéndole de esta particularidad, he considerado oportuno no repetir por mi cuenta la colación de manuscritos, sino seguir la edición de Lichtenstein. No obstante, he prestado atención a aquellas variantes que pudieran tener trascendencia para el contenido. En algunos casos, he optado por distanciarme de la edición y seguir la variante; las lecturas divergentes más llamativas las he señalado en nota.

He hablado antes del estilo de Eilhart, arcaizante y cargado de repeticiones, de las que solo unas pocas pueden considerarse fórmulas de estilo épico. Estas características no se podían reproducir en castellano, porque hubieran dado como resultado un texto de apariencia tan burda y primitiva que lo habría hecho ilegible. Así pues, he variado las frases utilizando términos y giros sinónimos siempre que me ha parecido necesario, aunque procurando mantener el tono. Por otro lado, el altoalemán medio, no solo el de Eilhart, es una lengua con una sintaxis muy flexible; sin embargo, lo que en el verso narrativo puede producir hermosos efectos, en la traducción suele resultar difícil de comprender, de modo que a menudo he tenido que marcar la relación entre las partes de las oraciones con mayor claridad de como aparece en el original, en algunos casos incluso en contra de los signos de puntuación que insertó Lichtenstein.

Para terminar, un breve apunte sobre el tratamiento de los nombres propios. Al tratarse de una edición de dos textos en un único volumen, he procurado que los nombres de aquellos personajes que aparecen en ambas obras fueran reproducidos de la misma forma en las respectivas traducciones, siempre y cuando se tratara también de antropónimos idénticos en las versiones originales. No me han parecido adecuados para esta edición los nombres que Eilhart da a los protagonistas: *Tristrant* e *Isalde*. Aunque el nombre de Tristrant es prácticamente el mismo que aparece en los antiguos textos franceses (*Tristran*), lo cierto es que no se ha

mantenido ni en la tradición románica ni en la germánica, donde desde Gottfried solo se utiliza el de *Tristan*. Por este motivo lo he sustituido por el correspondiente castellano de *Tristán*. En cuanto a *Isolda*, mientras que a partir del poema de Béroul los textos franceses dan a la protagonista el nombre de *Iseut*, que es el que se impondrá también en la tradición española (*Iseo*), el *Tristán* de Thomas utiliza casi siempre la forma antroponímica *Ysolt*, con consonante líquida. Esta variante fue adoptada por Eilhart (*Isalde*) y por Gottfried von Strassburg, aunque este último combina ambas formas (*Isolde/Isôt*). En la tradición germánica se ha mantenido desde entonces el nombre de *Isolde* para referirse a la amada de Tristán. Puesto que la adaptación española *Isolda* se conoce en nuestro país desde la divulgación de la ópera de Richard Wagner, he optado por mantenerla. Los demás nombres han sido castellanizados de manera que conserven sus peculiaridades.

Victor Millet

## Tristán e Isolda

Puesto que debo contar una historia a la gente que aquí puede verse reunida —y cuyo ruego me mueve a cumplirlo prestamente lo mejor que pueda—, desearía saber si entre el público hay alguien que prefiera prescindir de tales relatos, pues en tal caso tendré que buscarme consuelo por su presencia. Aunque no se les preste atención, esos oyentes muestran enseguida su actitud aviesa, tan contagiosa que, al cabo de poco, terminan siendo más de unos cuantos los que empiezan a hartarse. Pero la debilidad de sus corazones no les aprovechará para nada, y a la fuerza tendrán que mantener alejada de nosotros su falta de gratitud. Esa postura suya es una mezquindad que debe ser reprendida y sería justo que pagaran por ella. A todos estos oyentes los emplazo a abandonar por un rato su ruin comportamiento y a mesurarse en todo lo que en ellos es mudable. Quien estorba los relatos que son agradables de escuchar y que pueden resultar provechosos y útiles a las buenas personas tiene el entendimiento retrasado como el de un niño. Si aceptáis permanecer callados, yo os contaré —y mi deseo es proclamar aquí la pura verdad sin engaño alguno, tal y como la encontré en el libro— cómo el noble Tristán llegó a este mundo, cuál fue su fin y todas las proezas que llevó a cabo, de qué modo culminó todo lo que en vida emprendió, cómo este prudente héroe conquistó a doña Isolda y cómo ella murió por él; él murió por ella y ella por él. Ahora prestad atención a este relato. Escuchad bien, pues voy a contaros una historia de alegrías y lamentos como jamás fue oída otra igual por hombre alguno, sobre asuntos mundanos, sobre valentía y sobre amor. Tanto mayor debe ser por eso vuestra atención.

Reinaba una vez en Cornualles un rey llamado Marc que estaba en guerra violenta contra un noble soberano del que se dice que dominaba Irlanda. El rey Marc deseaba obtener ayuda y por esta razón mandó embajadas a diversos países cercanos, de modo que muchos caballeros aguerridos acudieron solícitos en su ayuda, pues el otro soberano, en su arrogancia, ya le había atacado a menudo atravesando el mar con un poderoso ejército y con sus aliados, causándole grandes daños.

De esto se enteró un rey magnífico que acudió también con sus huestes a Tintaniol; se llamaba Rivalín y su tierra llevaba el nombre de Leonís. Oyó decir Rivalín que el rey Marc había sufrido pérdidas por doquier, de modo que se encaminó hacia allá y le sirvió con su tropa como si fuera su vasallo. Pero esto solo lo hizo porque quería obtener por esposa a la hermana del monarca. Por las proezas que realizó, consiguió yacer con ella, y la hermosa dama cobró tal amor por el rey que, cuando terminó la guerra, huyó con él. Su nombre era Blancaflor. La mujer había quedado encinta antes de iniciar el viaje, y, cuando se hubieron embarcado en el mar, sufrió tales dolores debido al embarazo que murió. Entonces le abrieron el vientre y le sacaron a su niño. El rey lo llevó a su tierra, donde le pusieron el nombre de Tristán.

Tras la muerte de la señora, se profirieron grandes llantos y se hicieron muestras de tristeza. Llevaron a tierra su cuerpo y le dieron sepultura acompañada de lamentos desconsolados. Y Rivalín, ¿acaso podría haber sentido mayor pena? Retorcía sus manos llorando amargamente y lo mismo hacían todos los que estaban con él, que rodeaban el féretro gritando y sollozando; bien demostraban que habían amado a la señora. Cuando hubieron terminado las exequias, el rey Rivalín confió su querido niño a una nodriza, quien cuidó de él y lo crió hasta el día en que supo montar a caballo. Sin más demora, el rey Rivalín puso entonces al niño bajo la tutela de un escudero llamado Curneval, quien supo educarlo bien en todas las cosas de la corte, como también le enseñó a tañer el arpa y otros instrumentos de cuerda. Nunca antes o después recibió niño alguno una formación mejor. No olvidó instruirlo en nada que contribuyera a su fama y a su buen nombre. Pero, además, le dejaba jugar a menudo con otros niños, lo adiestró en usar hábilmente brazos y piernas, en tirar piedras, en correr y saltar, en luchar astutamente y en arrojar la lanza con fuerza y con acierto.

Lo instruyó también en ser generoso, cabalgar con el escudo como un guerrero y en asestar golpes de espada en combate. Por último, el escudero le inculcó hablar con propiedad y no romper jamás la palabra dada a alguien. Le explicó que, si cometía la necedad de convertirse en un mentiroso, todo el mundo lo despreciaría; le ordenó ser fiel, renovar siempre sus virtudes y comportarse cortésmente, con prudencia y corrección. Le mandó servir a las damas alegre y solícitamente, empeñando en ello su vida y sus bienes. Le dijo también:

—Esfuézate en mostrar siempre la debida corrección —y añadió que, cuando estuviera entre la gente, guardara en su corazón lo mejor de lo que escuchara. Le transmitió gran sabiduría y le hizo odiar toda maldad. ¿Para qué extenderse? Lo educó en la virtud y en la fama, pues él mismo era de los que prefieren realizar dos acciones buenas antes que una mala, tanto si le aprovechaba como si le traía inconvenientes. Disciplinó al niño para que hiciera lo mismo y, efectivamente, en poco tiempo este evitaba toda villanía, pues se aplicaba mucho en seguir las indicaciones de su maestro.

Curneval se encargó del niño hasta el día en que fue apto para los esfuerzos y capaz de soportar sufrimiento e incomodidades. Entonces habló al muchacho:

—Noble señor, ruega a tu padre que te permita viajar a tierras extrañas. Ya conoces bien las tuyas, que de buena voluntad están a tu servicio; ahora conviene que no dejes de descubrir otros países.

El hermoso joven fue de inmediato ante su padre a pedírselo de forma muy comedida.

—Padre querido —dijo—, permíteme marcharme; no me conviene esperar más. Quiero conocer tierras extrañas, pues no sabe de mí mucha más gente de la que hay en tu corte, que toda me sirve de buena voluntad. Date cuenta de lo útil que me sería: me formaría con gentes foráneas si las frecuentara tanto para asuntos serios como para diversión. No me sabrá mal tener que asumir privaciones, si a cambio puedo conocer en mi juventud cuáles son las buenas costumbres en los reinos extranjeros. Por eso, querido padre, concédeme de buena gana lo que te he pedido y ayúdame a marcharme, pues ya hace demasiado tiempo que estoy a tu lado.

Dijo entonces el rey Rivalín:

—Con mucho gusto haré lo que deseas, querido hijo mío.

Se dirigió a su administrador y le ordenó que, por el aprecio que le tenía, le proporcionara a Curneval cualquier cosa que este le solicitara. Les entregó al servidor y al muchacho todo lo que necesitaban. Curneval seleccionó en la corte a ocho escuderos y a dos donceles de gran excelencia, a quienes ordenó viajar con el joven y que fueron completamente equipados. Cargaron una acémila con oro y plata, lo que afectó muy poco a las arcas del rey. Otra acémila trajo Curneval, cargada de ropas y de joyas de diversos tipos, pues así lo quiso y ordenó. Mandó también preparar una nave con buenas cabinas y una sólida cubierta bien cerrada con tablas. Cuando todo estuvo dispuesto, el señor Tristán y los suyos pidieron licencia a Rivalín y se embarcaron. Izaron la vela para que no los errara el viento que los había de alejar de aquella tierra. Habían ordenado construir sobre cubierta una cuadra para cobijar a los caballos, para poderlos sacar nuevamente cuando llegaran a puerto y se terminara la travesía, lo que les permitiría cabalgar por tierra firme. Así esta pequeña mesnada navegó desde Leonís, cruzando el mar, hasta llegar a Cornualles, donde no se les conocía.

Cuando los extraños comenzaron a cabalgar por tierras del rey Marc, don Tristán rogó encarecidamente a todos los suyos por igual y acordó con ellos que ninguno explicaría de qué país procedían, que no lo revelarían a nadie y que mantendrían en secreto también su linaje. Él les ordenó con insistencia que, sin importar la acusación que se les pudiera hacer, todos mantuvieran silencio acerca de sus verdaderas circunstancias.

—No quiero que nadie aquí conozca mi ascendencia.

Rodeado de este secreto, don Tristán llegó hasta donde se encontraba el propio rey. Cuando se presentó ante él, fue recibido muy cordialmente por el soberano. Tristán le dio las gracias y dijo con gran cortesía:

—Señor, si me aceptarais, quisiera quedarme con vos y permanecer a vuestro servicio, pues he oído pronunciar grandes alabanzas de vuestra corte.

—Pues sed bienvenido —dijo el poderoso monarca, mandando llamar rápidamente al senescal, lo que se hizo de inmediato.

Llegado este, el rey cogió al joven y lo encomendó a su custodia. El buen señor tomó a Tristán de sus blancas manos y dispuso que todos los súbditos de la corte lo amaran en todo momento. Al senescal le ordenó que cuidara de él mejor que de los demás. En esto se probó la cortesía del señor; a mi juicio no se despreocupó de él. Este senescal gozaba del favor del monarca, pues, excepción hecha de las grandes fiestas, jamás llevaba las fuentes a la mesa. El rey se lo había concedido de buena voluntad por ser un príncipe de alta estirpe; lo había escogido para administrar su reino y para cuidar tanto de su país como de su honra. Era un barón de aquellas tierras y en su mano estaban todos los asuntos de la corte; Tinas se llamaba él, y su castillo Litán<sup>[1]</sup>. Gustábale hacer siempre lo mejor y era cortés y poderoso, lo que demostró buenamente con el muchacho. Rogó a los cortesanos que fueran bondadosos con él y que quisieran protegerle de toda incomodidad, que él se lo recompensaría bien a todos. El joven alcanzó pronto gran reputación debido a su gran valía y a que jamás evitaba realizar cualquier acción digna de elogio que pudiera, no cejando por razón alguna a ninguna hora del día. De este modo, el muchacho creció con honra y con gran fama en la corte del rey Marc, hasta que a él mismo le pareció que podía ceñirse la espada.

Vivía a la sazón en Irlanda un señor llamado Moroldo que poseía la fuerza de cuatro hombres. Escuchad y prestad atención: causaba este gran espanto y había matado a muchos de sus enemigos. Su bella hermana era esposa del rey de Irlanda y estaba libre de toda tacha. Él era un guerrero imponente que había dominado por la fuerza a todos los reinos de los alrededores, entregándoselos a su rey. No había ningún país cerca del suyo al que este paladín no hubiera doblegado hasta hacerle pagar tributo, con la única excepción de Cornualles; todos los demás reinos los había conquistado. Pero el joven rey Marc no le prestaba atención, lo cual irritaba a Moroldo, pareciéndole que sería una deshonra si no lo sometía también a él. Por esta razón, decidió invadir la tierra del rey Marc, al otro lado del océano, con un poderoso ejército con el que pretendía subyugarlo y llevar a su señor el diezmo de ese país. Para ello reunió, como es debido, a numerosos guerreros valientes. Antes de partir dijo al rey:

—Me duele mucho que Marc no te pague tributos como los demás. Para conseguirlo, o moriré o haré sollozar a muchas mujeres en todo su reino. Tendrá que enviártelo a la fuerza y con deshonra, de otro modo le acosaré de tal manera que preferirá haber sido feudatario tuyo desde hace muchos años.

En verdad os lo digo: Moroldo estaba muy embravecido. En el acto cruzó el mar, y, llegado al otro extremo, no encomendó decir a Marc otra cosa sino que le hiciera llegar el tributo por su tierra y que ya había sido suficientemente osado como para llevar más de quince años reteniéndoselo. Y mandó decirle certeramente que<sup>[2]</sup>.

—Si tiene a un hombre tal que se atreva a enfrentarse conmigo y que sea de tal linaje que se pueda considerar igual a mí, combatiré con él y demostraré por derecho que Marc debe pagar tributo a mi señor. Si lo rechaza, le daré otra oportunidad antes de forzarlo a abandonar su tierra: que se enfrente a mí con sus ejércitos; si logra defenderse, lo liberaré de mis demandas y seguiré mi camino. Debéis decirle también qué es lo que exijo como tributo: quiero uno de cada tres niños que hayan nacido en su tierra en los últimos quince años. Y decidle en verdad que, si no me los quiere dar, yo mismo cogeré a niños y doncellas, clérigos y seglares, pobres y ricos, sin miramiento alguno. Los jóvenes serán mis siervos privados y a las doncellas las meteré en mi prostíbulo para que de noche y de día ganen para mí mucho dinero.

Cuando el mensajero le dijo todo esto a Marc, el rey alzó triste la mirada hacia Dios y ante Él se lamentó amargamente de la gran afrenta. Mandó a sus mensajeros cabalgar hacia los príncipes del país y en poco tiempo los hubo avisado de que acudieran a la corte para escuchar de su boca cuáles eran el apremio y el terror a los que lo había sometido Moroldo. Mientras esto ocurría, Tristán dijo a Curneval:

—Escúchame, querido maestro, pues necesito tus opiniones acerca de lo que te parece mejor en este asunto. La arrogancia de este forzado me preocupa. Si nadie se le enfrenta, yo combatiré con él. ¡Que Dios me ayude a mantener el derecho! Pero ¿cómo puedo hacerlo?

Con prudencia, Curneval dijo:

—Si mis consejos os han de servir, sin duda prefiero dároslos a vos que a cualquier otra persona. A mí me parece lo mejor que no emprendáis este combate.

—No, querido maestro, no me lo desaconsejes, pues quizás tengamos fortuna, de modo que crezca nuestra reputación y fama. Jamás lograríamos superar la afrenta si él se marchara de aquí sin que nadie se le enfrentase.

—Bien que os lo concedería —dijo su buen vasallo—, si tuviera garantías de que realmente ibais a aumentar vuestro honor. Pero ocurra lo que ocurra, como para bien o para mal sé que es esta vuestra decisión, os daré mi apoyo en lo que pueda. Dios, que hizo la noche y el día, os ayude a que se cumpla vuestro deseo. Puesto que no puedo haceros cambiar de parecer, escuchad al menos cuál es mi consejo: debéis pedir al rey que os haga caballero según su costumbre.

Este consejo agradó mucho al joven y lo llevó a la práctica de inmediato. Cogió Tristán al senescal de la mano y se presentó con él ante el rey:

—Quisiera hacerme caballero, si vos me ayudarais en ello.

—Aún es demasiado pronto. Deberías esperar todavía un año —dijo el rey.

—Señor, os garantizo que no es prematuro; estad seguro y cierto de ello. Si quiero alcanzar la fama, debo comenzar pronto y esforzarme largamente. Tengo tan gran deseo de ceñirme la espada que no cejaré en mi empeño hasta que lo consiga.

El rey ordenó conseguirle todo lo que necesitaba, y a todos los que Tristán quiso que se ceñieran la espada junto a él les fue concedido. El futuro caballero ordenó que a su lado se entregara la espada a sesenta escuderos. Al cabo de siete días, los príncipes trajeron a palacio a muchos apuestos caballeros. Entonces Tristán entró cabalgando en la corte y con él todos los jóvenes donceles. Cuando llegaron a la sala, todos coincidieron en que él debía ser escogido como el más apuesto, y que como era cierto nadie se enojaría.

Cuando todos los principales del reino, a los que el monarca había hecho llamar, hubieron llegado, siguiendo su mandato, Marc les contó, lamentando su mala situación, lo que le habían comunicado.

—Habéis venido aquí para que conozca vuestra postura. Yo os ayudaré de la mejor manera que pueda en lo que prefiráis hacer y decidáis acometer, pues no he oído jamás nueva alguna que me haya causado tanto dolor. Si hay aquí algún hombre que esté dispuesto a combatir con el forzado Moroldo, le será recompensado de tal manera que será rico para siempre.

Entonces se marcharon todos juntos a tomar consejo en privado. No se halló entre ellos a nadie que quisiera enfrentarse en combate. Al poco llegó Tristán y les preguntó por qué duraba tanto su consejo. Un príncipe le dijo:

—Ninguno de nosotros puede hallar entre todos sus vasallos a un caballero tan osado que acceda a luchar contra Moroldo, a pesar de que hay aquí muchos fuertes guerreros. Además, la táctica de este consiste en utilizar argucias cuando alguien se le enfrenta respetando las reglas, de modo que es fácil perder la vida en ello.

—Pues yo quiero confiar en mi suerte —dijo el señor Tristán—; yo me enfrentaré a él de inmediato, si permitís que sea vuestro paladín. Quizás Dios mi señor me conceda que, antes de que él me mate a mí, yo logre acallar su despecho y sea él quien termine aborreciendo el combate.

Y rogó a continuación a todos que le apoyaran en su solicitud al rey de que le concediera luchar en solitario contra el temible guerrero, asegurándoles que todos verían cómo, si el rey accedía a dejarlo combatir, él se enfrentaría a Moroldo tal y como afirmaba.

Todos se alegraron ante tales palabras, aunque sentían algo de temor al dejar un juicio de tanta trascendencia en manos de un joven. Pero acordaron que sería mejor hacerlo que callarlo y decidieron dejar la victoria en manos de la fortuna.

—Nos irá muy bien —dijo Tristán, el buen guerrero—; confío en que no podrá causarme daño. Pero no le debéis hablar a mi señor de mí precipitadamente, sino que antes deberá prometeros que dejará combatir con el fuerte adversario a quienquiera que lo solicite.

Escuchado su ruego, fueron ante el rey y le tomaron la palabra:

—Señor, hay aquí un hombre que quiere enfrentarse a Moroldo en representación nuestra si se le concede hacerlo; bien podéis otorgárselo vos.

—Todo lo que pida y esté en su derecho de pedir, le será concedido —dijo el famoso rey, preguntando quién era.

—Señor, prometédnoslo firmemente, para que él esté seguro de que, sea hombre libre o no, le dejaréis combatir —le respondió un poderoso príncipe.

—Yo le prometo formalmente que lo haré de buen grado. Podrá contar además con mi ayuda y le profesaré aprecio sincero.

Entonces no esperaron más y le dijeron de inmediato que se trataba de su amigo, don Tristán.

Los mensajeros de Moroldo objetaron enseguida que su señor no aceptaba enfrentarse a nadie que no fuese su igual. Pero eso no molestó al valeroso Tristán, que dijo a los caballeros:

—Fijaos bien en quién soy. Por su nobleza, mi madre, Blancaflor, fue libre. Mi padre se llama Rivalín. De Leonís es de donde vengo y soy el hijo de la hermana de Marc.

El rey sintió a la vez alegría y pena. Alegría por saber que aquel era hijo de su hermana; y una pena profunda porque, siendo este tan joven, ya quería cargar con un sufrimiento tan grande. Enseguida dijo el rey a su querido sobrino:

—Por deseo mío debes abstenerte de este combate y no sufrir daño alguno.

—¿Por qué?

—Te lo diré, sobrino: porque se tendría por cobardes a los que son de esta tierra. ¿Qué puede preocuparte a ti este asunto?

—Sentiría verdadera pena.

—A mí me pondrías en un aprieto.

—¿Cómo puede ser eso? ¿Acaso os avergonzáis por mi culpa?

—Sí.

—Aquí en vuestra tierra el asunto no puede causaros deshonra.

—Tampoco es asunto tuyo.

—Señor, no voy a excusarme de hacerlo.

—Bien puedes hacerlo.

—No, no puedo.

—¡Ay del día en que te ceñí la espada!

—¿Acaso lo lamentáis?

—Por mi fe que sí.

—¿Por qué?

—Porque yo te ordené caballero.

—En efecto, lo hicisteis.

—Y lo volvería a hacer, como ordeno ahora que abandones el combate.

—¡No, por cierto, no lo haré, me ocurra lo que me ocurra! —así habló el buen caballero, con total determinación de no hacerlo. Por mucho que se le rogó, no hubo nada que hacer. Ante una negativa tan firme, el rey enfureció, le miró irritado y dijo públicamente:

—¡En verdad que no lucharás!

Ante estas palabras, el héroe, decidido, recordó al soberano lo que había prometido a sus allegados, que él solo se enfrentaría a Moroldo. También se lo recordó muy seriamente al príncipe que había recibido la promesa, de modo que se hizo lo que deseaba y se le otorgó el combate.

—Resulta curioso —dijo entonces el rey a su sobrino— que quieras perder aquí tu vida sin saber por qué.

—Y si me mata, ¿qué más da? De todos modos voy a morir o a conquistar la fama.

—Pero podrías conservar la vida.

—Aunque supiera con certeza que me iba a dar muerte, aun así preferiría sufrirla que dejarle ver cómo se le concede el favor de que nadie se atreva a hacerle frente.

—Eso déjalo de mi cuenta —dijo el poderoso monarca.

—No lo haré, por cierto —contestó el paladín Tristán—. He decidido emprender este combate y nada me hará cambiar de opinión.

¿Qué otra cosa podía hacer el rey? Encomendó luego decir a Moroldo que acudiera a un islote en el mar, que allí con toda certeza tendría lugar lo que había deseado, pues Tristán se le enfrentaría al cabo de tres días. Ordenó decirle también que él llevaría el tributo, para que pudiera verlo, y que si conseguía obtenerlo, fuera con amenazas o con un acuerdo amistoso, se lo podría llevar consigo a su tierra, pues él se lo entregaría.

Las palabras del rey enojaron a los mensajeros. Se marcharon de allí hacia el lugar en el que debían reunirse con Moroldo. En el momento en que este los vio llegar, oíd lo que dijo:

—¿Qué me encomienda decir el noble rey?

—Nada que no signifique combate —respondieron ellos.

—¿Es verdad esto?

—Sí, por cierto.

—¿Y dónde tendrá lugar?

—Muy cerca de aquí, pasado mañana al amanecer.

—¿Quién se enfrentará conmigo?

—Te desafiará uno de ellos, que es hijo de la hermana de Marc y que no hace mucho que lleva la espada.

Estas palabras gustaron mucho a Moroldo, aunque le enojó también el hecho de que este tuviera el atrevimiento de enfrentársele. El príncipe se preparó con esmero para el combate. Al amanecer de la tercera mañana, Moroldo llegó cabalgando al lugar en donde Marc lo estaba esperando con un poderoso ejército. Junto a la orilla del mar descabalgaron todos sobre el prado y montaron sus tiendas. Hecho esto, Marc ordenó traer su armadura de acero, a la que estimaba mucho, y se la dio a don Tristán. Con su regia mano armó al joven, mostrando la amistad y el afecto que le profesaba. Le dio además su corcel, un apuesto castellano, grande, fuerte y proporcionado, vestido con hermosas coberturas y provisto de arreos de oro de Verona. El estribo estaba claveteado en plata y chapado de oro rojo, como es debido. Esto se lo dio el poderoso rey a su amado sobrino, junto con una espada de la anchura adecuada. Cuando se la blandía con ira, ni el acero podía detener sus golpes. Ordenó traerle también un escudo excelente y nuevo, trabajado con gran esmero.

Después de que Tristán fuera armado tan imponentemente por el noble rey Marc y cuando tuvo que emprender ya la travesía, el rey lo besó y lo abrazó, diciendo:

—El buen Dios te proteja en su misericordia y te devuelva a nosotros habiendo matado a tu adversario.

Y todos rogaron a Dios, nuestro señor, que accediera a ayudarle. Después el paladín subió a su barca, agarró el corcel por la brida, cogió el escudo y la espada y fue solo hasta el islote. Como habéis oído antes, Moroldo había llegado ya y le esperaba sobre la arena. El valiente caballero Tristán amarró bien su barca y con la lanza empujó la de Moroldo mar adentro. El temible le preguntó de inmediato:

—¿Por qué haces esto, guerrero?

—Te diré por qué —contestó—. Ambos hemos venido aquí para recibir el daño o la reputación que podamos ganarnos. Aquel a quien le sea asignada la victoria bien podrá irse de aquí en una sola barca.

Estas palabras hicieron que Moroldo sintiera aprecio por Tristán y le dijo:

—Ven conmigo a mi tierra, eso es lo que te quiero pedir. Compartiré contigo mis posesiones y mis feudos y por ti intercederé siempre con mis bienes y mi persona si cambias de parecer y abandonas este combate. Harás bien, creo yo, pensando en tu vida; sentiría mucho tener que matarte ahora. Recapacita a tiempo, joven hermoso y apuesto, y conserva tu tierna vida. En verdad que te recompensaré por ello haciéndote rico y dándote la mitad de mi herencia. Si te matara, sería una gran pérdida; por eso debes dejar esta lucha.

Con decisión habló entonces el valiente:

—De buen grado lo haría, si tú dejaras libre al rey.

—No, esto no puede ser —dijo Moroldo el forzado—. No voy a perdonar el tributo al rey Marc. Sería desmesurado y todos los que lo oyeran creerían que lo hice por temor. No puedo cumplir una petición tan astuta como la que me haces: todos los países de mi señor iniciarían una enemistad demasiado fuerte conmigo.

—Entonces retiro de inmediato todo lo que te he otorgado —respondió Tristán—. Aunque no me salvara en este combate, lo prefiero a concedértelo por más tiempo.

No esperaron más, se buscaron el uno al otro, bajaron las lanzas sujetándolas por debajo del brazo; después de haber montado y una vez preparados, los osados guerreros dirigieron los caballos hacia el ansiado encuentro. Atravesaron los escudos con las lanzas que llevaban en la mano, de modo que se rompieron. Tristán recibió en este encuentro una herida a través de los anillos de la coraza de la que tardó mucho tiempo en sanar.

Después de esta primera acometida entre los valientes guerreros, no había ya posibilidad de reconciliación. Tristán había sido herido con una lanza envenenada, ¿a quién no le causaría gran pesar? Ambos rompieron allí sus lanzas, pero Tristán derribó enseguida al osado Moroldo: así se

vengó de él. Moroldo se puso en pie de inmediato y Tristán desmontó también del corcel. Volvieron a correr el uno hacia el otro, lucharon con fervor y se causaron heridas profundas pensando en mostrar valentía. Fue el combate más duro que jamás se ha visto antes o después entre dos hombres. El mutuo acoso fue atroz y, a causa de los golpes, se vieron salir muchos fogonazos rojos de los claros yelmos. Tristán, el paladín, pagaba valientemente el tributo exigido y Moroldo luchaba feroz como un jabalí enfurecido. Tristán demostró que llevaba una excelente espada y le destrozó al otro el escudo, pero le fue pagado con la misma moneda. Con sus espadas dieron muchos golpes que retronaron fuertemente. Llegó un momento en que el joven no pudo permanecer más de pie, pues el forzado lo acometió tanto que de un golpe lo hizo arrodillarse. Pero el valiente Tristán se recuperó enseguida y le asestó tal tajada en la mano, que se la cercenó, haciéndole perder con ella la espada. Moroldo se desesperó y arrancó a huir, pues no podía seguir luchando con él; pero como todo buen combatiente, Tristán lo atacó con su fuerte brazo, asestándole con coraje una herida grande y profunda a través del yelmo que lo hizo caer a sus pies. Pero debo decir también que un gran infortunio hizo que un fragmento desgajado de la espada por el golpe se quedara clavado en la herida y que más tarde fuera hallado en el cráneo. Tristán exclamó orgulloso:

—¡Ya has recibido suficiente tributo! La arrogancia que te trajo aquí te ha traicionado. En verdad te digo que ahora dejarás libre de exigencias a mi señor, por mucho que te pese.

Así terminó el combate. Sin esperar mucho, fueron a buscar a Tristán con algarabía y cantos. Tampoco esperaron más los hombres de Moroldo; habría sido una villanía abandonarlo allí. Llorando fueron a buscar al guerrero y, con los corazones profundamente entristecidos, exclamaron:

—¡Ay, qué vergüenza y qué deshonra hemos sufrido aquí!

Regresaron prestos a su tierra y enviaron rápidamente un mensajero a su joven señora diciendo que, si quería ver con vida a su tío, viniera a su encuentro lo más pronto que le fuera posible y que no le convenía entretenerse. Ella se llamaba Isolda y era una noble doncella, muy conocida en todas partes; además, entendía de remedios más que ninguna otra persona en todo el reino. Cuando escuchó el mensaje, se entristeció mucho

y se embarcó llorando para cruzar el mar e ir al encuentro de su tío. Tenía la seguridad de que, si lo encontraba con vida, lograría sanarlo y salvarlo pronto de su sufrimiento. Pero cuando llegó, él ya había muerto. Inspeccionó de inmediato la herida con sus blancas manos y encontró en ella el fragmento que había saltado de la espada de Tristán. La noble e intachable lo contempló sollozando y lo guardó luego cuidadosamente. Volvieron entonces a su tierra con grandes duelos y enterraron a Moroldo como era debido. Isolda lloró amargamente y con ella muchas nobles damas y también todos los que lo vieron, amigos y parientes. El rey se echó sobre la tumba y, entre lágrimas, pronunció estas palabras:

—Aunque viviera para siempre, jamás lograría consolarme por tu muerte.

Y todos sus hombres se lamentaban y se dolían con él. El soberano ordenó a los caballeros que se ocuparan de hacer matar a toda persona de Cornualles que llegara a su tierra. En verdad que pidió a todos los que le tuvieran estima que hicieran cumplir la orden de que a todo aquel que fuera apresado lo colgaran o lo azotaran hasta la muerte sin juicio previo. Muchos fueron asesinados entonces, que no tenían culpa alguna. Y los que estaban enterados explicaban, si he oído bien, que era por culpa de Tristán por lo que nadie procedente de Cornualles podía andar por aquella tierra, a no ser que viniera en barco. Pero el rey mandó también que fueran ajusticiados asimismo todos los que llegaban por mar. Esto lo hizo el monarca por la terrible ira que le había causado la pérdida del valiente Moroldo.

Este, a su vez, había pagado a Tristán con una gran herida que lo desesperó profundamente, pues no había médico que consiguiera sanarle. El héroe apenas se mantenía con vida. No había nadie en el mundo que supiera curar el veneno, excepto Isolda, la cual, sin embargo, deseaba que Tristán estuviera bajo tierra, pues este, al matar al valiente Moroldo, el hombre que ella más amaba en el mundo, le había causado un dolor tan grande que apenas lo podía soportar. Tristán había conseguido de este modo que la dama lo odiara, pues le había quitado a su tío la vida y la reputación. El padre de la joven era el noble rey de Irlanda. ¿Dónde se ha encontrado jamás a otra doncella igual? Su fama había llegado lejos y en todas partes se la encomiaba. Dondequiera que se midiera a damas excelsas, ella sola salía

victoriosa. Era hermosa y discreta, estaba colmada de todas las virtudes y sabía hacer valer su honra y dignidad. Todo el reino tomaba consejo de ella, pues era la mejor médica del país y, gracias a su sabiduría y a la ayuda que les prestaba, muchas personas gravemente enfermas habían logrado sanar.

El noble y buen Tristán sufría mucho: no podía comer ni beber y, al final, el veneno de la herida comenzó a apestar de tal modo que, por el hedor, nadie se le podía acercar. Entonces él mandó a Curneval que rogara al rey que por Dios le hiciera construir una casa apropiada fuera de la ciudad, junto al lago. Decía sufrir tanto que tampoco sanaría permaneciendo dentro de la muralla, cerca de la gente. Cuando Curneval presentó el ruego ante el monarca, este ordenó de inmediato construir la casa donde debía. Allí llevaron al enfermo, con grandes lamentaciones tanto públicas como privadas; muchos claros ojos se enturbiaron por el llanto cuando el buen guerrero fue trasladado de la ciudad a la casa. Una multitud le seguía en comitiva, deplorando haber perdido de este modo al paladín. Pero su herida olía tan mal, que todos evitaban su proximidad, excepción hecha del rey, del senescal Tinas y de Curneval, quienes cuidaban al pobre paciente. Cada día contaban con su muerte, lo que entristecía hondamente a hombres y mujeres. Tristán, sin embargo, tomó la determinación de embarcarse y salir a la mar, no preocupándole ya si volvía a llegar a tierra alguna vez, herido de la manera en que lo estaba. Pidió que lo levantaran y llevaran a un bote, en el que pretendía permanecer hasta su muerte, pues prefería morir solo en el mar que matar a toda la gente con su hedor: esos eran sus pensamientos. A su escudero le dijo:

—Espérame durante un año junto a mi amado señor; aquí no te ocurrirá ningún daño. Si sobrevivo, volveré a tu lado antes de que pase un año, puedes creerme. Pero si no vengo, entonces mira por tu bien, regresa a tu país y dile a mi padre que te recompense bien, que ordene cederte la corona después de su muerte y que te tenga por hijo propio, como si me tuviera a mí. Puedes estar completamente seguro de que no hay nadie a quien favorecería de este modo con mayor placer.

Curneval ni siquiera pensó en la corona o en el reino, sino que lloró amargamente. Y los que estaban allí, poderosos y pobres, no pudieron evitar sentir enorme compasión por el sufrimiento de Tristán. Cuando lo llevaron

hacia el mar, alzaron grandes llantos. El noble hombre pidió, según oí decir, que en su embarcación no metieran nada más que su arpa y su espada. Cumplieron su deseo y echaron la barca al mar. El poderoso rey Marc no había sentido jamás mayor desconsuelo; cuando vio cómo su querido sobrino era arrastrado solo lejos de la costa, su dolor fue todo menos pequeño. Con los ojos llorosos, debéis creerme, el rey seguía a su sobrino con la mirada mientras el bote emprendía su camino hacia la lejanía cruzando el mar salvaje. El viento le causó serias tribulaciones a Tristán, pues lo arrastraba de aquí para allá y el pobre enfermo tuvo que ir a la deriva hacia donde lo llevara, aunque tampoco le importaba ya en qué dirección iba su barca. Lo apresó entonces un fuerte temporal que lo arrastró hacia Irlanda y lo echó sobre la playa frente a uno de los castillos del rey. Cuando vio dónde había ido a parar, Tristán creyó encontrarse ante una muerte cierta. Pero oíd cómo se salvó. El rey se percató de su presencia y envió un explorador para que le informara de qué era lo que había dentro del bote. Cuando el emisario llegó allí, encontró a Tristán tumbado y herido, luchando con la muerte. El enviado regresó rápidamente y contó al rey que en la embarcación había un hombre enfermo, gravemente herido, para su desgracia, en un costado. Inmediatamente, el propio rey bajó a la playa y ordenó llevarlo a una casa, donde le preguntó quién era. A Tristán le pareció arriesgado responderle, pues tenía miedo de no poder evitar la muerte, pero al fin le contestó:

—Señor, me llamo Pro y mi casa está al otro lado del mar<sup>[3]</sup>. Viajo para vender mis mercaderías, pero en el mar he sido desvalijado; era también juglar y poseía grandes riquezas. Ahora me encuentro como Dios lo ha querido: el viento me ha arrastrado hasta aquí, he sido saqueado en alta mar y estoy herido de muerte.

Cuando el rey vio su desgraciada situación, hizo cuidar bien de él y mandó a alguien que acudiera a su hija para rogarle que le enviara cataplasmas y varios tipos de ungüentos, pues había allí un hombre gravemente herido. Pero cuando le pusieron sus emplastos, no le sirvieron de nada, lo que no gustó a la dama, que le hizo llegar otro distinto; pero ese tampoco duró más que siete noches desde el momento en que se lo

aplicaron, de modo que se comunicó a la señora que los ungüentos le hacían más mal que bien. La dama reflexionó y dijo al poco rato:

—Lo han herido con veneno.

La hermosa Isolda le mandó de inmediato un apósito que era bueno para esos casos, gracias al cual sanó en poco tiempo. De este modo la señora lo curó con gran generosidad, sin que él alcanzara a verla durante toda su estancia.

Mientras el noble y joven guerrero superaba su dolencia, toda Irlanda comenzó a sufrir una gran hambruna, debida precisamente a este héroe, que había causado que los barcos no se atrevieran a navegar hasta sus costas. El rey hizo llamar a sus príncipes y les solicitó fiel consejo acerca de qué era lo mejor que se podía hacer para paliar el hambre generalizada.

—Ya ha muerto mucha de mi gente —dijo el poderoso monarca—, de modo que debéis aconsejarme entre todos sobre qué decisión podemos tomar.

Pero entre los suyos no había nadie que supiera dar un buen consejo. El soberano les preguntó:

—¿Cómo es que calláis ahora?

Pronto mandó llamar a Tristán, el prudente, y cuando este llegó ante él, también le pidió consejo sobre lo que podía hacer en su situación. Tristán le respondió:

—Señor, Dios deberá recompensaros con la corona del bien celestial por lo que habéis hecho por mí. Si ahora queréis escuchar el consejo que yo he hallado, deberíais enviar barcos a Inglaterra a buscar alimentos. Yo los guiaré hasta allí y los ayudaré lo mejor que sepa y pueda a comprar alimentos con dinero.

El rey dijo a los suyos:

—Este consejo me gusta mucho. Pro viajará a iniciativa propia hasta la tierra al otro lado del mar y nos traerá aquí alimentos; nosotros le confiaremos el dinero.

Todos se lo prometieron y cuando el monarca hubo pronunciado estas palabras y comprobado que a todos les gustaba el consejo, mandó preparar tantas naves como necesitaba —que eran bastantes, pues temía mucho la hambruna— y envió al noble Tristán a Inglaterra a por alimentos. El

caballero solicitó licencia ante la corte real, cogió la espada y el arpa, se embarcó rápidamente y navegó hacia Inglaterra, adonde había sido enviado por el soberano. Cuando llegó allí, empleó a un mercader que le consiguió los alimentos. Al poco tiempo, el noble y prudente Tristán guió a los irlandeses hasta donde encontraron el grano y les ordenó cargarlo en las naves. En esa adquisición gastó en representación del rey unos mil marcos<sup>[4]</sup>. Ellos le mostraron profundo agradecimiento y regresaron a su país, dejando a Tristán en tierra. Eso fue por decisión propia del héroe; escuchad con qué fin lo hizo: se embarcó en otra nave que procedía del reino de Marc —de lo que se enteró porque se lo dijo el timonel— y regresó con ella al país al que anhelaba volver y en el cual fue bien recibido.

El valiente hombre llegó al embarcadero de Tintaniol justo en el día en que se cumplía un año desde su partida. Había conseguido curar su herida y estaba sano y alegre. Curneval lo vio descender solo de la nave y lo reconoció en el acto. ¿Que si se sintió feliz? ¡Pues claro! Y os diré otra cosa: en aquel momento, el fiel Curneval fue tan dichoso en su corazón por el regreso de su amado señor, que lloró y olvidó todo su dolor. Según leí, un emisario fue corriendo a decir al rey que Tristán había vuelto. El monarca, después de dar tales albricias al mensajero que lo hicieron rico hasta su muerte, marchó majestuosamente y acompañado de un gran séquito al encuentro de Tristán, le dio la bienvenida y todos alabaron a Dios, nuestro señor, por que hubiera sanado tan felizmente. El fiel senescal Tinas lo recibió con gran afecto, como lo hizo en general todo el reino, pues hombres y mujeres y cualquiera que lo hubiera llegado a conocer se alegraron de su retorno.

El noble Tristán se convirtió, a partir de entonces y gracias a sus habilidades, en un hombre muy celebrado, y los éxitos que obtenía en torneos y combates eran encomiados por todo lo ancho del país. El rey lo amaba tanto que por él decidió renunciar a casarse, pues pensaba cuidar de aquel hombre como de su propio hijo y entregarle luego el reino. Esto, sin embargo, enojó a los familiares más próximos del rey, quienes una y otra vez le insistían en que tomara por esposa a una mujer adecuada a su rango. Pero él respondía que no quería a ninguna y por esta razón comenzaron a odiar intensamente a Tristán, sin que este tuviera la culpa. Y no escondían

sus pensamientos, sino que los expresaban de modo que él los oyera, y muchos creían incluso que la decisión del soberano había partido del propio Tristán, aunque él no había hecho nada reprobable.

En una ocasión, amigos y vasallos fueron ante el rey; los más destacados del reino cogieron a Tristán y lo llevaron al consejo para pedir todos juntos al monarca que accediera a tomar esposa. Él les indicó un plazo al cabo del cual les comunicaría su decisión. A todos les pareció bien este breve parlamento, formulado con tanta determinación, pues antes había dicho muchas veces que no tomaría mujer alguna. Cuando debía ya exponer cuál era su deseo, el famoso rey estaba sentado solo en su sala; no eran nimias sus preocupaciones, pues con toda intensidad trataba de pensar en cómo podría apartar hábilmente a los suyos de sus pretensiones, para que lo dejaran en paz, pues no quería esposa alguna, les gustara a ellos o no.

En ese momento, dos golondrinas comenzaron a picotearse dentro de la sala real. El señor se dio cuenta y las observó detenidamente. Entonces — escuchad bien, pues es cierto— a ambas se les cayó un pelo hermoso y largo. El rey decidió estudiarlo con mayor detalle.

—Pertenece a una dama —se dijo—. Con él me defenderé. Desearé a esta por esposa y ellos no me la podrán conseguir. ¿Acaso podría defenderme mejor? Odian a mi sobrino porque es valeroso, pero estoy seguro de que no le pueden causar daño alguno. Heredará mi reino y ellos serán sus súbditos.

Y mirad, en ese momento llegó Tristán, y con él venían los demás señores. Un príncipe habló por todos ellos, solicitando al rey que explicara qué era lo que pretendía hacer en pro de la dignidad del reino. El noble soberano dijo:

—Tengo aquí el cabello de una dama. En verdad os quiero decir que esta es la que tomaré, si ello fuera posible. Sabed que este es mi deseo. Pero si no puedo conseguir a esta, no hay otra en ningún lugar del mundo a la que quiera por esposa; antes preferiría condenarme eternamente al infierno, creedme.

Cuando el rey dijo esto, los barones se disgustaron y le preguntaron de quién se trataba. El noble rey les respondió que no lo sabía, a lo que ellos comentaron:

—Quiere apartarnos con engaños de nuestra petición —y se dijeron en voz baja que era culpa de Tristán, quien no le era fiel, pues cometía la grave felonía de no contribuir a aumentar su fama y su provecho. A pesar de ello, todos desearon saber de dónde había sacado ese cabello, pero lo que les contestó fue ya demasiado doloroso para ellos.

El noble Tristán dijo entonces:

—¿Por qué actuáis así, querido señor? El hecho de que no toméis esposa pone en peligro mi vida y me hace temer por ella. En verdad que vuestros parientes comentan que lo hacéis por mí. Ahora debéis demostrarles que yo nunca os lo aconsejé. Si os importa esta mujer de la que habéis hablado, sea dueña o doncella y tanto si resulta en mi provecho como en mi desgracia, mandad aparejar una nave para mí con todo lo que pueda necesitar, pues por vos quiero ir a buscarla todo lo lejos que haga falta, por si Dios quiere que la encuentre en alguna parte. Entregadme, pues, el cabello, para que por él la reconozca, si llego hasta donde esté. Aprecio más vuestra fama que la de ninguna otra persona, estad seguro, y además quiero mostrarme agradecido.

—Dios te recompense por ello —dijo el poderoso rey y ordenó armarle rápidamente un buen bajel con todo lo necesario. El senescal Tinas hizo cargar en la nave cien armaduras de caballero y además fue bien provista de oro y telas. Cien caballeros, vasallos no libres del rey, acompañaron a Tristán.

Fue una gran necedad del héroe cargar con tanto esfuerzo por algo tan nimio. Se hicieron a la mar y durante un mes surcaron las olas sin ver nada más que cielo y agua. Pero eran valientes y superaron la gran congoja. Tristán ordenó al timonel evitar Irlanda, si no quería morir.

—Sé bien —dijo— que, si llegamos allí en barco, moriremos. Debemos buscar a una mujer y recorrer todas las tierras a las que la nave pueda llevarnos o a las que se pueda llegar cabalgando; quizás veamos el día en que hallemos a esa dama.

Pero entonces los vientos iniciaron una terrible tempestad que con toda su fuerza y gran poder se apoderó de la nave, arrojándola en aquella sola noche hasta la mismísima Irlanda, a la costa frente al castillo en el que

Tristán había sido curado. ¡Qué viaje tan terrible! Cuando el señor se dio cuenta de la situación, habló a sus hombres:

—Aquí fui sanado. Pero me temo que estamos condenados a sufrir en este lugar una desdicha tan grande como la dicha de que gocé yo. Si este es el castillo del rey de Irlanda, podéis estar seguros de que necesitaremos mucha astucia para salir de aquí y solo lo conseguiremos con algún ardid. Haced lo que os pido: callad todos y dejadme hablar a mí solo. Trataré de salvar nuestras vidas con alguna estratagema.

Cuando el rey oyó que había una nave tan cerca, se enojó mucho y dijo a su mariscal que no lo tolerara y que les cortara a todos la cabeza. Le gustara o no, resultaba imposible desobedecer la orden; se aproximó al barco y dijo de inmediato a los hombres que debía ajusticiarlos.

—No sería nada bueno para vos —dijo el noble Tristán, ofreciéndole una excelente copa de oro con el ruego de regresar a la corte, acceder a transmitir al rey sus palabras y quejas y dejarlos vivir mientras tanto; a cambio le daba la copa.

El mariscal les concedió todo lo que solicitaron, pues era un hombre cortés. Sacaron la copa y el mariscal la aceptó en un acto de cortesía. Tristán, el señor, dijo:

—Explicad al rey que hemos venido a esta tierra yo y doce de mis compañeros, los mejores mercaderes. Salimos de Inglaterra oyendo decir que en este reino había una gran hambruna. Cargamos entonces rápidamente doce naves con alimentos para traéros las y nos dirigimos hacia aquí. Pretendíamos ganar dinero y fama. Sin embargo, encontramos a gente que viajaba de vuelta y que había sido perseguida; una de estas personas nos dijo que a todo el que viniera aquí lo mataban. Por este motivo comenzamos a lamentar mucho el grave perjuicio que esas noticias nos ocasionarían. Pero puesto que no podíamos volver sin más, nos reunimos en consejo y resolvimos que decidiríamos por sorteo —lo que ha hecho grandes mis penas— quién debía llegarse aquí con su nave y comprobar si se aceptaba que acudiéramos con nuestras mercancías. La suerte me tocó a mí y mis compañeros esperan en alta mar. Rogad, pues, al poderoso rey que perdone nuestras vidas y decidle que nosotros le traeremos en breve todos esos buenos alimentos. Comunicadle también mi nombre: me llamo Tantris.

El mariscal tenía la certeza de que le habían contado la verdad y transmitió la historia al rey, tal como le había rogado el mercader. Así, la muerte de los extranjeros fue aplazada, aunque permanecieron atracados con gran temor delante del castillo hasta mediodía. Oíd lo que se decían uno a otro:

—Aunque alguno de nosotros se salve, tendrá que permanecer para siempre como prisionero en Irlanda.

En esto pasó por allí un hombre que, hablando, informó a Tristán de la presencia de un dragón que estaba devastando el reino; aseguraba el hombre con toda garantía que a aquel que se enfrentara al dragón, si Dios le otorgaba matarlo, el rey le entregaría, sin duda alguna, su hija. Allí se demostró nuevamente que el intrépido Tristán era un caballero atrevido, pues decidió arriesgar su vida por esa mujer y también para que sus compañeros pudieran salvarse. Consideraba, finalmente, que prefería perecer ante el dragón que morir sin posibilidad de defenderse.

A la mañana siguiente se armó con esmero para la empresa y cabalgó con arrojo hacia donde iba a obtener una gran victoria. Sobre el campo avistó a cinco hombres en un otero y galopó rápidamente por el camino que llevaba hacia ellos. En aquel momento vio a uno de los hombres huir a toda prisa, fue tras él, lo agarró por los pelos y le preguntó en voz alta quién le perseguía para que huyera de esa manera. El hombre le contó que se trataba de un dragón que ya había quemado a muchas personas en aquel país.

—Está a punto de llegar y, cargado de ira como viene, querrá matarme; señor, dejadme huir de él y que Dios os lo pague para siempre.

El héroe lo dejó marchar amablemente, pero antes le preguntó por dónde andaba la bestia, a lo que el joven le indicó el camino. En esto, Tristán divisó a lo lejos al dragón acercándose, cabalgó hasta una hondonada profunda y se mantuvo quieto hasta el momento en que pasó por su lado. Entonces el noble hombre lo acometió veloz, partiendo su lanza contra la fiera, lo que sin embargo no le causó a ésta más daño que si le hubiera arrojado un huevo. Escuchad ahora cómo se batió: aún no había terminado de romper la lanza y ya tenía en su mano la espada. Aunque el dragón quemó su corcel hasta matarlo, el buen héroe lo atacó con intención de quitarle la vida. Lo golpeó con la espada que llevaba en la mano y

dondequiera que daba con ella con toda su fuerza, nada podía resistírsele. Así venció el hombre al enorme dragón. Aunque más tarde redundaría en su provecho, pagó por ello un precio muy alto, porque el fuego le había producido quemaduras hasta casi hacerle perecer. Pero había obtenido la victoria con osadía de guerrero y le cortó la lengua al dragón para guardársela. Y si estáis de buen ánimo os gustará oír lo siguiente: se dirigió hacia una laguna en la que se propuso refrescarse. El soberbio guerrero, que estaba ennegrecido como el carbón, halló una charca fresca y se echó dentro de ella pensando que moriría por las quemaduras que le había producido el hierro ardiente. Allí quedó echado el noble Tristán en su terrible dolor.

Sabed ahora quiénes eran los que habían estado en el otero y qué hacían en aquel lugar. Se trataba del senescal y quien lo desee podrá oír aquí lo que en su arrogancia tramó. Junto a los demás, dedujo que aquel que había venido cabalgando hacia ellos con el escudo y la lanza, tan rápido como si fuera una gran tempestad, se habría dirigido hacia donde estaba escondido el dragón. Decidieron seguirle silenciosamente y temerosos, hasta que de repente llegaron al lugar en el que la bestia yacía muerta. El senescal dijo a sus hombres:

—Diréis que lo he matado yo y gozaréis para siempre de reputación, pues os haré poderosos a todos.

Ellos respondieron que a fe que lo harían gustosos. Sin embargo, no les convenía dejar de buscar a Tristán para quitarle la vida a traición —aunque no lo hubieran conseguido ni en el caso de haberlo encontrado—. Como no dieron con él, dijeron enseguida:

—Señor, en verdad que estará muerto.

El cobarde creyó haber superado sus preocupaciones de una vez por todas. Cabalgó de inmediato hacia donde estaba el rey y le dijo la gran simpleza de que había matado al dragón y con esa mentira solicitó acto seguido al soberano la mano de su hija. El poderoso monarca le contestó:

—No podré evitarlo a no ser que quiera actuar con felonía. Pero me gustaría saber con certeza quién mató al dragón.

—Sería un gran desaguisado —dijo el senescal— enorgullecerme de algo que fuera mentira.

Por poco hubiera engañado a su señor, pues este creyó que era cierto. El propio rey relató el suceso a su hija, informándola de que el senescal la había ganado por esposa arriesgando su vida de modo muy valeroso y dijo públicamente que se la daría en matrimonio y que ella debía aceptarlo gustosa porque él había matado al dragón. La dama respondió enseguida:

—Padre, créeme si te digo que él no te ha dicho la verdad. Jamás realizó proeza alguna; ¿de dónde sacaría ahora el valor para enfrentarse al dragón? Aplaza tus propósitos y entérate antes bien de la verdad; dile al buen vasallo que espere hasta mañana por la mañana.

—Lo haré —dijo el rey.

Ocurrido esto, en verdad que el senescal comenzó a impacientarse. Exhortó al rey, su señor, a que por la credibilidad de su palabra hiciera lo que le había prometido. Oíd ahora con qué ingeniosidad Isolda averiguó quién había matado al dragón. Le dijo a Perenís que, en silencio, trajera los caballos cuando amaneciera. A Branguena, su doncella, le indicó que quería acudir rápidamente a ver cómo había sido herido el dragón. El chambelán Perenís le trajo temprano los caballos, montaron en ellos y cabalaron aprisa. Al poco, la poderosa dama vio las huellas de Tristán y dijo a Branguena:

—Observa que el caballo que trajo al hombre que se enfrentó al dragón llevaba herraduras. Todos sabemos bien que aquí no herramos los caballos<sup>[5]</sup>. De dondequiera que haya venido el que cabalgó por aquí, puedes estar segura de que fue él quien mató a la bestia.

Al cabo de poco, las damas llegaron al lugar en donde yacía el dragón muerto. Encontraron entonces un escudo rojo tan quemado que no podían reconocerlo por sus colores, a pesar de que estos habían sido brillantes y valiosos. Hallaron también un caballo completamente calcinado por el fuego, al que observaron con detenimiento; reconocieron bien que no había sido criado ni vendido en esas tierras, según lo leí en el libro y lo escuché de palabra.

—¡Ay!, ¿dónde habrá ido a parar el hombre que montó este caballo? —dijo la hermosa dama—. ¡Cuánto me gustaría saberlo para poder dar con él! Los asesinos lo habrán matado. Quizás esté enterrado en algún lugar de por aquí.

La señora pidió a Perenís que buscara la tumba y que si encontraba al héroe le daría cien marcos. No buscaron mucho: Branguena llegó hasta la laguna en la que yacía y cuando la doncella vio resplandecer el yelmo como un espejo, enseguida se llegó hasta él. Le pareció que se movía y por eso llamó a su señora:

—He encontrado al hombre, gravemente herido. Venid corriendo, por si lo podéis salvar —gritó la buena Branguena.

La dama se alegró y, cuando vio al caballero, se acercó presta y le desató el yelmo. Tristán oyó bien que había allí unas damas, las miró y preguntó quién venía a quitarle el yelmo. La dama le contestó:

—No tengas miedo, caballero; te será devuelto en perfecto estado.

Y se sentó a su lado diciendo:

—Yo cuidaré de él.

De inmediato lo desarmó y no lo dejó por más tiempo allí estirado. Ordenó a Perenís que cargara con el hombre, ella misma cogió las armas — el yelmo y la espada— y Branguena llevó la coraza. Pronto regresaron a la ciudad, donde hizo que le prepararan un baño a escondidas. La mismísima doncella poderosa bañó al guerrero. Le curó las heridas frotándolo con muchos buenos ungüentos por todas partes hasta que recuperó su esplendor y reapareció en toda su hermosura.

Cuando el osado caballero Tristán hubo recobrado su color, le pareció que, sin duda, ella era la dama que él buscaba. Observó detenidamente su cabello, en pos del cual había viajado incansable durante tanto tiempo. El buen héroe rió para sus adentros. La poderosa dama lo vio y pensó en su interior: «He hecho algo que le ha parecido una necedad, pero no caigo en la cuenta de qué más puedo hacer, a no ser que él quiera que le limpie la espada. Bien que le concedo este deseo suyo». Así reflexionó y la buena mujer comenzó a pulir la espada con esmero, reconociendo por la hendidura que se trataba de Tristán. Se sentó en el suelo y fue presa de una gran pena. Corrió luego hacia su cajón, sacó el fragmento y lo colocó en la mella a la que pertenecía.

—Eres tú, Tristán —dijo—, el que ha matado al dragón. Pero esto no te ayudará a marcharte de aquí vivo. Por cierto que pagarás por mi tío. Yo misma te denunciaré ante el rey, mi padre.

—Señora, obraríais mal.

—Tú también obraste mal conmigo.

—No, por cierto.

—Pues claro que sí: mataste a mi tío.

—Tuve que hacerlo.

—Pues debes saber que pagarás por él.

—¿Cómo?

—Con la vida.

—No es costumbre dar una vida por otra. No, dulce y hermosa mujer, ¿acaso debo yo ser víctima de tales prácticas?

—Sí, tú.

—Me disgusta.

—Lo sé.

—Entonces líbrame de ello.

—No. Vengaré la muerte de mi tío.

—Eso no suelen hacerlo las buenas mujeres.

—Contigo seré malvada.

—¿Es eso cierto?

—Sí.

—Me entristece.

—¿Por qué?

—Te lo diré.

—Sí, habla.

—Porque me causa perjuicio tu maldad.

—No es verdad.

—Sí, por cierto.

—Aun así estoy totalmente segura de que nada te podrá ayudar.

—Sí podría.

—¿Cómo?

—Si fuerais noble, pensaríais en vuestro fuero interno: «Él está bajo mi protección y mi vigilancia. Si alguien lo mata, yo lo vengaré». Recordad que vos misma me habéis traído aquí.

—He pensado muy bien lo que atañe a la deshonra. Pero quiero vengar mi dolor con tu muerte. Hablaré con mi padre y le diré que estás aquí.

Ninguna de tus astucias te salvará: pagarás por mi tío.

Cuando ella quiso salir a toda prisa, llegó Branguena corriendo. Mucho esfuerzo costó a la dichosa doncella calmar a la dama, que sollozaba fuertemente y quería ir a decírselo a su padre.

—Si matan ahora a este hombre, si muere, vos, que deberíais haberle dado seguridad, no superaréis jamás la deshonra. Además, os convertiríais en la esposa del portaviandas de vuestro padre. ¿Qué fama os aportaría tal matrimonio? Sin duda, una que no os deseo. Tristán es un hombre noble y para todo el mundo un buen caballero. Considerad que, aunque hubiera matado a todos vuestros familiares, lo sobrellevaríais mejor que casándoos con tal malhechor que no conviene a vuestra honra.

Cuando Branguena hubo dicho esto, la dama recapacitó y volvió a serle clemente. Su profundo sufrimiento se mitigó y consiguió olvidar su gran duelo. Mandó llevarle vestidos nuevos de terciopelo rojo —fue Branguena quien se los llevó— y lo encomendó a la protección de la doncella. Cuando el buen señor se puso los nuevos vestidos, estaba muy hermoso. La dama lo besó en la boca y fue luego ante su padre diciéndole que se había enterado de quién había matado al dragón.

—¿Es cierto?

—Sí, y tu cobarde no lo tocó jamás.

—Sí lo hizo.

—No, él no.

—Tiene testigos para probarlo.

—¿Quiénes?

—Cuatro de sus hombres.

—¿Y son de fiar esos?

—No lo sé, son hombres suyos.

—Y harán todo lo que él les ordene. ¿Acaso vas a dejarlo en sus manos? Él jamás tocó al dragón.

—¿Lo sabes tú?

—Sí, yo lo sé bien. ¿Gozará de tu gracia el que lo mató?

—Sí, por mi fe. ¿Dónde está ahora?

—Muy cerca de aquí, donde yo pueda encontrarlo.

—Entonces mándalo traer ante mí.

—¿Contará él con tu favor?

—Sí. Cualquier cosa que me haya hecho le será perdonada a cambio.

—Bésame delante de los hombres, padre, y confirma plenamente la conciliación.

—Le perdono todo lo que me haga o haya hecho.

—Entonces bésame en su lugar.

—¿Qué más quieres que haga?

—¿Le has concedido perdón sincero?

—Sí lo he hecho.

—Entonces podrá presentarse. Pero aplázalo hasta mañana por la mañana y trae a tus hombres. Yo haré venir al caballero, citado a tu juicio contra la vida del senescal, para que tú puedas ver la disputa y cómo le tendrá que confesar que jamás vio dónde murió el dragón ni cómo llegó a su fin.

—Lo prometo —dijo el noble rey y sin esperar más mandó emisarios convocando a los príncipes del país, a duques y condes.

Cuando la noticia llegó veloz a los poderosos barones, acudieron todos, fueran libres o no. El senescal hizo traer también a sus allegados, pensando que el monarca le entregaría a su hija. A la mañana siguiente acudieron muchos hombres valerosos. Tristán permaneció todo el tiempo en la alcoba, donde se le mantenía escondido y se le cuidaba excelentemente. Pero decidió hablar en secreto con Curneval, por lo que rogó a Perenís que acudiera con rapidez a la nave, lo llamara y lo trajera hasta su escondite y que los demás vasallos y hombres permanecieran donde estaban. Perenís hizo lo que el señor Tristán le había ordenado y Curneval no dejó de venir, acudiendo presto a hablar con su señor. Este le mandó volverse y ordenar a sus compañeros que por amor a él fueran todos por la mañana al salón real de la corte, que se sentaran todos en un banco, que cada uno se vistiera con su mejor vestido, y que —se dijera lo que se dijera— permanecieran sentados quietos hasta que lo vieran entrar a él mismo.

—He oído con certeza —dijo—, que aquí se cumplirá aquello para lo que fuimos enviados.

Cuando Curneval regresó y el séquito escuchó lo que el señor les encomendaba, dieron gracias a Dios de todo corazón. Se prepararon con

esmero y a la mañana siguiente temprano se vistieron muchas sedas de púrpura, hermosas y valiosas, pieles grises y de armiño, cortadas en forma de vestido y ribeteadas con anchas tiras de cebellina, de las cuales habían traído en abundancia del país de Marc. Las pieles estaban forradas de un valioso terciopelo. Llevaban además amplias pieles orladas de un rojo oscuro como una mora, como a todos gustaba, y adornos de tantos tipos como los que cualquiera pudiera desear: sedas afilegranadas de oro y cornalina, diaspro y terciopelo, piedras preciosas y oro fino, lo mejor que se hubiera podido encontrar en reino alguno. De todo esto llevaban muchas cosas los hombres, pues lo habían traído del país de Cornualles para mostrarse dignos. A su señor Tristán le hicieron llegar muy discretamente unos vestidos tan buenos que todos los señores del país dijeron, cuando los vieron, que jamás habían venido a Irlanda ropas tan excelentes.

Entonces los extranjeros entraron a pie en el castillo y se sentaron en un banco. Fueron tan precavidos que ninguno dejó de cumplir lo que el mensajero de su señor había ordenado. En todo momento permanecieron sentados en su sitio y no se levantaron por motivo alguno. El rey preguntó por los caballeros:

—¿Son de este país?

Pero nadie sabía nada. Con prudencia, el rey mandó llamar a su hija para que acudiera pronto ante ellos con el caballero. La noble dama cogió a Tristán fuertemente de la mano y se encaminó hacia donde estaba su padre. Cuando Tristán entró en el salón, todos los que antes habían permanecido sentados tan callados se levantaron de un salto y fueron junto a él sin dejarse apartar de su empeño. Todos en la sala se dieron cuenta de que defendían al héroe. El rey preguntó de nuevo quién era. La joven princesa le contestó que primero lo besara, lo que el rey hizo de buen grado cumpliendo lo que su hija le pedía. Delante de todos los suyos le otorgó paz firme.

—Ahora te explicaré quién es —dijo la dama—, pues tú eres tan fiel que no traicionarás la conciliación que has otorgado a este hombre puesto que él te ha sabido servir bien. Él fue quien mató al hombre que más amabas bajo el sol, a mi querido tío.

El rey habló enseguida:

—Por Dios, don Tristán, si no se hubiera celebrado la conciliación, yo os humillaría aquí mismo. Pero no importa lo que me hayáis hecho, aquí gozáis de buena paz.

La dama dijo que era justo:

—Porque él es un buen guerrero y goza de gran fama. No mató a mi tío con mala intención, sino que no tuvo otra manera de defender el sometimiento del país de su tío. Ahora ha atravesado el mar para mostrarte un favor. Él solo se ha enfrentado al dragón y lo ha matado, lo que redundará en gran provecho para todos.

Entonces dijo el senescal que por qué se enorgullecía de haber matado al dragón, que eso era una felonía. Y recordó al monarca lo que le había prometido por su fe. Estas palabras no las toleró Tristán; el buen hombre dijo airado:

—Señor, este no dice la verdad. Y si es tan buen guerrero, que se atreva a enfrentarse solo conmigo; yo le cortaré el cuello, si él no me mata a mí. Rey, señor, si hace falta, yo puedo probar fielmente que no os miento, con cuatro de sus allegados que estuvieron con él cuando me persiguió (aunque no consiguieron encontrarme), así como con esta lengua que corté al dragón. Y con la ayuda de mi señora doy también mi palabra de que él no osó jamás mirar el lugar en el que yo maté al animal.

A los demás esto les pareció suficiente, pero al senescal le pareció demasiado, pues veía que se había terminado su juego. El necio dijo a sus amigos que quería consultar con ellos sobre este asunto y que no le convenía dejar de hacerlo. De modo que se fueron aparte y había entre ellos uno de sus familiares que dijo:

—Si solicitas el combate, serás tú el derrotado, porque Tristán es un hombre osado y ha demostrado muchas veces que es un buen guerrero. Si no has matado al dragón, evita todo enfrentamiento con él, este es mi consejo, sobrino mío. De otro modo te saldrán mal las cosas.

—Yo tampoco quiero combatir con Tristán —confesó el cobarde—. No he matado al dragón.

Cuando el traidor hubo hecho esta consulta, confesó delante de toda la gente que él no había dado muerte a la bestia y que era justo que a Tristán le fuera entregada la señora. El poderoso monarca sentenció entonces:

—Hubiera sido mejor haber dicho esto antes.

Todos los que estaban allí se volvieron enemigos del cobarde. Creo que aún hoy lamentará haber sostenido con anterioridad públicamente aquella mentira, e incluso siquiera haber pensado en ella. La vergüenza lo despojó de todo su reconocimiento; tuvo que marcharse y no volvió jamás a aquel lugar. Y no me importa adónde pueda haber ido, sino que Dios lo haya humillado.

Tristán recordó al rey lo referente a la hermosa doncella. El señor no se la negó, lo que gustó mucho a la hija y nadie lo impidió tampoco. Pero Tristán dijo enseguida:

—Señor, debéis saber bien en calidad de qué aceptaré a la doncella, pues será para mayor honra vuestra. La llevaré conmigo al reino de Cornualles y allí la entregaré a Marc, mi amado tío, que es un rey famoso. Yo soy demasiado joven para tomar esposa.

—Puesto que tú lo deseas, lo acepto.

—Sí lo deseo, señor; Cristo sabe que se la entrego muy gustosamente.

—No hay duda de que es él quien la debe obtener, pues tú le has causado daño a ella y hubiera sido mi temor que, si se acordara de ello de vez en cuando, quizás terminaríais no viviendo como es debido. Buen caballero —dijo—, en verdad que se la enviaré a tu tío.

La puso bajo su custodia y se la encomendó para que, por su fidelidad, cuidara de la hermosa doncella con todo respeto y la llevara a su tío. Tristán cogió entonces a la joven mujer de su blanca mano y el poderoso rey la despidió con una rica dote, como corresponde a un monarca.

La madre de Isolda cogió un bebedizo y se lo dio a Branguena diciendo:

—Querida, te ruego que lleves contigo este bebedizo. Vigila bien que no lo toque nadie más que tú. Y cuando lleguéis a tierra y mi hija y su esposo vayan a dormir juntos y estén acostados en la cama, dales de este bebedizo y mándales bebérselo todo entero. Haz lo imposible para evitar que nadie más tome de él.

Pero esto se incumplió en el viaje por mar. El bebedizo tenía la siguiente propiedad: si un hombre y una mujer bebían de él juntos, no podían volver a separarse por nada del mundo durante cuatro años. Por mucho que quisieran evitarlo, tendrían que amarse con todos sus sentidos

mientras estuvieran vivos; pero además, durante cuatro años produciría un deseo tan grande entre ambos que no podrían separarse ni durante medio día. Si el uno no veía al otro a diario, se pondría enfermo. Y se amarían por efecto de la poción. Y si permanecían una semana sin hablarse, ambos acabarían muriendo. Así estaba hecho el bebedizo, tal era la enorme fuerza que poseía. Bien que lo podréis oír<sup>[6]</sup>.

Cuando el poderoso monarca hubo entregado a su hija de modo tan esplendoroso, el noble Tristán recibió, con amor y afecto, licencia de la reina. Las velas fueron izadas, los vientos llegaron volando y los llevaron pronto lejos de allí. Doña Isolda estaba con su séquito en un camarote al final de la nave provisto de todo lo que podía desear. Sin embargo, no estaba acostumbrada a los viajes por mar y dijo que se encontraba mal porque navegaban demasiado deprisa. Los que conducían la nave acudieron prestos a los timones y en cuanto divisaron tierra arriaron rápidamente la vela hasta la botavara. Además amainó el viento, lo que coincidía con sus deseos. Llegaron hasta un puerto en donde dispusieron un descanso. Las gentes fueron todas a tierra y se solazaron y entretuvieron. El calor era intenso y durante más de una hora todos pasearon de aquí para allá por la playa junto al mar. En estas, Tristán acudió a su señora para ver y escuchar si se atrevía a continuar el viaje. Como tenía mucha sed, ordenó que le sirvieran algo de beber, pero el senescal estaba fuera. Por eso, una doncella muy cortés dijo:

—Señor, creo que aquí hay vino.

Mandó que se lo sirvieran —mal mandato fue ese— y ella le trajo el bebedizo. Poco pensó él que le causaría una desgracia y lo bebió despreocupado. El vino le pareció bueno y se lo ofreció también a su señora. En cuanto ella lo hubo tomado, ambos creyeron que iban a perder los sentidos sin poder remediarlo. Y a partir de entonces tuvieron que amarse. Pero ninguno de los dos sabía que el otro había comenzado a amarlo en tan poco tiempo, pues no lo descubrieron hasta más tarde. En silencio, ambos palidieron y se ruborizaron a la vez bajo sus ojos. Cada uno creyó que el otro lo iba a hacer morir, así de fuerte era el amor producido por el bebedizo, contra el cual no se podían resistir. La dama sintió vergüenza de que en un espacio de tiempo tan breve comenzara a

sentir amor por Tristán, pero él también estaba atrapado por un profundo trastorno. Ambos sentían una perturbación muy grande, mucho mayor de lo que estaban acostumbrados, tenían escalofríos y sudores, sus caras mudaban una y otra vez de aspecto y tanto el uno como la otra profirieron muchas clases de suspiros. Cada uno estaba muy conmovido porque amaba al otro, pero no entendía por qué el otro sufría tanto sin disimularlo. Todo esto casi acaba con ellos. Hasta que Tristán ya no pudo resistir más la angustia de permanecer allí. Pero luego ambos sintieron añoranza en sus corazones, se acostaron en sus respectivas camas y no hablaron con nadie sobre el origen de su amargura, escondiéndolo firmemente.

¡Grande fue el tormento que noche y día padecían Tristán y su señora!

—¡Ay, Dios señor! —se decía la doncella—, ¡qué gran dolor siento en el interior de mi corazón por ese hombre odiado y querido! ¡Ay!, ¿cómo oso hablar así, si soy profundamente dichosa por poderlo amar? Sin él no tengo salvación; él me quita el hambre y la sed y pronto estaré tan débil que moriré. ¿Qué puedo hacer yo, pobre y pecadora de mí? Temo que él no se preocupe por mí; ¿cómo podré amarlo entonces? ¿Amar? ¿Por qué digo esta palabra? ¿Y cómo podría odiarlo o enojarme jamás con él? Entre el cielo y la tierra no puede vivir nadie que sea mejor. Él es un valeroso caballero y lo ha demostrado muchas veces; él solo puede enfrentarse a todas las tareas propias de su estado. Conozco bien sus cualidades, es esforzado y bueno, hermoso y de buen talante, sincero, bien educado y despierto de entendimiento y le gusta perseguir la fama. ¿Qué más debería hacer? Es el hombre más fuerte al que jamás amó mujer alguna y está colmado de nobles virtudes: puesto que lo he oído muchas veces, mi corazón se le ha entregado. Al lado de otras personas resplandece como el oro junto al plomo. ¿Que si lo amo? Sí, por su valía me da felicidad sin dolor alguno.

»Dios señor, ¿qué es lo que me ha sucedido, que después de haberlo visto tan a menudo ahora me parezca tan excelente? ¡Ay, corazón y pensamientos! ¿Por qué no podéis apartaros de él? «¿Y quién nos enseñará a hacerlo?». Yo lo haría a disgusto. «Y nosotros no nos atrevemos a aprenderlo». ¿Por qué? «El amor nos ha inculcado la necesidad de pensar en él y no nos atrevemos a ofenderlo con ningún tipo de pensamiento». Sí, ha sido el amor quien me ha acometido con tanta vehemencia. No tenía ni la

menor idea de que podía doler tanto. Pero ¿cuál es la razón por la que me castiga, pobre de mí, causándome tanta desazón? Siempre me hablaron de la alegría y el bien que produce y yo, pobrecita, estaba segura de que era agradable y dulce. En cambio ahora, por desgracia, se ha convertido para mí en doloroso y amargo como el vinagre. ¡Ay!, don Amor<sup>[7]</sup>, ¿cuándo te volverás dulce para mí, de modo que te pueda encomiar? Cupido — prosiguió—, dios del amor, si de algún modo he incumplido alguna vez cualquiera de tus mandamientos y si yo, pobre Isolda, he hecho algo en contra de ti que debiera haber evitado, tú te has vengado de mí con creces. Mi corazón está a punto de partirse por tu culpa; si no me concedes tu gracia, no podré salvarme, y si no accedes a ser clemente conmigo, mi desgracia irá en aumento. Amor, hazte algo más suave para que pueda soportarte. No eres tan despiadado con las demás mujeres como lo eres conmigo. ¿Qué te he hecho yo? Tengo mayor desasosiego y sufrimiento del que me atrevo a lamentar y ya llevo lamentándome bastante. Me parece un desafuero que me acoses con tanta vehemencia y me sobrevengas con tanta fuerza que esté a punto de perder el entendimiento y me haya convertido en reina sin saber nada de ti. Tú me has apresado con tus astucias y ahora afloran en mí extrañas costumbres, acompañadas de caprichos veleidosos: si hasta hace un momento estaba ardiendo, ahora estoy fría como el hielo y después vuelvo a estar tan caliente que el sudor me corre por todos los miembros. Y esto llevo sufriendolo tanto tiempo que moriré si no termina pronto.

»Ea, don Amor, ¿con qué necedad he perdido tu favor como para que la vengues tan rabiosamente en mi persona? A mí, pobre mujer, me haces más daño de lo que ya sería excesivo. Amor, mi juego se termina. Amor, no tienes derecho a enojarte así conmigo por el buen caballero, porque yo lo amo más a él que él a mí. Amor, sé piadoso conmigo. Amor, poderoso señor, en derecho deberías estar enojado con él, pues yo lo amo y él a mí no, sin duda alguna. Amor, deseo servirte y es justo que seas indulgente conmigo, pues amo a un hombre de tal manera que nunca una mujer sintió un amor mayor por otro. ¿Qué más harás conmigo? Debes saber, Amor, que por ti estoy arriesgando mi vida y mi honra, apiádate de mí por ello. Amor, estás causando mucho dolor a mi corazón. Amor, tu enorme poder me hace

sudar y tener frío. Amor, a ti me someto; puedes concederme tu gracia. Amor, a tus pies deseo postrarme para que me liberes de mi tormento. Amor, si no quieres ser bondadoso conmigo, me volveré completamente loca. Y si pretendes odiarme, Amor, ¿qué podré hacer yo, pobre de mí? Amor, apiádate de mí a tiempo, antes de que muera. Amor, eres capaz de hacerme perecer y de matar así a tu sierva. Amor, pronto habré muerto si tú no me sacas de mi desesperación. ¡Cuánto tormento sabes causar cuando quieres!

Y siguió hablando Isolda:

—Señor, ¿cómo ha podido ocurrirme que ame a ese hombre que jamás tuvo intención de amarme? Cuando mi padre debía entregarme a él por esposa, el buen caballero me prometió a otro y no me deseó para sí. Por eso ahora volveré a intentar apartar mis pensamientos de él. Corazón, ¡no pienses más en el buen hombre, pues quiero alejar de él mis sentimientos! Pero ¿cómo podría conseguir distanciarme de él? Me temo que no serviría de nada, ni aunque lo intentara; será mejor, pues, que lo ame, aunque muera por ello. Porque si no consigo ser suya, moriré con toda certeza. ¡Ay, si supiera del tortuoso deseo que siento por él! ¿Cómo puedo hacer que conozca mi sufrimiento? Creo que tendré que decírselo. ¡Ay!, ¿y cómo lo hago? Si le pareciera mal (cosa que podría ocurrir), yo no sobreviviría jamás a este día. Creo que haciéndolo pondría en juego mi buen nombre — continuó la hermosa mujer—, de modo que prefiero morir antes que revelarle algo. Pero no, esto supondría un grave perjuicio, porque amo mi vida. No tendrá él un corazón tan duro como para que, si escucha que lo amo de corazón, no sienta también alguna atracción por mí. Así que confiaré en la suerte y le confesaré lo que siento por él. Pero ¿qué ocurrirá si lo recibe con desagrado?

Así se debatía la hermosa doncella, fuertemente acosada por las preocupaciones y el sufrimiento. No podía apartar su corazón de aquel hombre. Y él estaba apesadado por los mismos sentimientos, pensaba en la noble y buena dama de día y de noche, hasta no hacer nada más que recordarla. Ambos eran presa de una gran turbación.

Permanecieron en cama tres días y medio sin que ninguno de los dos comiera o bebiera nada. Por su despreocupación estuvieron a punto de

morir de hambre; no había pan ni vino que los aliviara, sino que permanecieron enfermos e iban a peor. Esto lo notaron tanto Branguena como el buen Curneval, quienes se inquietaron y se dijeron el uno al otro:

—¿Qué haremos, pobres de nosotros? Cualquiera puede darse cuenta de que, si perdemos a nuestros señores, el perjuicio para nosotros será muy grande.

Entonces la doncella se acordó del bebedizo y fue corriendo hacia el camarote en el que lo había guardado. Lloró y batió las palmas al no encontrarlo.

—¡Ay!, querido señor Tristán y querida doncella mía, sí que estáis perdidos. ¡Dios maldiga a quien os dio el bebedizo!

Branguena regresó con los pensamientos profundamente entristecidos y dijo a Curneval:

—Ahora sé bien lo que ocurre aquí. Tu señor y mi doncella han recibido la muerte y eso me duele mucho. No quieren sanar si no es sintiendo afecto el uno por el otro hasta amarse. ¿Cómo podemos hacer para que se den cuenta? —así habló la fiel doncella—. Yo arriesgaré mi vida y toda mi honra antes que dejar morir a estos dos de tal dolencia.

—Yo también preferiría abandonar este mundo —afirmó el buen Curneval.

Así pues, ambos tomaron la determinación de juntarlos y, si ellos mismos no caían en la cuenta, explicárselo. Branguena se lamentó:

—Aún me costará caro el hecho de que hayan tomado el bebedizo; pero confío en la suerte. Curneval, tú cumple tu parte y juntémoslos; ¿de qué sirve hablar de lo ocurrido? Si ambos perecen, nosotros preferiríamos no haber siquiera nacido.

Justo al cuarto día llegaron de nuevo a un puerto y la gente bajó a tierra. Curneval rogó a su señor que acudiera a doña Isolda para ver cómo se encontraba, que quizás así se sentiría mejor.

—Ella también padece de no sé qué —dijo Curneval con astucia—; quizás desee saber cuál es vuestra enfermedad.

El señor fue para allá, pero (puede creerlo quien quiera) cuando entró en el camarote, tal y como se lo había pedido Curneval, ya no tenía fuerzas

suficientes para acercársele del todo y escuchar lo que le ocurría a su amada. La dama, nada más verlo, exclamó en voz muy alta:

—¡Señor! —le dijo—, venid corriendo a mi lado.

«Ahora serás desdichado», se dijo Tristán para sus adentros. «Este gran honor no te lo brinda ella con buena intención, porque no le importas. Si ella te quisiera lo más mínimo, no te mandaría acudir». Estas consideraciones le dolieron, pero su pensamiento contestó a voz en grito: «Mostrándote este honor te ha dado a entender que en verdad eres el hombre al que más ama. Al fin y al cabo “señor” significa soberanía». La alegría le devolvió la fuerza, de modo que fue hasta donde estaba ella y se sentó muy cerca a su lado. Esto, a su vez, gustó a los consejeros, quienes no se entretuvieron y abandonaron prestos el camarote. Tengo la certeza absoluta de que no quedó dentro nadie más que ellos dos y el Amor.

Ignoro quién de los dos habló primero, pero sí sé que cada uno expuso al otro sus sentimientos y que ambos sanaron plenamente antes de volverse a separar. En verdad y como juramento lo digo: yacieron luego en alegría culminando su gran amor, hasta que llegaron a divisar la tierra de Marc. Acordaron entonces una noche, a muy avanzada hora, que ella rogaría a Branguena que por el amor que le profesaba se acostara con el rey la primera noche e hiciera el amor con él. Este engaño lo urdieron para burlar al rey y hacerle creer en la doncellez de la reina, para que esta no perdiera el reconocimiento de la sociedad. Cuando oyó esta artimaña, Branguena lloró amargamente. Pero escuchad las palabras con las que Isolda se lo pidió, cuando se dirigió a ella la primera vez.

—Branguena, mi querida amiga, necesito ahora de tu consejo sobre lo que debo hacer cuando tenga que ir a acostarme con el rey.

—Señora, yo no sé nada de estas cosas.

—No digas eso, querida.

—Señora, ¿qué es lo que debo decir entonces?

—Debes darme un consejo mejor.

—¡Ay, señora! No puedo.

—Entonces mi dicha se desvanece.

—Esto me dolería de corazón.

—Pues demuéstalo, por tu valía.

—Señora, ¿cómo puedo demostrarlo?

—Haz una cosa por mí.

—Dejadme oír de qué se trata.

—Te acostarás un rato con el rey durante la primera noche.

—Señora, sabed sin ninguna clase de duda que no lo haré jamás.

—Yo te lo agradeceré enormemente con mis favores y con mi amor.

—¿Y cómo queréis hacerlo?

—Ya te lo demostraré.

—Antes prefiero renunciar a vuestro servicio.

—Entonces te lo pido por Dios.

—Esta es una broma de mal gusto.

—¡Ay Dios!, muy serias son mis preocupaciones.

—No son palabras decorosas para vos.

—Es que no puedo callarlas.

—No podéis pedirme que haga tal cosa.

—No, amiga mía, tú no me fallarás. Te recompensaré ahora y para siempre.

—Os he seguido hasta muy lejos, señora; pensad en vuestra fidelidad y cuidado de no ofenderme.

—Entonces yo perderé toda mi honra y no podré volver a hacerte ningún bien, ni siquiera a mí misma. Esto es lo que tú puedes evitar ahora.

—Con razón recibiré perjuicio y deshonor en este asunto, porque yo debí haber guardado el bebedizo —cedió la fiel Branguena.

Y la joven dama prosiguió:

—Piensa en ello, por tu bondad, y ayúdame a salir del aprieto.

—Os ayudaré a salvar la situación, pero preferiría perder la vida.

La dama comunicó enseguida a Tristán que Branguena accedía a hacer lo que ella le había pedido, lo cual alegró mucho al señor. Este mandó decir al rey Marc que viniera a su encuentro para recibir a la doncella por la que lo había enviado. El monarca se hizo a la mar de inmediato y fue a encontrarse con él, le dio la bienvenida y llevó a la noble doncella hasta Tintaniol rodeada de grandes honores. La boda fue espléndida. Entonces Tristán habló astutamente a su amado señor:

—No os debe enojar lo que mi señora me encomienda pedir, que es que cumpláis con ella la costumbre de su país.

El rey preguntó cuáles eran esas costumbres de su tierra y el fiel hombre le dijo que no debía haber ninguna luz cerca de la cama cuando la reina yaciera con él por vez primera, de modo que nadie la viera hasta cuando se levantara por la mañana. El rey contestó a su sobrino que se lo concedía de muy buena gana y le ordenó ser el camarero, para que apagara las luces, puesto que sabía bien cuándo debía hacerse y que hiciera cualquier cosa que la dama deseara, que él se lo rogaba encarecidamente. El chambelán Tristán se hizo cargo del aposento cuando el rey debía irse a acostar y cumplió todos los deseos de la dama: llevó a escondidas a Branguena a la cama del rey. Este fue el mayor engaño que Tristán realizó jamás, pues en el mismo lugar él se acostó con su señora. Pero no fue una traición, pues no lo hizo por voluntad propia, sino que fue obra del desdichado bebedizo. A medianoche llegó Branguena y mandó a su señora levantarse e ir junto a su esposo. Así se llevó a cabo el engaño del rey.

Tristán permaneció en la corte durante un año de forma continuada y hasta dijo a Curneval que en verdad no deseaba pasar fuera ni un solo día. Sin duda tenía la sensación de que, con que pasara solo dos jornadas sin ver a la reina, moriría; y lo mismo pensaba la mujer.

Poco tiempo después, la dama planeó agradecer a Branguena sus buenos servicios con la muerte, pues temía que revelara lo que de ella sabía. Planeó matarla a traición. ¡Qué malvado propósito! Encargó a dos caballeros desposeídos que la mataran, prometiéndoles sesenta marcos de plata. Los caballeros fueron solícitos y dijeron que de buen grado harían cualquier cosa que la señora les pidiese. Ella les entregó la plata allí mismo y los mandó encaminarse hacia un sitio en el que debían vigilar una fuente y matar a quienquiera que acudiera a ella a por agua, fuera hombre o mujer, y que le trajeran el hígado. Los caballeros, cegados por la plata, fueron allí a montar guardia, mientras la reina se acostó y dijo a Branguena que se encontraba mal. La fiel Branguena se lamentó mucho y la malvada señora le pidió que le trajera agua de la fuente que brotaba en el vergel. Branguena no dejó de hacer lo que la reina le ordenaba: cogió una vasija de oro, fue al

vergel y se llegó hasta la fuente. Enseguida aparecieron los caballeros, que no sabían lo que hacían, y dijeron a Branguena:

—Señora, no tenéis salvación.

—Señores —contestó la fiel mujer—, ¿qué es esto?

—Aquí tenéis que morir —aclaró uno de los caballeros.

—Buena cuenta me doy de la traición, por mi desgracia —dijo la joven dama—. Debo pagar por mi gran fidelidad: es mi señora la que me manda matar. Vosotros cumpliréis con vuestro cometido, pero os pido por el amor de Dios —pues el mío no es merecedor de ello— que me dejéis viva unos instantes más, que uno de vosotros vaya de vuelta y afirme que me habéis dado muerte y relate de paso a mi señora lo que os voy a decir. No sé por qué quiere vengarse de mí ni por qué ha llegado a traicionarme sin motivo alguno. Dios sabe bien que no puedo ni siquiera imaginarme qué es lo que he podido hacer yo por lo que ella tuviera motivo para enojarse. Solo por su merced dejé a toda mi familia y la acompañé a tierras extrañas. ¿Y ahora debo morir tan miserablemente? Cuando nos preparábamos para embarcar —siguió contando la buena doncella—, su madre nos dio dos camisas muy pequeñas, ella sabe bien a cuáles me refiero; pero antes de llegar a tierra la suya fue rota y desgarrada de tal modo que ya no podía llevarla con dignidad al lado del rey. La mía en cambio, estaba sin estrenar, entera y nueva, y ella me rogó que por compasión se la prestara. Yo lo hice a disgusto, pero ella me lo pidió de tal manera que terminé prestándosela. No sé qué más encomendarle, sino que yo mantuve mi camisa entera y nueva durante nuestro viaje por mar hacia aquí, se la presté la primera noche en que yació con el rey y en aquella ocasión fue desgarrada en su servicio. Acordaos bien de mis palabras y decidle que jamás merecí esta muerte que ella me envía.

Los caballeros se compadecieron por no saber qué era lo que hacían pagar a la mujer, cuyas palabras conmovedoras le salvaron la vida. Pensaron que si mataban a la mujer perderían para siempre la honra en este mundo. En esto pasó por allí un perro y uno de los dos lo mató de inmediato, le sacó el hígado, lo envolvió en su camisa y lo llevó secretamente a la poderosa reina. Ella se lo agradeció bien y le preguntó:

—¿Dijo algo?

—Sí lo hizo.

—Dime qué.

Él comenzó de inmediato a repetirle exactamente lo que les había contado de la camisa y de cómo había afirmado que la reina la había tomado prestada de ella.

—Por tu fe, ¿dijo alguna cosa más?

—No, solo que deseaba de corazón que la dejáramos vivir.

—¡Dios me maldiga! —exclamó la hermosa dama—. Dios se apiade para siempre de que jamás naciera. ¿Qué voy a hacer yo ahora, pobre de mí, habiendo incurrido en una falta tan grave? No habrá ni hombre ni mujer que se fíe más de mí. Dios me haga pagar con mi fama y mi vida el asesinato que he cometido. ¡Que el diablo me lleve! —añadió y se azotó y mesó tan desmesuradamente que el de la emboscada observó maravillado el gran duelo que hacía. Cuando el caballero vio que ese dolor que profesaba venía de un profundo sufrimiento, no esperó más y dijo:

—Señora, consolaos: Branguena no ha muerto y ahora me alegra de corazón que así sea. Antes no osé decíroslo porque temía que os enojarais.

—Puedo prescindir de tus burlas —contestó ella desesperada—. No estoy para bromas, después de haberla perdido de este modo.

—Señora, sabed por cierto que no me burlo, sino que Branguena está viva. ¿Queréis que os la traiga?

—Muy bien te irán tus cosas, si vive —dijo la reina—; te prometo por mi fe que serás rico para siempre.

El caballero se marchó contento y explicó a su compañero cuál era el deseo de la reina, lo que alegró a ambos. Cogieron entonces a Branguena y la llevaron directamente al aposento de la señora. Ahora podréis oír lo que dijo:

—Bienvenida seas, querida mujer. Doy gracias a Dios en el cielo de que hayas salvado la vida; sin duda alguna, Él estuvo aquí en la tierra y te ayudó en tu necesidad. Si Él me hiciera morir a mí de la misma manera que yo tenía planeado matarte, o si su poder me hundiera aquí mismo en el fondo del mar, o si, por el contrario, me perdonara mi pecado, su sentencia sería inapelable.

Y la poderosa dama se echó a los pies de Branguena, ofreciéndole seria penitencia y amorosas palabras para que olvidara el asesinato que había inducido a perpetrar en su persona. También Branguena buscó la merced de la reina para que le perdonara cualquier cosa que hubiera hecho y que debiera haber evitado. Ahí yacían ambas, abrazadas con gran desconsuelo, y permanecieron allí, sin que nadie las levantara, hasta que les pareció suficiente; luego ambas damas se alzaron y enterraron el odio besándose. La reina pensó entonces en cómo podía resarcir a Branguena, pues deseaba hacer todo lo posible por cambiarle en alegría la desesperada situación por la que había tenido que pasar. En aquella ocasión, Tristán no estaba en casa, sino que había salido con el rey a cazar en el bosque; cuando el buen Curneval le contó este suceso, sintió pena e ira a la vez.

—Esto no debería haber ocurrido —dijo a la reina—, pero puesto que ya no se puede remediar, resarcidla con dignidad.

La noble dama dijo que lo haría de buena gana y la reconciliación fue firme.

Poco después, Tristán fue herido gravemente sin recibir corte alguno; oíd cómo: fue difamado y calumniado por tres infames duques y cuatro condes que residían en la corte. Y os diré por qué: odiaban que llevara una vida ostentosa y que buscara la fama e hiciera siempre lo más conveniente; por este motivo recelaban de él, pues ellos no eran dignos. Así ha ocurrido muchas veces desde entonces y sucede todavía a muchos hombres honorables, que los mezquinos no aceptan su valía y echan a perder su fama. Siempre que oyen encomiar a alguien, puesto que ellos no pueden oponer réplica alguna, se alejan de su camino y dicen: «Es una mentira». Muy mal os estaría un comportamiento así a todos vosotros, que deberíais tomar buena nota, pues con tales obras ninguna persona ha obtenido jamás ni fama, ni honra, ni constancia en el amor. ¡Ea, jóvenes, aspirad a la dignidad y odiad la vileza! Todo aquel que ama a Dios de corazón y que se esfuerza por la fama, obtendrá la dicha y conseguirá, como es debido, aquello a lo que aspire. ¡Dichoso sea ese por haber venido a este mundo! Quien sea digno y fiel y lleve además un sabio entendimiento y buenas maneras en su corazón, podrá despreocuparse por completo de si los mezquinos lo odian; ellos no pueden evitar aborrecer de él, pero en cambio

mi Señor y todas las personas de bien lo estiman por los méritos que ha hecho en tantas ocasiones y que sigue haciendo todos los días. A pesar de todo, los infames abominan de él de tal manera que, cuando los honrados le hacen caso, darían cualquier cosa por matarlo, tal es el odio que sienten hacia las personas buenas por su actos.

Todo esto se demostró también en el caso de Tristán, quien por el mismo motivo era odiado por los barones que mencioné antes. Él no tuvo mayor culpa que la de perseguir la honra y la de adelantarse dondequiera que hubiera que mostrar hombría, pues le gustaba siempre esforzarse por el buen nombre y la fama y fue también generoso hasta su muerte. Por todo ello lo odiaban; y también porque la reina lo amaba más a él que a ninguno de los demás. Entonces los siete acordaron hacerle perder lo antes posible el favor de su rey. Cuatro de los siete que lo odiaban tanto tenían un cabecilla llamado Ántred el cobarde, a quien su mezquindad no le permitía hacer nunca nada bueno. Era hijo de la otra hermana del rey y primo de Tristán. ¡Pero que el diablo lo hunda en el Rin! Porque aunque debía haber sido amigo del héroe, jamás le profesó amistad alguna. Estaba tan sumido en la infamia que ni siquiera los lazos familiares le impidieron traicionarlo. Fue ante el rey con sus compañeros y comenzó a contarle odiosas mentiras:

—Si no te disgustara, señor, te diríamos lo que hemos escuchado, pero no me lo tomes a mal. Tristán pretende deshonorarte. A nosotros siete nos repugna el asunto, porque sabemos por cierto que él ama a tu esposa. Morirá por ello, si Dios quiere, porque es demasiada vergüenza la que te causa todos los días. Tú, señor, has confiado demasiado en él; y a mí me parece una desmesura, más incluso: un atropello, despreciarnos a todos nosotros por un único hombre.

—¡Cállate, sobrino! —le espetó el poderoso rey—, por tu amor hacia nosotros. Tristán seguirá en esta corte porque no puedo prescindir de su presencia. Nunca más vuelvas a pretender que por ti me enoje con él. Cualquiera que sea el daño que me causara alguna vez, puedo sufrirlo sin más. Y tampoco diré nada acerca de la deshonra, pues de él he recibido muchas veces honor y provecho. Por mí fue mortalmente herido cuando se enfrentó a Moroldo, salvaguardando mi fama. Aunque no me hubiera servido más que en aquella ocasión, solo por eso ha demostrado mayor

fidelidad y aprecio hacia mí de lo que ninguno de vosotros ha hecho antes o después. Además, he obtenido el provecho de su lealtad, pues jamás ha dudado en hacer cuanto le mandaba. Quiero compartir con él mi vida y mis bienes mientras viva. Y no te disgustes por ello, sobrino querido.

A los celosos les dolió de corazón que el rey defendiera con tanta decisión la dignidad de Tristán. Marcharon de allí con gran ira e iniciaron el acecho. Pero dado que no logaron descubrir si Tristán se veía a escondidas con la reina, inventaron una historia y se la contaron al rey, quien la tuvo por una mentira y no quiso creerles.

—Nos preocupa —dijo el duque Ántred— que todo lo que contamos a nuestro señor sea considerado una mentira. ¡Si supiéramos ante quién lamentar la preocupación que nos causa nuestro soberano y que nos duele de corazón, para resarcirnos de ella!

—¡Terminad vuestras inacabables quejas! —dijo el poderoso rey—. Y cuidado de que nunca más vuelva a oíros decir tales palabras. Sois necios de verdad por perseguir a un hombre al que yo tengo en tanta gracia. No podéis hacerle ningún daño; mientras otras cosas no le quiten la salud, todo el odio que provenga de vosotros será, a mis ojos, como un honor para él.

El rey abandonó airado a los barones y decidió ir a acostarse, pero encontró delante de su cama al valeroso Tristán que tenía abrazada a la reina, la besaba y la apretaba apasionadamente contra su pecho. El monarca se enfureció terriblemente por la sorpresa y dijo a Tristán:

—¡Este es un amor infame! ¿Cómo puede mantenerse mi fama en este mundo, si vosotros me causáis tanto daño con vuestra ruin pasión? No quise creerlo, cuando me lo decían una y otra vez, puesto que nadie debe tener ni placer ni dolor con la mujer del prójimo. Pero habría hecho bien en hacer caso a esas palabras. Sois un vasallo traidor: abandonad mi corte inmediatamente y dad gracias a Dios de que sigáis con vida.

Tales besos trajeron tales odios.

Creo yo que nunca dos corazones sintieron tanto dolor como cuando ambos amantes tuvieron que separarse y permanecer alejados sin poderse decir ni una palabra. Tristán decidió abandonar enseguida el país. Apenado, llegó ante su residencia. Sentía morir de dolor, su corazón sufría de tal manera que creyó que no sobreviviría si se marchaba. También la reina fue

presa de un gran tormento y, nuevamente, ambos tuvieron que acostarse y comenzaron a rechazar todo alimento. Informaron al rey de que Tristán estaba enfermo.

—No me importa en absoluto —contestó el poderoso monarca—, pues ha sido infiel conmigo.

No será posible evitar que ambos terminen muriendo, si vosotros, oyentes, no conseguís que vuelvan a verse<sup>[8]</sup>. Aconsejadme, ¿cómo podría hacerse? ¿Cómo lograrán librarse de su dolor? Creo que habrá de ser Branguena quien tenga que juntarlos de nuevo.

La reina se lamentó ante su doncella de su profundo desconsuelo, de que estaba condenada a morir si no veía a su buen amado. De modo que esta tuvo que volver a ir, como ya lo había hecho a menudo, a buscar aprisa al señor Tristán. Cuando llegó ante su casa, golpeó suavemente la puerta; Curneval estaba al otro lado y la dejó entrar. Una vez dentro, fue ante el señor, quien la recibió cálidamente:

—¿Cómo está la reina?

—Mal, por tu culpa. Si hubiera podido hablar contigo y si las numerosas penas y el gran sufrimiento causados por los celosos estuvieran vengados, su enfermedad desaparecería.

A este comentario él contestó con pocas palabras:

—Di a mi señora que por ninguna amenaza de nadie seguiré sin verla. No me importa quién se enoje por ello, yo quiero encontrarme con ella hoy mismo, si es posible, en su vergel. Que me espere allí. Cuando vea pasar flotando unas hojas por el riachuelo que pasa por el jardín junto a sus aposentos, que las recoja y busque entre ellas una astilla en la que habrá dibujada una estrella de cinco puntas; porque por desgracia no puedo hablarle con palabras. Sea de noche o de día, siempre que encuentre la estrella, yo estaré junto al tilo que está al lado del riachuelo que más abajo fluye cerca de su cámara. Dile esto a mi amada.

Ella le deseó mejor salud y fue a decírselo a su señora, la reina, quien se alegró mucho y pidió que le dieran de comer: tras el gran desfallecimiento, había regresado a ella la vida, pues Branguena le había traído un bebedizo que le agradaba y que la hizo sanar completamente. El buen mensaje consiguió que se reunieran en el vergel hacia medianoche, donde disiparon

las penas con alegría y entretenimientos. Así fue como Branguena logró que ambos sanaran en poco tiempo. Rompiendo el cerco de la vigilancia a la que estaban sometidos, se encontraban de noche; pero, durante el día, Tristán permanecía acostado lamentando su sufrimiento como si estuviera enfermo de muerte. El valeroso caballero escondía celosamente su secreto y entraba en el vergel siempre que le apetecía, de modo que los envidiosos se enfrentaron a la necesidad de volver a romper la relación amorosa. Discutieron entre ellos si la reina seguía entregándole su amor a Tristán.

—No —dijo uno de ellos; el otro, en cambio, dijo—: Sí —y el tercero —: Yo lo dudo.

De ahí que Ántred, su señor, resolviera:

—No muy lejos de aquí vive un enano que tiene la capacidad de leer en las estrellas siempre que lo desee todo lo que ha ocurrido y lo que ocurrirá. Nosotros le daremos tanto oro que nos dirá la verdad.

Todos se mostraron dispuestos y fueron en busca del hombrecillo. En estas llegó el compañero del enano, al que la gente llama Satanás, y les mostró con precisión dónde vivía. Cuando dieron con él y lo convencieron de que les revelara cómo estaba aquel asunto, el diablo de enano comenzó a observar las estrellas y dijo:

—Sin duda, mi señora recibe a Tristán. Si el rey quiere seguir mi consejo, yo se lo haré ver de manera que tenga que admitir que os he dicho la verdad. Y si miento me tendréis a vuestra disposición para torturarme como mi señor desee.

Creo que fue su compañero, el Diablo, quien habló por su boca, pues se lo reveló todo, incluso que Tristán solo fingía estar enfermo. Dijo el enano:

—Si no es verdad, haced que me corten la cabeza.

Lo llevaron, pues, ante el rey y le transmitieron lo que había afirmado.

—Y aún os informaré mejor —añadió el gnomo—, pues, si mi señor quiere, puede comprobarlo él mismo yéndose al bosque a cazar y llevándose consigo a su séquito. Tristán se envalentonará tanto que vendrá hasta donde esté la señora y yo permitiré al rey descubrir dónde se encuentra con ella y escuchar por sí mismo la verdad.

Estas palabras dolieron y enfurecieron mucho al monarca, pero estaba obligado a seguir el consejo, de modo que ordenó públicamente a todos los

que allí estaban que se prepararan para salir temprano a la mañana siguiente a cazar en el bosque y mandó comunicar a todo el mundo que estaría fuera siete noches. Esto alegró a la reina. Cuando el rey llegó al bosque y el hombrecillo supo con certeza que Tristán iría a visitar a la señora, no esperó más, ordenó al soberano que cabalgara de vuelta solo con él, pretendiendo mostrarle lo que en su osadía había afirmado. El señor llegó hasta donde el enano le pidió que cabalgara y este le enseñó el lugar en el que estaba el tilo junto al agua; el infame gnomo habló:

—Os diré, señor, lo que debéis hacer. Puesto que aquí no hay otro escondite, tenéis que subir al tilo y permanecer completamente callado. Desde este árbol observaremos lo que ocurre entre ellos dos.

La luna brillaba con tanta claridad como si fuera de día. El famoso rey ató su corcel a una rama no muy lejos de allí. Luego el prudente monarca trepó al árbol tal y como el otro se lo había ordenado. El enano subió tras él y creo que le ayudó su compañero, el diablo Satanás; es más, no tengo duda de que lo sostuvo al trepar, porque quería compartir con el otro su reino. ¿Cómo entonces iba a dejar subir solo al enano? ¡Dios los maldiga a ambos! No llevaban allí mucho tiempo cuando apareció Tristán, echó algunas hojas al agua y dejó fluir con ellas la astilla con la estrella grabada. El rey y su acompañante seguían en el árbol y Tristán vio entonces sus sombras, proyectadas por la luz de la luna en el agua del riachuelo. Tuvo la presencia de ánimo de no mirar hacia arriba, pero se dijo a sí mismo: «Ahora sí que estoy muerto. ¡Ay!, si la reina se pudiera enterar del acecho del que somos objeto». Pero las hojas y la astilla ya pasaban cerca de los aposentos, la señora corrió hacia su redecilla para atrapar con ella la ramita y ver la estrella. La dama supo así que Tristán la estaba esperando y fue de prisa al encuentro del valeroso caballero. Pero este permanecía sentado haciendo señas disimuladas con la mano. «Dios poderoso me proteja», se dijo la reina, «¿qué ocurre con el joven que no se levanta ni viene hacia mí? No estoy acostumbrada a ello, ni sé a qué se debe». Entonces vio las señas que hacía con la mano y pensó enseguida: «Sea lo que sea, algo lo inquieta. Quizás haya alguien aquí cerca vigilándonos». Entonces también la dama descubrió a los espías, pues la luz de la luna proyectaba sus sombras sobre el agua. La mujer demostró su inteligencia no volviendo hacia allí sus ojos,

sino comportándose como si no supiera nada y diciendo con gran sagacidad.

—Tristán, ¿a qué se debe que tenga que acudir a verte?

—Señora, es para que me ayudéis a que mi señor me devuelva su gracia y me deje vivir de nuevo en su corte, como antes.

—En verdad te prometo que no te ayudaré en ello, porque me place de corazón que mi señor esté enojado contigo. Puedes estar seguro y tener la certeza de que no te apoyaré, porque por ti me he convertido en la comidilla sin tener ninguna culpa. Yo te tenía aprecio a causa de mi señor, porque tú eres su sobrino y le dabas mayor fama que todos los demás juntos. Ahora soy, por ti, objeto de difamaciones sin fundamento alguno. Si mi señor me matara, en verdad que lo preferiría.

—No, señora, por tu buen nombre. Debes resarcirme por el hecho de que por ti haya sufrido grandes trabajos. Compadécete de que él me esté tratando injustamente. Solo con que tú te muestres bondadosa conmigo, seguro que recuperaré su gracia, pues su ira hacia mí carece de fundamento alguno.

—No te ayudaré en ello —insistió la hermosa reina—. Si mi señor quiere devolverte su gracia, te lo otorgaré de buena gana y me será grato, pero no le pediré que lo haga.

—Entonces tendré que abandonar el reino —respondió Tristán—. Pero aunque mi señor no vaya a lamentarlo, no podrá superar jamás el daño que recibirá si me marcho enemistado. Yo tengo muchas salidas: encontraré un lugar donde se me trate mejor y la gente me quiera y honre sin odio alguno. Mi señor no tiene en cuenta que, cuandoquiera que regrese a mi país, seré un noble rey, tan poderoso como lo es él. Y estoy seguro de que, si quisiera quedarme en algún otro lugar, no se me desterraría de allí y yo solo me haría acreedor de mejor trato y de que no se me odiase, sino que se me dotara de diez caballeros provistos de corcel y palafrén. Señora, si yo fuera merecedor de que rogarais al rey que por su honor hiciera entrega de una prenda por mis posesiones, yo abandonaría su reino de inmediato.

—No, por cierto. No le rogaré por ti, porque se ha enojado conmigo por tu culpa. No me importa nada que no vuelvas a recuperar jamás su gracia.

La dama regresó adentro y Tristán, el buen héroe, exclamó:

—¡Dios se apiade de la injusticia que conmigo comete el rey! —y se fue a su albergue.

En cuanto el héroe salió del vergel, el monarca desenvainó su espada con la pretensión de matar al enano en el mismo árbol, pero el gnomo se cayó de su rama y huyó. Con todo, el señor, aunque lamentaba que se le hubiese escapado el enano —al que nuevamente Satanás ayudó a huir—, estaba muy contento de lo que había oído. Comenzó a esperar impaciente la llegada del día para ver si podía conseguir de algún modo que Tristán accediera a quedarse. Hizo lo que debía y regresó al bosque pensando en distintas maneras de conseguir que Tristán permaneciera a su lado. Por la mañana temprano fue a ver a su mujer y le rogó encarecidamente que le dijera todo lo que había hablado con Tristán por la noche.

—Señor —dijo ella—, bien puedes ahorrarme esta pregunta, pues no lo he visto en los últimos doce días y no quiero volver a verlo jamás, ya que por él he sido objeto de tantas sospechas que no pretendo volverme a mostrar agradecida con él.

—Señora —dijo el rey—, en verdad que lo viste esta misma noche, pues yo fui conducido hasta el árbol debajo del cual te vi con él y escuché todo lo que te dijo. No te lamentes por ello, mejor ayúdame, por tu bondad, a tratar de que acceda a quedarse. Pondré a su servicio todo lo que haya en mi corte, de eso puedes estar segura.

La hermosa dama dijo:

—No quiero ni puedo ayudarte en lo que se refiere al valeroso caballero. Anoche, cuando habló conmigo, nos separamos enojados y a fe que yo prefiero que sea desterrado a que se quede. Él no me puede ser útil en nada y si —como es probable— ocurriera que tus queridos protegidos te volvieran a hablar de nosotros dos, mi vergüenza aumentaría. Dejemos marchar a Tristán a donde quiera.

—No, querida, no sería bueno para ninguno de los dos. Olvida tus temores y ayúdame a lograr que se quede, pues no puedo prescindir de él.

—Por eso mismo deberías ser tú quien lo hiciera.

—No me atrevo a hablar con él —dijo el rey—, pero te autorizo a estar permanentemente a su lado, tanto como quieras<sup>[9]</sup>. Recientemente, cuando te besó, estuve demasiado colérico, porque pensé que obraba con vosotros

en justicia; pero no volverá a suceder, porque ahora el buen vasallo y tú me habéis demostrado muy bien que me amáis fielmente.

Entonces habló la reina:

—Si quieres ganártelo de nuevo, pide a mi doncella que vaya a ver a tu hombre en tu lugar y le ruegue que se quede. Pero estoy bastante segura de que lo hará con el mismo disgusto que yo.

El rey convenció a Branguena rogándole encarecidamente que con sus buenas maneras contribuyera a lograr que Tristán se quedara.

—¿Por qué lo habéis desterrado entonces?

—Porque fue traicionado ante mí.

—¿Quién hizo tal cosa?

—Un duque.

—Pues que sea este quien lo convenza de nuevo.

—Él no puede.

—Del mismo modo que yo tampoco puedo.

—Entonces será la mayor pena de mi vida.

—¿Es esto cierto?

—Sí, lo juro.

—No, no me atrevo a creerlo.

—Puedes tratar de convencerlo sin preocupación alguna, pues lo trataré con tal amabilidad que podrá estar con Isolda tantas veces como lo desee.

—No, no confío en que regrese. Tampoco le traería gran provecho, pues es fácil que le vuelva a suceder lo mismo. Si quiere seguir mi consejo, yo le recomendaré que se marche a tiempo hacia algún lugar donde se le ofrezca amistad verdadera.

El rey entregó entonces a Branguena una generosa recompensa para que ayudara a convencer al buen caballero a quedarse con él.

—Lo resarciré por cualquier daño que le haya causado. Mandaré colocar su cama en mi aposento para que esté con la reina de día y de noche. Y además contará con mi amor, porque él es inocente de toda felonía para conmigo.

Puesto que el poderoso monarca se lo pedía con tanto fervor, Branguena tuvo que ceder. Cabalgó hacia la ciudad, hasta la residencia de Tristán, y le

fue fácil persuadirlo de que se quedara de buena gana; con su habilidad logró dar buen fin a este asunto.

Cuando Tristán regresó a la corte, el rey ordenó a familiares y vasallos cumplir todo lo que aquel les mandara. Dijo:

—Él ha sido calumniado ante mí por cierto duque al que podría nombrar y que, desde ahora, contará siempre con mi recelo. Sobrino — prosiguió el poderoso rey—, te alojarás en mi aposento y estarás conmigo en todas partes y, fíjate bien en esto, también con la reina, siempre que te plazca, aunque todos se rasguen las vestiduras de odio e ira porque no me separe de ti.

El noble Tristán mandó a Curneval llevar de inmediato su lecho al aposento del rey; de la alegría que esto le produjo, bien pudo olvidar cualquier dolor sufrido, pues ahora yacía con la reina siempre que quería, incluido un día en que el senescal se fue a cazar. Este llegó temprano, antes de salir el sol, a una montaña en el bosque, donde vio al enano andar por delante entre la espesura. El caballero Tinas lo mandó apresar y le preguntó de inmediato qué era lo que hacía en el bosque. El enano contestó que había perdido la merced del rey.

—Yo te ayudaré a sosegar la ira de mi señor —dijo el valeroso caballero— y a que deponga su odio.

Mandó llevarlo consigo a casa y le ayudó a recuperar la gracia. Si hubiera conocido bien su culpabilidad, lo habría ahorcado. No pasó mucho tiempo hasta que los infames celosos volvieron a dolerse de que a Tristán le fuera todo tan bien. Ántred, el duque felón, juró por su cabeza que el enano lo había engañado y que por ello lo iba a matar. Y el malvado gnomo respondió:

—Cualquiera que sea la argucia por la que nos resulte imposible probarlo, es tan cierto como que estoy vivo que Tristán posee a la reina. Si mi señor no estuviera enojado conmigo y si vosotros quisierais apoyarme, yo le demostraría la verdad.

Los celosos volvieron a susurrarle todo esto al rey y con verdades y mentiras consiguieron que accediera:

—Está bien: haremos la prueba una segunda vez. Pero si Dios quiere que sea inocente, amigo enano, serás quemado en la hoguera.

—Sí, señor —dijo el espantoso personaje—, así me place, pues no me preocupa lo que me vaya a suceder —y añadió el hombrecillo—: Señor, mi consejo es que digáis a Tristán que debe llevar un mensaje vuestro fuera del reino, que no puede retrasar su marcha más que hasta mañana por la mañana, que no tenéis a nadie más que a él que pueda conseguirlo y que se lo recompensaréis con todo tipo de riquezas. Pero os advierto que no podrá dejar de ver a la reina antes de partir. Os diré lo que haremos: rociaré con harina el suelo entre ambas camas y con esta prueba os convenceréis. Haced que deba permanecer siete noches fuera y si no va a ver a mi señora esta misma noche, antes de que amanezca, mandad cortarme la cabeza con un hacha mañana mismo. Yo me esconderé debajo del lecho de mi señora y os despertaré cuando lo oiga llegar allí, de modo que, habiendo pisado la harina, él no podrá negarlo. Además, habréis ordenado a gente vuestra montar guardia junto a la puerta para ayudaros a apresar al hombre, pues es muy fuerte. Mandad concretamente —prosiguió el enano— que, de Ántred y sus compañeros, tres vigilen bien las puertas por dentro y cuatro permanezcan en la parte de fuera.

El rey lo cumplió todo: encomendó vigilar la puerta a los siete señores. Los cobardes estuvieron prestos, puesto que todos lo hacían de buena gana: así fue traicionado Tristán. Cuando llegó la noche, el rey le rogó que se hiciera cargo de llevar un mensaje, diciéndole con engaño:

—Piensa, querido amigo mío, que no tengo a nadie sino a ti que me sirva bien para esta tarea y al que pudiera enviar. Prepárate, pues, y cabalga mañana mismo por la mañana a ver al rey Artús. Bretaña no está lejos, de modo que en siete noches habrás regresado. Entonces haré que de nuevo goces de todas las comodidades. En cuanto se haga de día, créeme, te diré el mensaje sin que necesites preguntarme por él y te lo recompensaré con mi amor.

A Tristán le dolió en el ánimo, pero como buen caballero dijo que haría gustoso todo lo que le pidiera. El rey se lo agradeció encarecidamente y enseguida montó la trampa. Cuando Tristán se fue a su cama y el enano hubo rociado el suelo con harina, como había dicho, y los celosos estuvieron dentro del aposento, donde debían apresarlo, oíd cómo pretendió el hombre encomendar a su señora a Dios. Vio que el suelo estaba rociado

de harina y pensó en su interior: «Lo que sea que hayáis sembrado aquí, de nada os servirá en vuestra vigilancia ni en vuestro espionaje; yo veré a mi señora». Fue una gran necedad que no cesara en su empeño, a pesar de poner en peligro su vida queriendo llegar hasta la reina antes del viaje; pero hemos oído ya antes que eso se debía al bebedizo. Por lo demás era un hombre tan precavido que lo hubiera dejado estar, pero el poder del bebedizo le hizo perder la medida. Justo a la medianoche decidió ir a ver a su señora. Su cama estaba tan cerca, que le pareció que podría saltar hasta la de la noble dama. Pero se esforzó tanto en el salto, que le reventó una herida, de modo que cuando yació con la mujer, ella quedó cubierta de sangre. El enano, el malvado Aquitain, comenzó entonces a gritar. ¡Ay del enano que traicionó al noble hombre! No quiso esperar más y exclamó:

—¡Ahora podéis atrapar a Tristán!

El rey se levantó de un salto y despertó a los espías. ¡Cómo habría deseado Tristán entonces saltar de nuevo hasta su cama! Pero no la alcanzó, pisó con un pie en el suelo y no se salvó con su retorno.

Cuando el poderoso rey, llegando junto a la cama de la señora, percibió abiertamente la verdad en torno a Tristán, dijo:

—Adelante, hombres valientes, actuad en esta situación como lo consideréis más oportuno.

Ellos hicieron lo que su señor les había ordenado, y apresaron a Tristán. Para su gran desdicha, le ataron las manos a la espalda con cuerdas, igual que a un ladrón. Nada más placentero podía haber ocurrido para los malvados celosos y el famoso rey no podía sentirse más enojado con el buen Tristán y con la reina. Dijo que terminaría con aquel amor de tal manera que se hablaría de ello mientras el mundo durara. El noble monarca ordenó a sus queridos allegados que le aconsejaran acerca de qué muerte debía darles que se tuviera como la mayor vergüenza. Ántred salió al frente y lo condenó a él a la rueda y a ella a la pira y que así pagaran por el crimen que habían cometido. Al rey le parecía que tardaba mucho la llegada del día para poderlos matar del modo que Ántred había aconsejado. Mandó alertar de inmediato a todo el país. Se ordenó a todas las personas que se encontraran en casa que acudieran al juicio. Todos hubieran querido saber qué era lo que debían hacer allí, pero los mensajeros no quisieron decirles

nada más que quien quisiera mantener su feudo acudiera de mañana al juicio. Todo el reino se preparó para ello.

Por la mañana, cuando amaneció, el rey salió a toda prisa de la ciudad para presentarse ante la gente en el juicio. Nadie osó hacerle petición alguna a excepción de un único barón, el senescal Tinas. ¡Ay, cuánta fidelidad tenía a Tristán! Pidió insistentemente al rey que por su propia honra aplacara su ira.

—No importa lo que Tristán os haya hecho, yo le ayudaré a resarciros por ello.

Y se echó a sus pies rogándole de todo corazón. El noble rey se enfadó muy seriamente y dijo:

—A vos no os importa tanto mi honra como creía, puesto que me rogáis de esta manera por Tristán. Pero así solo conseguís que me enoje.

—No, querido y buen señor, por vuestra nobleza dejad vivo al caballero.

—No, será enrodado antes de que pase la mitad de este día.

—No quiero ver de ninguna manera que el mejor hombre que jamás he conocido deba morir de esta manera, ni tampoco una mujer tan magnífica —dijo el fiel Tinas—. Dios en el cielo debería lamentarse de que no pueda ayudarlo y vos no superaréis nunca este desastroso día si matáis así a vuestra propia esposa y al caballero.

—Sí, morirán ambos hoy mismo. A fe que será así, pues jamás me ha ocurrido un daño mayor.

—No, querido señor mío, pensáoslo mejor.

El rey fue preso de tal ira que tuvo que sentarse, candente como un ascua. Tinas reconoció con acierto el riesgo de lo que hacía y no se atrevió a rogarle ni a contradecirle más. Pero su corazón estaba a punto de partirse por el gran dolor. El rey y Tinas se separaron y, aunque había muchos hombres buenos lamentándose, el senescal se marchó. Cuando el noble y buen Tinas se hubo alejado del rey, muy disgustado y con el corazón atenazado por un gran sufrimiento, no cabalgó mucho hasta encontrarse con una gran mesnada que traía en sentido contrario al noble Tristán con las manos fuertemente atadas a la espalda. Allí mismo comenzó a llorar con gran desconsuelo.

—¡Si yo pudiera demostrarte las buenas intenciones que tengo hacia ti, querido! —le dijo en voz baja—. Con certeza debes saber que, no importa lo que me ocurriera, aunque supiera que me iban a apresar y ahorcar cual ladrón, este tormento no me impediría escoger la muerte a tu lado o sacarte de este lance. Pero puesto que, por desgracia, no puede ser, quiero al menos, con el poder de que dispongo, liberar tus manos.

Y le cortó las ataduras ordenando con palabras severas a aquellos que lo conducían que no lo volvieran a atar. Y añadió:

—Si se respeta allí su dignidad, aumentará vuestro reconocimiento.

Besó entonces al buen caballero con los ojos llenos de lágrimas, llorando cada vez más y más, tanto para sí como en voz alta.

—¡Ay, ay, ay de mis ojos! —exclamaba—, ¡ay que jamás te llegarán a ver! Nunca —añadió— lograré sobreponerme a este día.

Del todo verdadero era el amor que sentía por Tristán y muy fiel era su corazón. Por su parte, los que custodiaban a Tristán comenzaron a sentirse incómodos y tristes cuando vieron las lamentaciones que profería Tinas. Conduciendo al buen héroe, pasaron por delante de una capilla y el astuto caballero rogó que lo dejaran entrar en ella y que lo esperaran delante hasta que él hubiera terminado sus rezos. Ellos respondieron que ya los había hecho retrasarse demasiado.

—Es solo un momento —intervino uno que estaba con ellos—. El noble Tinas nos ha pedido que fuéramos bondadosos con él. Si dejamos al penitente arrepentirse de sus pecados y si así puede salvarse del infierno, habremos cumplido su deseo. Además —dijo a sus compañeros—, no puede ocurrir nada: la capilla no tiene otra puerta más que esta y es tan pequeña que bien podemos vigilarla. Al otro lado del muro, el lago lleva mucha agua. Le guste o no, dejemos que se arrepienta de sus pecados, dado que a nosotros no nos puede causar daño alguno.

Le ordenaron, pues, entrar en la capilla, lo que él hizo de inmediato. Cuando estuvo dentro, actuó como un hombre inteligente: cerró la puerta por dentro. Esto enojaría mucho a los caballeros. Se mantuvo en absoluto silencio hasta alcanzar una ventana por la que se escabulló con cuidado, pues quería ganarle tiempo a su vida. Se escurrió por la ventana hasta que consiguió salir, saltó al lago y nadó hasta la orilla. Luego, el noble Tristán

corrió a lo largo de la ribera, mirando hacia atrás a menudo por ver si alguien lo perseguía.

Curneval, quien había llorado casi hasta morir, pues siempre le había demostrado gran amor y fidelidad y sentía ahora un dolor inmenso, llegó cabalgando hasta la orilla del lago, llevando consigo el caballo y la espada de su señor. Vio entonces a Tristán y cabalgó hacia él; su dolor remitió de inmediato. Previamente, el fiel Curneval había comenzado a lamentarse con desconsuelo, pensando: «¡Ay Dios, buen señor! Quizás pudiera escapar si por fortuna lograra recuperar su corcel y su espada; bien que le ayudarían a huir de aquí». Esto lo había pensado por el gran amor que sentía en su corazón. Mucho se había dolido de haber venido a este mundo y hubiera preferido morir junto a su señor. Pero al poco rato llegó hasta donde descubrió al héroe y cabalgó hacia él a toda prisa para preguntarle cómo le había ido. Cuando se encontraron, se dieron uno al otro muestras de gran alegría. El prófugo montó sobre su corcel, se ciñó la espada y ambos salieron de inmediato a todo galope. El escudero razonó:

—Alejémonos de aquí.

—¿Dónde vamos a ir?

—Me temo que cuando el rey y su séquito sepan que os habéis escapado así, llegará enseguida el momento en que queramos huir.

—De ninguna manera me alejaré yo, si la noble reina ha de ser torturada. O la ayudo a huir o moriré con ella. Vengaré mi ira en muchos de sus vasallos.

Cabalaron hasta unos espesos matorrales cercanos al lugar del juicio. Tristán se cubrió de tal manera con las hojas que nadie que pasara por delante lo podía ver, mientras que él era capaz de observar perfectamente todo lo que ocurría en el juicio.

A los que esperaban frente a la capilla les pareció que tardaba mucho y decían delante de la puerta:

—Ordenadle que salga; sus oraciones son ya demasiado largas.

Uno fue hasta la puerta y dijo en voz alta:

—Terminad de una vez vuestras oraciones, que ya es desmesurado el rato que llevamos esperando aquí.

Como nadie le respondía, los de fuera derribaron la puerta enfurecidos y queriendo descargar su ira sobre el caballero, pero su esfuerzo fue en vano, pues no lo hallaron. De inmediato llegó al rey la noticia de que Tristán había escapado. Mucho le disgustó y les dijo a todos los que estaban en el juicio:

—Os prometo que a quienquiera que me lo vuelva a traer no le faltará jamás nada de lo que desee, pues en agradecimiento le daré tanto oro que será rico para siempre.

Los caballeros saltaron todos a una sobre sus caballos, pero creo que aunque anduvieran todavía buscándolo, no lo encontrarían. A muchos esto les gustó y a otros les dolió. Ántred regresó muy pronto; agradeció no haberlo encontrado, pues temía que se lo hiciera pagar caro. Cuando los perseguidores hubieron regresado todos sin que ninguno hubiera podido oír nada acerca del buen caballero Tristán, el rey pretendió atemperar su furia en la dama y la amenazó diciendo que iba a destruir su amor de una vez por todas de la forma más terrible. Ordenó que se la llevaran y que la mataran enseguida; quería hacerla arder en una pira.

Pero en esto llegó corriendo un duque, que era leproso y que apeló insistentemente al rey. El monarca le concedió la venia y el enfermo habló así:

—Puesto que la reina debe morir y tú quieres darle una muerte deshonrosa, no me parece adecuado que sea quemada. Para ella no resulta muy difamador, puesto que tú eres tan poderoso que puedes hacerla ahorcar o quemar a tu antojo. En cambio, te voy a proponer una muerte que le dará mucha mayor deshonra.

El rey dijo que se la revelara.

—Dame a la dama y yo le quitaré la vida.

—¿Cómo? —preguntó el rey.

El duque contestó:

—La llevaré a mis compañeros leprosos para que todos la posean. Morirá de forma ignominiosa.

El poderoso rey reconoció:

—Dices la verdad. Pero ¿quién me da la garantía de que, si te entrego a la mujer, ella vaya a perder la vida?

El deforme respondió:

—Te lo prometo por lo que más quiero. Si dejas con vida a la dama, podrás colgarme de un árbol o azotarme hasta la muerte a mí, a mis parientes y a todos mis compañeros leprosos.

Entonces él le entregó a la reina. El leproso se alegró mucho y montó a la hermosa dama por delante de él en el caballo, agarrándola fuertemente. De este modo el poderoso monarca la había castigado de tal manera que hubo muchas quejas sobre él en todo el país, porque fue una tremenda afrenta entregar a su mujer a los leprosos. El camino de estos pasaba justo por delante de donde estaba Tristán. Curneval reconoció a la dama desde lejos y dijo a su señor:

—Ahí llevan a mi señora.

Y de nuevo se demostró el amor: Tristán se lamentó mucho de la gran difamación que suponía que aquellos se atrevieran a llevarse consigo a la dama y osaran tocarla con su mano impura. El héroe se ciñó la espada y cuando se le hubieron acercado lo suficiente, dio las espuelas al caballo fuera de sí de rabia. El leproso murió enseguida, pues lo partió en dos con la espada; la parte superior cayó al suelo con la dama. Luego fueron a repartir estocadas entre los enfermos y creo que habrían dejado a muy pocos con vida, aunque no pudieron evitar que alguno se salvara. Tristán cogió entonces a la mujer y se marchó veloz hacia un bosque espeso.

Uno de los leprosos que lograron escapar llegó hasta donde estaba el rey y se lamentó apenadamente de que hubieran matado a su señor y a todos sus hombres con él.

—Lo ha hecho Tristán, que se ha llevado consigo a la señora. Yo he logrado escapar a duras penas —así hablaba el pobre leproso.

Lo que el rey dijo entonces puede maravillaros a todos: rogó a cada uno, fuese vasallo o pariente, que los acosaran.

—Con quienquiera que lo haga preso, de modo que yo pueda castigar el gran sufrimiento que me causa, compartiré para siempre toda mi riqueza.

Los caballeros saltaron todos a una sobre sus caballos, los viejos y los jóvenes, y fueron en busca de Tristán por todo el país. Pero este había llegado al bosque y cabalgaba hacia su refugio. Como no dieron con él, al cabo de poco regresaron ante su señor y le comunicaron el resultado. El rey

advirtió severamente a los hombres de las marcas y a sus fieles que lo lamentarían y les rogó que, si se encontraban con él, lo mataran o se lo trajeran.

En esto, un perdiguero llamado Utant, al que Tristán amaba más que a los demás perros, se echó a ladrar desesperado; estaba fuertemente atado y luchaba por liberarse. El poderoso rey preguntó a un escudero que estaba allí de quién era aquel perro que ladraba de esa manera. Cuando este le respondió que era el braco de Tristán, el noble rey ordenó al escudero que lo cogiera, se lo llevara rápidamente y lo ahorcara, pues si lo dejaba vivo le haría sacar a él los ojos.

El escudero cogió al perdiguero Utant y se alejó con él del camino. Le daba gran pena tener que colgarlo y pensaba que antes que matar al perro prefería marcharse al exilio, porque era fiel a Tristán. Así que dejó escapar al can, sin cumplir lo que el rey le había mandado, e hizo muy bien en dejarlo vivir. El escudero se fue por su camino y el braco Utant llegó hasta donde había cabalgado el noble Tristán, siguiendo su rastro a toda prisa hasta la profundidad del bosque. Su amo lo oyó ladrar y dijo a Curneval:

—Escucha. ¿Qué vamos a hacer ahora? Pronto estaremos muertos; oigo a mi perdiguero, con el que nos estarán siguiendo el rastro. No se me ocurre ahora adónde pudiéramos ir, de modo que tendremos que luchar con ellos dignamente. No podemos huir ni a pie ni a caballo, así que tendremos que venderles caras nuestras vidas, para que en casa sus esposas lloren nuestra muerte; no se aprovecharán de habernos perseguido hasta tan lejos. El que corra a la cabeza se enojará con toda seguridad cuando llegue hasta aquí, pues lo atacaré de inmediato.

Curneval le respondió:

—Señor, eso no nos dará provecho alguno; no podemos luchar con ellos, porque son buenos combatientes y resultan demasiados para nosotros. Si nos enfrentamos a ellos, sucumbiremos todos. Por eso quiero morir yo solo y vos cabalgad hacia donde logréis ponerlos a salvo. Me aseguraré de que el braco que nos acecha no os persiga más que hasta aquí —y rogó a su señor que se fuera aprisa y se llevara consigo a la dama, para que ambos salvaran sus vidas—. Yo entregaré aquí mi vida y mi honra.

Tristán y la dama se fueron. ¡Allí se pudo ver gran dolor, sufrimiento y pena! Curneval se volvió para ver lo cerca que estaba el perro y adoptó la postura de quien quería entregar su vida para matar al perdiguero. El buen Curneval se detuvo enfurecido junto a un árbol y miró hacia donde oía al braco aproximándose. Pretendía hacer un servicio muy honroso al perro y a quien lo condujera. Pero el buen perrillo venía corriendo solo, como os he dicho ya, sin que nadie lo retuviera, y cuando Curneval lo vio, estoy seguro de que se alegró mucho y fue a su encuentro, hablándole; el perdiguero dio muestras de gran alegría por haber encontrado a Curneval. El temor del escudero se desvaneció y su sufrimiento se deshizo. Cabalgó alegre tras su señor Tristán, guiado por las huellas, pero, tras andar un poco, apenas media milla, perdió de pronto el rastro. Entonces dejó al perro, que ya se había callado, en el suelo y le ordenó mostrar en silencio hacia dónde había ido su amo. El perro corrió detrás de una presa nada salvaje, el hombre y la mujer.

Cuando el intrépido Curneval llegó hasta donde estaba Tristán con la reina, el joven se alegró, como también estuvo muy contento el buen Tristán, que preguntó a Curneval de dónde había sacado al perdiguero. Él le respondió que había venido solo, siguiendo el rastro. Nadie os podría contar el júbilo que se produjo, se olvidaron de todo lo que tenían que lamentar y del dolor que habían sufrido. Durante todo el día cabalgaron bosque adentro, tan lejos que el señor Tristán consideró por fin que, aunque todo el reino lo buscara, no lo encontrarían jamás. Entonces el famoso caballero se detuvo, dijo a su compañero que habían de permanecer allí y se sentaron. Puesto que no se atrevían a salir del bosque por ningún lado, Curneval juntó pronto para su señor suficientes ramas y hojas para hacer una cabaña. La señora no quiso permanecer inactiva y vigiló a los caballos durante todo ese tiempo.

En aquel lugar permanecieron durante más de año y medio sin alimento alguno, pues en verdad os digo que los pobres fugitivos no comían más que las hierbas que encontraban en el bosque. Siempre que hallaban algunas, era esta su mejor comida, igual que cuando el ingenioso Tristán cazaba algo con su arco o cuando, aprovechando sus conocimientos, pescaba algunos peces en un río que fluía por allí con un anzuelo que tenía. En verdad me han contado que Tristán fue el primer hombre en practicar la pesca con

caña. Y también oí decir que fue el primero en descubrir cómo poner a los perdigueros sobre el rastro de una pieza de caza. Él y la hermosa Isolda llevaban una vida dura en aquel bosque salvaje. Pero para ellos era un juego de niños, porque al mismo tiempo gozaban de una gran felicidad por el intenso amor que se profesaban. Según yo lo veo, solo Curneval sufría y fue una maravilla considerable que no muriera. Escuchad ahora todos cómo se organizaron, porque yo puedo contároslo.

Los tres, Tristán, la reina y Curneval, su escudero, acusaban las grandes carencias, pues quienquiera que pasara tanta hambre durante un año (eso no puedo callarlo) moriría. No tenían fuego ni pan. Tampoco sus caballos comían más que hojas, hierba y musgo, lo que os puede extrañar bastante. Además, la intemperie y la lluvia les destrozaban los vestidos y me maravilla que la dama y el caballero no murieran de frío cuando acabaron perdiendo todas sus ropas. Pero el libro y la gente nos cuentan como cosa cierta que pasaron más de dos años en el bosque salvaje, sin ver jamás ni pueblo ni ciudad.

Tenía Tristán una costumbre, en la que lo acompañaba la dama, que consistía en que siempre que se acostaban y hablaban uno con otro, cuando se cansaban, él desenvainaba su espada y la colocaba entre ambos. El hombre no quiso dejar de hacerlo jamás por ningún motivo, de modo que, cuando decidían dormir, la espada quedaba entre los dos<sup>[10]</sup>. Era extraña la costumbre del hombre y sin embargo, más tarde, los salvaría, puesto que llegó un día en que un cazador del rey vino una mañana temprano hasta la cabaña sin ser visto. Estaban todos dormidos y cuando el hombre del rey vio el arma y reconoció de inmediato al señor Tristán, se marchó aprisa para que no lo vieran y fue hasta el poderoso monarca. ¿Acaso no fue una gran vergüenza que le dijera todo lo que había visto y cómo los había encontrado? El rey, sin embargo, le pidió enseguida que por deseo suyo lo mantuviera todo en secreto y le condujera a él mismo hasta el lugar. Querréis saber qué se proponía con esa acción, pero no os lo puedo decir.

Pronto por la mañana, el cazador cabalgó de nuevo hacia aquel sitio, guiando al rey Marc, como se lo había pedido, hasta el lugar en donde halló a los desvalidos. El rey no se entretuvo, mandó a su gente cuidar de los caballos y se fue solo hacia donde yacía el caballero Tristán. Vio con sus

propios ojos la espada extendida entre ellos, la observó y estiró la mano hacia ella con mucho sigilo, pues estaban dormidos. Les quitó el arma de Tristán a los dos nobles, sacó la suya de la vaina para meter en ella la de Tristán y la colocó en el mismo lugar en donde había estado la otra. El héroe y la dama dormían y no se dieron cuenta. Entonces el rey puso su guante sobre la dama y no es mentira que no la moviera. Retiró la mano de la reina, regresó hasta su caballo y cabalgó donde quiso, como tenía derecho a hacer.

Cuando Tristán despertó y se irguió, vio el guante y preguntó a la dama de quién era. Ella se asustó por ese descubrimiento y dijo que no sabía por medio de qué artificio había llegado allí el guante. En esto, el noble hombre se dio cuenta de que le habían quitado la espada y reconoció de inmediato la del rey. Entonces el señor Tristán habló a la noble reina:

—Jamás saldremos de aquí sanos y salvos. Fíjate bien: aquí estuvo mi señor el rey, que no andará lejos; dondequiera que se haya escondido, está en algún lugar cerca de nosotros. Estamos muertos y solo nos ha salvado su cortesía de que, encontrándonos dormidos, no nos matara de inmediato. En cuanto nos levantemos, ambos habremos perdido nuestras vidas.

El hombre mandó a la mujer que llamara a Curneval y que le hiciera traer los caballos. Pero cuando hubieron montado en ellos, siguieron sin poder ver dónde había ido el rey, de modo que, si lo he oído bien, huyeron a toda prisa hacia el mismo otero, como bien he podido escuchar. Durante todo el largo y claro día trotaron luego por el bosque, hasta que hacia la hora de vísperas llegaron a un valle. Allí los compañeros se detuvieron para hacer lo que les era necesario: cada uno recogió su ración de hierbas y se las comieron; nuevamente estaban sentados juntos comiendo hierbecillas salvajes y la reina tuvo que comer lo que pudo conseguir. Pero en verdad digo que eran suficientemente inteligentes como para comer mejores alimentos, si los hubieran podido encontrar.

Cerca de allí residía un santo ermitaño que era confesor del rey Marc. Por todo lo malo que este cometía, recibía de él la penitencia oportuna; el buen hombre se llamaba Ugrín. Un día, Tristán cabalgó hasta encontrar al buen hombre y quiso recibir de él penitencia, pero aquel no se la quiso dar si antes no abandonaba a la reina y le rogó por el amor de Dios que lo

hiciera, que así se alejaría del pecado; dijo además que no podría salvarse del Diablo si se mantenía fuera de derecho. Pero estas palabras no afectaron al buen caballero lo suficiente como para hacerlo, de modo que se marchó sin recibir la absolución. La fuerza del amor no le permitía abandonar a Isolda, de modo que permaneció con ella en el bosque hasta que —podéis creerlo— cesaron los efectos del bebedizo. Habían transcurrido entonces, según lo dicen los que lo han leído en el libro (y seguro que no es mentira), cuatro años desde que lo bebieron. De pronto a ambos les pareció que eran capaces de separarse y se sintieron completamente hartos de las incomodidades del bosque, de tal manera que no soportaron la penuria ni un solo día más. Apenas consiguieron dejar transcurrir la noche y cuando llegó el día, Tristán cogió a la dama, cabalgó con ella hacia Ugrín y dijo que se arrepentía de no haber hecho todo lo que él le había indicado; añadió también que ahora quería hacerlo de buen grado y la dama confirmó que ese era también su deseo.

El buen ermitaño se alegró muchísimo y para agasajarlos hizo todo lo que pudo y lo que a ellos convino aceptar. El buen Ugrín preguntó a Tristán si se arrepentía de todos los pecados que había cometido con la dama.

—¿Y quieres devolvérsela al rey?

—Sí quiero —dijo el noble caballero, y eso gustó a Ugrín.

El ermitaño escribió enseguida una carta al rey y se la envió por mediación del osado Tristán, pues no tenía otro mensajero. Aconsejaba al rey por Dios que hiciera presto todo lo que se le pedía en el escrito. Cuando la misiva estuvo terminada, Tristán no esperó más y en cuanto fue de noche se puso en marcha. Llegado a Tintaniol, el precavido caballero cabalgó hasta el vergel en el que el rey le había espiado desde lo alto de un árbol. Al caballo lo ató con la brida al tilo junto al que había recibido alegría y dolor y fue a otear el entorno. Caminó hasta donde dormía el rey y le habló a través de la pared, preguntando si dormía.

—Sí, si me dejasen —fue la respuesta del poderoso monarca.

—En verdad te digo que deberás seguir despierto algún rato.

—Dime por qué.

—Me gustaría decirlo si me atreviera.

—Habla pronto, pues te concedo hacerlo.

—Ugrín, tu querido maestro, te incluye en sus rezos más íntimos.

—Dios poderoso se lo pague —contestó el rey y le mandó seguir hablando.

El noble Tristán lanzó entonces la carta a través de una ventana hasta el rey y habló:

—Tu confesor Ugrín te remite esta carta y te manda decir que si le tienes aprecio como confesor escuches bien todo lo que en ella está escrito y me encomienda decir también que te concede la gracia y que te absuelve de todos tus pecados y que a cambio bien puedes aceptar esto. Ordena decirte también que lo que resuelvas hacer en este caso lo mandes escribir mañana dejando colgada la carta en la cruz que hay donde el camino se bifurca junto a la torre, frente a la ciudad. Tu confesor mandará ir a recoger el escrito mañana mismo.

El soberano reconoció perfectamente a Tristán por la voz y no pudo reprimirse sin decir:

—Eres tú, Tristán; bien que te he reconocido. Espérame que quiero hablarte.

El héroe no se atuvo a las palabras del rey, sino que marchó en paz sin esperarlo. El monarca salió de un salto por la puerta y lo llamó seriamente, pero el caballero se fue a donde quiso y el rey no le persiguió. Al soberano se le hizo muy largo el final de la noche y en cuanto fue de día le leyeron la carta. En ella decía lo siguiente: «Señor, que aceptes de nuevo a mi señora, tu esposa, eso es lo que te pide Ugrín por el amor de Dios. Él la manda llevar a tu encuentro por Tristán y por nadie más. Debes recibirlos con amor y devolver tu merced a Tristán; él puede pagártelo arriesgando su vida dondequiera que haga falta, señor mío, tú lo sabes mucho mejor que yo. Por el amor de Dios, yo, Ugrín, tu maestro, te ruego que accedas a dejar este asunto en paz; por Dios y por mi ruego». Y el caballero calló.

Después de que fuera leída la carta dirigida al rey, este contó a sus consejeros cómo habían estado acostados aquellos dos cuando los encontró en el bosque y juró que Tristán jamás la había hecho su mujer, sino que sentía aprecio por ella y ningún otro amor fuera de medida. De modo que ordenó redactar una carta en la que decía que aceptaría nuevamente a su señora, si a Tristán le parecía bien, al cabo de cuatro días. Pero que él no

podría obtener mayor merced por parte del rey, puesto que le había causado un daño tan grande que nadie le aconsejaría u ordenaría jamás dejar que se quedara en el país, aunque sí quería asegurar al caballero paz fidedigna cuando le trajera a la dama, tanto a la ida como al regreso. En esto actuó con gran justicia y así quedó escrito en la carta. Además le indicaba el lugar al que debía traerle a la reina. Transcurrido el día, el rey ordenó colgar la carta donde el mensajero de Ugrín se lo había indicado y Tristán no dejó de recogerla cuando fue de noche llevándosela a su maestro. Cuando el buen ermitaño leyó lo que decía la carta, se lo dijo al caballero, que se preparó para lo que debía hacer. Puesto que no tenía otras ropas, Ugrín le dio unos míseros vestidos de lino que tenía para sí y de los que podía prescindir. Aunque no eran nada adecuados para Tristán, a él le parecieron buenos. Luego preparó su ánimo para llevar a la dama al punto de encuentro, como se había propuesto. Cuando la llevó, el rey dijo enseguida:

—¿Cómo, señor Tristán, ahora queréis entregarme a la señora?

—De buen grado, señor —respondió el caballero—; ¿puedo al mismo tiempo recuperar el permiso para permanecer en esta tierra?

—No, eso te lo prohíbo.

—¿Por qué? ¿Qué he hecho?

—Muchísimas cosas que me causan deshonra.

—Pagaré gustoso por ellas y, si lo permitís, también mi señora tendrá su provecho.

—No lo aceptaré.

—¿Por qué?

—Porque ya es demasiado.

—Yo no lo creo. ¿Acaso vos sí?

—Sí.

—Entonces tomáis el asunto demasiado en serio.

—No, no es cierto.

—Sí es verdad; si no, perdonadme mi falta para que os lo recompense Dios del cielo.

—Dios me despreciaría si lo hiciera por eso. Mi corazón os odia tanto que jamás podrá volver a sentir afecto por vos.

—¿Cómo me he hecho merecedor de esto?

—¿Cómo? ¡Bien que lo sabéis!

—Os serviré tanto que volveréis a estimarme.

—No deseo vuestro servicio.

—¿Por qué no, señor?

—Os lo diré: porque por él he recibido también mucho daño y mucha deshonra de vos.

—¿No queréis siquiera consentir que permanezca en vuestro reino?

—No, estaríais demasiado cerca de mí. Tenéis que marcharos. Puedo prescindir de vos.

Entonces el noble Tristán le habló enfurecido a su señor:

—Llevaos pues a la reina, que yo me iré y haré lo que mejor pueda. Pero no viviréis el día en que vuelva a solicitar vuestra merced con tanta reverencia. Asumiré vuestro odio, puesto que no es culpa mía. Y podéis estar totalmente seguro de que, si no tuvierais a vuestra mujer, en verdad que yo pondría en peligro vuestra vida; pero su gran bondad os protegerá de mí —y el buen caballero Tristán añadió—: ¡Ay!, poderoso rey del cielo, ¡cuánto duele al hombre dejar lo que tan justamente estima, como yo estimo a mi señora! Sea para bien o para mal, yo os la devuelvo, señor rey —añadió el caballero—. Aceptad a mi señora, pues con gran pesar tengo que alejarme de ella.

El rey Marc se marchó llevándose de nuevo a la reina y vivió con ella muchos años en amor. Grande fue el dolor con el que los buenos amigos se partieron. Tristán encomendó su perro a la noble reina y le pidió por el amor verdadero que lo cuidara con esmero, lo fuera a ver todos los días y pensara en él cada vez que lo hiciera.

—Si algo me amáis, demostradlo con el perdiguero.

Y ella cogió al perro cariñosamente en sus brazos. Luego, Tristán tuvo que partir<sup>[11]</sup>.

El virtuoso hombre cabalgó hacia donde pudiera vivir, a la corte del rey Ganoye. Una mañana muy temprano, el noble Tristán llegó hasta donde encontró a ese rey, y fue bien recibido. Aunque no permaneció allí mucho tiempo —lo que dolió mucho al monarca—, serían demasiado largas de contar todas las proezas que el noble y dichoso hombre realizó en ese reino y las hazañas que emprendió. Pero al poco tiempo se propuso seguir

nuevamente su camino. Cumplió su deber agradeciendo al rey de corazón la amistad y el respeto que se le habían ofrecido allí y emprendió su marcha sin retorno. No tenía entonces más compañía que la de Curneval, con quien el noble hombre cabalgó hasta la tierra de Bretaña.

Cuando llegó allí, no hubierais visto jamás a hombre alguno ser objeto de un recibimiento mejor que el que le dispensaron el poderoso rey y todos los suyos. Pero nadie se alegró más de su llegada que el señor Galván, quien lo convirtió de inmediato en su compañero, ofreciéndole amistad y buen trato. Tristán podía disponer en la corte de todo lo que deseara y dondequiera que hubiera que combatir, Tristán se llevaba la fama sin que nadie se la disputara. Esto lo hizo durante tanto tiempo que obtuvo el máximo reconocimiento, de modo que no había hombre en la corte que no reconociera que no había visto jamás a un guerrero más osado que Tristán. Residían allí muchos caballeros que realizaban grandes proezas, pero lo que él hacía nadie lograba igualarlo. En aquel tiempo, los jóvenes iban a cabalgar armados en busca de aventuras, según su costumbre, durante dos o tres días. Y el procedimiento no consistía en otra cosa que obligar a combatir con ellos a todo aquel con quien se encontraran, le gustara o no. Eso es lo que solían hacer los buenos caballeros en la corte del rey Artús y eso les proporcionaba gran fama, pues todos trataban de demostrar así su valía.

Había a la sazón un buen caballero que poseía el valor de un león y que se llamaba Chevalier Delecors. Jamás dejaba de hacer nada por lo que se obtuviera fama y honra. Era un hombre muy valiente que recibía muchos elogios; era aguerrido y cortés y había recorrido muchos países, sin llegar nunca al lugar en que fuera derribado por la lanza de guerrero alguno o en que huyera por temor a un adversario. Con su fuerte mano obró hazañas de verdadera hombría. Un día, este héroe cabalgó hacia el bosque en busca de aventuras; llegado allí, el caballero cambió su armadura para no ser reconocido, algo que se acostumbraba a hacer por orgullo. En esto vino Tristán atravesando el prado, acometió al caballero y lo derribó del caballo como si fuera la primera vez que montaba en uno. ¿Que si cogió el corcel? Sí, se lo llevó enseguida; y luego pasó por allí un pobre hombre al que le

entregó el rocín, aunque él se encubrió con tal habilidad que el otro no supo quién le había regalado el caballo.

Chevalier Delecors, el caballero, no permaneció tumbado, pues era cortés y educado, regresó al castillo a pie —algo que no le había ocurrido jamás— y explicó él mismo lo que le había sucedido. Pasaron seis semanas desde el día en que fue derribado sin que nadie oyera decir palabra o tuviera indicio alguno sobre quién lo había hecho. Galván y el rey coincidieron entonces en que tenía que haber sido Tristán, pues ambos juzgaban no conocer a ningún otro hombre que fuera tan excelente como para hacerlo.

—Aparte de él, nadie podría haber realizado esta proeza, pero ¿quién podrá probárnoslo?

El rey pidió que alguien se atreviera a intentarlo. De ahí que el hábil señor Galván interrogara disimuladamente a su compañero, quien sin embargo no se lo quiso revelar. Pero entonces él le rogó muy encarecidamente que, por Isolda, le dijera si era él quien lo había hecho. A estas palabras, el héroe contestó sin dudarle un momento:

—Compañero, sí lo hice. Todo lo que se me pregunta por amor a mi señora, lo digo abiertamente y no lo escondo ante amenaza alguna, ni aunque tenga que morir por ello.

Dijo entonces el caballero Galván:

—Alabada sea mi señora la reina, pues por amor a ella me ha sido revelado este asunto. Dime, compañero, ¿consigues verla tantas veces como deseas?

—No, por desgracia; puedes estar seguro de que no tengo esa suerte.

—¿Desearías acaso verla, amigo?

—Sí quiero, aunque tenga que morir por ello.

—Pues yo me esforzaré en este asunto y, si puedo, te ayudaré a que en poco tiempo consigas reunirse con tu señora. Mi señor tiene cerca de aquí, en Tintaniol, una casa de caza; por ti el rey Artús irá allí a cazar y yo te llevaré conmigo, si puede ser, hasta donde puedas encontrarte con tu señora, la reina.

Tristán se alegró mucho de ello y Galván organizó que el rey fuera allí a cazar. Escuchad ahora con qué habilidad mi señor Galván cumplió lo que se había propuesto hacer. El bosque del que os voy a hablar y al que el rey fue

a la sazón de cacería, no le pertenecía solo a él, sino que era también de su buen amigo Marc. Y si una parte del venado se refugiaba en el monte junto a Tintaniol, los señores acordaban juntarse, coger cada uno sus perros y cazar despreocupadamente hacia donde más les gustara, ya fuera hacia la quinta o hacia la ciudad. Galván pidió a los cazadores que, si sentían aprecio por él, soltaran a un ciervo para que corriera hasta Tintaniol. Los monteros no dejaron de cumplir lo que les había pedido y el ciervo hizo lo que debía después de que lo ahuyentaran de la estancia de caza. Cuando le dieron alcance cerca de la ciudad, llegó allí cabalgando el rey Artús con los suyos y mandó matar al ciervo. Pero Galván y el noble caballero Tristán rogaron que lo dejaran vivir hasta que ellos le dieran muerte, aunque luego fueron retrasándolo con astucia, de modo que no lo sacrificaron hasta el atardecer. Entre que dieron fin a la matanza y acordaron quién de los dos se lo llevaría, ocurrió que, cuando el rey quiso partir, el día había llegado a su fin. El monarca increpó a su sobrino:

—Tú tienes la culpa de esta situación, pues no me dejaste matar al ciervo a tiempo. Ahora tendremos que cabalgar de noche hasta tres millas largas.

—¿Qué necesidad hay de apresurarse tanto? —preguntó Galván, el caballero—. Tintaniol no está lejos; allí sin duda podréis quedaros y encontrar acomodo para esta noche con el rey Marc, que tantas veces y con tanto apremio os ha invitado a su casa.

El rey Artús le respondió:

—Tú sabes bien cuál es la situación, que tu compañero Tristán no goza de su favor.

El arrojado caballero respondió:

—Enviad, pues, a Kei y mandadle decir que desearíais alojaros en su casa si él concediera inmunidad también a los que vienen con vos.

Kei tuvo que ir allí y cuando llegó a Tintaniol y el rey Marc escuchó lo que Kei decía de su señor, le respondió enseguida que todos gozarían de inmunidad, sin importar el daño que le pudieran haber causado. Kei se alegró profundamente y, sin entretenerse, fue a comunicárselo a su señor.

—¿Qué peligro habríamos de temer ahora? —concluyó el caballero Galván, y Tristán se alegró con él.

Cuando Marc el soberano oyó que acudía a él tanpreciado huésped, fue con cirios a su encuentro. Me atrevo a dar fe tan certeramente como siempre debo hacerlo de que los recibió bien a todos, al huésped y a los suyos, excepto a uno. El rey Artús se presentó entonces ante la hermosa reina y ella lo recibió con cariño a él y a todos los que le acompañaban. Oíd: la señora deseó hablar con el señor Galván, pero él no quería separarse de la compañía de su amigo y prefería que ella no lo besara, pues lamentablemente a ella no le estaba permitido saludar a Tristán. Aunque ella no podía hacer nada en contra, no le gustaba. De modo que en esa ocasión Galván no recibió ningún beso, lo cual, sin embargo, sobrellevó sin enojo alguno.

Con gran hospitalidad, el rey ofreció a sus queridos huéspedes alojamiento y gran abundancia de todos los alimentos que Dios creó. Cuando hubieron comido y bebido según su medida, el anfitrión rogó a su huésped que cuidara bien de que en aquella su casa ninguno de los que habían venido con él le causara deshonra alguna y añadió que había concedido firme inmunidad a todos y quería cuidar bien de ellos.

—Pero si alguien osara deshonrarme, sería su fin. Advierto a ese que me pagaría por todo lo que hizo.

El noble huésped dijo enseguida:

—Podéis contar con mi ayuda para que quienquiera que os cause alguna deshonra sea castigado debidamente.

Así es como fue saludado y advertido Tristán. Pero él mantenía la vieja costumbre de no querer permanecer alejado de su amada señora ni por la amenaza de nadie; y esto le causó problemas. No miento si os digo que, antiguamente, los reyes no vivían en salones señoriales, pues no tenían tantos buenos aposentos como los soberanos de hoy en día. Esto se podía comprobar en la corte de Marc, pues sus huéspedes no tenían otro sitio del castillo donde descansar sino la sala; en ella se echaron a dormir todos juntos. En aquel tiempo, el rey y su mujer solían yacer en un extremo de esa sala y acostumbraban también a estar cada uno en su cama. Tristán lo vio perfectamente y se propuso llegar hasta ella. Pero el malvado anfitrión había mandado clavar hierros de lobo en una tabla<sup>[12]</sup>. Además, el chambelán decidió apagar las luces, pues sabía bien que Tristán trataría de

llegar hasta donde estuviera la señora, fuera en su provecho o para su desgracia, y pretendía herirlo con el hierro y luego matarlo; así protegía él a la reina.

Tristán no sabía que le habían preparado esa trampa y, cuando todo el mundo dormía, no dejó de ir hacia donde estaba la reina. Sucedió entonces lo que tenía que ocurrir y se cortó profundamente. A pesar de ello, no quiso regresar sin antes reunirse con la dama. Arrancó el ribete de su camisa y vendó con él la herida. Entonces Tristán fue y habló con ella. Pero la sangre traspasaba en abundancia el pantalón, puesto que ni las múltiples capas de la venda lograban retenerla, y la pierna le quedó toda ensangrentada. Tristán no estuvo mucho rato con la señora y bien podéis creer que ella lo lamentó mucho. Él le dijo lo que le había ocurrido y ella se asustó y comenzó a llorar fuertemente. Tuvieron que separarse enseguida, sin que se hubieran producido allí más que besos, miradas y abrazos amorosos. Luego el hombre regresó a su lecho para volver a echarse en él y comenzó a sangrar como un cerdo.

—Ahora sin duda alguna perderé la vida; el rey me hará pagar muy severamente toda su ira.

Las quejas palabras que el barón comenzó a pronunciar las escuchó Galván, quien preguntó qué le ocurría. Nada más saberlo, se entristeció mucho y comenzó un llanto tal que lo oyeron todos los que yacían en la sala. Cuando el rey Artús se enteró de que el osado caballero Tristán se había cortado profundamente, se lamentó con gran dolor y lo mismo hicieron todos los que allí estaban; se decían unos a otros:

—Morirá con toda certeza, pues el señor lo ha advertido con palabras tan severas que no podremos apaciguarlo.

—O le ayudamos a salir de esta amenaza o moriremos todos con él — dijo aquel a quien Tristán había derribado y Galván afirmó lo mismo y así hicieron también todos los que habían venido allí con Artús, que decidieron sin titubear permanecer todos en su sitio, recibieran daño o provecho, o ayudarle a huir. El señor y todos sus hombres lo prometieron fielmente. Pero Kei dijo:

—Todos os creéis valientes, pero ¿cómo lo demostráis? A mí me parecerá cortés aquel que encuentre ahora la manera de ayudarle a salir de

aquí —lo había dicho con sarcasmo y por odio les dio un consejo que, sin embargo, era bueno—. Os diré, señores, lo que debéis hacer: comenzaremos un altercado y en el desorden generalizado cuidaremos de que todos recibamos cortes; así es como le ayudaremos.

El señor Galván habló:

—Alabado seas por esta idea. Por mi fe que has dicho la verdad.

Todos se declararon dispuestos, e inmediatamente se levantaron de un salto y comenzaron el altercado, empujándose unos a otros y poniendo atención en cortarse todos; con la única excepción de Kei, que con astucia lo fue esquivando hasta que Galván lo agarró también a él y lo derribó sobre la tabla de tal manera que las cuchillas le produjeron a él la herida mayor.

—¡Ay, qué gran desgracia! —gritó ahora a toda voz el guerrero Kei—. ¿Es que hay lobos en esta sala para que se les coloquen trampas aquí? ¡Pues que Dios los aniquile, que yo ya tengo la pierna toda desgarrada! Que Dios nos lleve pronto a casa. ¿Qué hacemos aquí? ¿Dónde se vio tal felonía jamás cometida por rey alguno, que tiene huéspedes preciados en su casa y les causa cortes con cuchillas? Extrañas son las costumbres que hay aquí.

Lo dijo en voz tan alta que el rey despertó y les habló airado:

—¿Qué es lo que hacéis, señores? Creí que sabíais comportaros, pero ya veo que sois de los que hacen alboroto nocturno, como los fantasmas.

—Yo no consigo llamarlos al orden —lo secundó el rey Artús—, sino que hacen lo mismo a todas horas y en casa no cejan ni por mí ni por mi mujer.

A estas palabras, el rey Marc aplacó pronto su ira, cosa que alegró a todos, de modo que se volvieron a acostar. El osado Tristán regresó a donde estaba su señora y ahora ambos sí yacieron juntos. Os digo sin que me lo preguntéis que tuvieron solaz y que no se separaron hasta la llegada del día.

Cuando los caballeros se levantaron y cada uno vendó sus heridas quejándose de ellas, Marc sintió vergüenza de que no hubiera nadie que quedara a salvo. A todos se les veía cojear y a Kei el que más. Así cumplió Galván lo que había prometido a Tristán. Luego los reyes se despidieron y Artús regresó a casa. Pero Tristán no permaneció después mucho tiempo a su lado y aunque esto entristeció a aquel, el joven no abandonó por nada su

propósito y se marchó. Mi señor Galván se lamentó mucho de que su compañero se separara de él y le recordó su amistad y todas las experiencias buenas y entrañables que habían tenido. Pero aun así, nadie consiguió mudar su determinación. Los hombres del monarca se lamentaron de su marcha. El noble rey Artús le ofreció propiedades y feudos. No sé qué es lo que le ocurrió para que no cesara en su propósito, solo que emprendió su camino llevando consigo su armadura. Galván afirmó que jamás había sentido pena igual y lo mismo dijeron la reina y el poderoso soberano.

Tristán estuvo cabalgando tanto como pudo durante siete noches. Llegó entonces a un hermoso país que estaba tan devastado y quemado que no encontró en él ninguna casa. Había muchos castillos completamente destruidos; en ellos se había castigado lo que desde ellos se había cometido. Vio entonces junto al camino muchos pueblos y ciudades, pero durante tres días más cabalgó sin oír en todo el país a perro o gallo alguno, de modo que la misteriosa visión terminó abatiéndolo fuertemente. Llegada la novena hora del cuarto día, el noble caballero divisó sobre una montaña una vieja capilla y a su lado el valiente vio una pequeña casita, que bien podía ser la de un capellán que oficiara allí, de cuya chimenea salía humo. Los dos jóvenes caballeros<sup>[13]</sup> se allegaron hasta allí enseguida y encontraron a un sacerdote llamado Miguel. Tristán se echó a sus pies y le solicitó alojamiento. Aquel le contestó que de buen grado les daría lo mejor que tuviera, de modo que tanto los caballos como los hombres reposaron hasta el amanecer del día siguiente. Por la noche, mientras comían sentados junto al fuego, Tristán preguntó a Miguel, el buen hombre, qué país era aquel. El otro le informó de que había sido una buena tierra antes de ser devastada de aquella forma.

—Aquí crecían el trigo y la vid. Su soberano, el que dirige aquí la jurisdicción y ostenta el poder, se llama Havelín y es un rey magnífico y noble. Esta gran deshonra se la han causado sus hombres, los que debían prestarle auxilio y servirle a cambio de sus bienes. Os contaré cómo ocurrió que mi señor fuera denigrado de tal manera. Riol de Nantes<sup>[14]</sup> es un conde poderoso que pidió a mi señor que le entregara su hija. Pero él no quería ni podía entregársela a su hombre, por lo que este decidió cogerla por su cuenta, pues es un buen combatiente. Si no perpetrara el delito que comete

contra mi señor, sería valiente y bueno. Los barones se han puesto todos de su lado y han destruido los castillos de mi querido señor. Él se ha refugiado con una pequeña mesnada en Karahés, ciudad que los otros no pueden conquistar. Este es el daño que ha recibido por no querer casar mal a su hija, porque el conde no es de la misma alcurnia que ella. El hecho de que el rey haya perdido sus bienes también ha causado perjuicio a muchos de sus hombres, pues antes todo aquel que le solicitaba algo lo obtenía en abundancia. El rey tiene también un hijo, llamado Kehenís, que es un valiente caballero. Si el derecho de la corte lo protegiera, él se atrevería a enfrentarse a uno que fuera su igual y no huiría de él. Pero los enemigos son tantos que con los movimientos de guerra es incapaz de vencerlos. Ellos no dejan pasar ni un solo día sin ir a buscarle frente al castillo, pero las puertas permanecen cerradas y nadie sale de ellas. Muy mal está la situación.

Tristán preguntó por la distancia hasta ese castillo en el que había tanta necesidad y el otro le informó de que desde allí eran solo dos millas cortas. Nada más amanecer, Tristán pidió licencia y se hizo mostrar la plaza. Cuando llegó a Karahés, halló al monarca de pie en las almenas y le preguntó con amabilidad si estaba ahí el rey. El propio señor dijo:

—Sí. ¿Qué deseáis? Soy yo mismo.

Su hijo se dejó ver también y observó al caballero. Don Tristán dijo:

—Señor, he oído grandes lamentaciones de que vuestros enemigos os han causado deshonra y daño. Yo he venido aquí a serviros, pues es mi deseo.

El rey permaneció callado. Al fin le habló:

—Desgraciadamente, mi situación no me permite manteneros de un modo que a ambos nos sea de provecho.

Al escuchar estas palabras, Tristán respondió muy correctamente:

—¿Por qué decís esto, rey, poderoso señor?

—Tengo que conoceros mejor —dijo el rey Havelín— antes de informaros acerca del estado de esta plaza.

El buen caballero insistió:

—Me llamo Tristán, la tierra de mi padre es Leonís, soy el hijo de la hermana de Marc y he venido desde Cornualles hasta aquí para brindaros

ayuda y apoyo, pues a menudo he oído de vos palabras honrosas y de reconocimiento.

—Ay Dios, ¡qué pena y qué desgracia, que mis ojos os llegaran a ver y que no pueda manteneros aquí!

—¿Por qué no?

—No me atrevo a decíroslo; sé con certeza que no sería bueno hacerlo.

—Os prometo fielmente, señor, que no os delataré. Además, no quiero que me paguéis, a no ser que no os traiga mayor deshonra. ¿Qué más debo deciros?

—No me queda más remedio que exponeros mi lamentable situación: no tenemos aquí ni pan ni alimento alguno. Sin duda, vos no queríais soportar las privaciones que nosotros, pobres personas, sufrimos, tan miserable es el estado en que nos encontramos.

Pero Tristán respondió enseguida al rey:

—Señor, en verdad os digo que sobreviví más de dos años en un bosque no teniendo nunca pan para comer; de modo que sabe Dios que lo puedo volver a hacer.

—Aquí dentro no hay nadie, ni rey ni reina, ni hombre ni mujer que se alimente de otra cosa que no sean unas pocas habas.

—Dios os lo pague. ¡Dejadme vivir así con vos! —dijo Tristán.

Entonces habló Kehenís, el caballero:

—Quiere quedarse aquí por su propia voluntad, padre, y nos habla con seriedad. Recibidlo amablemente por mí y permitidle que obtenga con nosotros provecho o perjuicio.

El rey le dio la bienvenida en el perjuicio o el provecho. Cuando los soldados lo oyeron, saltaron prestos hacia el portal, retiraron inmediatamente la aldaba y dejaron entrar al caballero. Kehenís fue a su encuentro y recibió al valeroso Tristán como su compañero; ambos se prometieron amistad con palabras y con las manos. Kehenís le dijo al momento:

—Compañero, vayamos adentro para que te reciban las damas; así podrás ver a mi hermana. En verdad que admitirás que jamás hubo mujer más hermosa. Bien podría ser la esposa de un rey sin que en ello hubiera deshonra.

—¿Cómo se llama tu hermana?

—Se llama Isolda, amigo.

En aquel instante, Tristán creyó que ella lo había escogido a él y pensó para sí: «A Isolda perdí y a Isolda he vuelto a encontrar». En ese momento llegaron a donde la vio. Pero aunque no dijo nada, sin duda él conocía a una mujer más hermosa que aquella, esto puedo decirlo aquí por verdad.

Cuando se marcharon, Tristán y Kehenís se cogieron de las manos y el valeroso e intrépido caballero comenzó a preguntar por la situación militar y si había posibilidad de salir de la ciudad. Kehenís le explicó que el enemigo tenía tanta caballería y que eran acosados tan intensamente por un ejército tan poderoso, que no les podían hacer frente.

—El noble Riol, su señor, cabalga muy adelantado, esperando que alguien ose enfrentársele. Pero entre nosotros no hay hombre alguno que se atreva a salir; eso lo saben todos bien y por eso cabalgan como quieren.

Tristán pidió entonces con insistencia a su compañero que le ayudara a salir de la ciudad por la mañana, antes de que llegara el día. Kehenís le advirtió:

—Debo indicarte que se ha prometido y jurado que mientras los enemigos estén allí enfrente no se abriría el portal.

Pero Tristán le recordó de inmediato la fidelidad que le había prometido para que, por su amistad, le ayudara a salir temprano de la ciudad, y Kehenís se vio obligado a hacerlo. Creedme lo que os voy a contar: por la mañana, cuando comenzaba a amanecer, Tristán llegó rápido al campo. Quería enfrentarse a Riol y se detuvo en un otero. Lo vio acercarse, muy alejado de su séquito, y también el conde se percató de la presencia de Tristán en el campo, algo que jamás le había ocurrido antes, de modo que quiso comprobar si se atrevería a enfrentársele y se dirigió hacia él cabalgando a todo galope. También Tristán acometió al caballero y lo derribó al suelo; luego cabalgó por encima de él, forzándolo a entregarse. En verdad os digo que le dio muchos golpes peligrosos en el yelmo y que le destrozó por completo el escudo. Finalmente, el otro se vio obligado a darle su palabra, pues tenía gran temor a morir. Prometió a Tristán fidelidad y que vendría a la ciudad, sería su prisionero, no se marcharía de allí, haría todo lo que él le ordenara y que no dejaría de hacerlo por ningún motivo. El joven

adversario se contentaba con haber escapado vivo. En esto llegaron los vasallos de ese conde, cosa que deberían haber hecho antes, y protegieron a su señor. Tristán no huyó lejos, pero sí tuvo que apartarse. Entonces los enemigos acosaron la ciudad con las armas, pero cuando se cansaron de su ataque, regresaron todos y Riol, el valeroso conde, vino solo al burgo, pues su palabra era sincera, e hizo lo que debía. Entonces su amo, el prudente caballero Tristán, le dijo:

—Para ser tratado bien, deberéis alimentar la fortaleza durante siete noches y si hoy mismo no se nos trae vino y trigo, veréis cuál es la torre más alta que hay en la ciudad. De esto podéis estar enteramente cierto.

Riol era un hombre con orgullo y le pareció que sería deshonroso ser encerrado en una torre, de modo que decidió que prefería recibir el perjuicio de sus provisiones. Por eso mandó que reunieran y le trajeran allí tantos alimentos que hubo de sobra para más de seis semanas. Los enemigos del rey quisieron castigar esta acción y le hicieron llegar el mensaje de que, para deshonorarlo, por la mañana temprano iban a destruir la ciudad. Y mandaron decirle también que, si seguía reteniendo al conde, perderían la vida tanto él como todos los que estuvieran allí dentro, pues pensaban conquistar la ciudad y no dejar a nadie con vida.

—¡Dios se apiade de nosotros! —dijo el valeroso Tristán—. Pero les duela o les agrade, el conde Riol no será liberado por amenaza alguna.

Cuando Tristán hubo dicho esto, al rey le llegó una misiva de dos sobrinos suyos que decían haber venido en su ayuda con doscientos buenos caballeros y con provisiones propias para permanecer allí doce semanas o más. Habían venido por mar y estaban cabalgando ahora hacia la ciudad. Tristán rogó al monarca que los recibiera dignamente. El rey mismo fue al encuentro de los barones con un gran séquito y recibió a sus parientes con grandes honores. Nadie debe preguntar con qué afecto los recibió. Al poco rato, el propio monarca informó a sus amigos de lo que había hecho Tristán y de que había venido a ofrecerle consejo para remediar su situación. Ordenó a su hijo y rogó a sus parientes y hombres que todos se pusieran a sus órdenes y añadió que quienquiera que desobedeciera una orden de Tristán estaría deshonorando al rey. Eso plugo a todos los señores.

Cuando el soberano percibió que sus enemigos pretendían llevar a cabo su amenaza, Tristán, su caudillo, mandó a los caballeros calzarse las grebas, vestirse las corazas y atarse fuertemente los yelmos. Dijo:

—Si Dios quiere, nos encontrarán en el campo, sean pocos o muchos.

Se hizo lo que ordenó y seguidamente se juntaron todos en una plaza. Tristán pidió a los barones que le siguieran todos solícitos hasta donde debían combatir. Luego el magnífico joven salió cabalgando de la ciudad y mandó a la tropa detenerse delante de ella. A su señor le pidió que se quedara dentro con cien caballeros de buenas corazas y con toda la gente que pudiera conseguir de entre el pueblo y que fuera útil para luchar con mazas, dardos, escudos abombados, alabardas y lanzas. Gran parte de ellos llevaban espadas afiladas con las que daban grandes golpes. Dejó allí también muchos yelmos de acero debajo de los cuales había otros tantos buenos combatientes. Y no olvidó a ninguno de los valientes burgueses armados con excelentes corazas. Dejó apostados asimismo excelentes tiradores que debían servirle para que, en caso de que él fuera forzado a retroceder, detuvieran el avance de los otros. No se entretuvo más, sino que marchó más adelante y apostó allí a uno de los sobrinos del rey con la mitad de los que habían venido con él y al otro lo apostó con el resto de la mesnada aún más lejos de la ciudad. A todos ellos les pidió que permanecieran al acecho en silencio y que no se movieran de allí si él no se lo ordenaba en persona o a través de Curneval. Él mismo y Kehenís cabalgaron con doscientos yelmos hacia los adversarios, un propósito harto audaz.

Cuando se les acercaron lo suficiente para verlos bien, se emboscaron manteniéndose todos juntos. Los otros se percataron de su presencia y en el acto se dirigieron hacia ellos, en parte todavía desarmados, lo que supuso la muerte de muchos, porque los otros permanecieron quietos con aviesa intención hasta que estos llegaron a su lado. Entonces se cubrieron con los escudos y los acometieron con fuerza, poniéndolos en fuga. Pero Tristán les causó grandes bajas: apresó a cuarenta de ellos, sin contar a los que mató. A pesar de ello, creo que aún fueron muchos los que comenzaron a hacerle frente, aunque recibieron abundantes heridas antes de conseguir por fin que retrocediera. El valiente caballero huyó precavidamente sin haber sufrido

baja alguna y enseguida fue reconfortado por uno de los sobrinos del rey, porque se había hecho perseguir hacia el escondrijo en el que este estaba acechando. Tristán lo llamó, ordenándole que acometiera. El barón soltó las riendas a su caballo y lo hizo cabalgar hacia el combate.

—¡Tú apresaa a aquel, yo mato a este! —así gritaban todos entre el gran ruido de la batalla y ninguno quiso dejar de luchar con gran entrega hasta llegar junto a su señor Tristán; muchas vidas fueron segadas.

Antes de que terminara la lucha, volvieron a apresarles treinta caballeros o más. Muchos combatientes cayeron como ganado sobre el campo de batalla; la espada de Tristán hacía caer a incontables guerreros, con el filo partió muchos sólidos yelmos, por su mano cayeron muchos intrépidos soldados. Pero al fin Tristán tuvo que retroceder de nuevo y se retiró gallardamente hasta donde aguardaba el otro conde, ordenándole salir con valor de su emboscada. El barón no dejó de hacerlo, pues era audaz, cogió él mismo su estandarte y entró en la lucha. Entonces comenzó la más cruenta batalla que jamás vieran ojos humanos: gran mortandad causaron los jóvenes cuando con los hierros de las lanzas atravesaron los anillos. Hasta muy lejos se oían retumbar los golpes de espada que daban los fuertes guerreros.

Mucho se cuenta de Teodorico, pero Kehenís y Tristán lucharon tan impetuosamente que ni Teodorico ni Hildebrando hubieran podido realizar jamás una proeza mayor<sup>[15]</sup>. Tristán pensó entonces que, si viniera el rey, él le entregaría la victoria. Fuera de la refriega vio a Curneval y le pidió que cabalgara para ordenar al rey que viniera. En esto, alguien cogió las riendas del famoso caballero Kehenís; lo hizo Nampetenís, un caballero muy arrojado que se llevó al héroe acosándolo para conseguir su rendición. Mucho le dolió esto a Tristán y nada más oírlo fue en ayuda de su compañero, dando fuertes estocadas que hicieron que el valiente Nampetenís soltara a su amigo. Luego el experimentado Tristán regresó de nuevo a la batalla partiendo yelmos y ensangrentando escudos; el caballero Kehenís hizo muchos huérfanos; y grande fue también la hazaña de los dos sobrinos del rey, que en aquel día arrebataron a muchas damas sus amados, avanzaban dando fuertes golpes y destrozando yelmos, matando e hiriendo a gran cantidad de combatientes, pues mucho sabían ya de guerra. Tristán y

los suyos lucharon con gran ira. Cuando mataban los corceles en los que iban montados, enseguida se ponían en pie.

—No es por propia voluntad por lo que tenemos que luchar por nuestras vidas —decían los soberbios combatientes—. No podemos huir, pues si se hiciera según ellos desean, no saldríamos de esta.

Los jóvenes hicieron caer a muchos guerreros con los escudos astillados y las corazas destrozadas, de las que brotaba la sangre de los combatientes. Muchas cotas se traspasaron con saña y en el ejército del conde Riol podían verse incontables yelmos hechos añicos y gran cantidad de muertos. La sangre formó un gran mar espeso en el que en ciertos lugares vadeaban hasta las rodillas. ¿Quién vio jamás matanza tan grande como la que realizó el valiente Tristán? Aunque tenía una hueste pequeña, los otros desesperaban cuando veían la terrible carnicería de los muchos guerreros que caían muertos de la mano de Tristán y de Kehenís. A los pájaros se les dio allí comida para mucho tiempo. Luego los sobrinos del rey se echaron los escudos a las espaldas y comenzaron un nuevo combate de tal manera que iban dando estocadas con ambas manos haciendo salpicar la clara sangre; y muchos perdieron tanta sangre que cayeron muertos. Los formidables guerreros vengaron el dolor de su tío, como deben hacer los valerosos. Hombre caía sobre hombre, el polvo quedó bañado por la sangre, los caballeros partieron muchos bellos yelmos, todo lo que alcanzaban con sus espadas estaba perdido. Los valientes luchadores vengaron la ira del rey Havelín con tal odio que muchos se apenaron por ello. Los caballos huían con las sillas vacías por el campo, los escudos quedaban completamente destrozados en las manos, muchos héroes cayeron.

En estas lo atacó el rey, tras cuya bandera iba un poderoso ejército.

—¡Karahés! —gritaba a toda voz, y a los enemigos no tardó en llegarles la perdición. Fueron presa de un gran temor, y, creyendo que todo el campo estaba lleno de excelentes adversarios, dejaron de combatir, se volvieron de espaldas y huyeron. Allí fueron muertos muchos de los señores y de sus hombres.

Si queréis escucharme, yo os contaré que, terminada la batalla, el rey dio media vuelta y regresó a la ciudad, ordenando y rogando a los barones que acudieran todos ante él y escucharan sus palabras. Agradeció a todos

muy encarecidamente, a sus mesnadas y al noble Tristán, que le hubieran devuelto el mando y el poder sobre todo su país y reino. A sus sobrinos, que habían venido por mar a honrarle, servirle y ayudarle, los recompensó generosamente y los envió a su tierra con honores, seguidos de sus paladines.

Tristán permaneció allí y negoció la reconciliación con toda la honra para el rey. Pero el valiente Kehenís temió entonces que su compañero quisiera marcharse, de modo que se propuso ganarse su confianza de tal forma que accediera gustoso a permanecer para siempre con él en Karahés, pues creía que en esto le iban su fama y su fortuna.

—Querido amigo —le dijo—, mi padre te aprecia; ¿por qué no le pides que te dé a mi hermana?

—Lo haría encantado —contestó el caballero— si supiera que él accedería, pues si por desgracia no hiciera lo que le pidiera, todo mi servicio habría sido en vano.

—¿Y si a él le place y te la entrega de grado?

—Entonces en verdad que la aceptaré de buena gana —respondió Tristán.

Acto seguido, Kehenís informó a su padre de aquella conversación y este le respondió de la misma forma en que lo hizo Tristán. De modo que Kehenís juntó en poco tiempo a los solteros y la dama fue entregada por esposa a Tristán. Ella vivió con el noble caballero durante más de un año —esto lo he oído contar por cierto— sin llegar a ser nunca su mujer; y la dama lo sobrellevó sin recelo alguno.

Isolda tampoco habló de ello con nadie, hasta que un día el rey y la reina, con Tristán y su esposa y con Kehenís, paseaban a caballo por una quebrada cerca de la ciudad de Karahés. En un momento dado, el palafrén de Isolda pisoteó una charca limpia de manera que el agua le saltó a ella por debajo de la camisa hasta la rodilla.

—¡Mal hayas, agua! —dijo—. ¿Qué maneras son estas? ¿Cómo te atreves a saltar por debajo de mi vestido hasta donde jamás llegó ni se atrevió a llegar la mano de caballero alguno?

Su hermano Kehenís lo oyó y comentó que no era del todo cierto. La dama lamentó que él la hubiera escuchado; sin embargo, pronunció las

siguientes palabras:

—Lo que digo es verdad.

—Pero si has vivido más de un año con tu marido. ¿Cómo podría haber parte alguna de tu cuerpo que no haya acariciado la mano de mi amigo? Me estás mintiendo.

—En verdad que no es ninguna mentira. Tu amigo es tan comedido que con su mano no ha acariciado mi rodilla desnuda.

—¿Es que acaso no te ha hecho su mujer?

—No, por mi vida. Ni él ni ningún otro hombre.

En efecto, eso no había ocurrido.

Kehenís no se retuvo y exclamó ante su padre y ante todos sus allegados que Tristán no deseaba a su hermana por esposa.

—Esto es una vergüenza para nosotros y deberá pagarlo con su vida, porque lo ha hecho para repudiarla.

—¡Dios nos maldiga si hemos de permitirlo! —sentenció el rey, su padre.

—¿Lo castigamos de inmediato? —preguntó Kehenís—. ¿Cuál es el mejor modo de hacerlo?

El rey cogió para ello a parientes y vasallos, como si lo quisiera matar en el acto en el camino por el que cabalgaba. Pero eso sí disgustó a Kehenís, que le pidió que esperara un instante.

—Puesto que es mi amigo, quiero acusarlo primero, para que mi fama no se pierda con él.

¿Queréis oír lo que dijo a Tristán cuando lo vio?

—Amigo, quiero acusaros: no puedo seguir manteniendo amistad con vos.

—¿Cómo es eso?

—No puedo seguir teniéndooos aprecio.

—¿Por qué?

—Habéis deshonrado a mi hermana y a todos nosotros.

—¿Cómo?

—¿Qué falta hace decirlo? ¡Bien lo sabéis vos!

—No, no lo sé.

—¿Debo decirlo?

—Me gustaría que lo hicierais.

—Que mi hermana sigue siendo, como lo era antes, doncella.

—¿Y qué más da?

—Para nosotros es una deshonra.

—No, ¿por qué?

—Pensadlo vos mismo.

—No doy con ello.

—¿Acaso debo decíroslo?

—Hacedlo.

—Conocemos bien vuestra intención: pretendéis repudiarla.

—No, no lo pretendo.

—En verdad que eso iría demasiado lejos; ella es tan noble como vos.

—Señor Kehenís, creedme que jamás me he propuesto hacerlo. Es otra la razón por la que en ningún momento la haya hecho mi mujer.

—¿Cuál es?

—No, aumentará vuestra ira si os lo digo.

—No lo hará.

Tristán le dijo entonces sin dudarle:

—Vuestra hermana Isolda no me ha tratado lo suficientemente bien como para hacerse merecedora siquiera de acercárseme.

—¿Es al menos cariñosa?

—No.

—Pero al fin y al cabo yace con vos. ¿Qué más debería haber hecho? ¡Os dejó a vos decidir lo que queráis hacer!

—Sosegad vuestra rabia mientras no sepáis cuál es la causa. Hay una dama que por amor mío trata mejor a un perrillo, públicamente y en privado, de lo que vuestra hermana me ha tratado a mí. Aplacad, pues, vuestra cólera y seguidme: os llevaré hasta donde podáis comprobar con certeza que os he dicho la verdad. Y si he mentido, podréis ejercer vuestras reclamaciones contra mí.

Kehenís dijo:

—Lo prometo.

Antes de marchar, Tristán tuvo que prometer formalmente a Kehenís y a su padre que por su fe regresaría junto a la dama en poco tiempo para estar

con ella. Y si Keheńs afirmaba que no había dicho la verdad, que hiciera con él lo que decidiera. Tristán tuvo que partir enseguida y Keheńs no quiso dejar de ir con él. Cabalgaron, pues, hasta llegar al mar, zarparon luego con sus barcos y navegaron hasta alcanzar secretamente el castillo de Litán. Tinas los recibió allí como corresponde a barones. Tristán lo llevó aparte y le expuso su lamentable situación; le encomendó comunicar a su señora que había venido y decirle que su vida estaba en peligro, que por su gracia y por amor a él rogara al rey que fuera a cazar durante dos días a Blancatierra<sup>[16]</sup>, y que ella acudiera también allí tan magníficamente ataviada como pudiera, que eso le sería a él de gran provecho. Y añadió:

—Al fin y al cabo este viaje no me serviría de nada si ella no apareciera verdaderamente magnífica; eso es lo que me gustaría, y así me puede ayudar, pues de otro modo soy hombre muerto y si ella no se apiada de mí nada logrará salvarme. Ahora escúchame bien, amigo, pues te contaré exactamente lo que me ha sucedido; espero que sea en mi provecho.

Y Tristán informó a Tinas con detalle de todo lo acontecido, añadiendo:

—Mi querido amigo Tinas, tú me has hecho grandes favores. Ahora depende de tu merced que pueda volver a valerme de ti para que mi amada señora me salve la vida, porque siempre la amé más que a ninguna otra mujer y así sigo queriéndola; de esto puedes estar enteramente cierto.

—¿Puedo estarlo?

—Sí puedes, sin duda alguna.

—De muy buena gana hará ella todo lo que tú quieras.

—Espero que no deje de hacerlo, que organice esa salida, cuando sepa de la amenaza que pende sobre mi vida. Ella es la causa de todo esto, pues me atreví a afirmar que tanto en privado como en público ella trataba mejor a mi perro que otra dama a su esposo; y esto es lo que debe demostrarse en mi caso.

—No te preocupes, pues en este asunto salvarás tu vida.

—Lo espero, si tú accedes a decirle que no deje de hacerlo. Dile que junto al camino por el que cabalgará hay un otero de ciervos, ella lo conoce bien. Allí deberá fijarse y encontrar, junto al camino, un zarzal muy tupido, que es el que he escogido para escondernos. Cuando mi amada señora esté junto a nosotros, yo dispararé una ramita a la crin de su palafrén; entonces

deberá detenerse y tratar a ese perrillo por amor a mí de tal manera que mi compañero pueda testimoniar que le he dicho la verdad.

También le encomendó rogar a la reina que trajera consigo a muchas damas bien arregladas y ricamente adornadas, como corresponde a una reina, y que acudiera allá muy cortésmente, que él se lo agradecería de corazón.

Tinas no dejó de ir a transmitírselo a la reina. Tristán le mandó como señal verificadora un anillo que ella conocía muy bien de antes, pues era ella quien se lo había dado. Tinas se marchó cabalgando y, cuando llegó a Tintaniol, halló al famoso rey sentado frente a un tablero con la reina, que iban a comenzar a jugar. Él se apresuró a decir que deseaba jugar con ellos y puso su mano con vehemencia sobre el tablero, más fuerte de lo que debía, para que la dama se fijara en ella y se percatara del anillo. Efectivamente, la reina miró la mano y reconoció enseguida el anillo, de modo que tuvo que interrumpir el juego. Escuchad lo que hizo. Se fue a sus aposentos privados, mandó llamar a Tinas y le preguntó por Tristán y si sabía dónde estaba.

—Sí lo sé, noble señora, hoy mismo lo dejé donde yo estaba.

—¡Ay!, querido amigo Tinas, ¿cómo le va?

—Muy bien.

—¿Quiere verme?

—Sí, señora, sin duda os verá.

—Dime, ¿cuándo será?

Él le entregó entonces el anillo y le transmitió el mensaje tal y como se lo había encomendado el noble Tristán y le insistió en que cumpliera todo aquello que le pedía su amado. La reina estaba encantada de hacerlo y convenció al rey de que convocara a los barones y marchara a Blancatierra a cazar con muchos caballeros. En lo que respecta a Tinas, él lo organizó como debía ser. También la reina se arregló con gran esmero para la ocasión. A la mañana siguiente temprano, Tristán y el caballero Kehenís se escondieron en el zarzal. No llevaban allí mucho rato cuando pasaron veloces los cocineros, cargados de sartenes y cacerolas, así como los siervos con la comida. A Kehenís le pareció que había muchos de ellos. Después vinieron los botelleros y los que repartían el pan. Acto seguido llegaron los

cazadores con muchísimos perros. Al poco rato pasaron la indumentaria del rey y las reliquias, seguidas de los clérigos. Finalmente se aproximó el rey, que traía a muchos caballeros con lebreles y aves de cetrería. Cuando hubo pasado el rey, comenzó a transitar por delante del otero toda la indumentaria de las damas. Kehenís se maravillaba de que tuvieran a tantos criados cabalgando con ellos para cuidar de los vestidos. Los caballeros vieron a muchas damas deslumbrantes. La poderosa reina había dispuesto su salida de forma tan magnífica que un hermoso doncel o un apuesto caballero cabalgaba junto a cada una de las damas. Delante cabalgaban dos, a los que seguían otros dos y así hasta tan lejos que ya no se oían sus palabras, dijeran lo que dijeran. Las damas iban adornadas con mucho oro, como debía ser, y con largos mantos, los mejores que se podían comprar. Sus vestidos estaban afilegranados y sus cabellos hermosamente recogidos; cada una aparecía mejor ataviada que la anterior. Estoy seguro y no tengo duda alguna de que se habían arreglado ricamente y de que en el séquito de la reina cabalgaban muchas magníficas damas. Entonces ellos vieron a una que era tan hermosa que el noble y valiente Kehenís le dijo a su compañero:

—¡Mira, aquí viene la reina!

Tristán le contestó:

—No, no es ella. Esta no es ni cercanamente tan radiante como mi señora la reina; es como la luz del sol debajo de oscuras nubes.

Kehenís consideró una necedad que pudiera haber algo más hermoso, pues él se contemplaba en ella como en un claro espejo. Yo os diré qué aspecto tenía: se trataba de la doncella Guimela de Schitriela y a su lado cabalgaba Galíag, el hijo del conde de Milíag; ella era la niña más hermosa que antes o después haya nacido de madre. Ambos se habían vuelto hacia Kehenís y reían de todo corazón. Al verla, Kehenís se dijo a sí mismo que no podía vivir nada más hermoso. Cuando hubieron pasado, vinieron más reliquias y tras ellas cabalgaba Branguena, la buena, la dulce, la cortés y discreta. A Kehenís le pareció, por todo su comportamiento, que era mucho más hermosa que Guimela, la que había pasado antes. Lo quisiera o no, tuvo que otorgarle a esta el primer rango, porque era mucho más hermosa. Branguena iba sola y cuando esta dichosa dama llegó ante los dos compañeros, vieron que detrás de ella venían dos valiosos palafrenes que

portaban unas andas todas ellas adornadas de oro. Kehenís pidió a su compañero que le explicara lo que era.

—Este es mi perro —dijo aquel—, al que la reina trae así por amor a mí.

Entonces Kehenís dijo a su amigo:

—Mi hermana nunca te ha llevado a ti de esta manera.

Aún no había terminado de decir estas palabras cuando vio un destello que le hizo creer que había dos soles. De inmediato preguntó a Tristán qué sería aquello.

—Mira, por ahí viene la reina —le respondió este.

Kehenís, el caballero, no podía creer que la hermosa dama hiciera resplandecer tanto el día, hasta que la vio él mismo. La reina cabalgaba sola; a Ántred, su acompañante, lo había enviado a buscar alguna cosa que este no encontraba, como tampoco me preocupa a mí lo que estuviera haciendo. En esto la dama llegó cabalgando hasta el zarzal, llevando consigo la luz que Kehenís había visto. Con razón tuvo que admitir este ahora que jamás había visto a ninguna dama más bella. En su corazón se dijo: «Nunca hubo mujer más hermosa. Lo lamento, pero es cierto que mi hermana no se le puede comparar».

La esplendorosa reina le hizo renegar de su hermana.

Entonces Tristán disparó la ramita a la crin del palafrén de la dama y ella se detuvo para ordenar a Branguena que llamara a Galíag. Cuando llegó el doncel, ella lo envió al rey con el mensaje de que se encontraba muy mal a causa del largo camino y que si le permitía pasar la noche apartada de él. Mandó pedirle también que, puesto que ella necesitaba mucha distancia, él hiciera montar sus pabellones a un lado del río y que el suyo estuviera en la orilla opuesta, que le procurara todas las comodidades posibles y que pusiera todo su empeño en cuidar de que, cuando ella llegara allí, no ladrara ningún perro ni sonara cuerno alguno. El apuesto doncel Galíag se marchó sobre su caballo y transmitió el mensaje al rey. A este le dolió mucho el malestar de la dama, pero se preocupó de que no quedara por cumplir nada de lo que la reina le había encomendado.

En esto, la reina desmontó; lo hizo sin pedir ayuda, algo que nunca antes había hecho. La dama se encaminó a las andas doradas y sacó de ellas

al perrillo. En verdad os digo que acarició entonces al can muy amorosamente con su abrigo, en el que había insertados muchos rubíes y que estaba cosido y adornado con oro y con gemas; su forro era de damasco tricoloro y la piel de armiño. Con él la poderosa reina acarició dulcemente al perro, al que luego cogió en brazos y acarició de tal modo que Kehenís el valiente dijo:

—Querido amigo mío, quedas dispensado de la fianza que diste. Mi hermana jamás te trató tan bien.

La reina Isolda volvió a dejar el perro dentro de las andas y cuando lo hubo acariciado bastante, regresó, dejando abierto el abrigo. Cuando Kehenís lo vio, creo que dijo a Tristán que jamás había visto a una mujer tan bella. Luego, la dama habló dulcemente a los pajarillos que por allí cantaban:

—Vosotros gozáis de gran dulzura con vuestros variados cantos. Por mi amor, yo os daré doce valiosos brazaletes para que, por darme placer, voléis conmigo hasta Blancasilva, donde pernoctaré, y me acompañéis con vuestro canto esta misma noche; esto es lo que deseo de vosotros.

Esta estratagema la utilizó para que Tristán oyera bien dónde debía ir a encontrarse con ella, porque ella no podía atreverse —y esa era su mayor pena— a decírselo directamente. Cuando hubo concluido esas palabras, Tristán comprendió perfectamente dónde debía acudir a verla, tal y como la dama quería. Al término de sus palabras, la reina se envolvió de nuevo con su abrigo y en estas regresó también corriendo el insoportable Ántred, quien la subió enseguida a su palafren y la condujo al campamento. Todo lo que la dama había solicitado al rey había sido dispuesto con anterioridad, y antes de acostarse, cuando el séquito ya se había ido a dormir, el monarca no olvidó cabalgar solo hasta donde estaba la reina, porque deseaba comprobar cómo se encontraba. Pero Branguena le dijo que se sentía tan mal que no la podría ver hasta por la mañana. ¿Qué más podía hacer el rey si no marcharse otra vez? Pero le dolía de corazón el malestar de la hermosa dama.

Cuando entró la noche, llegó el caballero Tristán y fue conducido ante la reina, acompañado de Kehenís. Ella los recibió, según su costumbre, muy cariñosamente. La hermosa y magnífica dama acercó a Tristán hacia sí y

ordenó a Kehenís que fuera junto a Guimela de Schitriela. No había allí dentro, con la noble reina, nadie más que aquellos que conocían su secreto y lo escondían con gran celo, es decir, solo la buena Branguena, Guimela y Perenís. El caballero Kehenís comenzó entonces a requerir de amores a Guimela y aunque a ella ni se le ocurría prestarle atención, él no cejó por nada y la acosó sin descanso. La dama le espetó entonces:

—¿Dónde habéis puesto vuestro entendimiento? Bien podéis ver que no soy una villana, como para que requiráis mi amor en tan poco espacio de tiempo. Creo que vos sí sois villano. ¿Cómo podría entenderse si no? Por mi fe os aconsejo que no volváis a hablar de ello; yo no quiero tener nunca amante alguno. En verdad os digo que ni aunque hubierais pasado cinco años cumpliendo todas mis órdenes, no se os concedería lo que esperáis conseguir de mí.

Pero entonces la dama reflexionó un momento y siguió diciendo:

—Me parecéis tan gallardo que, si fuerais compatriota mío y del mismo rango que yo, y si a mis amigos les gustara y me concedieran tomaros, y si a ambos nos conviniera, creo que aún os aceptaría.

Kehenís no tuvo entonces más remedio que dejar de requerirla; sintió haber empezado a hacerlo y el discreto hombre no sabía ahora qué decir. Como la reina quería tener solaz con Tristán, dijo enseguida a Kehenís:

—Por amor a Tristán quiero prestaros por esta noche a una adorable amiga. Tomad en secreto a Branguena o a Guimela de Schitriela; a la que preferáis de las dos, mandadle acostarse con vos esta noche.

Él no quiso apresurarse y pensó durante un buen rato que se estaba burlando de él, hasta que ella le explicó que lo había dicho en serio y lo mantenía firme por su fe y hasta se lo aseguró para que él supiera que era verdad. Entonces dijo prudentemente:

—¡Que nuestro señor en su trono os lo pague eternamente! Si la elección pudiera ser mía, recaería en Guimela, pues le he hablado y he estado sentado junto a ella y le he requerido su amor.

A estas palabras, la reina ordenó a Guimela que se fuera a acostar con él, lo que produjo gran alegría a Kehenís. Guimela no se entretuvo y le mandó acostarse con ella. Le desarmaron las piernas al caballero y, cuando ya estuvo acostado, Guimela dijo a su señora:

—¿Acaso os gusta, noble señora, que yo pierda mi dignidad?

—En absoluto —dijo la reina—. Llévate la almohada que yo siempre pongo debajo de mi cabeza cuando siento añoranza por Tristán, para que el sueño se apodere de mí. Tú sabes bien cuál es su poder. Pónsela debajo de la cabeza y quedará tan desmayado que dormirá toda la noche. Entonces podrás acostarte a su lado sin preocuparte de nada; sería ruin no hacerlo así.

Esta almohada tenía la propiedad de que todo el que la tuviera debajo de su cabeza se quedaba dormido noche y día, sin preocuparse de nada, hasta que se le retirara de nuevo. Con ella fue engañado Kehenís. La dama la cogió disimuladamente y dijo al joven:

—Levantad la cabeza, que quiero acostaros sobre mi brazo, como me lo ha encomendado mi señora.

Kehenís dio gracias a Dios y sintió despertar en su interior una gran alegría, pero Guimela le colocó hábilmente la almohada debajo de la cabeza, con lo que de inmediato quedó inconsciente y no pudo hacer el amor. Eso le sentó muy mal. Por la mañana, cuando amaneció y Guimela se hubo levantado y vestido, retiró al caballero la almohada de debajo de sus orejas. El burlado se despertó y alargó su mano, pero como no encontró a la dama, fue víctima del escarnio. Hermoso era el amanecer, la noche había transcurrido y Kehenís hubiera deseado estar a más de veinte millas de allí. Pero a su pesar tuvo que permanecer un rato junto a las damas y mujeres hasta escuchar su humillación. Con palabras burlonas le habló Guimela:

—Si anoche hubiera sabido que sabíais acostaros tan castamente, no os habría acusado de lo que hicisteis, de requerirme amores, sino que incluso os los hubiera otorgado.

Kehenís casi se desmaya allí mismo del susto. Si le hubieran hecho un corte en las orejas, no habría brotado de ellas ni una gota de sangre. ¡Cuánto le hubiera gustado estar en su casa! El día ya resplandecía, haciendo que todo se viera bien y Tristán y la reina tuvieron que despedirse nuevamente con gran dolor. El héroe no sabía nada de la perturbación del caballero, pues él se sentía muy dichoso.

Llegaron entonces a un pantano que debían atravesar; Tristán quería seguir un camino determinado y mandó a Perenís que informara a los escuderos y le indicó dónde había ordenado a Curneval esperarle. Perenís

no se entretuvo y corrió a comunicárselo a Curneval, quien, como debía, mantuvo en secreto el contenido del mensaje. Los escuderos se pusieron en marcha de inmediato para tratar de encontrarse con sus señores junto al pantano. Pero les salió al paso un barón del séquito del rey, llamado Bleherín, con siete de sus hombres, quienes de inmediato los persiguieron a toda velocidad. Puesto que estos nada podían hacer, huyeron sin deshonra. Bleherín creyó que se trataba de Tristán y exclamó:

—¡Vuélvete, caballero, vuélvete por tu gran valentía!

Pero no consiguió lo que deseaba, de modo que le pidió por el honor de la reina, si la apreciaba, que se volviera. A pesar de esto, ellos no lo hicieron. Los persiguieron con la misma vehemencia con la que aquellos huían, de modo que casi no logran escapar. Les quitaron un caballo y los persiguieron tanto trecho, que Curneval pasó luego una buena parte del día cabalgando más de cuatro millas largas sin orientación hasta encontrar a su señor. Al cabo de poco tiempo, Bleherín llegó a la corte y dijo a la reina:

—Señora, he visto a Tristán. Está aquí en esta tierra. Hoy mismo le ayudé a hacer una carrera; le ganamos un caballo, pero a pesar de ello él huyó a toda prisa. Finalmente le exigí que por vos accediera a volverse, pero él se comportó como si no tuviera oídos.

La señora le respondió con gran ira y gravedad:

—¿Por qué me dices esto? Quisiera yo que te lo hubieras llevado, cargado sobre tus espaldas, hasta el mar, para que no volviera yo a oír hablar nunca nada más de él. Pero antes te atreverías tú a sacarte los ojos de la cara que a perseguirlo a él.

Bleherín era un hombre cortés y, cuando se dio cuenta de la gran ira que se había apoderado de su señora, lamentó de corazón haber pronunciado aquellas palabras. Dejó el asunto —en eso obró con prudencia— y se marchó de allí en el acto. La dama solo deseaba que no osara volver jamás. Enseguida mandó indicar secretamente a su caballero, por mediación de Perenís, que había actuado vilmente al no volverse cuando Bleherín lo había llamado con tanta insistencia.

—¡Y eso que le pidió volverse por mí!

Perenís se apresuró, alcanzó pronto a Tristán y le transmitió sin escrito alguno el mensaje de la reina. Este le respondió enseguida:

—Creo que soy inocente y tú puedes comprobarlo por el hecho de que todavía no nos han llegado los caballos. Si alguien me pidiera que me volviera por ella, aunque tuviera mil caballeros, yo me enfrentaría a él, fuera para mi desgracia o mi provecho. Esto es lo que ella tiene que creer, pues es la verdad.

En esto llegaron allí Curneval y el escudero de Kehenís con los tres caballos; el cuarto era el que habían perdido, mal que les pesara. Kehenís, creyendo que el noble Tristán había disfrutado de la mayúscula vergüenza que para él suponía haber dormido tan profundamente toda la noche, y que incluso había sido el instigador, quiso saciar allí mismo su sed de venganza e hizo lo contrario de lo que debía: cuando vio llegar los caballos, dijo a los escuderos:

—Habéis estado en un sitio excelente; los caballos se han podido reponer plenamente después de la persecución de antes.

—¿Por qué has dicho esto? —dijo el buen Tristán enfadado.

—Porque es verdad. Y aunque te saltaran los ojos de la cara, yo repetiría lo que he dicho.

—¡Deja ya tu broma de mal gusto!

—En verdad que no estoy bromeando.

—Pues si no es ninguna broma, que Dios me ayude.

—En serio que no lo es.

—¡Entonces estás hablando con maldad y como un hombre infiel!

Lo amenazó con el puño y quiso derribarlo, pero pensó: «Él ha salido aquí contigo; y no te daría provecho alguno hacerlo. Por muy vil que sea lo que ha hecho, aplaca tu ira». Así pensó el prudente caballero y dijo a Perenís:

—Di a la reina que soy inocente de lo que le han dicho de mí. Que puede tener la seguridad y certeza de que jamás dejé de hacer nada de lo que se me pidiera u ordenara hacer por amor a mi señora. Además, hoy habría sido especialmente inoportuno no hacer cualquier cosa que por ella se me rogara. Si por mí quieres decir la verdad —y tú mismo has visto que ella me acusa sin razón—, márchate pronto por tu camino y di todo esto a mi señora. Yo te esperaré aquí mismo hasta que me informes de si ella me tiene por culpable o me libera de la acusación.

Cuando Perenís llegó ante la señora, la reina escuchó el mensaje de Tristán y dijo al escudero:

—¡Ay! ¿Qué pretendes? Has sido sobornado para engañarme. Terminarás lamentándote de divulgar mentiras.

Él le hizo muchos juramentos de que no le decía ninguna mentira y de que no le gustaría engañarla, pero la dama no quiso creer que estuviera diciendo la verdad. Perenís le explicó que habían sido los escuderos los que no habían querido volverse.

—Llegaron cabalgando en ese mismo instante y Tristán los llevaba esperando todo el largo día.

La señora le respondió:

—Perenís, me disgusta mucho que por dinero me digas mentiras.

Cuando él se dio cuenta de su enfado, no se atrevió a decir nada más. Fue nuevamente hacia donde estaba Tristán y le explicó que la señora no quería creer que él era inocente. A estas nuevas le parecieron dolorosas y respondió:

—Ahora, o yo tendré que volver a superar grandes trabajos por este asunto, o ella tendrá que declararme inocente, le guste o no.

Llamó a Curneval y le mandó esconderse fuera del camino y que dejara marcharse al caballero Kehenís a donde quisiera:

—Pues por él he perdido el favor de mi señora<sup>[17]</sup>.

Cuando Kehenís vio tan grande la ira de Tristán, mucho se arrepintió de haber dicho algo en voz alta o baja que hubiera ido en contra de su deseo y dijo a Curneval:

—No quiero irme a ningún sitio, deseo esperar aquí contigo hasta que mi amigo regrese.

¿Dónde habéis oído alguna vez de alguien que se esforzara tanto por el favor de una dama en un asunto tan nimio? Tristán dijo que prefería morir:

—Si ella no me declara inocente.

Fue a ver a un leproso, se puso sus vestidos, cogió su carraca y se fue ante la reina con un aspecto lamentable, como si fuera un enfermo de verdad. Pero la señora lo reconoció de inmediato y mandó echarlo. Sin embargo, él no cejó hasta volver a donde ella lo viera. La dama exclamó enfurecida:

—¡Echad de aquí al leproso!

Acudieron prestos dos escuderos, le dieron fuertes azotes y empujaron al caballero de modo totalmente impropio. La poderosa dama lo contempló y se rió mucho. El buen caballero Tristán se marchó encolerizado. Cuando hubo regresado y Curneval oyó lo que la señora había hecho, ver pegar a su señor y reírse tanto de ello, en el acto comenzó a odiarla terriblemente y deseó privarla por ello de toda su honra. Pero puesto que no podía acercársele, dijo a su señor:

—No quiero permanecer ningún día más con vos si no accedéis por mí a manteneros alejado de la señora durante un año, de modo que ni os hable ni os vea en público o en privado, se encuentre bien o mal, hasta que no haya transcurrido un año entero.

Tristán se lo prometió fielmente con su mano y disculpó también a su amigo Kehenís, y a su hermana la hizo luego su mujer por la rabia que sentía. Se resolvió también la disputa que tenía con su padre y Tristán y su esposa vivieron felices, y él no se preocupó de cómo se encontraría la reina, pues su propia dicha era firme.

El encuentro de Tristán con su señora la reina, después del cual él se había marchado enojado, había ocurrido en mayo y esta desgraciada situación duró hasta el día de San Miguel<sup>[18]</sup>. Fue entonces cuando la dama comenzó a lamentarse fuertemente de no ver a Tristán. Perenís le dijo:

—Señora, es justo que él actúe así con vos, pues habéis obrado vilmente con el buen caballero al ordenar azotarlo cuando era inocente.

—Sin duda te estás burlando.

—No.

—¿Mientes entonces?

—No, no lo hago.

—¿Acaso lo dices en serio?

—Sí, claro.

Mucho se dolió ella entonces de que fuera ese el motivo por el que se mantenía alejado. En su corazón sintió un inmenso desconsuelo por haber perdido justamente el favor de Tristán a causa de su humillación. Pensó en cómo se había convertido en culpable y lloró por su desacierto. Pidió consejo a sus allegados sobre qué hacer para remediarlo y todos le

aconsejaron fielmente mandarle una carta reconociendo que había obrado con vileza y que estaba dispuesta a hacer penitencia como él mismo lo prefiriera.

—Es mejor hacerlo sin carta —dijo la delicada reina—, pues si mi emisario fuera descubierto con la carta, a los malvados celosos no les habría ocurrido nunca nada mejor. Por eso creo que sería mejor enviar un mensaje sin carta. Ahora debéis estudiar cuidadosamente a quién puedo enviar allí que me sirva para esta misión.

En la corte había un doncel muy bien educado, orgulloso y prudente, así como de gran entendimiento, que se llamaba Piloís. La señora mandó llamar a este mensajero y comenzó a lamentar ante él todo lo que le ocurría.

—Si me atreviera a hacerlo, te pediría algo.

—Hablad sin dudarle, señora.

—Sí, pero temo que sea demasiado difícil.

—No lo será, señora, en verdad.

—Entonces lo diré.

—Sí, todo lo que deseéis.

—¿Lo harás?

—¿Cómo puedo saberlo, si antes no me dejáis oír si podré?

—Sí podrás.

—Entonces lo haré.

—¡Ea! ¡Cómo te recompensaré por ello!

—Ya lo habéis hecho.

—Entonces me arriesgaré a comunicártelo.

—Hacedlo.

—Pues fijate bien en lo que quiero decir: me ha ocurrido una gran desgracia (esto es lo que debes ayudarme a transmitir) porque por estar enfurecida he perdido justamente la amistad de Tristán, pues contemplé cómo lo azotaban una y otra vez. Eso debería haberme hecho llorar, si no hubiera estado falta de entendimiento, pero me reí visiblemente. Por esta razón he perdido su favor desde hace ya muchísimos días.

La reina siguió hablando a Piloís:

—Tú serás el emisario que quiero enviarle y por ello yo te daré un pago excelente. Si me atrevo a mandarle el mensaje, tú deberás ofrecerle mi

servicio y lamentarte del dolor que por él sufro. Sobre la piel me he puesto un cilicio y lo llevo por él. Mi amado sabe bien que mi fina y delicada piel no podrá resistir mucho tiempo que yo lleve ese cilicio noche y día. Por eso debes decir a mi querido que me vuelva a mostrar su amor y que de otro modo lo llevaré para siempre sin quitármelo nunca. Debes decirle además que no puedo salvarme si él no se muestra piadoso conmigo; moriré con toda seguridad si él no me saca pronto de este tormento. Piloís —terminó la reina—, si me consigues su favor, tendrás para siempre provecho.

El doncel se marchó enseguida del país de Cornualles en busca del noble Tristán. Cuando hubo llegado tan cerca de Karahés que podía ver el castillo ante sí, el caballero Tristán cabalgaba con un azor por el campo, no lejos del camino, claramente para cazar. En efecto, había apresado un ave, con lo que el valeroso señor había satisfecho su deseo y quedado contento. El azor también había comido hasta llenarse el buche, y posaba orgulloso y contento sobre su brazo. El noble Tristán vio a Piloís andar por el camino y pensó para sí que debía de ser un mensajero y que quizás traería noticias felices, por lo que se le acercó. El escudero lo vio y fue a su encuentro, pues quería sonsacarle con astucia a ese caballero todo lo que él todavía no sabía. Pero cuando se encontraron y se escucharon el uno al otro, se reconocieron de inmediato y el noble Tristán dio la bienvenida a Piloís y le preguntó por la reina y por cómo se encontraba. Piloís le informó:

—Vive como una mujer desdichada.

—¿Por qué?

—Por tu culpa poco le falta para morir.

—¿Cómo es eso?

—Teme tu ira.

—¿Eso teme?

—Sí, por mi fe.

—Pues no debe.

—Sí, está muy dolida.

—¿Por qué?

—Bien sabes tú por qué.

—No.

—Tú la odias.

—Y tú qué sabes.

—Lo sé bien.

—¿Y quieres decírmelo?

—Sí, es lo que debo hacer.

—Pues adelante.

—Ella vio cómo te azotaban.

—Eso es cierto.

—Y te enfureciste enseguida.

—Me dolió.

—Tenías razón.

—Y aún me duele.

—¡No, buen caballero!

—¿Acaso debo olvidarme?

—Sí, mi señor.

—No puedo, me hirió demasiado hondo.

—¿Cómo de hondo?

—En mi corazón.

—Y por eso ella siente un profundo dolor.

—Hace ya tiempo que se le pasó.

—En verdad que no se le ha pasado: lo que ocurre es que tú quieres matarla.

—¿De qué modo?

—Manteniéndote alejado de ella.

—Ella lo prefiere así.

—No, por cierto.

—Yo creo que sí.

—No, no lo prefiere.

—Pero sí le gustó, y mucho, pues fue ella misma quien ordenó que me azotaran y golpearan y me echaran lejos de sí. Entonces no le pareció nada mal, sino que se rió mucho de aquel suceso.

—Eso quisiera repararlo ella como tú lo ordenes; la mayoría de las personas cometen injusticias y luego las reparan, por lo que el perdón es mejor que el castigo. Ella solicita tu merced y tú recibirás su palabra. Cualquiera que sea el daño que te haya causado, ella está dispuesta a darte

reparación por él, mediante perdón o mediante penitencia. Ella no puede pleitear contigo ni desea intentarlo siquiera. Lo que solicita es merced, pues la pena impuesta le pesa demasiado. Ella te ofrece su servicio, si es que puede atreverse a ofrecértelo, y se compromete a cumplir solicita todo lo que sea de tu agrado y te manda decir también que, en tu honor, lleva sobre la piel un cilicio. Si decides seguir sin ir a verla, ella no dejará de sufrir en ningún momento. Señor, me postro a tus pies para que vengas pronto a donde ella esté, de manera que quede liberada de todas sus penas.

—No me decidiré nunca a hacerlo, pues no sería bueno para mí. Tú mismo me ayudarás a decírselo. Podría volverme a ocurrir lo que me sucedió la última vez, cuando ella contempló cómo me daban muchos azotes y habiendo sido ella misma la que había ordenado que se me pegara y golpeará.

—Por mi fe te prometo que ella te dará reparación por los golpes que recibiste, si quieres aceptarla.

—No, no iré allí, porque no obtendría provecho alguno.

—Señor, debes venir por amor a mi señora. Yo seré tu siervo y te lo pido por tu propia cortesía y por el gran dolor que por ti sufre mi señora, pues su dolorosa camisa, el cilicio que lleva sobre la blanca piel, tiene un tacto muy desagradable. Señor, tú eres su amado por encima de todos los que conquistó. Por tu bondad, apiádate de su sufrimiento y consuela a la pobre.

—Piloís, eres un buen emisario. Cambiaré de opinión. ¿Dices en verdad que la poderosa reina se duele por añoranza de mí?

—Por mi fe que la tiene, tan grande como jamás la he visto.

—Estuve algo enojado con ella, pero ahora quiero reconciliarme otra vez.

—¡Que el señor te lo pague!

—Escúchame, hay algo más. Debes decirle de mi parte que se quite esa ropa, pues jamás estuve tan enojado con ella como para desearle en modo alguno que llevara un cilicio largo tiempo, ni sería pertinente que lo hiciera. Quiero hacerla partícipe de mi piedad y hacer que le sea de provecho el que tú seas tan buen emisario y, por encima de todo, Cristo santo lo sabe, por mi propio deseo. En cuanto haya cumplido una promesa que hice, así se lo

puedes decir a mi señora, iré a verla, me ocurra lo que me ocurra. En verdad que he prometido que me mantendría alejado de ella durante un año, de modo que ni hable con ella ni la vea, indistintamente de si se encuentra bien o mal. Cuando haya transcurrido ese año, puede ella estar segura de que enseguida viajaré hasta donde esté, y llegaré allí en mayo.

Piloís quedó a la vez triste y contento. Feliz por haber logrado disipar la ira, pero desdichado por el hecho de que él no quisiera verla antes de que pasara el invierno, tal y como había prometido.

—Señor —dijo Piloís—, ahora dadme la orden, pues quiero marcharme ya de este lugar e informar a mi señora tanto de la alegría como de la tristeza que aquí se me ha encomendado transmitirle.

—Ve a la ciudad, a mi residencia, haz como si no me conocieras y pídemelo dinero, que yo ordenaré darte algo, según es costumbre en este país. Después márchate por tu camino y di a tu noble señora que por deseo mío se quite el cilicio. Y dile también todo lo que te he encomendado comunicarle.

Piloís dio gracias a Dios e hizo lo que el señor le había ordenado. Tristán mandó darle cien chelines de buenos peniques<sup>[19]</sup>.

Piloís solicitó licencia en toda la corte del señor sin que nadie lo reconociera. Había a la sazón mercado en una ciudad del país y Piloís rogó a Tristán que le hiciera conducir hacia allí. En Cornualles había otra ciudad que se llamaba igual que esta y en verdad puedo decir aquí que ambas se llamaban Monte de San Miguel y que eran aproximadamente igual de ricas y celebraban la feria anual por la misma fecha, de modo que el día de San Miguel no había año en que no se organizara en ambas un gran mercado<sup>[20]</sup>. El escudero se fue allí y compró todo lo que deseó. Luego hizo lo que debía: puesto que había cumplido su misión, regresó de inmediato a su país cruzando el mar. Si hubiera podido correr como un ciervo, de corazón le habría gustado hacerlo; pero como era imposible, tuvo que andar como una persona. Cuando llegó a Tintaniol y fue ante el rey, el señor lo recibió amablemente, al igual que la dama. El monarca le preguntó entonces de dónde venía y de dónde había sacado todas aquellas pertenencias que le hacían tan rico. La dama tuvo mucho miedo de que se pudiera ir de la

lengua y empezó a sudar por todo el cuerpo. Pero Piloís vio perfectamente que la dama estaba preocupada y dijo con gran sagacidad:

—Oh, señor, rey poderoso, a quien espera pacientemente a menudo le llega el día en que sus deseos se ven satisfechos y en que obtiene a la vez dicha y riqueza. Estuve en la pasada feria en Monte de San Miguel y allí conseguí todas estas pertenencias que ahora me hacen tan rico.

Todos creyeron que lo había dicho solo por su gran alegría, pero él había querido engañarlos con esas palabras. La dama, en cambio, se dio cuenta enseguida de lo que pretendía decir con ellas, lloró de alegría y se fue a sus aposentos privados. Piloís se mantuvo a disposición y fue pronto a verla y a transmitirle todo lo que Tristán le había ordenado decir. La señora se libró así de todo el dolor que había tenido que sufrir, aunque la entristecía mucho la perspectiva de no poder ver al mejor hombre que jamás había conocido antes de que transcurriera el invierno.

En cuanto llegó mayo, Tristán se vistió con ropas grises, se calzó zapatos de punteras anchas y cogió conchas y un bastón, como si fuera un peregrino<sup>[21]</sup>. Su escudero Curneval también se vistió como él y ambos se marcharon en secreto a casa del barón Tinas. Pero este había salido y no dieron con él, por lo que el noble Tristán se puso a pensar qué podía hacer. Curneval le aconsejó que anduviera por el camino por si lograba encontrar a alguien que pudiera hacerle de emisario. Los peregrinos se escondieron entonces en el mismo zarzal en el que Tristán había estado antes con Kehenís. Vieron transitar a mucha gente arriba y abajo, pero no descubrieron a ninguno en el que pudieran confiar para llevar su mensaje a la reina. Pasó Tristán allí la noche sin ver a su señora y poco después de que se hiciera de día llegó cabalgando solo un amigo suyo muy querido. Pero estaba este tan profundamente dormido que no lo vio ni cuando lo tuvo delante, al lado del escondite, del que había salido para hablar con él. No quiso despertarlo cuando pasó cabalgando por delante —y fue un noble gesto el dejarlo dormir— pues estaba convencido de que había pasado la noche con su amada. Prefería prescindir de su mensaje que despertarlo de su sueño.

Así que agarró al caballo por la crin y anduvo un buen rato cogido de ella sin despertarlo, hasta que el caballo se espantó y se salió del camino.

Solo entonces el caballero se despertó, reconoció enseguida al valiente Tristán y con toda razón estuvo muy contento de verlo. Saludó efusivamente al buen compañero y le preguntó con toda su amistad si deseaba que hiciera algo por él, que lo haría de muy buena gana.

—Sí, me gustaría pedirte que me hicieras llegar un mensaje a su destino.

—Lo haré lo mejor que pueda y lo transmitiré fielmente.

—¡Dios poderoso te lo pague! Coge este anillo y llévalo a la reina, para que por él te crea, y dile que estoy aquí y que desearía verla, pero que eso no podrá hacerse debidamente si ella no se encarga de que el rey salga a cabalgar a los campos de Blancatierra, y que yo estaré escondido en el zarzal en el que estuve cuando la vi por última vez. Yo te recompensaré siempre por ello, amigo, pero por tu propia honra debes mantener esta conversación en secreto, porque mi vida estará en peligro si se me descubre aquí.

—No dudes de ello: yo te llevaré esta misiva sin engaño alguno por todo el aprecio que te tengo.

Cuando el caballero llegó a la corte y la reina escuchó el mensaje del audaz Tristán y vio el anillo, mucho se alegró de la noticia. Dispuso con el rey que se organizara nuevamente una cacería hacia el campamento de Blancatierra. Todo lo que la dama le pedía al rey, él lo cumplía, por lo que todos se prepararon. La señora añadió:

—Quisiera que Ántred se quedara en casa para que luego pueda acompañarnos a las mujeres.

El rey ordenó solicitarle muy cortésmente que condujera a las magníficas damas al espeso bosque. De muy buena gana se quedaba Ántred con la reina y aceptó conducir las luego hasta su señor, pues lo consideró una gran distinción. En cuanto hubieron comido, la dama y su séquito montaron y cabalgaron hacia donde se encontraba el rey. A la dulce reina le había sucedido con anterioridad una terrible desgracia, pues la muerte le había arrebatado a Branguena, la hermosa mujer, a la que había amado como su propia vida. Todos la lloraron con grandes duelos, incluida la reina. ¡Ay, qué grande era el amor que tenía a su amiga! Muchos fueron sus lamentos, cuando a aquella le llegó su fin; la encomiable reina la lloró sin

mesura. ¿Cómo hubiera podido dejar de hacerlo? Era inevitable que sintiera un inmenso dolor, pues ella le había hecho muchos favores. Podéis creerme que su duelo fue muy grande. Por este motivo ahora la acompañaba Guimela. Todo lo que la reina hacía, Guimela lo sabía, como también tenía conocimiento de ello el chambelán Perenís. Además, la reina era precavida, lo que en muchas ocasiones le había traído provecho. Cuando llegó junto al escondrijo en el que se había refugiado Tristán, dijo a su séquito que cabalgara hacia el campamento y que nadie más que Ántred y Guimela la esperara, pues deseaba quedarse un rato en aquel otero. El séquito se marchó, las dos damas desmontaron y el insoportable Ántred hizo lo propio. ¡Que Dios lo condene por cabalgar con ellas! Pero les gustara o no, él era el tercero del grupo, y puesto que era familiar de la dama podía permanecer abiertamente donde quisiera sin temor a persecución alguna. La reina, sin embargo, tenía que hablar con Tristán antes de llegar al prado de Blancatierra. ¿Cómo podría evitar que Ántred se enterara? Ella comenzó a coger algunas flores que había alrededor del escondrijo. Mientras tanto, se oía a los perros correr de aquí para allá por el bosque tras su presa y la dama se fijó bien en ellos. Cuando se acercaron al escondrijo, el palafrén de mi señora, al ver el ciervo, se desbocó, rompió el freno y corrió a galope bosque adentro. Ántred saltó sobre su caballo y fue a atrapar al palafrén. Mientras tanto, la dama fue y habló con su dulce amado, no en secreto, sino en voz alta. Pero ella no se atrevía a entrar en el escondrijo y Tristán, por su parte, no quiso arriesgarse a salir. ¿Qué cómo hizo entonces para hablar con su amante querido? ¡Si supiera yo que ella le ordenó de alguna manera seguirla rápidamente! Dime, ¿tú no habrás oído contar si se lo mandó o no<sup>[22]</sup>?

—Supongo que lo haría.

—¿Cómo es que lo supones?

—Confío en que lo hizo.

—¿Y en qué te basas para ello?

—No, tengo que pensármelo antes de estar confiado.

—Recuerda que la dama no lo había visto en mucho tiempo.

—Creo que puedo confiar en que con seguridad ella le rogó con premura que la siguiera y que le indicó exactamente hacia dónde.

Un cazador hizo dar media vuelta al ciervo, el cual volvía ahora corriendo hacia el mismo escondrijo, acercándose al zarzal en el que se encontraba Tristán. Pero cuando llegó allí y vio a toda la gente volvió a asustarse, cambió de rumbo y huyó por otro camino. El rey lo perseguía tan de cerca que se dio cuenta de ello y fue hacia aquel lugar a todo galope, pues quería ver qué era lo que había hecho cambiar de dirección a la presa. La dama corrió en la dirección en la que había huido el ciervo y contribuyó así a salvar a Tristán, pues los gritos que daba hacían huir de allí al animal. Ella gritaba para atraer a los perros, pero el rey creía que le había ocurrido algo, de modo que abandonó la caza y fue gritando tras ella. Al poco rato, los perros encontraron el rastro bueno y corrieron todos en pos del ciervo. El rey cabalgó con ellos y a la dama no le pareció nada mal. No pasó mucho rato hasta que Ántred hubo atrapado el palafrén y ahora llegaba con él hasta el otero. Enfurecido espetó a la dama:

—Me he pasado el día persiguiendo este palafrén.

Y la dama le contestó sin pensárselo:

—¡Ojalá te pasaras todo el día en pos de esta mula!

Lo dijo en tono de burla, pero os digo en verdad que eso era lo que pensaba. Luego montaron todos y cabalaron hacia el campamento.

Todo lo que la dama había pedido a Tristán, él lo cumplió, según creo. Con toda certeza fue a donde ella le ordenó ir y la hermosa reina lo recibió amorosamente. Con amor y cariño lo curó de los azotes, de modo que el caballero los olvidó como si jamás hubiera sido golpeado. Ella también olvidó el duelo por el que había llevado el cilicio. Ambos gozaron de una gran felicidad en cuanto ella abrazó al hombre.

Por la mañana, cuando él se marchó, no halló a Curneval y no lograba entender lo que podía haberle ocurrido. Al no encontrarlo, el caballero lo buscó por el bosque durante tanto tiempo que, entremedias, la reina Isolda y el rey Marc comieron y todo el séquito montó y cabalgó hacia otro campamento, lo que volvió a ponerlo en apuros. El buen Tristán pensó para sus adentros: «Llevo demasiado rato buscándolo por aquí; quizás se haya adelantado hasta el lugar en donde hemos de embarcarnos. Si me hubiera escabullido más temprano esta mañana y hubiera venido a verlo, estaríamos mejor de lo que estamos». Así pensaba en su interior, de modo que el

valeroso se puso en marcha en pos de su compañero. Pero se topó con el nuevo campamento en el que se encontraba el séquito del rey. Cuando se cruzó allí con toda la partida, quiso volverse atrás, pues temía ser descubierto si se acercaba más todavía. Pero pensó que ya se le había aproximado demasiado y que no le convenía volverse atrás, de modo que no se entretuvo y comenzó a pasar entre la gente y vio lo que hacía el séquito: unos lanzaban el venablo, otros saltaban por encima de una zanja, algunos arrojaban la piedra. Uno de los caballeros, un amigo suyo muy próximo, lo reconoció, pero al momento se comportó como si no lo hubiera visto jamás y el caballero Tristán anduvo su camino pensando: «Nadie se fija en mí». Mucho se alivió de haberse salvado del peligro y conseguido seguir adelante sin que nada malo le hubiera ocurrido. Pero enseguida se puso en marcha el caballero que lo había reconocido, cabalgó en pos de él y le pidió que se detuviera. El barón no aceptaba que nadie lo reconociese, pero el caballero lo llamó por su nombre y le rogó que por deseo suyo volviera con él disimuladamente al campamento.

—Eso no me convendría.

—En verdad que no te ocurrirá nada.

—¿Qué se me ha perdido allí?

—Me gustaría que lanzaras una vez el venablo, que saltaras una vez por encima de la zanja y que arrojaras una vez la piedra. Así nadie conseguirá superarte en ninguna de las cosas.

—Tú no te has parado a pensarlo, puesto que por un reconocimiento tan ínfimo me mandas hacer algo por lo que perderé la vida.

—Por mi fe que te traeré de vuelta aquí sin resistencia alguna.

—Eres necio y yo tampoco sería inteligente si por una recompensa tan nimia fuera al lugar en donde probablemente me apresarán o me matarán. Tus palabras son impropias y quisiera que por mí las retiraras, pues en ningún caso me conviene hacerlo.

Pero, como respuesta, el caballero dijo:

—Entonces te lo pediré por algo tan importante que sin duda tendrás que hacerlo: te pido que lo hagas por amor a la reina con la que tantas veces has yacido amorosamente en secreto.

De modo que el héroe regresó con él al campamento e hizo lo que el caballero le había pedido. Sin decir una palabra fue y cogió el venablo en la mano e hizo con él un lanzamiento tan increíblemente largo que todos tuvieron que admitir que jamás habían visto otro igual. A Tristán le vino muy bien que todos acudieran allí corriendo y que hubiera una gran aglomeración, pues el barón se fue y saltó por encima de una zanja muy ancha, por lo que en el mismo instante se le rasgaron los pantalones y se vio que debajo de ellos vestía de escarlata. En verdad quiero decir que se ajustó el vestido y no se quitó el sombrero, e hizo bien actuando de esta manera. Sin entretenerse, el barón fue y arrojó la piedra tan lejos que de nuevo nadie de los presentes había visto jamás otro lanzamiento tan largo. Pero por desgracia ocurrió que al lanzar se le rasgó la chaqueta, de modo que de nuevo se vio resplandecer debajo, Dios lo sabe, el escarlata. En esto, él comenzó a escabullirse y creo que obró bien marchándose. Los demás dejaron irse al buen hombre a donde quisiera y ocurrió por fortuna que nadie se acordó del forzudo caballero hasta que este ya estaba lejos, de modo que volvió a salvarse gracias a la buena suerte.

Al atardecer, cuando llegó el rey y se enteró de lo acontecido, de las maravillas que habían ocurrido y de que era un peregrino quien lo había hecho, y cuando le contaron también que a través de su abrigo gris se había podido ver resplandecer el escarlata bordado en oro, el monarca fue con muchos jóvenes caballeros a contemplar la distancia del salto y del lanzamiento del venablo y de la piedra. En su interior pensó que eso lo tenía que haber hecho Tristán y pidió a su séquito que buscara a aquel hombre por si podían encontrarlo en alguna parte. Apresuradamente salieron todos al mismo tiempo a buscar por todo lo ancho y largo del bosque. Pero si fue como yo lo he oído, el intrépido caballero Tristán había llegado hasta donde estaba Curneval y navegaba de regreso a su tierra. Kehenís, el caballero, lo recibió con cariño y lo mismo hicieron el rey poderoso, la reina y también su esposa.

Había a la sazón un poderoso barón llamado Nampetenís, asentado no lejos de Karahés, que a menudo había conquistado gran fama con la caballería. Ahora se dedicaba por completo a la cacería y a la cetrería. Tenía una hermosa mujer, llamada Gariola, a la que el caballero vigilaba con un

rigor tan aterrador que incluso desmejoraba su propia fama. Me pregunto qué es lo que se imagina el que impone celosa custodia a su mujer, pues si ella no le ama por su propia voluntad, él no la podrá controlar jamás con nada que pueda inventarse. Porque si ella quiere amar a otro, lo hará a pesar suyo al cabo de poco o mucho. Esto se demostró en este caso, pues Nampetenís empleó tal celo en vigilar a su mujer que hizo levantar muy altas murallas alrededor de su castillo. Fijaos en esta defensa: a su alrededor había tres fosos, cada uno de ellos ancho y profundo, según oí contar. El propio Nampetenís era el portero de su castillo; no es que no tuviera otro remedio, porque tenía gente suficiente, sino que quería llevar él mismo las llaves. Y siempre que salía a algún sitio, no había nadie que fuera suficientemente joven o viejo o necio como para atreverse a pedir que por amabilidad le permitiera permanecer en el castillo. De modo que Gariola tenía que quedarse sola con las mujeres, lo que la enojaba no poco.

Era este el Nampetenís que con anterioridad casi había logrado apresar a Kehenís. Entretanto, él había abandonado sus armas y dedicaba todas sus fuerzas a custodiar a su mujer y a solazarse con la práctica de la caza, como antes empecé a contar. Porque, cuando salía del castillo, echaba de él a todo su séquito, fueran libres o no. Las puertas eran tres y todas las cerraba el caballero. ¡A ver si os gusta eso! Él se llevaba las llaves y quienquiera que llegara a la puerta, ni aunque fuera la propia reina, a nadie dejaba entrar o salir hasta que él volviera. Ni aunque los mataran, los que estaban dentro no podían salir, nadie podía escapar de allí. Él, en cambio, se marchaba casi todos los días a cazar y a matar venados. Esto enfurecía a su mujer con razón. Pero él ni siquiera se preocupaba de si ella merecía tal vigilancia, porque era un hombre espantoso. Cuando volvía a casa, ella no se atrevía a mirar a nadie. ¿Hay cosa más terrible que le hubiera podido suceder?

Antes de casarse, la dama había prometido en secreto a Kehenís acogerlo en sus brazos cuando viniera a su lado. Pero eso no había podido llegar a cumplirse, ni tampoco había posibilidad de que se cumpliera ya; pero Nampetenís, su esposo, había oído hablar de la promesa y por esa razón estableció la vigilancia. En su corazón, sin embargo, la dama amaba a Kehenís y él tampoco la había olvidado y dio buena prueba de que pensaba en su amor con todos sus sentidos. La noble dama cumplió parte de su

deseo: un día, mientras Nampetenís cazaba, él, confiando en la suerte, llegó cabalgando solo y en secreto hasta aquel lugar. La mujer se dio cuenta de su presencia, porque había subido a la muralla. Enseguida recibió al caballero y le dio la bienvenida.

—¡El señor os lo pague! —le dijo él con afecto—. Dios condene para siempre al que ha sellado este castillo de tal manera que no pueda decirnos por qué he venido hasta aquí. Sin embargo, ya sería para mí un logro —era obvio lo que decía— si esas damas accedieran a alejarse un momento de vos, para que yo pudiera comunicaros abiertamente mi mensaje.

Ella rogó inmediatamente a las mujeres que se fueran más arriba, lo que aquellas cumplieron al instante. El viento estaba calmado, como era el deseo de ambos. Entonces Kehenís le recordó lo que le había prometido antes de casarse con su esposo y le dijo que ella no salía nunca de sus pensamientos.

—Por eso, bondadosa señora, debes recompensarme.

La buena mujer dijo:

—Así sea, Kehenís. Yo siempre te amé, no puedo negarlo. Si no fuera porque no pudo ser, de muy buena gana habría cumplido tus deseos. Y sigo pensando igual, siempre que pudiera hacerse de modo que ambos salgamos con vida. Bien puedes ver cuál es mi situación; mi señor me ha encerrado aquí para que nadie pueda llegar hasta mí.

Dijo, sin embargo, que se lo concedería de buena gana si él conseguía llegar hasta ella.

—Tú sabes bien —prosiguió— cómo me vigila mi señor, pero en mis pensamientos te deseo tanto que si consigues llegar a mi lado, yo cumpliré tu voluntad.

El barón se alegró mucho, se lo agradeció a la dama con efusión y se marchó. El poderoso Kehenís reflexionó intensamente sobre cómo podría llegar hasta doña Gariola de modo que ambos quedaran a salvo, y por esta razón se le podía ver muchas veces pensativo. Pero a pesar de ello, el ágil caballero no consiguió en ningún momento dar con una idea sobre cómo llegar hasta su amada sin recibir daño. Entonces acudió a Tristán y le pidió consejo acerca de la manera de alcanzar a la mujer. Cuando este oyó lo que

la dama le había dicho y la estrecha vigilancia a la que estaba sometida, dijo:

—Compañero, me parecería lo mejor que rogaras a la dama que en secreto imprima las llaves en cera y te arroje a escondidas esos trozos de cera por encima de los fosos. Si tienes suerte, llegarás así hasta ella sin problemas. Dentro de la cera hazte fundir copias de las llaves y así tú mismo podrás abrir el castillo y entrar en él. Puesto que me has pedido consejo, esto es lo que me parece mejor para que puedas cruzar la muralla.

Kehenís se puso muy contento y agradeció mucho el consejo a su amigo. Regresó ante la dama y se lo comunicó. Ella respondió por su fe:

—Tendrás la cera con toda seguridad. Dime, ¿cuándo quieres venir a buscarla?

—El lunes —dijo él.

—Pues, si puedo, haré que esté lista para entonces.

Eran tres las damas que conocían este acuerdo y entre todas lograron con astucia que la cera estuviera preparada. ¿Disgustaría eso a Kehenís? ¡De ninguna manera! Él llegó allí puntual al tercer día, las damas observaron su presencia y lanzaron la cera por encima del foso y cuando él la hubo cogido, su ánimo se alegró.

—Dios os pague por todo lo bueno que hacéis, querida señora mía —dijo y le deseó salud.

Luego se marchó de allí, feliz de que todo le hubiera ido bien. Una vez obtenida la cera, salió de aquel lugar cabalgando como lo hace quien ha puesto todo su entendimiento en algo que pretende llevar a cabo. Habló con muchos de los mejores herreros y fue a buscarlos por todo el país, pero no encontró a ninguno que pudiera aceptar el encargo y le supiera hacer las llaves. Entonces se le fue la sonrisa y perdió parte de su gran alegría, pues le parecía una gran desdicha.

Nuevamente fue a ver a su amigo a pedirle consejo en este asunto. Le dijo:

—Querido amigo, vuelvo a necesitar sin falta tu consejo. He conseguido la cera, pero no he logrado encontrar a nadie que emprenda la fabricación de las llaves.

—Si tú no encuentras a ninguno —dijo Tristán—, yo creo que sí tengo un herrero que las podrá hacer bien, si tú quieres encargárselas. Ha cruzado el mar desde Tintaniol para seguirme y está ahora en esta misma ciudad.

Kehenís le pidió que lo intentara enseguida. Tristán mandó llamar al herrero y decirle que no dejara de venir a estudiar los moldes de cera y le pidió luego que le fundiera las llaves en secreto. El herrero se echó a reír fuertemente y dijo:

—Señor, ¿no iréis a robar algo? Yo no quiero encubriros ni ayudaros.

—¡Tú no te preocupes de lo que haga con ellas! —le respondió Kehenís, el poderoso caballero—. Yo te prometo fielmente que, si haces buenas llaves, él te recompensará tan bien por ellas que no lo lamentarás.

El herrero contestó:

—En verdad que las haré excelentes.

Eso devolvió la sonrisa al caballero e hizo desaparecer su tristeza.

En esto, Kehenís quiso llevar a cabo aquello que tanto deseaba, cuando al noble Tristán le llegó un emisario de su tierra dándole la noticia de que su padre había muerto y de que el reino estaba sin señor.

—Hay un gran desorden en tu reino, porque muchos de los barones quieren ser rey y tus amigos, tus parientes y tus vasallos tratan de impedirlo.

Oído el mensaje, Tristán dijo a Curneval:

—Tú me has servido fielmente mucho tiempo. Ahora poseo un reino que quiero darte en pago; y soy feliz —prosiguió el caballero— de poder recompensarte tan convenientemente.

Curneval contestó:

—Dios os lo pague para siempre, pero a mí no me conviene la corona, en cambio a vos mismo os conviene mucho más. Yo no la aceptaré.

—¿Por qué?

—Porque vos mismo deberíais llevarla.

—Yo quiero que la lleves tú y que tengas también todas mis tierras.

—No lo aceptaré.

—Lo harás.

—No.

—¿Por qué?

—Señor, no podría ser buen rey.

—Tus vasallos te enseñarán a serlo.

—No podría dejar que eso ocurriera, pues a vuestros vasallos no les gustaría tener que recibir de mí los feudos.

—Entonces yo haré que todos te sirvan solícitos.

—Señor, si queréis hacerme un favor y una buena acción, venid vos mismo y tomad posesión de vuestro reino, juzgad regiamente todo lo que en él haya acontecido, conceded vos mismo los feudos con vuestra mano real y concededme también a mí un feudo igual en el que pueda mantenerme. Si luego queréis volver a cruzar el mar para reuniros con vuestra esposa, bien podéis rogar entonces a vuestros allegados que me reconozcan como regente hasta que volváis. Cuando hayan escuchado por completo cuál es el deseo de su soberano, estoy convencido de que lo cumplirán voluntariamente todo el tiempo. Por eso haced caso de mi consejo, porque es muy bueno para vos. Y yo entiendo que eso me honraría.

El señor concluyó:

—¡Así sea!

El valeroso Tristán comenzó luego a preparar las cosas para viajar a su tierra. Pero cuando, al día siguiente, debía partir, le pareció que jamás superaría el dolor si no veía a la reina antes de que Curneval se separara de él. Por eso le ordenó cruzar nuevamente el mar con él.

—Porque nunca más la volveré a ver cuando deje de tenerte a ti y ese es mi mayor dolor —dijo el héroe, reflexivo, y expuso a Kehenís todo lo que tenía que hacer y rogó a los allegados que deseaban viajar con él que lo esperaran allí hasta que volviera, que entonces los llevaría consigo de muy buena gana.

—Estad preparados para ello.

El dichoso barón se fue entonces por su camino con Curneval para ver a la reina, lo que hicieron en secreto absoluto. Los dos jóvenes actuaron con su vestimenta y su comportamiento como si fueran dos vagabundos. Ambos tunantes llevaban sendas capas cortas de color rojo, cuyas capuchas eran de tela amarilla. Tristán llegó nuevamente a Litán, acompañado de Curneval, y el excelso barón encontró a Tinas en su casa, lo que no le disgustó lo más mínimo.

El noble Tristán hizo comunicar a su señora a través de Tinas la noticia de que había venido a su país y de que le gustaría mucho verla, y, si ella podía hacer que el encuentro tuviera lugar en el vergel, le encontraría en lo alto del tilo desde el que los había espiado el rey. Tinas se lo transmitió a la dama y al caer la oscuridad ella acudió secretamente a la cita con Tristán, pasando con él la noche hasta el amanecer. Allí yacieron con sus penas hasta que tuvieron que separarse. Gran dolor sentía la hermosa reina porque los jóvenes se alejaran tan pronto de ella. Ellos se apresuraron a volver hacia las naves y pronto se habían escabullido hasta tan lejos de Tintaniol que el caballero Tristán creyó estar a salvo. Pero el cobarde Parlasín envió hasta aquel lugar al condenado Ántred, que los vio y los persiguió inmediatamente. Muy a su pesar, Tristán huyó del cobarde, porque no le quedaba otra cosa que hacer, pues no tenían con qué defenderse, mientras que Ántred los perseguía con lanza y escudo; pero le dolía y se lamentaba de no poder combatir con él. En fin, hizo bien en salvar su vida. Huyó de su primo hasta un riachuelo cuyos vados eran estrechos y profundos. Él se metió en un bote que encontró en la orilla, pues de otro modo el héroe —y con él Curneval— no habría salido de aquella vivo o libre. Ántred llegó cabalgando en el momento en que zarpaban de la orilla, y, aunque lo intentó, no consiguió ni cabalgar ni vadear para matar al héroe. Como el bote se alejaba de él, arrojó a su primo la lanza, pero erró y tocó la embarcación, con lo que el asta se quebró. Mucho le dolió haber errado. Tristán, en cambio, tuvo la idea de coger un trozo de la lanza, lo que supuso su salvación definitiva, pues con él pudo empujarse hasta el otro lado del riachuelo, dado que no tenían ni remos ni pértiga; con aquel trozo, en cambio, los buenos vagabundos navegaron hasta llegar a la orilla. Ántred, sin embargo, no consiguió atravesar el agua por ningún sitio, con lo que los otros dos se salvaron, pues de otro modo los hubiera matado. El duque Ántred le hizo saber entonces al rey que Tristán lo había vuelto a traicionar y acababa de estar con la reina, que él lo había perseguido y casi lo había matado, pero que se le había escapado. El rey se puso en marcha de inmediato con todos los que tenía consigo; siguieron a Ántred y buscaron a Tristán por todas partes del país. El soberano bloqueó enseguida todos los caminos del reino y mandó a los guardianes que, por el amor que tuvieran a

la patria y a sus ojos, no abandonarán sus puestos visiblemente ni en secreto mientras Tristán no fuera apresado o muerto. El rey estuvo tres días buscando a Tristán con el máximo esmero y todos sus vasallos hicieron lo propio.

Al poco tiempo ocurrió que Tinas, al que se había encomendado montar guardia junto a su castillo, se cruzó, estando solo, en el camino de Tristán. El barón Tinas lo apresó y lo condujo ante su mujer, encomendándole que por su vida lo mantuviera de tal modo que nadie lo viera y que pusiera todo su empeño en cuidar de él. Estoy plenamente convencido de que, si él no hubiera ido hacia aquella parte, habría sido apresado y no se habría podido salvar. Pero he oído contar por cierto que Tinas no lo mató. El rey, sin embargo, estaba tan enojado con él que, si lo hubiera detenido, le habría costado la vida.

En estas, la hermosa reina pasaba noche y día sumida en una honda preocupación de que los dos jóvenes fueran apresados, cuando entraron en sus aposentos dos mozos despojados hasta de sus vestidos, que habían perdido en el juego. La dama observó enseguida que necesitaban dinero. Uno se llamaba Haupt y el otro Plot y eran vagabundos. La señora los llevó aparte y les preguntó quiénes eran, a lo que ellos contestaron sin rodeos:

—Somos hampones y hoy mismo hemos llegado a la ciudad.

La reina les pidió entonces que cumplieran lo que les iba a pedir y los mozos respondieron enseguida que lo harían de muy buena gana.

—Os aconsejo hacerlo, porque os hará ricos.

—Lo haremos con toda garantía.

—¿Estáis dispuestos a prometérmelo?

—Sí, señora, en verdad.

Ellos demostraron su credibilidad y se lo prometieron a la dama, quien entonces comenzó a lamentar ante los mozos la situación en que se encontraba Tristán.

—Está aquí, dentro del país, y mi señor se ha enterado. Ahora no podrá volver a salir, si no es prisionero o muerto. Queridos Haupt y Plot, vosotros deberéis seguir ahora vuestro camino y dejaros apresar. Vuestras vidas no correrán peligro, pero salvad por mí, pobre mujer, su vida y mi honra; a

cambio viviréis para siempre espléndidamente, pues yo os daré tanto que siempre os irán bien las cosas.

—Probablemente sea ya demasiado tarde.

—No, todavía estamos a tiempo.

—Entonces decidnos cómo debemos hacerlo y cómo saldremos de esta.

Ella dijo a los mozos:

—Aquí mismo os vestiréis con dos capas que os voy a dar y luego huiréis rápidamente como si quisierais salir del país y os dejaréis apresar. Cuando estéis detenidos, declararéis que vuestro señor es Tristán, que él os ha enviado a su país mientras permanecía aún en Karahés, pretendiendo seguirlos al poco tiempo con trescientos hombres armados. Porque su padre ha muerto y sus amigos, por defender su reino, se encuentran en una situación delicada. Debéis afirmar con certeza que él pretende venir en poco tiempo. Diréis que habéis estado a punto de morir en este país, que os atacaron unos caballeros que pretendían mataros y que os acosaron aviesamente, justamente así tenéis que hablar. De este modo tuvisteis que huir y llegasteis a un río, donde vuestra situación mejoró, pues encontrasteis un bote varado en el que os embarcasteis inmediatamente, ya que no teníais defensa. Entonces uno os arrojó una lanza que tocó el bote, rompiéndose, y le disgustó mucho haber errado el tiro, pues lo lamentó fuertemente. Vosotros, en cambio, encontrasteis en ello la salvación, pues os pudisteis hacer con un trozo del asta, con el que navegasteis río abajo. Desde entonces, habéis errado por el país hasta haber sido detenidos. Aunque se os interrogue por separado sobre este asunto, por vuestra propia necesidad debéis manteneros firmes para no dudar en ningún momento y recordar siempre todo lo que os he dicho. No os dejéis apartar de vuestra declaración por nadie, ni con amenazas ni con buenas palabras, pues a vosotros mismos os conviene. Si vuestra firmeza cede, moriréis enseguida. Solo podéis salvaros si mantenéis vuestra declaración.

La reina Isolda dio a los mozos unas capas iguales a la que llevaba Tristán. Enseguida se pusieron en camino y no anduvieron mucho rato hasta ser detenidos. Fueron conducidos a la corte y el malvado duque Ántred les preguntó quiénes eran. Los mozos le contaron todo lo que la reina les había mandado decir. Él no lo dejó valer, sino que profundizó en el interrogatorio.

Entonces ellos declararon delante de toda la gente, como prueba de su veracidad, cómo habían sido perseguidos y cómo se salvaron solo por poco cuando lograron atravesar el río sin remo y sin pértiga. Él siguió sin cejar, los separó y dijo a uno:

—Tus astucias no te servirán de nada, pues yo sé bien quién eres. Has dicho una mentira y mi señor está terriblemente enfurecido contigo. En verdad te prometo que morirás irremisiblemente si no me dices ahora mismo la verdad de lo que ha ocurrido.

—Me ocurra lo que me ocurra, yo no puedo declarar otra cosa. A no ser que se me pidan mentiras, de esas podría inventarme muchas y hacerlas como se quisiera.

Regresó con este y se llevó consigo también al otro, diciéndole astutamente:

—¿En qué situación te has metido mintiendo a mi señor? Te has engañado a ti mismo, pues ahora sin duda estás condenado a morir. No estarías en este trance si hubieras dicho la verdad, como lo ha hecho tu compañero.

—¿Acaso dice algo distinto que yo?

—Sí.

—¡Vergüenza le debería dar!

—¿Por qué?

—Por ser un mentiroso.

—¡Ay!, qué terco eres, que no te prestas a declarar otra cosa.

—¿Pues no queréis escuchar la verdad?

—Sí quiero.

—Pues es la que habéis oído.

—Ocurrió de otro modo.

—En verdad que no. ¿Creéis acaso que mentiría y engañaría a toda esta gente de forma tan pública y notoria? Lo puedo hacer, si es eso lo que queréis.

—No, no lo quiero. No deseo nada más que la verdad.

—Pues os guste o no, ya la supisteis hace un rato.

Entonces Ántred dejó estar a los mozos y dijo al rey que no era ninguna mentira lo que ellos declaraban:

—Los dos a los que yo perseguí llevaban unas capas iguales. Puesto que se dieron a la fuga, creí que se trataba de Tristán.

El rey ordenó entonces levantar inmediatamente los controles y permitió a los buenos mozos ir a donde quisieran y a donde en derecho debieran.

En cuanto la vigilancia hubo sido levantada, don Tinas ayudó al noble caballero Tristán a regresar a su país. Cuando llegó a Karahés, se llevó consigo a los trescientos caballeros, que ya estaban dispuestos para zarpar, y el hombre dichoso se marchó a su propia heredad. Acudieron de inmediato los príncipes y recibieron de él sus feudos. Todo lo que había acontecido en aquel tiempo lo juzgó él del modo que le pareció más adecuado. Permaneció con sus allegados durante dos años y poco más y a Curneval le regaló y dio en feudo gran parte de sus propiedades. Pero entonces decidió regresar nuevamente a su otro reino. Ordenó a Curneval, su hombre de confianza, gobernar el reino y tanto en público como en privado rogó a sus allegados que le obedecieran y se sometieran a él. Luego el caballero partió de regreso a Karahés. Entretanto habían muerto su suegro y su suegra y Kehenís había sido víctima de hostilidades durante bastante tiempo y había recibido gran daño por ellas, pues el conde Riol lo había atacado causándole grandes pérdidas. En esto regresó allí Tristán, lo que alegró mucho a Kehenís y a todos los suyos y también su esposa estuvo muy contenta de su llegada. Cuando Tristán hubo escuchado lo que habían hecho a Kehenís, mandó sus emisarios a los señores de todas las tierras y muchos caballeros acudieron a su llamamiento. El conde Riol y sus amigos fueron vencidos nuevamente, de modo que en poco tiempo volvieron a pagar por los daños causados. ¡Cómo tuvo que solicitar ese la clemencia de su señor! Tristán atacó otra vez la ciudad de la que había salido todo el mal ocasionado a Kehenís; en poco tiempo la conquistó por la fuerza y el mismo día la redujo a cenizas. Mucho les dolió ahora el daño causado a Kehenís. Cuando hubieron irrumpido en la ciudad, encontraron en ella una torre que los que la custodiaban no quisieron entregar. El buen Tristán llevaba a la sazón el yelmo echado hacia atrás. Como no accedieron a rendir la torre, el caballero los atacó enfurecido, pero no se volvió a atar el yelmo. En ese momento, le arrojaron una pesada piedra, de modo que hubieron de llevarse al noble caballero dándolo por muerto. Kehenís, sin embargo, conquistó el edificio

con gran esfuerzo y la pedrada les costó a todos la vida: los que estaban allí dentro fueron ahorcados sin excepción, ese fue su penoso final.

El caballero Tristán yacía sin ver ni oír nada y sin mover extremidad alguna. Con grandes lamentos lo llevaron a casa y nadie creía que consiguiera sanar.

—Si muere, jamás superaré esa pérdida —dijo Kehenís llorando fuertemente y lo propio hicieron todos sus hombres.

Sin embargo, Kehenís le consiguió médicos que le cortaron todo el pelo, le aplicaron emplastos y curaron sus heridas. Pero pasó más de un año antes de que —a duras penas— se salvara. Cuando estuvo completamente recuperado, de modo que podía andar y montar a caballo, tenía otro aspecto del que había tenido antes; había perdido su color, y los rasgos de su cara eran tales que, quien no lo supiera, no podría reconocerlo. De su tierra lo había acompañado a la sazón un niño, el hijo de su hermana, a quien amaba mucho, como es de ley. Un día el buen caballero salió a cazar con el halcón, acompañado del niño. Llegaron cabalgando hasta el mar y entonces Tristán miró hacia el país de Cornualles y dijo en voz baja:

—¡Ay!, reina amada, ¿es que no he de volverte a ver? ¿Cómo podría hacerse?

El niño oyó sus lamentos y le contestó:

—Me maravillan tus palabras, tío —dijo el joven—. ¿Por qué no deberías verla?

—Ay no, no puede hacerse.

—Sí se puede.

—No, no se puede.

—¿Por qué?

—Cuando la vi por última vez, fui descubierto y no hubiera podido escapar jamás, si la fortuna no lo hubiera dispuesto, pues un amigo mío me escondió y me sacó de allí. En aquella ocasión habíamos ido disfrazados de tunantes y nos salvamos por poco. La vez anterior también fui descubierto y también logré escapar a duras penas; aquella vez fui de peregrino. Ahora no puedo volver a hacerlo, pues están alertados y desgraciadamente no me atrevo a volver a donde pueda verla. Si tuviera aquí a Curneval, él me

aconsejaría lo que podría hacer para que nadie lo supiera, pues él conoce muchos trucos inteligentes.

—Tío —dijo el niño—, nunca mejor que ahora podrías verla a tu placer.

—¿Cómo sería eso?

—Ahora tienes otro aspecto que antes y tienes el pelo rapado. Nadie de los que te conocían de otra época sabría quién eres si no se le dijera tu nombre. Con este truco tuyo deberías ir allí solo, ponerte una chaqueta de capucha y comportarte como un necio. Los vigilantes creerían que eres un bufón de verdad.

El valeroso Tristán se echó a reír y luego besó al niño afectuosamente.

—¡Dios poderoso te lo pague! —dijo—. Querido sobrino, por el consejo que me acabas de dar te apreciaré siempre.

Y el señor fue enseguida a conseguir la chaqueta que necesitaba. Luego se marchó solo —aunque esto no le entristeció— llevando una gruesa maza. Secretamente se llegó hasta las naves que habían venido de Cornualles y entre ellas merodeó hasta que un comerciante de Tintaniol lo recogió, pensándose que era un necio y queriéndoselo llevar como agasajo a su señora, la reina, y a su señor, el rey. No os miento si os digo que Tristán estuvo muy contento de ello. Aquel se lo llevó consigo cuando se dispuso a regresar a su tierra y él hizo lo que correspondía a su papel. El comerciante se alegró mucho de tener al bufón, levó el ancla del fondo del mar y zarpó hacia su país. En verdad os digo que en la nave Tristán se comportó de manera tan necia que los hacía reír sin remedio y los cautivaba de tal forma que lo miraban estupefactos. Decían que no podía haber bufón mejor que él. Le dieron un queso para que se lo comiera, pero él no había olvidado a su amada señora, de modo que a escondidas metió el queso en su capucha y se lo llevó a la reina, alimentándose de todo lo demás que pudo conseguir.

Llegaron entonces sin percance alguno a la costa de Tintaniol y encontraron al rey Marc cabalgando por la playa. No quisieron esperar más y le llevaron de inmediato al bufón. Tenía este un aspecto tan memo y se comportaba de tal manera que creyeron a ciencia cierta que se trataba de un loco. Le tiraban de las orejas y comenzaron a hacerle jugarretas y él les aguantó muchas. También Ántred, el duque infame que con mentiras y verdades tanto dolor le había causado antes en el corazón, quiso hacerle

locuras, pero el bufón comenzó a perseguirlo con intención de matarlo. Poco me importaría que le hubiera dado alcance, pues en ese momento habrían sido vengados los falsos consejos que tantas veces había dado en contra suya, así como su ruin perfidia. Pero la fortuna le ayudó a escapar para que no lo matara. Mientras el rey cabalgaba hacia la corte, el necio lo seguía, gritando en voz alta y blandiendo su maza. Muchas locuras cometió y muchas bufonadas, y numerosos caballeros le seguían cuando llegó ante la señora. La reina lo recibió como debe recibirse a un bufón y el necio se plantó ante ella y le solicitó que lo besara. La dama no deseaba hacerlo en modo alguno, pues no sabía quién era. Pero el tonto se quedó delante de ella y la miró con tanto ardor que el propio rey le dijo:

—Pero bueno, necio, ¡detente ya! ¿Cómo se te ocurre mirar tan lujuriosamente a mi señora?

—Bien que puedo y me atrevo a hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque es de justicia que ella sienta inclinación por mí.

—¿A raíz de qué?

—Os lo diré.

—Habla, pues.

—Ella me ama.

—Te estás burlando.

—No, señor, de ninguna manera.

—Sí lo haces.

—No, no lo hago. Probablemente dentro de un rato vaya a hacer el amor con ella.

—¿Con quién?

—Con la reina.

—¿Con mi señora?

—Sí, con tu esposa.

—¡Cállate, necio, deja de decir estas cosas!

—Sobre esto no puedo callar.

—Entonces habla de otras mujeres.

—No sé mentir.

—Pero si no paras de echar a volar mentiras.

—Lo que digo es verdad.

—Ella está bien a salvo de ti.

—No sé si lo está.

—Ella puede prescindir de tu amor.

—Pero si me ama como a su propia vida.

—¿Cómo podría una mujer tan hermosa entregarse a un bufón como tú?

—Señor, yo soy un buen caballero y por ella he hecho grandes cosas.

—¿Como cuáles?

—Por ella me he enfrentado a muchos trabajos y por ella he sentido a menudo alegría y dolor. A decir verdad, es por ella por lo que me he convertido en bufón; y si aquí me tiran de las orejas, es por ella por lo que lo soporto, tanto en público como en privado. Yo la amo más que cualquier cosa en el mundo. Aunque no lo queráis creer, yo no concedería a nadie nada mejor que a ella.

Se sentó sobre la alfombra frente a ella y la miró a los ojos abiertamente. El rey lo observaba todo sin apartar de allí su mirada, forzado a contemplarlo y como pasmado. Pero tanto él como todos los que lo veían creyeron que se trataba de un loco. Muchos de los más sabios, sin embargo, tanto caballeros como damas, se dijeron unos a otros en voz baja, que no en público:

—No habla como un necio. Fijaos todos en eso.

—Yo solo soy más inteligente que todos vosotros juntos, os guste o no. Sois unos envidiosos y mucho os duele que me sepa comportar con tanta propiedad —muy extraña era esa argumentación—. Mirad, os demostraré que pensé en mi señora con todos mis sentidos cuando desde tan lejos y cruzando el mar le traje este obsequio.

Y metió la mano en su capucha para sacar de ella el queso.

—No sería bueno que este trabajo y este sufrimiento fueran en balde. Cogedlo, mi querida señora —dijo entonces a la dama—, pues a fe mía os digo que si no os amara tanto no os traería esta joya.

Ahora todos se echaron a reír y comentaron que sin duda alguna se trataba de un tonto y un necio. Él había llevado a cabo su discurso de manera tan astuta que hizo cambiar de opinión a algunos y todos a una

juraban ahora que jamás habían visto en reino alguno a ningún bufón más alocado y auténticamente divertido.

Cuando el rey salió, el necio se las apañó para no ser echado, pues él se quedaba de buena gana y el tiempo no se le hacía largo. Sobre su falda partió luego el queso que había traído y que había guardado en su capucha durante más de siete noches. Pidió a la reina Isolda que comiera de él, pero ella no era tan descuidada como para hacerlo en modo alguno, por más que él se lo rogara. El loco de Tristán cogió entonces un trocito del queso y se lo metió a su señora en la boca. Ella le dio una bofetada no muy fuerte en la oreja con la palma de su mano.

—Señora mía —dijo el bufón—, me pegáis demasiado fuerte. Si supierais quién soy, no me azotaríais tan fuerte. Si amarais a Tristán, no deberíais abofetearme.

La señora le preguntó enseguida qué era lo que sabía de él. Inteligentemente, el necio le contó entonces muchas de las cosas que le habían ocurrido con ella y le dejó ver el anillo que ella misma le había dado. Finalmente el valeroso caballero le dijo:

—Señora, yo soy Tristán.

De inmediato, la dama lo reconoció y se alegró de ello hasta lo más profundo de su corazón. Luego dispuso que se cuidara solícitamente del bufón y se le preparara cerca un agradable lecho, debajo de la escalera, en sus propios aposentos. Allí cuidaron bien de él y muy bien le fueron las cosas al necio. De día era un loco, mientras que de noche recuperaba todo el entendimiento e iba a menudo y a todas horas junto a la dama. Mucho se cuidaba de que nadie lo supiera y con su prudencia consiguió poder cumplir sus deseos con la dama en total secreto.

Transcurridas tres semanas desde su llegada, dos camareros descubrieron de pronto que el traidor hacía el amor con la dama. Secretamente se lo dijeron a tres amigos suyos que debían ayudarles a apresarle. Esa misma noche, a avanzada hora, llegaron a los aposentos; el rey no estaba en casa. A uno de ellos lo hicieron ir junto al lecho de la señora, a dos los apostaron junto a la puerta y los otros dos se quedaron fuera, guardándoles el camino. Su idea era matar o apresar al hombre cuando se marchara. Pero el excelso Tristán se dio cuenta de la emboscada.

El precavido caballero empuñó su maza y fue a hablar con su señora, algo que por ninguna amenaza habría dejado de hacer, pues ella lo amaba tanto como él, que la quería más que ninguna otra cosa en el mundo. Los emboscados sintieron miedo y no se atrevieron a atacarle. Él se acercó a su señora, la besó con amor y, muy triste, le dijo:

—Ahora tenemos que separarnos. A ambos nos conviene, pues he sido descubierto. Desgraciadamente no podré volver a venir para estar con vos y eso me duele. ¡Si supiera qué hacer! Sedme fiel, como yo os lo seré para siempre. Cuandoquiera que un emisario mío os traiga este anillo, haced en total secreto todo lo que a través de él os pida. ¡Dios maldiga a los que tan pronto nos separan!

—¡Y que el Diablo se los lleve! —añadió la noble dama llorando desconsoladamente<sup>[23]</sup>.

Tristán se marchó entonces blandiendo su maza como si quisiera matarlos con ella si se atrevían a detenerlo. Pero los que le estaban acechando sintieron tanto miedo cuando lo vieron venir con aquel arrojo que no se atrevieron a hacerle frente. Solo cuando estuvo lejos, salieron tras él por la puerta los que habían estado dentro y preguntaron a los guardias cómo había podido ocurrir que se les escapara así, vivo y libre. Todos sintieron vergüenza, pero cada uno quiso echar la culpa al otro, por lo que comenzaron a discutir entre ellos:

—Si tú lo hubieras atacado, yo no te habría fallado.

—Lo mismo habría hecho yo, por mi fe.

Mucho les dolió no haberlo apresado y fueron tras él con deseo de detenerlo. Pero cuando volvieron a verlo caminar les pareció tan temible que, nuevamente, todos se acobardaron. Así Tristán regresó a casa sin recibir daño alguno. En cambio, ninguno de los emboscados podía contar a nadie lo que les había ocurrido.

Bien habéis oído cuál era la situación de la esposa de Nampetenís, a la que el noble Kehenís amaba como a su propia vida. Por la grave herida que había afectado a Tristán, ese amor había quedado sin consumarse. Escuchad ahora cómo lo llevó a cabo el valeroso caballero Kehenís. Bajo su custodia tenía siempre a punto las llaves que a ambos barones traerían alegría y dolor. Llegó en esto un hermoso día de caza en el que Nampetenís salió a

cazar. El noble Kehenís llamó a su amigo y los dos hábiles caballeros cabalgaron sigilosamente hasta la noble dama Gariola. Era antes de media mañana. Sin preocupación alguna abrió el primer portal y luego hizo lo propio con los otros dos. Luego entraron dentro muy felices. Sabed por cierto que el magnífico Kehenís llevaba un sombrero para el sol decorado con hermosas flores que el viento le arrebató cuando entraba en el castillo, arrojándolo en el foso. Los dichosos caballeros fueron recibidos por las damas, pero dado que no podían permanecer mucho rato en el castillo, Gariola se apartó enseguida de las demás mujeres, llevándose a Kehenís a un aposento. El educado Tristán se quedó acompañando a las damas. Puesto que él lanzaba los dardos mejor que nadie, el fiel caballero, estando sentado, lanzó uno de sus dardos a la pared y seguidamente lanzó otro, que se clavó en el primero y luego siguió lanzando más y más veces un dardo dentro del otro. A las damas las maravillaba que lanzara tan bien las saetas y no les aburría el juego, de modo que él tiró una y otra vez sus dardos contra la pared para entretenerlas y luego no pensó más en ello. Pero estos disparos le aportarían un mortal sufrimiento cuando cabalgara de vuelta a Karahés.

Mientras Kehenís cumplía en secreto su deseo con Gariola y abrazaba a la dama tantas veces como quería y la aproximaba hacia sí y ella lo besaba, el tiempo no se le hacía largo. Pero finalmente tuvieron que separarse. A ambos les dolía tener que despedirse tan pronto; sin embargo, estaban dichosos de haber cumplido su deseo. Kehenís y Tristán tomaron licencia enseguida y abandonaron el castillo rápidamente, cerrando de nuevo las puertas. Mientras se alejaban cabalgando a través de un bosque no muy extenso, un cervatillo cruzó el camino de un salto delante de ellos. Enseguida se propusieron apresarlos, pero por desgracia no lo consiguieron; aún así no quisieron cejar por nada y lo persiguieron durante tanto tiempo que, antes de lograr darle caza, sus caballos quedaron exhaustos y debilitados, a punto de desfallecer. Antes de que retomaran su camino, Nampetenís había vuelto a su casa. Él mismo abrió la clausura en la que su mujer permanecía noche y día como si estuviera presa. Es imposible que a ella se le hiciera largo el tiempo hasta que volviera y se enterara de lo que había hecho. Cuando él entró en el castillo, comenzó para ella el suplicio,

pues vio tirado en el foso el sombrero de Kehenís. El buen caballero se maravilló mucho de cómo había podido ir a parar allí aquel sombrero. Prosiguió y fue a ver lo que hacían las damas. Arriba, en los aposentos, vio clavada la saeta que el valeroso Tristán había lanzado contra la pared. El caballero pensó: «Únicamente Tristán puede disparar de este modo; sin duda ha sido él quien lo ha hecho». Y al instante dedujo que Kehenís había venido allí con él. Porque sabía por cierto que su mujer lo amaba tanto que él no cejaría en su propósito de llegar allí, fuera para su dicha o para su desgracia, y que ella cumpliría solícita todo lo que el caballero le pidiera. De ahí que el señor exclamara al instante:

—¡Gariola, Tristán estuvo aquí y con él vino Kehenís!

Y desenvainó su espada amenazándola severamente. Le dijo que por su fe que la mataría con su propia mano si no le decía con certeza si Kehenís había estado con ella. La dama cedió ante la angustia y admitió:

—Sí.

—¿Qué te hizo?

—Me besó.

—¿Te acostaste con él?

—No, no.

—¡Mientes!

—Sí, señor, sí.

—¿Y pues?

—Sí ocurrió.

—¿Y cómo?

—Me echó debajo de él en contra de mi voluntad.

—¿Y cómo entró aquí?

—Señor, no sé cómo lo hizo. Fue sin mi ayuda.

El barón montó en su corcel y con él ocho de sus hombres; cada uno cogió su escudo y una lanza. El caballero persiguió a toda prisa a sus enemigos, pues para bien o para mal quería vengar la vergüenza y el perjuicio que había recibido. Pero aquellos no podían huir porque tenían los caballos agotados. Cuando el valeroso Tristán oyó que los perseguían a caballo, dijo a Kehenís:

—Me temo que nos van a atacar. ¿Cómo haremos para salvar nuestras vidas? Nada nos es más necesario que defendernos con todas nuestras fuerzas.

Reunieron entonces todo su valor, y cuando llegó Nampetenís, ambos caballeros se enfrentaron a él y a los suyos, defendiéndose fieramente para salvar sus vidas del terrible apuro en el que se hallaban. Aquellos mataron a Kehení, pero, antes de morir, él mató también a tres de sus adversarios con su propia mano. ¿Qué le sucedió a Tristán? El paladín mató a cuatro con asombrosa rapidez e hirió a otro. Pero él mismo también fue herido gravemente, pues Nampetenís le había lanzado un venablo envenenado que lo obligó a abandonar el combate y lo dejaron por muerto, tirado en el campo de batalla. En ese momento, Nampetenís habría accedido a perdonar la deshonra recibida si los caballeros de uno y otro bando hubieran seguido vivos.

—He vengado el perjuicio recibido —se lamentó—, pero ahora debo deplorarlo ante Dios del cielo. Moriré sin remedio, pues no puedo salvarme de los amigos de estos dos; y también lo he pagado muy caro con mis queridos vasallos.

Triste, se marchó.

Cuando la noticia llegó a Karahés y la esposa de Tristán la oyó, al acto se desesperó. Fue a buscar al barón con tan grandes lamentaciones que nadie podría describir el dolor que sentía. Entre llantos sepultó en la tierra a Kehení y a Tristán le consiguió pronto médicos para que le ayudaran y curaran su herida. Pero cuando estos pusieron emplastos al caballero, ninguno lo sanaba. Estaba herido de tal modo que nadie podía hacerle mejorar si no era la princesa Isolda, la esposa del rey Marc, quien ya antes lo había curado de un veneno. Tristán pidió ver a su mayordomo de la ciudad; vino este y su señor le rogó que fuera su emisario, insistiéndole en que lo hiciera solícito, pues había venido con él desde la lejana Tintaniol. Le encomendó regresar allí y decir a la reina que pensara en todas las cosas que él había llegado a hacer por ella y que pensara también en lo que le había pedido cuando se separó de ella la última vez, y que por todo su amor accediera a venir a verlo lo antes posible, pues esperaba recibir de ello gran alivio. Dijo además, entre sollozos:

—Mayordomo, debes insistir en recordar a mi amada señora que a menudo he soportado yo por ella sufrimiento y perjuicio y que siempre le fui fiel, que piense en ello y que no eche a perder ahora su fama y me ayude a salvarme, pues si ella no viene y me cura, moriré. Dile que abandone todo lo que allí tiene, que a nosotros no nos faltará nada mientras vivamos. Querido mayordomo —prosiguió el caballero—, esfuérzate con tu mensaje. Al regresar, izarás una vela blanca si mi señora ha tenido la bondad de viajar contigo; pero si se queda allí sin querer venir —continuó el valiente caballero—, entonces la vela será negra. Y debes llevarle este anillo como fianza. Indícale a tu hija en el mayor secreto cuándo prevés volver y que ella vaya todos los días a la orilla a ver si ya estás llegando, para que luego me pueda comunicar a mí de qué color es la vela, y que se esfuerce en ello y no revele a nadie por qué mira al mar.

El mayordomo no descuidó nada de lo que le había mandado hacer su señor. Escuchad ahora cómo lo hizo. Regresó a su casa de inmediato y explicó a su hija todo lo que su señor Tristán le había pedido y le expuso en el acto todo lo que ella debía hacer cuando llegara el tiempo de su regreso. Muy seriamente le ordenó que, sobre todo, lo mantuviera en secreto. Entonces partió y se apresuró todo lo que pudo para llegar hasta la reina, a la que comunicó en secreto el mensaje de Tristán. Cuando ella vio el anillo, abandonó al esposo y la tierra, las riquezas y los vestidos y todo lo que había llegado a poseer y se marchó con el mercader<sup>[24]</sup> sin llevar consigo nada más que lo que necesitaba para sus remedios; únicamente de eso se negó a prescindir ni a dejar nada atrás, porque amaba tan profundamente al herido. Esto se pudo comprobar también por el hecho de que por él abandonara su dignidad real, sin esperanza de recuperarla.

Cuando la doncella calculó que su padre estaba a punto de regresar, fue todos los días a otearlo para poder decir a Tristán de qué color era la vela que traía. No sé quién se lo dijo a la esposa del héroe, el caso es que esta ordenó a la doncella por su vida que si veía que su padre regresaba, que le dijera inmediatamente cuál era el color de la vela, pero que lo mantuviera en secreto ante Tristán hasta que su padre llegara, de lo contrario este podía recibir gran perjuicio. Cuando llegó a la orilla vio a lo lejos sobre el mar una vela blanca como la nieve que navegaba directamente hacia el puerto.

Creo que la doncella no dejó de hacer lo que la señora le había pedido, pues no se atrevía a dejar de cumplir ninguna de sus órdenes. Por eso acudió a ella enseguida y le dio a la dama la noticia de que su padre había vuelto y que la vela era blanca. Cuando la señora lo oyó, fue a decirle a Tristán que su mayordomo regresaba. El caballero se alegró mucho de ello y se incorporó, sintiéndose ya algo mejor; las propias palabras lo habían reconfortado. Le preguntó entonces con disimulo si sabía de qué color era la vela. Malaventuradamente, ella dijo entonces una gran mentira de la que luego se arrepentiría mucho. Sin ningún tipo de perfidia, solo por tontería, le mintió y dijo que la vela no era blanca. Eso hizo desesperar al héroe, cosa que mostró dejando caer la cabeza sobre la cama. Todos sus miembros crujieron, se estiró y murió en el acto.

Muerto Tristán, su mujer, que había pronunciado la palabra que le había roto el corazón, apenas podía resistir el dolor. ¡Ay!, con qué fuerza gritó:

—¡Ay, ay, ay y otra vez ay! ¡Qué terrible la desgracia que me ha ocurrido!

Bien se había dado cuenta ella misma de que él había muerto por su culpa. Los fuertes gritos se expandieron por toda la ciudad, grandes y pequeños comenzaron a lamentarse y llorar. El señor fue llevado a una hermosa catedral; poco antes de la novena hora se realizaron las exequias con cantos lastimeros. Grandes fueron las expresiones de aflicción cuando hubo que velarlo, según el deseo de la dama; por todas partes repicaron las campanas.

Cuando la reina llegó a tierra y percibió las grandes lamentaciones, se sobrecogió fuertemente.

—¡Ay, ay de mí ahora y para siempre! —exclamó—. ¡Tristán ha muerto!

Ni palideció, ni enrojeció, ni lloró; y a pesar de ello su corazón estaba profundamente dolido. Fijaos en lo que hizo: sin decir una sola palabra fue hasta donde él yacía sobre sus andas. Junto a ellas estaba su esposa, llorando y lamentándose inconsolable. La reina le dijo:

—Señora, levantaos y dejad que me acerque. Tengo yo más motivo para llorarlo que vos, podéis creerme, pues lo amaba más que nadie.

Y descubrió totalmente las andas, empujó al muerto hacia un lado y se sentó en ellas. Luego, sin decir una palabra, se echó justo al lado del caballero y murió también en el acto. Cuando la esposa de Tristán vio que la reina había muerto, apenas resistió el dolor. Todo el pueblo prorrumpió en gritos de pena; si hubo alguien que no pudiera llorar, fue porque tenía el corazón totalmente endurecido.

Eilhart von Oberg ha compuesto para nosotros este librito y nos ha aderezado la historia de cómo murió el valiente Tristán y de cómo nació y cuál fue su vida. Es posible que alguien diga que sucedió de otra manera, pues todos hemos oído bien que se relata de formas distintas. Pero Eilhart tiene buenos testimonios de que ocurrió exactamente así.

Escuchad aún lo que hizo la esposa de Tristán, que se torturaba con sus duelos y lloraba amargamente; mandó colocar los cuerpos en magníficos féretros. En esto, al rey Marc le había llegado en poco tiempo la noticia de que Tristán y la reina, su esposa, habían muerto por el amor que entre ambos se profesaban. En verdad se le dijo que había sido a causa de un bebedizo, en contra de su voluntad, por lo que se amaban tanto. Él se lamentó enormemente de no haberlo sabido a tiempo, mientras aún vivían. Y dijo apenado:

—Dios sabe que de buena gana habría accedido a mantener conmigo para siempre a la reina Isolda y a mi sobrino Tristán solo para que el caballero permaneciera a mi lado. Me arrepentiré siempre de haberlo desterrado. Pero fue también una gran necedad suya no haberme explicado que habían bebido el condenado bebedizo, que los forzaba a amarse tanto en contra de su voluntad.

»¡Ay!, dulce reina y querido sobrino Tristán, os daría a mi gente, mis tierras y todo mi reino para siempre en propiedad, si pudierais resucitar.

Y el monarca zarpó hacia el otro lado del mar para ver a los muertos, jurando una y otra vez firmemente que jamás nada le había causado tanta pena; los recogió y se los llevó a ambos a su tierra allende el mar. Ignoro qué más os podría contar, sino que fueron enterrados con tristes llantos, aunque con grandes pompas; con certeza os digo que ambos fueron sepultados en una misma tumba. No sé si debo transmitirlo, pero oí relatar que el rey mandó plantar un rosal sobre ella y sobre él una vid y que

ambos crecieron y se juntaron de tal manera que no había forma de volverlos a separar si no era rompiéndolos. En verdad oí decir que eso lo produjo la fuerza del bebedizo<sup>[25]</sup>.

Ahora he terminado de contar todo lo que sobre él hay escrito. Cristo santo nos guíe. Amén.



MARÍA DE FRANCIA,  
LOS LAIS, POR ANA  
MARÍA HOLZBACHER,  
SIRMIO - QUADERNS  
CREMA, EL FESTÍN DE  
ESOPO, 1992

SIRMIO  
QUADERNS CREMA

UNIVERSIDAD DE CHILE



3 5601 15836 3865

*El festín de Esopo*  
COLECCIÓN DIRIGIDA POR MARTÍN DE RIQUER

4. LOS LAIS

841.13

M334.E

1993

c1

MARÍA DE FRANCIA

# LOS LAIS

TEXTO ORIGINAL, TRADUCCIÓN, INTRODUCCIÓN  
Y NOTAS POR ANA MARÍA HOLZBACHER



010040

Primera edición: febrero de 1993

Publicado por Sirmio  
Vallcorba editor, S. A.  
F. Valls i Taberner, 8 - 08006 Barcelona  
Tels.: 212 87 66 - 212 38 08  
Fax: 418 23 17

© 1993 by Ana María Holzbacher

Derechos exclusivos de edición:  
Vallcorba editor, S. A.

ISBN: 84-7769-025-1

Depósito legal: B. 4.370-1993

JORDI PUNTÍ *Corrección de pruebas*  
CUBIERTA *Sobre un motivo de The Grammar of Ornament de Owen Jones*  
TEKNOCROM *Fotolito de cubierta*  
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento  
—incluidos la reprografía y el tratamiento informático—  
y la distribución de ejemplares de esta edición  
mediante alquiler o préstamo públicos.

## ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	13
I. La autora	15
II. ¿Qué son los lais?	20
III. Estructura de los lais	28
IV. La escritura de María	30
V. El amor en los lais	33
VI. La aventura maravillosa	41
VII. ¿Son los lais cuentos maravillosos?	45
VIII. El cristianismo en los lais	49
IX. Coordenadas espacio-temporales	52
X. Circunstancias en que se escribieron los lais: El renacimiento del siglo XII	55
XI. Hipótesis cronológica	61
XII. La hipótesis de Richard Baum	66
XIII. Los manuscritos	69
XIV. Bibliografía	70
LOS LAIS	87
Prologue (Prólogo)	89
Guigemar (Guigemar)	92
Equitan (Equitán)	132
Fresne (El fresno)	147
Bisclavret (Bisclavret)	172
Lanval (Lanval)	187
Deus amanz (Los dos enamorados)	217

Yonec (Yonec)	
Laüstic (Laustic)	229
Milun (Milón)	254
Chaitivel (El desdichado)	262
Chievrefoil (Madreselva)	286
Eliduc (Eliduc)	297
	303

## NOTAS AL TEXTO DE LOS LAIS

357

Prologue, 359. Guigemar, 367. Equitan, 375.  
 Fresne, 380. Bisclavret, 383. Lanval, 387.  
 Deus amanz, 394. Yonec, 398. Laüstic, 402.  
 Milun, 404. Chaitivel, 406. Chievrefoil, 408.  
 Eliduc, 414.

## CHIEVREFOIL

Asez me plect e bien le voil,  
del lai qu'hum nune *Chievrefoil*,  
que la verité vus en cunt  
pur quei fez, coment e dunt.  
Plusur le m'unt cunté e dit  
e jeo l'ai trové en escrit  
de Tristram e de la reïne,  
de lur amur ki tant fu fine,  
dunt il eurent meinte dolur,  
puis en mururent en un jur.  
Li reis Marks esteit curuciez,  
vers Tristram sun nevu iriez;  
de sa tere le cungea  
pur la reïne qu'il ama.  
En sa cuntree en est alez,  
en Suhtwales u il fu nez.  
Un an demurat tut entier,

4

8

12

16

## MADRESELVA

Asaz me place y es mi deseo deciros la verdad sobre un lai que se llama *Madreselva*: por qué fue hecho, cómo y dónde. Varios son los que me lo han contado y referido y yo lo he encontrado por escrito. Trata de Tristán y de la Reina y de su amor tan perfecto, por el que padecieron muchos tormentos, hasta morir los dos de él un mismo día.

El rey Marc estaba encolerizado y airado con Tristán su sobrino, y lo expulsó de su reino porque amaba a la Reina. Aquél se marchó a su comarca, al sur de Gales, donde había nacido, y permaneció allí

ne pot ariere repeirier;  
 mes puis se mist en abandun  
 de mort e de destructiun. 20  
 Ne vus esmerveilliez neënt,  
 kar cil ki eime lealment  
 mut est dolenz e trespensez  
 quant il nen ad ses volentez. 24  
 Tristram est dolenz e pensis,  
 pur ceo s'esmut de sun païs.  
 En Cornwaille vait tut dreit  
 la u la reïne maneit. 28  
 En la forest tuz suls se mist:  
 ne voleit pas qu'hum le veïst.  
 En la vespree s'en eïsseit,  
 quant tens de herbergier esteit. 32  
 Od paï sanz, od povre gent,  
 perneit la nuit herbergement;  
 les noveles lur enquireit  
 del rei cum il se cunteneit. 36  
 Ceo li diënt qu'il unt oï  
 que li barun erent bani,  
 a Tintagel deivent venir:  
 li reis i veolt sa curt tenir; 40

todo un año sin poder volver, hasta que un día se puso en peligro de muerte y de perdición. No os maravilléis en modo alguno, pues el que ama lealmente se siente muy triste y afligido cuando no tiene a su amor según su deseo.

Tristán estaba doliente y pensativo; por esto se marchó de su país y se fue derecho a Cornualles, donde vivía la Reina. Se adentró solo en el bosque, no quería que nadie lo viera. Al atardecer, cuando era hora de cobijarse, buscaba hospedaje junto a las gentes del campo y los humildes. Les pedía noticias del Rey, de lo que hacía, y ellos le contaron que habían oído decir que los barones habían sido convocados y tenían que acudir a Tintagel, porque el Rey quería

a Pentecuste i serunt tuit,  
mut i avra joie e deduit,  
e la reïne i sera.

Tristram l'oï, mut se haita:  
ele n'i purrat mie aler  
k'il ne la veie trespasser.

44

Le jur que li reis fu meüz,  
Tristram est el bois revenuz.

48

Sur le chemin que il saveit  
que la rute passer deveit.

Une codre trencha par mi,  
tute quarreie la fendi.

52

Quant il ad paré le bastun,  
de sun cutel escrit sun nun.

Se la reïne s'aparceit,  
ki mut grant garde s'en perneit—

56

autre feiz li fu avenu

que si l'aveit aparceü—

de sun ami bien conustra

le bastun quant el le verra.

60

Ceo fu la summe de l'escrit

qu'il li aveit mandé e dit

que lunges ot ilec esté

reunir allí su corte. Por Pentecostés se encontrarían todos allí, habría regocijo y fiestas y la Reina estaría presente. Tristán lo oyó y se alegró sobremanera: la Reina no podría ir sin que él la viese pasar.

El día que el Rey se puso en marcha, Tristán volvió a la foresta, junto al camino por el que sabía que tenía que pasar la comitiva. Cortó por la mitad una rama de avellano y la talló a escuadra y, cuando hubo preparado el bastón, con un cuchillo escribió su mensaje. Si la Reina, que solía prestar mucha atención, se daba cuenta de ello—otras veces había ocurrido que así lo había descubierto—, cuando viese el bastón reconocería que era de su amigo. He aquí el sentido del mensaje que le enviaba: que largo tiempo había estado

e atendu e surjurné 64  
 pur espier e pur saveir  
 coment il la peüst veeir,  
 kar ne poeit vivre sanz li.  
 D'euls deus fu il tut autresi 68  
 cume del chievrefoil esteit  
 ki a la codre se perneit:  
 quant il s'i est lacies e pris  
 e tut entur le fust s'est mis, 72  
 ensemble poënt bien durer,  
 mes ki puis les voelt desevrer,  
 li codres muert hastivement  
 e li chievrefoilz ensement. 76  
 «Bele amie, si est de nus:  
 ne vus sanz mei, ne jeo sanz vus».

La reïne vait chevachant.  
 Ele esgardat tut un pendant, 80  
 le bastun vit, bien l'aparceut,  
 tutes les lettres i conut.  
 Les chevaliers ki la menoent  
 e ki ensemble od li erroent 84

allí y había esperado y permanecido al acecho para encontrar la manera de verla, pues no podía vivir sin ella. Su suerte era semejante a la de la madre selva que se enlazaba en el avellano: cuando se ha enredado y prendido y trepado alrededor de su tronco, juntos pueden seguir viviendo, pero si alguien quiere separarlos, el avellano muere inmediatamente y lo mismo le ocurre a la madre selva.

*Dulce amiga, así es de nosotros:  
 ni vos sin mí, ni yo sin vos.*

La Reina iba cabalgando, miró la pendiente y vio el bastón, bien lo distinguió y comprendió todo lo que había escrito en él. Ordenó a los caballeros que la acompañaban y que hacían el viaje con ella

cumanda tuz a arester:  
 descendre voet e resposer.  
 Cil unt fait sun commandement.  
 Ele s'en vet luinz de sa gent; 88  
 sa meschine apelat a sei,  
 Brenguein, ki mut ot bone fei,  
 del chemin un poi s'esluina.  
 Dedenz le bois celui trova 92  
 que plus amot que rien vivant:  
 entre eus meinent joie mut grant.  
 A li parlat tut a leisir  
 e ele li dit sun pleisir; 96  
 puis li mostra cumfaitement  
 del rei avrat acordement,  
 e que mut li aveit pesé  
 de ceo qu'il l'ot si cungeé: 100  
 par encusement l'aveit fait.  
 A tant s'en part, sun ami lait.  
 Mes quant ceo vint al desevrer,  
 dunc comencierent a plurer. 104  
 Tristram en Wales s'en rala  
 tant que sis uncles le manda.

que se detuviesen, pues quería apearse y descansar. Aquéllos cumplieron su orden y ella se alejó de su gente, llamó junto a sí a su doncella, Brenguein, que le era muy fiel, y se apartó un poco del camino. Dentro del bosque encontró a aquel a quien amaba más que a nadie en el mundo. Fueron muy felices juntos. Habló con él a su antojo y le manifestó su alegría, después le explicó cómo reconciliarse con el Rey, y le dijo que le había pesado mucho haberlo expulsado así: lo había hecho inducido por las acusaciones. Con esto se marchó y dejó a su amigo, pero cuando vino el momento de la separación ambos lloraban... Tristán se volvió al país de Gales, hasta que su tío lo mandó llamar.

Pur la joie qu'il ot eüe  
 de s'amie qu'il ot veüe 108  
 e pur ceo k'il aveit escrit  
 si cum la reïne li ot dit,  
 pur les paroles remembrer,  
 Tristram, ki bien saveit harper, 112  
 en aveit fet un nuvel lai;  
 asez briefment le numerai:  
*Gotelef* l'apelent Engleis,  
*Chievrefoil* le nument Franceis. 116  
 Dit vus en ai la verité  
 del lai que j'ai ici cunté.

Por la alegría que había tenido al ver a su amiga y para recordar las palabras que había escrito, Tristán, que sabía muy bien tocar el arpa, compuso un nuevo lai, tal como la reina le había dicho que lo hiciese. Brevemente lo nombraré: los ingleses lo llaman *Gotelef*, *Chievrefueil* los franceses. Os he dicho la verdad sobre el lai que aquí os he contado.